

L A C A R T U J A D E  
P A R M A

---

S T E N D H A L

Libros Tauro

### ADVERTENCIA

Esta novela fue escrita en el invierno de 1850, a trescientas leguas de París. Muchos años antes, cuando nuestros ejércitos recorrían Europa, correspondióme por casualidad ser alojado en la casa de un canónigo de Padua, feliz ciudad donde, como en Venecia, es el placer el negocio más importante de todos y no deja tiempo a nadie para indignarse contra el vecino. Mi estancia allí se prolongó, y el canónigo y yo nos hicimos amigos.

Hacia; el final de 1830 volví a pasar por Padua y corrí a la casa del buen canónigo. Había muerto; yo lo sabía, pero quería volver a ver la sala en donde habíamos pasado tantas amables veladas, que luego con frecuencia eché de menos. Encontré al sobrino del canónigo y a la esposa del tal sobrino, quienes me recibieron como a un antiguo amigo. Llegaron algunas personas y nos separamos muy tarde; el sobrino mandó traer del café Pedroti un ponche excelente. Pero lo que prolongó la velada fue, sobre todo, la historia de la du-

quesa Sanseverina, a la que alguien aludió, y que el sobrino tuvo la bondad de relatar por entero, en honor mío.

- En el país adonde voy -dije a mis amigos, no encontraré de seguro una ,casa como ésta. Dedicaré, pues, las largas horas de la noche a escribir una novela de la vida de vuestra amable duquesa Sanseverina. Haré como vuestro viejo cuentista Bandello, obispo de Agén, quien hubiera creído que cometía un gran crimen si despreciaba las circunstancias reales de su historia o le añadía otras nuevas.

- En tal caso -dijo el sobrino- voy a prestaros los anales de mi tío. En el artículo Parma hace mención de algunas intrigas de esa corte, en los tiempos en que la duquesa mandaba allí como reina y señora. Pero ¡tened cuidado! Esa historia tiene muy poco de moral, y ahora que en Francia os preciáis de pureza evangélica, puede muy bien proporcionaros fama de asesino.

Publico esta novela sin cambiar una tilde al manuscrito de 1830, lo cual puede tener dos inconvenientes.

El primero para el lector. Siendo los personajes italianos, acaso le interesarán menos, porque los corazones de ese país difieren bastante de los corazones franceses; los italianos son sinceros, buenas gentes y, sin hacer aspavientos, dicen lo que piensan. No son vanidosos más que por momentos, y la vanidad cuando les ataca se torna en pasión y toma el nombre de puntiglio. Por último, no creen que la pobreza sea ridícula.

El segundo inconveniente se refiere al autor. Confieso que he tenido la osadía de dejar a los personajes sus asperezas de carácter. Pero, en cambio, declaro bien alto que a mu-

## LA CARTUJA DE PARMA

chas de sus acciones aplico la más moral de las censuras. ¿A qué darles la elevada moralidad y los encantos de los caracteres franceses, los cuales aman el dinero por encima de todo y apenas si pecan por odio o por amor? Los italianos de esta novela son muy diferentes. Además, creo que cada vez que subimos doscientas leguas hacia el norte, hay lugar para un nuevo paisaje como para una nueva novela. La amable sobrina del canónigo había conocido y hasta amado mucho a la duquesa Sanseverina. Me ruega que no cambie nada a sus aventuras, que, desde luego, son censurables.

23 de enero de 1839.

I

**MILAN EN 1796**

EL 15 de mayo de 1796, el general Bonaparte hizo su entrada en Milán, al frente de ese joven ejército que acababa de pasar el puente de Lodi y de mostrar al mundo que, después de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor.

Los milagros de audacia y de genio que Italia presenció, despertaron en pocos meses a un pueblo que dormía; ocho días antes de la entrada de los franceses, aún veían en ellos los milaneses, un atajo de bandidos acostumbrados a huir siempre ante las tropas de Su Majestad imperial y real; al menos así lo repetía tres veces por semana un periodiquillo, no mayor que la palma de la mano, impreso en papel sucio.

En la Edad Media eran los milaneses valientes como los franceses de la Revolución, y merecieron que su ciudad fuera enteramente arrasada por los emperadores de Alemania. Pero desde que se habían hecho fieles súbditos, su gran negocio consistía en imprimir sonetos sobre pañuelos de bolsillo de tafetán rosa, cuando se casaba alguna muchacha de familia noble o rica. Dos o tres años después de esta época

memorable de su vida, la joven tomaba un caballero acompañante; a veces el nombre del oficioso amigo, elegido por la familia del marido, ocupaba un lugar honroso en el contrato matrimonial<sup>1</sup>. Mucho distaban estas costumbres afeminadas de las profundas emociones que provocó la llegada imprevista del ejército francés. Pronto surgieron costumbres nuevas y apasionadas. Todo un pueblo cayó en la cuenta, el 15 de mayo de 1796, de que cuanto había respetado hasta entonces era soberanamente ridículo y a veces odioso. La salida del último regimiento austríaco fue la señal del derrumbamiento de las ideas viejas; hízose moda exponer la vida. Vióse que para ser feliz, después de tantos siglos de hipocresía y de sosera en las costumbres, había que amar algo con pasión real y saber, en ocasiones, exponer la vida. La continuación del celoso despotismo de Carlos V y de Felipe II había sumido a los lombardos en una noche obscurísima; echaron por tierra sus estatuas y súbitamente se encontraron inundados de luz. Desde hacia unos cincuenta años, mientras en Francia se oían los estampidos de Voltaire y la Enci-

---

<sup>1</sup> Esta moda tan extraña, provenía de un pueblo grave: los españoles, que han dominado en Milán de 1526 a 1714. La mujer de un español no podía presentarse en la iglesia acompañada por su marido; esto hubiera sido señal de pobreza o al menos de insignificancia, pues el marido tenía que estar ocupado en graves negocios. La señora, pues, iba acompañada de su escudero. Sucedió que en la clase burguesa, como no había escuderos, rogaba un médico a un abogado que acompañara a su esposa, mientras él acompañaba a la del abogado. En Génova, las familias nobles ponían en el contrato matrimonial el nombre del caballero acompañante. Pronto ocurrió que la moda fue tener un caballero acompañante soltero y este puesto correspondió a los segundones de casas nobles. Poco a poco el amor se mezcló en esta costumbre y una señora, a los dos o tres años de matrimonio, substituía el amigo de la casa por otro elegido por ella. (: Vida de Napoleón.)

clopedia, los frailes gritaban al buen pueblo milanés que aprender la lectura o cualquier otra cosa era trabajo inútil, y que, en pagando muy exactamente el diezmo al cura y contándole todos los pecados, era punto menos que seguro obtener un buen sitio en el paraíso. Y para acabar de arrancarle los nervios a este pueblo, tan terrible antaño, Austria le había vendido barato el privilegio de no dar reclutas a su ejército.

En 1796, el ejército milanés constaba de veinticuatro faquines vestidos de rojo, que guardaban la ciudad en colaboración con cuatro magníficos regimientos húngaros. La licencia de las costumbres era extremada, pero muy raras las pasiones. Además de la molestia de tenerlo que contar todo a los curas, ocurría a los milaneses de 1796 que no sabían desear con fuerza ninguna cosa. El buen pueblo de Milán estaba, además, sometido a ciertas pequeñas trabas monárquicas que no dejaban de ser vejatorias. Por ejemplo, ocurrióse al archiduque que residía en Milán y gobernaba en nombre de su primo el emperador, la lucrativa idea de comerciar en trigos. En consecuencia, queda prohibido a los labradores vender sus granos hasta que su Alteza no haya llenado sus depósitos.

En mayo de 1796, tres días después de la entrada de los franceses, un joven pintor miniaturista, un poco loco, llamado Gros, célebre más tarde, que había venido en el ejército, oyó contar en el gran café de los Servi (que entonces estaba de moda) las hazañas del archiduque, que era enorme de cuerpo. Gros cogió la lista de los helados, impresa en forma de cuadro sobre una hoja de un feísimo papel amarillo, y, a la vuelta, dibujó al obeso archiduque; un soldado francés le



daba en la barriga un bayonetazo, y en lugar de sangre salía un increíble chorro de trigo. Esa cosa llamada broma o caricatura era desconocida en esta tierra de cauteloso despotismo. El dibujo, dejado por Gros encima de la mesa del café Servi, pareció un milagro del cielo; fue grabado aquella noche y al día siguiente se vendieron veinte mil ejemplares.

El mismo día se pegaba en las esquinas un aviso, imponiendo una contribución de guerra de seis millones para las necesidades del ejército francés, que habiendo ganado seis batallas y conquistado veinte provincias, carecía de zapatos, de pantalones, de trajes y de sombreros.

La masa de felicidad y de placer que irrumpió en Lombardia con estos franceses pobres fue tan grande, que sólo los curas y algunos nobles se dieron cuenta del peso de esta contribución de seis millones, seguida bien pronto de otras muchas. Los soldados franceses reían y cantaban todo el día; tenían menos de veinticinco años, y su general en jefe, que tenía veintisiete, pasaba por ser el hombre de más edad de su ejército. Esta alegría, esta juventud, esta despreocupación eran una graciosísima respuesta a las furibundas predicaciones de los frailes, que desde hacía seis meses anunciaban en lo alto de la cátedra sagrada que los franceses eran unos monstruos, obligados, bajo pena de muerte, a quemarlo todo y a cortar la cabeza a todo el mundo, por lo cual cada regimiento marchaba precedido de una guillotina.

En los campos veíase a la puerta de las chozas al soldado francés meciendo al nene del ama de la casa, y casi todas las noches un tambor tocaba el violín e improvisaba un baile. Como las contradanzas eran demasiado sabias y complica-

das, para que el soldado, que la bailaba mal, pudiera enseñarlas a las mujeres del país, éstas eran las que enseñaban a los jóvenes franceses la Monferina, la Saltarina y otros bailes italianos.

Los oficiales habían sido alojados, hasta donde fue posible, en casa de los ricos; tenían mucha necesidad de rehacerse. Por ejemplo, un teniente llamado Robert recibió una papeleta de alojamiento para el palacio de la marquesa del Dongo. Este joven, oficial de requisa bastante desenvuelto, poseía en total, al entrar en el palacio, un escudo de seis francos que acababa de cobrar en Plasencia. Después del paso del puente de Lodi le quitó a un hermoso oficial austríaco, muerto de una bala de cañón, un magnífico pantalón de nankin nuevecito; y nunca prenda de vestir vino mejor. Sus hombreras de oficial eran de lana y el paño de su casaca iba cosido al forro de las mangas para que los trozos no se separaran. Pero había una circunstancia aún más lamentable: las suelas de los zapatos estaban hechas de pedazos de sombreros cogidos también en el campo de batalla, más allá del puente de Lodi. Estas improvisadas suelas estaban sujetas a los zapatos por unas cuerdas muy visibles, de suerte que cuando el mayordomo de la casa se presentó en la habitación del teniente Robert, para invitarle a comer con la señora marquesa, el teniente no sabía cómo salir de una situación mortal. Su asistente y él se pasaron las dos horas que faltaban para la fatal comida, procurando recoser el traje y teñir de negro, con tinta, las desgraciadas cuerdas de los zapatos. Por fin llegó el momento terrible. "En mi vida estuve más azorado, decíame el teniente Robert; esas señoras pensaban

que yo iba a asustarlas y eran ellas las que me hacían temblar. Miraba mis zapatos y no sabía cómo andar con desenvuelto continente. La marquesa de Dongo, añadió, estaba entonces en todo el esplendor de su belleza; la habéis conocido, con sus ojos tan hermosos de angelical dulzura, sus preciosos cabellos de un rubio obscuro, que dibujaban a la perfección el óvalo de esa encantadora faz. Tenía yo en mi cuarto una Herodiada de Leonardo de Vinci, que era enteramente su retrato. Dios quiso que su belleza sobrenatural me conmoviera de tal suerte, que olvidé mi indumentaria. Hacía dos años que no veía más que fealdades y miserias en las montañas de la región genovesa; me aventuré a expresar con algunas palabras mi arrebató.

"Pero era demasiado sensato para detenerme mucho en los cumplidos. Mientras arreglaba mis frases, estaba viendo en un corredor todo de mármol a doce lacayos y ayudas de cámara vestidos con lo que entonces me parecía el colmo de la magnificencia. Figuraos que esos bribones, no sólo tenían zapatos buenos, sino además bucles de plata. Atisbaba con el rabillo del ojo y veía miradas estúpidas fijas en mi traje y acaso también en mis zapatos, lo que me llenaba de dolor. Con una sola palabra hubiera podido atemorizar a toda esa gente; pero ¿cómo decirles nada, sin correr el riesgo de soliviantar a las señoras? En efecto, la marquesa para darse un poco más de ánimo, según ella misma me dijo cien veces luego, había mandado salir del convento en donde estaba interna entonces, a Gina del Dongo, hermana de su marido, la que fue después esa encantadora condesa Pietranera: nadie la sobrepujó en alegría y amable ingenio cuando la fortuna le

fue próspera; nadie tampoco en valor y serenidad de ánimo cuando la fortuna le fue adversa.

"Gina podía tener unos trece años entonces, pero representaba dieciocho. Viva y franca, como usted sabe que era, tenía tanto miedo de soltar la risa ante mi indumentaria, que no se atrevía a comer. La marquesa, en cambio, abrumábame con forzadas cortesías; bien veía en mis ojos fulgores de impaciencia. En suma, tenía yo una bien triste figura y aguantaba el desprecio, cosa que, según dicen, le es imposible a un francés. Por último iluminóme una idea, bajaba sin duda del cielo; me puse a contar a las señoras mi miseria y lo mucho que habíamos sufrido durante los dos años que pasamos en las montañas de Génova, en donde nos retenían unos viejos generales imbéciles. Allí, les dije, nos daban papel moneda que no circulaba en el país, y tres onzas de pan al día. No hacía dos minutos que hablaba, cuando ya a la buena marquesa se le saltaban las lágrimas y Gina se había puesto muy seria.

- ¡Cómo, señor teniente -decíame ésta-, tres onzas de pan!

-Sí, señorita; pero en cambio la distribución faltaba tres veces por semana, y como los aldeanos en cuyas casas nos alojábamos padecían aún mayor miseria que nosotros, todavía les dábamos algo de nuestro pan.

"Al levantarnos de la mesa di mi brazo a la marquesa hasta la puerta de la sala, y luego, volviendo rápidamente, entregué al criado que me había servido en la mesa mi único escudo de seis francos, sobre cuyo empleo había construido tantos castillos en el aire.

"Ocho días después, seguía diciendo Robert, cuando quedó bien establecido que los franceses no guillotinaban a nadie, el marqués del Dongo volvió de su castillo de Grianta, en el lago de Como, adonde había ido valerosamente a refugiarse al saber que se aproximaba nuestro ejército, abandonando a los azares de la guerra a su hermosa mujer y a su hermana. El odio que ese marqués nos tenía igualaba a su miedo; es decir, era inconmensurable. Su cara gorda y pálida de beato era divertida de ver cuando me hacía cortesías. Al día siguiente de su vuelta a Milán recibí tres varas de paño y doscientos francos, que me correspondían en el reparto de la contribución de los seis millones; eché plumas nuevas y me hice el acompañante de las señoras, pues los bailes dieron pronto comienzo."

La historia del teniente Robert fue, poco más o menos, la de todos los franceses; en lugar de burlarse de la miseria de esos valientes soldados, los milaneses se compadecieron de ellos y los amaron.

Esa época de imprevista felicidad y de embriaguez no duró más que dos breves años; la locura había sido tan excesiva y tan general, que me sería imposible dar idea de ella, como no sea por esta reflexión histórica y profunda: aquel pueblo llevaba cien años aburriéndose.

La voluptuosidad, a la que por naturaleza se inclinan los meridionales, había dominado antaño en la corte de los Visconti y de los Sforza, famosos duques de Milán. Pero desde que en el año 1624 los españoles se apoderaron del Milanesado, imponiendo un régimen taciturno, receloso, orgulloso y temeroso siempre de la rebelión, la alegría había huido de

aquel país. Los pueblos, adoptando las costumbres de sus dueños, pensaban más bien en vengarse a puñaladas del menor insulto que en gozar del momento presente.

La loca alegría, el contento, la voluptuosidad, el olvido de todos los sentimientos tristes o solamente razonables, fueron llevados a tal punto desde el 15 de mayo de 1796, en que entraron los franceses en Milán, :casta abril de 1799, en que fueron echados de allí a consecuencia de la batalla de Cassano, que han podido citarse viejos mercaderes millonarios, viejos usureros, viejos notarios que, durante este lapso, se olvidaron de ser huraños y de ganar dinero.

A lo más habrían podido contarse algunas pocas familias de la alta nobleza que se retiraron a sus palacios del campo, como para refunfuñar contra la universal alegría y la expansión de los corazones. Es cierto también que esas familias nobles y ricas habían sido distinguidas de manera enfadosa en el reparto de las contribuciones de guerra impuestas por el ejército francés.

El marqués del Dongo, contrariado por el espectáculo de tanta alegría, había sido uno de los primeros en volverse a su magnífico castillo de Grianta, más allá de Como, adonde las señoras llevaron al teniente Robert. Este castillo, situado en un sitio único, acaso, en el mundo, sobre una meseta de ciento cincuenta pies de altura, dominando en una gran parte ese lago sublime, había sido antes plaza fuerte. La familia del Dongo lo mandó construir en el siglo XV, como lo atestiguan por todas partes los mármoles con escudos esculpidos. Aún se veían allí puentes levadizos y profundos fosos, privados de agua, en verdad; pero con sus muros de ochenta

pies de altura y seis pies de grueso, este castillo estaba a cubierto de cualquier golpe de mano; por eso le tenía tanto afecto el receloso marqués. Rodeado de veinticinco o treinta criados, que suponía fieles quizá porque no les hablaba más que para injuriarlos, sentíase allí menos atormentado por el miedo que en Milán.

No era ese miedo enteramente gratuito, pues el marqués mantenía correspondencia muy activa con un espía colocado por Austria en la frontera suiza, a tres leguas de Grianta, con objeto de favorecer la evasión de los prisioneros hechos en el campo de batalla. De haberlo sabido, los generales franceses quizá hubieran tomado la cosa en serio.

El marqués había dejado a su joven esposa en Milán para que dirigiera los asuntos de la familia y se encargara de pagar las contribuciones impuestas a la Casa del Dongo, como se dice en el país; ella procuraba hacerlas disminuir y para ello tenía que visitar a los nobles que habían aceptado cargos públicos y hasta a algunas influyentes personas que no pertenecían a la nobleza. Ocurrió un gran acontecimiento en esta familia. El marqués había arreglado el matrimonio de su hermana Gina con un personaje muy rico y de la más noble alcurnia; pero este personaje se empolvaba el pelo; Gina lo recibía con grandes carcajadas y bien pronto comió la locura de dejarlo y casarse con el conde Pietranera. Este conde era en verdad muy buen hidalgo, guapo y arrogante, pero arruinado de padres e hijos y, para colmo de desgracia, partidario apasionado de las nuevas ideas. Pietranera había obtenido el grado de teniente en la legión italiana

lo que, para el marqués, era un motivo más de desesperación.

Después de esos dos años de locura y de felicidad, el Directorio de París, dándose las de soberano bien afianzado, empezó a mostrar un odio mortal hacia todo lo que no era mediocre. Los generales ineptos que envió al ejército de Italia perdieron una serie de batallas en las mismas llanuras de Verona que fueron testigos, dos años antes, de los prodigios de Arcole y de Lonato. Los austríacos se acercaron a Milán; el teniente Robert, que había ascendido a comandante, fue herido en la batalla de Cassano y vino a alojarse por última vez a casa de su amiga la marquesa del Dongo. La despedida fue triste; Robert marchó con el conde Pietranera, que seguía a los franceses en su retirada hacia Novi. La joven condesa, a quien su hermano no quiso pagar su parte de herencia, se fue detrás del ejército subida en un carro.

Entonces empezó esa época de reacción y de retorno a las ideas viejas, que los milaneses llaman *i tredici mesi* (los trece meses) , porque, en efecto, tuvieron suerte de que esa vuelta a la necedad no duró más que trece meses, hasta el día de la batalla de Marengo. Todo lo que en Milán era viejo, beato y gruñón, volvió a ponerse al frente de los negocios y a tomar la dirección de la sociedad. Las gentes que habían permanecido fieles a las buenas doctrinas propalaron por las aldeas que Napoleón había sido ahorcado en Egipto por los mamelucos, justo castigo de sus muchos pecados.

Entre los hombres que se habían ido a refunfuñar a sus fincas de campo y volvían ahora sedientos de venganza, distinguíase por su furor el marqués del Dongo. Su exageración



lo colocó naturalmente a la cabeza de su partido. Estos señores, personas muy honradas cuando no tenían miedo, pero llenos siempre de pavor, consiguieron captar la voluntad del general austriaco, el cual aunque era bastante buen hombre, se dejó convencer de que la severidad es alta política, y mandó detener a ciento cincuenta patriotas, lo mejor que había entonces en Italia.

Pronto fueron deportados a las bocas de Cattaro y encerrados en unas cuevas subterráneas, donde la humedad y sobre todo la falta de pan dieron rápida y justa muerte a todos esos bribones.

El marqués del Dongo obtuvo un gran empleo; y como a una sórdida avaricia unía una multitud de otras buenas cualidades, se preciaba públicamente de no enviar un escudo a su hermana, la condesa Pietranera, que seguía locamente enamorada de su esposo y se moría de hambre con él en Francia, por no abandonarle. La buena marquesa estaba desesperada. Consiguió por fin quitar algunos pequeños diamantes de su aderezo, que el marido cogía todas las noches para guardarlo en una caja de hierro debajo de la cama. La marquesa había llevado ochocientos mil francos de dote a su marido y éste le daba mensualmente ochenta francos para sus gastos personales. Durante los trece meses que los franceses estuvieron alejados de Milán, esta mujer tan tímida buscó y halló pretextos para vestir siempre negro.

Hemos de confesar que, siguiendo el ejemplo de muchos sesudos autores, hemos comenzado la historia de nuestro héroe un año antes de su nacimiento. Este personaje esencial es efectivamente Fabricio Valserra, marquesino del

Dongo, como dicen en Milán<sup>2</sup>. Precisamente acababa de tomarse el trabajo de nacer cuando los franceses fueron echados de Milán y, por el azar de la cuna resultaba ser el segundo hijo de ese marqués del Dongo, el gran señor que ya conocéis por su amplia faz pálida, su sonrisa hipócrita y su odio feroz hacia las nuevas ideas. Toda la fortuna de la casa quedaba adscrita al primogénito Ascanio del Dongo, digno retrato del padre. Tenía ocho años y Fabricio dos, cuando de pronto ese general Bonaparte que todas las personas bien nacidas creían ahorcado desde mucho tiempo ha, bajó del monte San Bernardo y entró en Milán. ¡Momento único en la historia! Figuraos a un pueblo entero locamente enamorado. Pocos días después Napoleón ganó la batalla de Marengo. Es inútil decir lo demás. La exaltación de los milaneses llegó a su máximo grado; pero esta vez mezclábase con ideas de venganza. A este buen pueblo se le había enseñado a odiar. Pronto viéronse volver a los patriotas deportados en las bocas de Cattaro y su llegada dio motivo a una fiesta nacional. Sus caras pálidas, sus grandes ojos atónitos, sus miembros flacos contrastaban extrañadamente con la alegría desbordante por doquiera. Su llegada fue la señal de partida para las familias más comprometidas. El marqués del Dongo fue de los primeros en huir; marchóse a su castillo de Grianta. Los jefes de las grandes familias estaban llenos de miedo y de odio; pero sus mujeres y sus hijas recordaban las alegrías de la primera estancia de los franceses y añoraban

---

<sup>2</sup> Se pronuncia marquesino. La costumbre del país, costumbre tomada de Alemania, es dar ese título a todos los hijos de un marqués; contino a todos los hijos de un conde, contesina a todas las hijas de un conde, etc. (N. del A.)

Milán y los grandes bailes que, después de Marengo, se organizaron en seguida en la Casa Tanxi. Pocos días después de la victoria de Marengo, el general francés, encargado de mantener la tranquilidad en Lombardía, advirtió que todos los arrendatarios de los nobles, que todas las viejas del campo, lejos de pensar en esta prodigiosa victoria de Marengo que había cambiado los destinos de Italia y reconquistado en un solo día trece plazas fuertes, tenían el espíritu embargado por una profecía de San Giovita, el primer patrón de Brescia. Según esta sagrada palabra, la prosperidad de los franceses y de Napoleón había de terminar a las trece semanas justas de la batalla de Marengo. Lo que disculpa un tanto al marqués del Dongo y a todos los nobles refunfuñones del campo, es que realmente, sin ironía, creían en la verdad de la profecía. Esa gente no había leído cuatro libros en su vida; abiertamente hacían sus preparativos para volver a Milán al cabo de las trece semanas; pero el tiempo pasaba; los franceses se apuntalan nuevos éxitos para su causa. Vuelto a París, Napoleón con sabios decretos salvaba la revolución en el interior, como la había salvado en Marengo contra los extranjeros. Entonces los nobles lombardos, encerrados en sus castillos, cayeron en la cuenta de que habían interpretado mal la profecía del santo patrón de Brescia; no se trataba de trece semanas, sino de trece meses. Pero los trece meses pasaron y la prosperidad de Francia parecía crecer por días.

Nos deslizamos rápidamente por los diez años de progreso y de felicidad que van de 1800 a 1810. Fabricio pasó los primeros años de su vida en el castillo de Grianta dando y recibiendo puñetazos, en la sociedad de los chicos del pue-

blo y no aprendiendo nada, ni siquiera a leer. Luego fue puesto en el colegio de Jesuitas de Milán. El marqués, su padre, exigió que le enseñasen latín y no en esos 26 viejos autores que hablan siempre de república, sino en un magnífico volumen, adornado con más de cien grabados, obra maestra de los artistas del siglo XVII, que contenía la historia genealógica, en latín, de los Valserra, marqueses del Dongo, publicada en 1650 por Fabricio del Dongo, arzobispo de Parma. Como la fortuna de los Valserra había sido sobre todo militar, los grabados representaban batallas y siempre se podía ver a algún héroe, llamado del Dongo, repartiendo mandobles. El libro gustaba mucho al joven Fabricio. Su madre, que adoraba al niño, obtenía de vez en cuando permiso para venir a verlo a Milán; pero como su marido no le ofrecía nunca dinero para esos viajes, prestábasele su cuñada la amable condesa Pietranera. Después de la vuelta de los franceses, la condesa había llegado a ser una de las mujeres más brillantes de la corte del príncipe Eugenio, virrey de Italia.

Cuando Fabricio hizo su primera comunión, la condesa obtuvo permiso del marqués, siempre voluntariamente desterrado, para sacarlo de vez en cuando del colegio. Halló en Fabricio a un niño extraño, ingenioso, muy serio, pero guapo y que no descomponía demasiado el salón de una mujer a la moda; por lo demás era de una ignorancia enciclopédica y apenas si sabía escribir. La condesa que en todo ponía, el fuego y el entusiasmo de su carácter, prometió su protección al director del colegio, si su sobrino Fabricio hacía progresos maravillosos y obtenía, a fin de curso, numerosos premios. Y

para proporcionarle los medios de merecer las tales recompensas, enviábalo a buscar todos los sábados por la tarde y a veces no lo devolvía a sus maestros hasta el miércoles o el jueves. Los jesuitas, aunque tiernamente amados por el príncipe virrey, no eran admitidos en Italia según las leyes del reino; el director del colegio, hombre hábil, comprendió las ventajas que podía sacar relacionándose con una mujer omnipotente en la corte. Jamás pensó en quejarse de las ausencias de Fabricio quien, más ignorante que nunca, obtuvo, a fin de curso, cinco primeros premios. A esta condición, la brillante condesa Pietranera con su marido, general comandante de una de las divisiones de la guardia, y con cinco o seis de los más altos personajes de la corte del virrey, vino a asistir a la distribución de premios de los jesuitas. El director del colegio fue felicitado por sus superiores.

La condesa condujo a su sobrino a todas esas fiestas brillantes que señalaron el reinado demasiado corto del amable príncipe Eugenio. Por su propia autoridad lo había hecho oficial de húsares y Fabricio, a los doce años, llevaba ese uniforme. Un día, la condesa, encantada del precioso talle de su sobrino, pidió para él al príncipe un puesto de paje, lo que significaba que la familia del Dongo se sometía. Pero al día siguiente tuvo que usar de toda su influencia para obtener que el virrey se sirviera olvidar aquella petición, a la que nada faltaba sino el consentimiento del padre del futuro paje y ese consentimiento, de pedirlo, hubiera sido negado violentamente. A consecuencia de esta locura que hizo temblar al marqués gruñón, encontró éste un pretexto para llamar al joven Fabricio a Grianta. La condesa despreciaba olímpica-

mente a su hermano; considerándolo como un necio triste que sería malo si llegaba alguna vez a poder serlo. Pero en cambio Fabricio la tenía encantada, y después de diez años de silencio, escribió al marqués pidiéndole al niño: esta carta no obtuvo contestación.

Al volver al formidable castillo levantado por los más bélicos de sus antepasados, Fabricio no sabía nada más que montar a caballo y hacer la instrucción militar. Su tío el conde Pietranera que estaba tan encantado con el niño como su mujer, le hacía montar a caballo y se lo llevaba a la parada.

Al llegar al castillo de Grianta, Fabricio, que aún tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que había vertido al abandonar los hermosos salones de su tía, no encontró más consuelo que las apasionadas caricias de su madre y de sus hermanas. El marqués se encerraba en su despacho con el hijo mayor, el marchesino Ascanio y allí ambos se dedicaban a la fabricación de cartas cifradas que tenían la honra de llegar hasta Viena; el padre y el hijo no se dejaban ver más que a las horas de comer. El marqués repetía con énfasis que estaba enseñando a su sucesor natural a llevar por partida doble las cuentas de los productos de cada una de sus tierras. En realidad el marqués era demasiado celoso de su poder para hablar de Blas cosas a un hijo que era el heredero forzoso de todas esas tierras. Lo ocupaba en cifrar despachos de quince o veinte páginas que dos o tres veces por semana hacía llegar a Suiza, de donde se encaminaban a Viena. El marqués pretendía dar a conocer a sus legítimos soberanos el estado interior del reino de Italia, estado que no conocía él

mismo; y sin embargo sus cartas lograban mucho éxito. He aquí cómo.

El marqués mandaba a un agente seguro a las carreteras a que contase el número de soldados de un regimiento francés o italiano que cambiaba de guarnición. Daba cuenta del hecho a la corte vienesa rebajando en una cuarta parte el número de los soldados contados. Sus cartas, que además eran ridículas, tenían el mérito de desmentir otras más veraces; por eso gustaban. Y así, poco antes de la llegada de Fabricio al castillo, el marqués había recibido la 28 . placa de una orden muy nombrada; era ya la quinta que adornaba su casaca de chambelán. En verdad, torturábale la pena de no atreverse a lucir ese traje fuera de su despacho; pero no se permitía nunca dictar un parte sin haberse vestido antes con el traje bordado, y haberse puesto todas las placas. Si no lo hiciera así, hubiera creído faltar al respeto.

La marquesa quedó maravillada de las gentilezas de su hijo. Pero había conservado la costumbre de escribir dos o tres veces por año al general conde A..., que era el nombre que ahora llevaba el teniente Robert. La marquesa aborrecía la mentira dirigida a las personas a quienes quería; hizo varias preguntas a su hijo y quedó espantada de su ignorancia.

Si a mí que no sé nada me parece poco instruido, decía-se, a Robert, que es tan sabio, le parecerá que su educación es un fracaso completo; y precisamente ahora el mérito es cosa preciosa. Otra de las particularidades que le extrañó casi tanto como la ignorancia de su hijo, fue que Fabricio había tomado en serio todas las cosas de religión que los jesuitas le habían enseñado. Aunque ella misma era muy piadosa, el

fanatismo del niño le hizo temblar; si el marqués tiene talento bastante para descubrir este medio de influir sobre él, va a quitarme el cariño de mi hijo. Lloró mucho y su pasión por Fabricio aumentó.

La vida era muy triste en ese castillo que llenaba el ir y venir de treinta o cuarenta criados. Fabricio, pues, se pasaba el día cazando o navegando en el lago. Pronto trabó estrecha amistad con los cocheros y los mozos de cuadra; todos eran partidarios entusiastas de los franceses y se burlaban abiertamente de los ayudas de cámara, beatos y fieles a la persona del marqués y del primogénito. El tema principal de burla contra esos graves personajes es que llevaban el pelo empolvado como sus amos.



II

Cuando, llegado Véspero, entúrbianse los ojos,  
Ebrio de porvenir, vuelvo la vista al cielo,  
Donde Dios escribió, con no dudosos trazos  
La suerte y el destino de las criaturas todas.  
Desde los cielos él, mirando a los humanos  
A veces, apiadado, nos enseña el camino;  
Y en los astros celestes, que son sus signos  
ciertos,  
Nos dice el porvenir, adverso o favorable:  
Mas los hombres, en lodo y muerte sepultados,  
Desprecian ese libro y no quieren leerlo.

RONSARD

El marqués profesaba un odio vigoroso a la ilustración y a las luces. Las ideas, decía, son las que han perdido a Italia. Y no sabía cómo conciliar este santo horror de la instrucción con el deseo de ver a su hijo Fabricio perfeccionar la educación que había comenzado tan brillantemente con los jesui-

tas. Para no arriesgarse mucho, encargó al buen abate Blanes, cura de Grianta, que continuase los estudios de latín de Fabricio. Para ello hubiera sido preciso que el cura mismo supiera esta lengua; mas el cura despreciaba el latín y sus conocimientos en este punto se limitaban a recitar de memoria las oraciones de su misal y a explicar su sentido aproximado a los feligreses. No por eso el cura dejaba de ser muy respetado y hasta temido en la comarca; siempre había dicho que la célebre profecía de San Giovita, patrón de Brescia, no se cumpliría ni en trece semanas ni en trece meses. Y cuando hablaba con amigos seguros añadía que ese número trece tenía que ser interpretado de un modo que llenaría de estupor a mucha gente, si fuera permitido decirlo todo (1813) .

El hecho es que el abate Blanes, personaje de una honradez y una virtud primitivas y además hombre de talento, se pasaba las 30 noches en lo alto del campanario; tenía la obsesión de la astrología. Después de pasarse el día calculando conjunciones y posiciones estelares, empleaba la mayor parte de las noches observando el cielo. Como era pobre, no tenía más instrumentos que una lente larga con el tubo de cartón. Puede fácilmente pensarse qué desprecio no sentía por el estudio de las lenguas, un hombre que se pasaba la vida descubriendo la época precisa en que habían de derrumbárselos imperios y estallar las revoluciones que cambian la faz del mundo.

Cuando me han enseñado que caballo en latín se dice *equus*, ¿qué es decía a Fabricio lo que he aprendido de nuevo acerca de ese animal?

Los aldeanos temían al abate Blanes, creyéndolo nigromante; y el abate, por el miedo que inspiraban sus estancias nocturnas en el campanario, les impedía robar. Sus colegas los curas de la comarca odiábanle, envidiosos de su influencia; el marqués del Dongo le despreciaba, sencillamente porque razonaba demasiado para un hombre de tan baja estofa. Fabricio le adoraba: por darle gusto se pasaba a veces noches enteras haciendo sumas o multiplicaciones enormes. Luego subía al campanario, merced insigne que el abate Blanes no había concedido nunca a nadie; pero el cura quería mucho al niño por su ingenuidad.

- Si no te haces hipócrita -le decía-, quizás llegues a ser un hombre.

Dos o tres veces por año, Fabricio, intrépido y lleno de pasión en sus placeres, estaba a punto de ahogarse en el lago. Era el capitán de todos los chicos de Grianta y de la Cadenabia. Los chicos se habían proporcionado algunas llaves, y cuando llegaba la noche, trataban de, abrir los candados de las cadenas con que los barcos estaban atados a una piedra grande o a un árbol de la ribera del lago. Hay que saber que en el lago de Como los pescadores colocan, de industria, unos aparejos a gran distancia de la orilla. La extremidad superior de la cuerda va atada a una tablilla de madera, forrada de corcho, a la cual está fija una finísima varita de fresno que sostiene en su punta una campanilla, la cual suena cuando el pez, preso en el anzuelo, tira de la cuerda y sacude la varita.

El principal objeto de las expediciones nocturnas de los chicos, mandadas por Fabricio, era visitar los aparejos antes

de que los pescadores hubiesen oído las señales de las campanillas. Elegíanse noches de tormenta, y para esas expediciones audaces embarcábanse los chicos una hora antes del amanecer. Cuando subían a la barca, aquellos pequeñuelos creían precipitarse en los mayores peligros, y este era el lado hermoso de la hazaña; siguiendo el ejemplo de sus padres, rezaban devotamente un Ave María. Y a menudo ocurría que en el momento mismo de salir, inmediatamente después de decir el Ave María, Fabricio se sentía inspirado y veía un presagio. Éste era el fruto que había sacado de los estudios astrológicos de su amigo el abate Blanes, en cuyas predicciones no creía. Según su joven imaginación, ese presagio le anunciaba con certeza el éxito bueno o malo de la expedición; y como era más resuelto que todos sus compañeros, la banda entera fue poco a poco acostumbrándose a los presagios de tal modo, que si en el momento de embarcar se veta por la costa a un cura o volaba un cuervo a mano izquierda, volvía en seguida a poner el candado en la cadena del barco y cada cual regresaba a acostarse. Así, pues, aunque el abate Blanes no había comunicado su difícil ciencia a Fabricio, le había inoculado, sin embargo, una confianza ilimitada en las señales que pueden predecir el porvenir.

El marqués comprendía que un accidente en su correspondencia cifrada podía ponerlo a la merced de su hermana; por eso todos los años, hacia el día de Santa Angela, fiesta onomástica de la condesa Pietranera, Fabricio obtenía permiso para estar ocho días en Milán. El chico se pasaba el año esperando o añorando esos ocho días. En esta gran ocasión, el marqués, para que su hijo hiciese ese viaje político, le en-

tregaba cuatro escudos; y a su mujer que le acompañaba no le daba nada, como de costumbre. Pero la víspera del viaje, marchaban a Como uno de los cocineros, seis lacayos y un cochero con dos caballos; y cada día, en Milán, encontraba la marquesa un coche a la orden y una comida de doce cubiertos.

El género de vida gruñón que llevaba el marqués del Dongo no era, de seguro, muy divertido; pero tenía la ventaja de que enriquecía para siempre a las familias que condescendían en adoptarlo. El marqués tenía más de doscientos mil francos de renta, y no gastaba ni la cuarta parte; vivía de esperanzas. En los trece años que van de 1800 a 1813, creyó constantemente que Napoleón iba a caer a los seis meses. ¡Cuál no sería su alegría cuando, a comienzos de 1818, tuvo noticia de los desastres de Beresinal La toma de Paria y la caída de Napoleón estuvieron a punto de volverle loco; permitiéndose entonces proferir los más crueles ultrajes contra su mujer y su hermana. Después de haber esperado durante catorce años, tuvo por fin la inefable alegría de ver las tropas austríacas entrar de nuevo en Milán. Cumpliendo órdenes de Viena, el general austríaco recibió al marqués del Dongo con una consideración muy próxima al respeto; apresuráronse a ofrecerle uno de los primeros puestos en el Gobierno, y lo aceptó como quien recibe el pago de una deuda.

El primogénito obtuvo un despacho de teniente en uno de los más hermosos regimientos de la monarquía; pero el segundo hijo no quiso aceptar una plaza de cadete que le ofrecían. Este triunfo saboreado por el marqués con rara insolencia, duró sólo algunos meses y fue seguido por un

humillante fracaso. No había tenido nunca talento para los negocios; pero además, los catorce años que llevaba pasados en el campo entre sus criados, su notario y su médico, y el mal humor de la vejez, que había llegado ya, acabaron por hacerle totalmente inepto. Y no es posible, en país austríaco, conservar un puesto importante, si no se posee la especie de talento exigida por la administración lenta y complicada, aunque muy razonable, de la vieja monarquía. Las equivocaciones del marqués del Dongo escandalizaban a los empleados y hasta detenían la marcha de los asuntos. Sus dichos ultramonárquicos irritaban a la población, a quien se quería sumir en la incuria y la modorra. Un buen día tuvo la noticia de que Su Majestad se había servido aceptarle la dimisión de su empleo en la administración y al mismo tiempo le concedía el puesto de segundo gran mayordomo mayor del reino lombardo-véneto. El marqués se indignó de la atroz injusticia de que era víctima; hizo imprimir una carta a un amigo, él, que tanto aborrecía la libertad de la prensa. Por último, escribió al emperador que sus ministros le hacían traición y eran unos jacobinos. Hecho esto, volvió tristemente a su castillo de Grianta. Tuvo un consuelo. Después de la caída de Napoleón, algunos poderosos personajes de Milán hicieron apalea en la calle al conde Prina, antiguo ministro del rey de Italia y hombre del mayor mérito. El conde de Pietrainera expuso su vida para salvar la del ministro, que fue muerto a paraguazos, y cuyo suplicio duró cinco horas. Un sacerdote, confesor del marqués del Dongo, hubiera podido salvar a Prina, abriendo la verja de la iglesia de San Giovanni, delante de la cual se arrastraba el desgraciado ministro, a

quien las turbas abandonaron un instante en el arroyo; pero se negó con burlas a abrir la verja, y seis meses después el marqués tuvo la fortuna de obtener para él un buen ascenso.

Aborrecía al conde Pietranera, su cuñado, quien no poseyendo ni cincuenta luises de renta, se atrevía a estar bastante contento, daba en guardar fidelidad a lo que había amado durante toda su vida y tenía la insolencia de enaltecer ese espíritu de justicia, sin consideración a las personas, que el marqués llamaba infame jacobinismo. El conde se había negado a servir a Austria; esta negativa fue explotada, y algunos meses después de la muerte de Prina, los mismos personajes que habían pagado a los asesinos, lograron encarcelar al general Pietranera. La condesa entonces sacó un pasaporte y pidió caballos de posta para ir a Viena a decir la verdad al emperador. Los asesinos de Prina tuvieron miedo, y uno de ellos, primo de la señora Pietranera, vino a las doce de la noche, una hora antes de la marcha a Viena, a entregarle la orden de libertad de su marido. Al día siguiente el general austríaco mandó llamar al conde Pietranera, lo recibió con la mayor distinción posible y le prometió que su pensión de retiro le sería liquidada con la cuota más ventajosa. El valiente general Bubna, hombre de talento y de corazón, parecía avergonzado del asesinato de Prina y de la prisión del conde.

Pasada felizmente esta tormenta, merced al firme carácter de la condesa, los esposos vivieron como pudieron con la pensión de retiro, que no se hizo esperar, gracias a la recomendación del general Bubna.

Por fortuna, ocurría que desde unos cinco o seis años la condesa profesaba mucha amistad a un joven riquísimo, amigo también íntimo del conde, y que no dejaba de poner a su disposición el más hermoso tronco de caballos ingleses que había entonces en Milán, su palco de la Scala y su castillo en el campo. Pero el conde tenía conciencia de su valentía; su alma era generosa y se exaltaba fácilmente permitiéndose entonces pronunciar extrañas palabras. Un día, estando de caza con algunos jóvenes, uno de éstos que había servido bajo diferente bandera que él, empezó a burlarse de la bravura de los soldados de la república cisalpina; el conde le dio un bofetón, batiéronse en el acto, y el conde, solo de su partido en medio de aquellos jóvenes, fue muerto. Mucho se habló de esa especie de desafío, y las personas que se habían hallado en él resolvieron viajar a Suiza.

Ese valor ridículo llamado resignación, valor de necios que se dejan coger sin chistar, no era del uso de la condesa. Furiosa por la muerte de su marido, hubiera querido que Limercati, el riquísimo joven, su amigo íntimo, tuviera también el capricho de viajar a Suiza y de asestar un tiro o un bofetón al matador del conde Pietranera.

Limercati consideró que ese proyecto era enteramente ridículo, y la condesa advirtió entonces de que, en su alma, el desprecio había matado al amor. Multiplicó sus atenciones por Limercati; quería avivar su amor y luego dejarlo plantado y desesperado. Para que este plan de venganza sea inteligible en Francia, diré que en Mirán, tierra muy distante de la nuestra, todavía hay quien por amor llega a la desesperación. La condesa, que en sus vestidos de luto eclipsaba a todas sus



rivales, coqueteó con los jóvenes que sobresalían entonces, y uno de ellos, el conde N..., que había declarado siempre que encontraba el mérito de Limercati algo pesadote y almidonado, para mujer de tanto ingenio, enamoróse locamente de la condesa. Ésta escribió a Limercati:

"¿Quiere usted por una vez obrar como hombre de talento? Pues hágase cuenta de que nunca me ha conocido.

“Vuestra, con un poco de desprecio acaso, humilde servidora,

GINA PIETRANERA”.

Leída esta carta, Limercati se marchó a uno de sus castillos; su amor se exaltó; se volvió loco y habló de saltarse los sesos, cosa desusada en las tierras de infierno. Al día siguiente de su llegada al campo, había escrito a la condesa ofreciéndole su nombre y sus doscientos mil francos de renta. La condesa le devolvió su carta, sin abrirla, por medio del groom del conde N . Después de esto, Limercati permaneció en sus tierras tres años; venía a Milán cada dos meses, pero no tenía el valor de quedarse y fastidiaba a todos sus amigos con su apasionado amor por la condesa y con el minucioso relato de las bondades que ésta tuvo antaño para él. Al principio añadía que con el conde N... la condesa se perdía y que esas relaciones la deshonoraban.

El hecho es que la condesa no sentía amor alguno por el conde N... y se lo declaró cuando estuvo plenamente cierta de la desesperación de Limercati. El conde, que tenía modales, le rogó que no divulgase la triste verdad que acababa de confesarle:

- Si tenéis la bondad extremada —añadió— de continuar recibíendome con todas las distinciones externas concedidas al amante, encontraré quizá un puesto conveniente.

Después de esta declaración heroica, la condesa no quiso admitir los caballos ni el palco del conde N... Pero estaba acostumbrada, desde hacia quince años, a una vida elegante; tuvo que resolver este problema difícil o mejor dicho imposible: vivir en Milán con una pensión de seis mil francos. Abandonó su palacio, alquiló dos habitaciones en un quinto piso y despidió a su servidumbre, hasta su doncella, sustituida por una pobre vieja que hacía la casa. Este sacrificio era en realidad menos heroico y penoso de lo que nos parece; en Milán la pobreza no es ridícula y por tanto no aparece como el peor de los males a las almas atemorizadas. Después de unos meses de esta pobreza noble, durante los cuales la condesa fue continuamente asaeteada por cartas de Limercati; y hasta del conde N... que también quería casarse con ella, sucedió que el marqués del Dongo, que ordinariamente era de una avaricia aborrecible, pensó que sus enemigos podrían acaso sacar ventaja de la miseria de su hermana. ¡Cómo, una del Dongo reducida a Vivir con la pensión que la corte de Viena, de la que tantas quejas tenía, concede a las viudas de los generales)

Le escribió que en el castillo de Grianta le esperaban un alojamiento y un trato dignos de su hermana. El alma inquieta de la condesa acogió con entusiasmo la idea de este nuevo género de vida; veinte años hacía que no habitaba ese castillo venerable, erguido majestuosamente entre los viejos castaños plantados en el tiempo de los Sforza. Allí, decíase,

encontraré el descanso y, a mi edad, ¿no es la felicidad? (Como tenía treinta y un años, creíase llegado el momento de jubilarse). En ese lago sublime, donde he nacido, me espera por fin una vida feliz y apacible.

Yo no sé si se equivocaba, pero lo cierto es que esa alma apasionada que acababa de despreciar tan gentilmente dos inmensas fortunas, llevó la felicidad al castillo de Grianta. Sus dos sobrinas estaban locas de alegría.

- Me has devuelto los hermosos días de mi juventud - decía la marquesa al abrazarla-; la víspera de tu llegada tenía yo cien años.

La condesa se dedicó a recorrer, con Fabricio, todos los sitios encantadores, próximos a Grianta, tan celebrados por los viajeros: la villa Melzi del otro lado del lago, frente al castillo al que sirve de punto de vista; encima el bosque sagrado de los Sfondrata y el audaz promontorio que separa las dos partes del lago, la de Como, tan voluptuosa y la que corre hacia Lecco, llena de severidad: aspecto sublime y gracioso, igualado acaso, pero no sobrepujado por el paisaje más famoso del mundo, la bahía de Nápoles. Con arrebatado encanto volvía la condesa a encontrar los recuerdos de su primera juventud y los comparaba con sus sensaciones actuales. El lago de Como, decía, no está rodeado, como el de Ginebra, de grandes campos bien cercados y cultivados según los mejores métodos, cosas todas que recuerdan el dinero y la especulación. Aquí veo por todas partes colinas desiguales, altozanos cubiertos de bosquecillos, nacidos al azar y no estropeados aún por la mano del hombre, no obligados a dar renta. En medio de esas colinas de formas admi-

rables que se vuelcan en el lago en tan singulares pendientes, puedo conservar la ilusión de las descripciones de Tasso y de Ariosto. Todo es noble y tierno, todo habla de amor y nada recuerda las fealdades de la civilización. Las aldeas colgadas a media pendiente, están ocultas por grandes árboles y, por encima de las copas de los árboles, la arquitectura encantadora de sus preciosos campanarios. Si algún breve campo de cincuenta pasos de ancho <sup>36</sup> viene a interrumpir de vez en cuando las enramadas de castaños y de cerezos salvajes, ven allí ojos satisfechos crecer plantas más robustas y felices que en parte alguna. Más allá de esas colinas, en cuyas cimas se divisan ermitas que uno querría habitar, descubre atónita la mirada los picos de los Alpes, siempre nevados, y su severa austeridad trae a la memoria algo de las desgracias de la vida, justo lo necesario para acrecentar la voluptuosidad presente. La imaginación se conmueve al oír el lejano sonido de la campana de una aldehuela oculta entre árboles. Esos sonidos, que las aguas transportan dulcificándolos, toman un tinte de dulce melancolía y de resignación y parecen hablar al hombre diciéndole: la vida huye, no pongas reparos a la felicidad que se presenta y apresúrate a gozar. La lengua que hablan estos lugares encantadores, que en el mundo no tienen par, devolvió a la condesa su corazón de quince años. No concebía cómo pudo pasar tanto tiempo sin ver el lago. ¿Será, decía, que la felicidad se ha refugiado en el umbral de la vejez? Compró una barca que Fabricio, la marquesa y ella, adornaron con sus propias manos, pues carecían de dinero para todo, en medio del tren de casa más espléndido. Desde su caída, el marqués del Dongo había multiplicado la fastuo-

sidad aristocrática. Por ejemplo, para ganar sobre el lago diez pasos de terreno, cerca de la famosa avenida de los plátanos, al lado de la Cadenabia, estaba construyendo un malecón cuyo costo ascendía a ochenta mil francos. A la extremidad del malecón, veíase en construcción una capilla, hecha sobre los dibujos del famoso marqués Cagnola, toda de bloques enormes de granito, y en la capilla tallaba el famoso Marchesi, el escultor de moda en Milán, un sepulcro con numerosos relieves que representaban las hazañas de los antepasados de la familia del Dongo.

El hermano mayor de Fabricio, el marchesino Ascanio, quiso unirse a las señoras en sus paseos; pero su tía le echaba agua en el cabello empolvado, y a diario inventaba una nueva burla contra su gravedad. Por fin libró a la alegre reunión de la presencia de su persona gruesa y mate. Nadie se atrevía a reír delante de él; creían que era un espía del padre y no querían enojar a ese déspota severo, siempre furioso desde su forzada dimisión.

Ascanio juró vengarse de Fabricio.

Hubo una tempestad en la que se corrió peligro. Aunque se disponía de poquísimos dinero, los dos barqueros fueron generosamente pagados para que no dijeran nada al marqués, quien se manifestaba ya muy malhumorado de que sus dos hijas fueran a las excursiones. Otro día se desencadenó una segunda tormenta. Son horribles e imprevistas en este hermoso lago; de improviso salen ráfagas de viento de dos gargantas opuestas y chocan sobre las aguas. La condesa quiso desembarcar en medio del huracán y de los rayos, asegurando que sobre una roca en medio del lago, del tamaño

de una habitación pequeña, gozaría de un singular espectáculo, viéndose acometida por todas partes por las olas furiosas. Pero al saltar de la barca se cayó al agua. Fabricio se tiró tras ella para salvarla y ambos fueron arrastrados bastante lejos. Sin duda ahogarse no es bello; pero el fastidio, extrañado, huía del castillo feudal. La condesa se, había apasionado por el carácter primitivo y por la astrología del abate Blanes. Con el poco dinero que le quedó después de la compra de la barca, adquirió un pequeño telescopio de ocasión y, casi todas las noches, iba con sus sobrinas y Fabricio a establecerse en la plataforma de una de las torres góticas del castillo. Fabricio era el sabio de la reunión y allí pasaban todos muy alegres horas lejos de los espías.

Hay que confesar que había días en que la condesa no dirigía la palabra a nadie; se la veía pasear bajo los altos castaños, sumida en negros ensueños; tenía demasiado talento para no sentir a veces cuán fastidioso es no cambiar ideas. Pero al día siguiente reía como antes; las quejas de la marquesa, su cuñada, eran las que producían esas impresiones sombrías en un alma tan activa por naturaleza.

- ¿Es que vamos a; pasar lo que nos queda de juventud en este triste castillo? -exclamaba la marquesa.

Antes de la llegada de la condesa, no tenía siquiera el valor de sentir esas añoranzas.

Así pasaron el invierno de 1814 a 1815. Dos veces, a pesar de su pobreza, fue la condesa a pasar unos días en Milán, para ver un bailable sublime de Viganó, que daban en la Scala. El marqués no prohibía a su esposa que acompañase a su cuñada. Cobrábanse los trimestres de la pequeña pensión

y era la pobre viuda del general cisalpino la que prestaba algunas monedas de oro a la riquísima marquesa del Dongo. Aquellas excursiones eran encantadoras; sentábanse a la mesa algunos viajeros amigos y de todo se consolaban, riendo como niños. Esta alegría italiana, llena de brío y de imprevido, daba al olvido la tristeza sombría que la mirada del marqués y de su primogénito esparcían en Grianta en su derredor. Fabricio, que apenas tenía diecisiete años, hacía muy bien de amo de casa.

El 7 de mayo de 1815 hacía dos días que las señoras habían vuelto de un precioso viajecito a Milán; estaban paseándose por la hermosa avenida de plátanos que había sido prolongada hacía poco tiempo hasta el borde mismo del lago. Vióse venir una barca del lado de Como con un hombre dentro que hacía señales extrañas. Un agente del marqués saltó al muelle: Napoleón acababa de desembarcar en el golfo Juan. Europa tuvo la ingenuidad de sorprenderse de este suceso que no sorprendió al marqués del Dongo, quien escribió a su soberano una carta llena de efusión ofreciéndole sus talentos y algunos millones y repitiéndole que sus ministros eran unos jacobinos que se entendían con los que en París dirigían la revuelta.

El 8 de marzo, a las seis de la mañana, el marqués vestido de gala, con sus insignias, escribía, dictándole su hijo mayor, el borrador de un tercer despacho político; estaba ocupado en copiarlo con su hermosa letra bien cuidada, en un papel que llevaba en filigrana la efigie del soberano. En el mismo instante Fabricio entraba en la habitación de la condesa Pietranera.

- Me voy –dijo-, me voy con el emperador que es también rey de Italia; ¡le tenía tanto cariño a tu marido! Pasaré por Suiza. Esta noche última, en Menagio, mi amigo Vari, el vendedor de barómetros, me ha dado su pasaporte; ahora dame tú algunos napoleones, que yo no tengo más que dos; pero si es preciso, iré a pie.

La condesa lloraba de alegría y de emoción.

-¡Dios mío!, ¡por qué se te ha ocurrido esta ideal - exclamaba oprimiendo las manos de Fabricio.

Se levantó y fue a coger en el armario de la ropa, en donde estaba cuidadosamente oculta, una bolsita adornada con perlas; era todo lo que tenía en el mundo.

-Toma -dijo a Fabricio-, pero en nombre de Dios, no te hagas matar. ¿Qué nos quedará a tu desgraciada madre y a mí, si vienes a faltarnos? En cuanto al éxito de Napoleón, es imposible, pobre amigo mío; nuestros caballeritos sabrán bien hacerle morir. ¿No te acuerdas de la historia que nos contaron en Milán, hace ocho días, de esos veintitrés proyectos de asesinato, tan bien combinados todos y de los que por milagro escapó? Y entonces era todopoderoso. Y ya has visto que no le faltan a nuestros enemigos las ganas de matarle. Francia, desde su marcha, no era ya nada.

Con el acento de la más viva emoción hablaba la condesa a Fabricio de los futuros destinos de Napoleón.

- Permiéndote que vayas con él, le sacrifico lo que más quiero en el mundo -decía.

Los ojos de Fabricio se llenaron de lágrimas que vertió abrazado a la condesa. Pero su resolución de marchar no fue alterada ni un instante. Explicaba efusivamente a esta amiga



tan querida las razones que le habían decidido; nos tomamos la libertad de encontrarlas muy graciosas.

Ayer tarde, eran las seis menos siete minutos, nos paseábamos, como sabes, por la orilla del lago, en la avenida de los plátanos, por debajo de la casa Sommariva y marchábamos hacia el sur. Ahí, por primera vez, advertí a lo lejos la barca que venía de Como, trayendo la gran noticia. Mirando yo esa barca, sin pensar en el emperador y envidiando tan sólo la suerte de los que pueden viajar, fui de pronto atenazado por una emoción profunda. La barca tomó tierra, el agente habló bajo con mi padre, quien mudó el color y nos llamó aparte para anunciarnos la terrible nueva. Me volví hacia el lago sin otro propósito que el de ocultar las lágrimas de alegría que inundaban mis ojos. De pronto, a una altura inmensa y a mi derecha, vi un águila, el pájaro de Napoleón; volaba majestuosa hacia Suiza y por consiguiente hacia París. Pues yo también, me dije al momento, atravesaré la Suiza con la rapidez de un águila é iré a ofrecer a ese gran hombre poca cosa, pero en fin, lo que puedo ofrecerle, la ayuda de mi débil brazo. El quiso darnos una patria; él tuvo afecto por mi tío. En el mismo instante, estando el águila aún visible, mis lágrimas se Secaron por un singular efecto; y la prueba de que esta idea viene de arriba es que en el mismo momento, sin discutir, tomé mi resolución y percibí claramente los medios de llevar a cabo ese viaje. En un abrir y cerrar de ojos, han sido barridas, como por un soplo divino, las tristezas todas que, como tú sabes, envenenan mi vida, sobre todo los domingos. He visto la grande imagen de Italia alzarse

sobre el fango en donde los alemanes la tienen sumida<sup>3</sup>; tenía sus brazos heridos y medio enredados aún en sus cadenas hacia su rey y su libertador. Y yo, dije para mí, hijo aún desconocido de esa madre desgraciada, yo partiré, yo iré a morir o a vencer con ese hombre, señalado por el destino, y que quiso purificarnos y librarnos del desprecio con que nos miran aún los más esclavos y viles habitantes de Europa.

- ¿Conoces -añadió en voz baja, acercándose a la condesa y fijando en ella sus ojos de donde brotaban llamas-, conoces un castaño joven que mi madre, el invierno en que yo nací, plantó por su mano al lado de la fuente grande en nuestro bosque, a dos leguas de aquí? Pues antes de hacer nada he querido visitarlo. La primavera no está muy avanzada, decíame; pues bien, si mi árbol echa hojas, esto será para mí un signo cierto. También yo he de salir de la modorra, en que me extenué en este castillo triste y frío. ¿No encuentras tú que estos viejos muros ennegrecidos, símbolos hoy, instrumentos ayer del despotismo, son la imagen verdadera del triste invierno? Son para mí lo que el invierno es para mi árbol. Pues, ¿querrás creerlo, Gina? Ayer tarde a las siete y media llegué a mi castaño; tenía hojas, unas preciosas hojitas bastante crecidas ya. Las besé sin hacerles daño. Removí la tierra con respeto alrededor del árbol querido. En seguida, llegué a Menagio; necesitaba un pasaporte para entrar en Suiza. El tiempo volaba y era ya la una de la madrugada cuando me encontré frente a la casa de Vasi. Pensaba que iba a tener que llamar mucho para despertarle; pero estaba

---

<sup>3</sup> Habla un personaje apasionado; traduce en prosa unos versos del célebre Monti. (N. del A.)

con tres amigos. A mis palabras, exclamó: "¡Vas a reunirte con Napoleón!" Y se me colgó al cuello. Los otros tres también me abrazaron con emoción. "¿Por qué he de estar yo casado?", decía uno.

La señora Pietranera se había quedado pensativa; creyó que debía hacer algunas objeciones. Si Fabricio hubiera tenido la más mínima experiencia, habría visto que la condesa misma no creía en las buenas razones que apresuradamente iba exponiendo. Pero si no experiencia, tenía resolución y ni siquiera escuchó esas razones. La condesa se redujo pronto a convencerle de que comunicara su proyecto a su madre.

-Lo diré a mis hermanas y las mujeres me traicionarán aun sin querer -exclamó Fabricio con una especie de orgullo heroico.

-Habla con más respeto -dijo la condesa sonriendo entre lágrimas- del sexo que hará tu fortuna; pues disgustarás a los hombres siempre; tienes demasiado fuego para las almas prosaicas.

La marquesa prorrumpió en llanto al enterarse del extraño proyecto de su hijo; no comprendía su heroísmo y trabajó lo posible para detenerlo. Cuando se convenció de que nada en el mundo, a no ser las murallas de una prisión, podían impedir su marcha, le dio el poco dinero que poseía y luego se acordó de que desde la víspera tenía ocho o diez diamantes pequeños que valían acaso diez mil francos y que el marqués le había entregado para mandarlos engarzar en Milán. Las hermanas de Fabricio entraron en el cuarto de su madre, mientras la condesa cosía los diamantes en el traje de viaje de nuestro héroe, quien devolvía a las pobres mujeres

sus raquíticos napoleones. Sus hermanas se entusiasmaron tanto con el proyecto y le abrazaron con tan ruidosa alegría, que cogió en la mano los pocos diamantes que aún quedaban por esconder y quiso marchar en el acto.

-Me traicionaréis a pesar vuestro -dijo a sus hermanas-. Puesto que tengo tanto dinero, es inútil llevar ropa que se encuentra en todas partes.

Abrazó a tan queridas personas y partió en el instante mismo, sin querer volver a su cuarto. Tan de prisa anduvo, por miedo de ser perseguido por gente de a caballo, que aquella misma noche entraba en Lugano. Gracias a Dios estaba en una ciudad suiza y ya no temía ser cogido a la fuerza, en un camino solitario, por gendarmes pagados por su padre. Desde aquí escribió a su padre una hermosa carta, debilidad infantil que dio consistencia a la ira del marqués. Fabricio tomó un caballo, atravesó el San Gotardo y entró en Francia por Pontarlier. El emperador estaba en París. Aquí comenzaron las desgracias de Fabricio; había marchado con la firme intención de hablar al emperador; nunca se le ocurrió que fuera cosa difícil. En Milán veta al príncipe Eugenio diez veces al día, y hubiera podido dirigirle la palabra. En París, iba todas las mañanas al patio de las Tullerías a ver las revistas que Napoleón pasaba; pero nunca pudo acercarse al emperador. Nuestro héroe creía que todos los franceses estaban conmovidos profundamente por el peligro extremado que corría la patria. En la mesa del hotel, donde se había alojado, no ocultó sus proyectos y su devoción; encontró a jóvenes de una amable dulzura, más entusiastas aún que él, quienes en pocos días consiguieron robarle todo el dinero

que llevaba. Felizmente no había hablado, por pura modestia, de los diamantes de su madre. La mañana en que después de una orgía se vio decididamente robado, compró dos hermosos caballos, tomó de criado a un antiguo soldado, mozo de cuadra del mercader de caballos, y, despreciando a los jóvenes parisienses charlatanes, partió para el ejército. No sabía más sino que la concentración se hacía en Maubeuge. Apenas llegado a la frontera, pensó que era ridículo permanecer en una casa, ocupado en calentarse al fuego de una buena chimenea, mientras los soldados acampaban. A pesar de las advertencias de su criado, que no carecía de buen sentido. corrió meterse, imprudente, en los campamentos de la frontera, en la carretera de Bélgica. Apenas había llegado al primer batallón situado al borde de la carretera, cuando los soldados se pusieron a mirar al joven burgués cuya indumentaria en nada recordaba el uniforme. La noche venía, soplaban un viento frío, y Fabricio se acercó a la fogata, pidiendo hospitalidad y ofreciendo pagarla. Los soldados se miraron extrañados sobre todo de la idea de pagar, y le hicieron bondadosamente un sitio al lado del fuego; su criado le arregló un refugio. Pero una hora más tarde, pasando cerca del campamento el suboficial ayudante del regimiento, fueron los soldados a referirle la llegada del extranjero que hablaba mal el francés. El ayudante interrogó a Fabricio, quien habló de su entusiasmo por el emperador con un acento muy sospechoso. El suboficial entonces le rogó que le acompañase a presencia del coronel, que se había alojado en una casa de labor próxima. El criado de Fabricio se acercó con los dos caballos. Al verlos el ayudante suboficial pareció

impresionarse tanto, que en seguida mudó de pensamiento y se puso a interrogar también al criado. Éste, que era antiguo soldado, advirtió en seguida el plan de campaña de su interlocutor y se puso a hablar de los protectores que tenía su amo, añadiendo que desde luego no se dejaría robar sus hermosos caballos. El ayudante llamó en seguida a un soldado, que cogió preso al criado, y otro soldado cuidaba de los caballos, mientras que él, con tono seco y severo, ordenaba a Fabricio que le siguiera sin chistar.

Después de andar una legua larga a pie en la obscuridad que hacían más profunda en apariencia los fuegos del campamento alumbrando el horizonte por todas partes, el ayudante entregó a Fabricio a un oficial de gendarmería, que con tono grave le pidió sus papeles. Fabricio le enseñó su pasaporte, en donde aparecía como un vendedor de barómetros portador de su mercancía.

-¡Qué bestias! -exclamó el oficial-; es de verdad demasiado.

Hizo algunas preguntas a nuestro héroe, que habló del emperador y de la libertad en términos del más vivo entusiasmo; a esto el oficial de gendarmería soltó el trapo a reír.

-¡Vaya por Dios!, no eres muy listo, no -exclamó-. Es cosa fuerte que se atrevan a mandarnos rapaces de tu género.

Y por mucho que dijera Fabricio, que se esforzaba por explicar cómo, en efecto, no era vendedor de barómetros, el oficial lo mandó a la cárcel de B..., pequeña ciudad próxima, adonde nuestro héroe llegó hacia las tres de la mañana, furioso y muerto de cansancio.

Fabricio, sorprendido primero e irritado después, sin comprender nada de lo que le sucedía, pasó treinta y tres largos días en esta miserable prisión; escribía al comandante de plaza carta tras carta, y la mujer del carcelero, hermosa flamenca de treinta y seis años, era la encargada de remitirlas a su destino. Pero como la buena mujer no tenía ninguna gana de que fusilasen a un muchacho tan guapo, que además pagaba bien, se apresuraba a tirar las cartas al fuego. Por la noche, muy tarde, dignábase venir a escuchar las quejas de su prisionero. Había dicho a su marido que el jovencito tenía dinero, oído lo cual, el prudente carcelero le había dado carta blanca. Usó de este permiso y recibió algunos napoleones de oro, pues el ayudante no le había quitado a Fabricio más que los caballos, y el oficial de gendarmería no le había registrado. Una tarde del mes de junio oyó Fabricio un fuerte cañoneo, aunque bastante lejano. ¡Batíanse por fin! Su corazón saltaba de impaciencia. También oyó mucho ruido en la ciudad; en efecto, operábase un gran movimiento y tres divisiones pasaban por B .... Cuando hacia las once vino la mujer del carcelero a compartir sus penas, Fabricio fue aún más amable que de costumbre, y luego, cogiéndole las manos:

-Haga usted que salga de aquí, y le juro por mi honor que volveré a la cárcel en cuanto haya terminado la batalla.

-Todo eso son tonterías. ¿Tienes monis?

Fabricio pareció inquieto, pues no entendía la palabra monis. La carcelera al ver ese movimiento, creyó que la bolsa estaba próxima a vaciarse, y en lugar de hablar de napoleones, como había decidido, no habló ya más que de francos.

-Oye -dijo-, si puedes soltar un centenar de francos, pondré un doble napoleón en cada uno de los ojos del cabo que va a venir a relevar la guardia de noche. No podrá así verte salir de la cárcel, y si su regimiento ha de marchar en el día, aceptará.

Pronto quedó cerrado el trato. La carcelera consintió en esconder a Fabricio en su cuarto, de donde podría evadirse más cómodamente al otro día.

A la mañana siguiente, antes de rayar el alba, esta mujer dijo enternecida a Fabricio:

-Niño mío querido, bien joven eres para tener ya un oficio tan feo; créeme, no lo llagas más.

-¿Qué, qué? -repetía Fabricio-, ¿es acaso un crimen querer defender la patria?

-Basta, Acuérdate siempre de que te he salvado la vida; tu caso estaba claro y te hubieran fusilado. Pero no lo digas a nadie, pues nos harías perder la colocación a mi marido y a mi. Y, sobre todo, no vuelvas a contar ese cuento tártaro de hidalgo milanés disfrazado de vendedor de barómetros; es demasiado tonto. óyeme bien, voy a darte el traje de un húsar que murió anteayer en la cárcel; abre la boca lo menos posible, y si un sargento de caballería te pregunta de modo que no tengas más remedio que contestar, di que has estado enfermo en casa de un aldeano que te ha recogido por caridad, temblando de fiebre en una carretera. Si esa respuesta no satisface, añade que vas en busca de tu regimiento. Quizá por tu acento te detengan; di entonces que has nacido en Piamonte, que eres quinto, que te has quedado en Francia el año pasado, etc., etc...



Por primera vez, después de treinta y tres días de furor, comprendió Fabricio la causa de todo lo que le sucedía. Tomábanle por un espía. Discutió con la carcelera, que aquella mañana estaba muy tierna; mientras que provista de una aguja ésta achicaba las prendas del húsar, Fabricio contó su historia muy por lo menudo a la mujer extrañada. Por un momento ella lo creyó. ¡Tenía un aspecto ingenuo y estaba tan guapo de húsar!

-Puesto que tantas ganas tienes de combatir -le dijo al fin, casi convencida-, no tenías más que haberte alistado en un regimiento, al llegar a París. Con convidar a beber a un sargento, era cosa hecha.

La carcelera le dio, además, muchos buenos consejos para el porvenir, y por fin, rayando el alba, sacó a Fabricio de su casa haciéndole jurar mil y mil veces que no pronunciaría nunca su nombre, sucediese lo que sucediese. En cuanto Fabricio hubo salido de la pequeña ciudad, andando con gentil talante y llevando el sable bajo el brazo, asaltáronle escrúpulos: "Heme aquí, pensó, con el traje y los papeles de un húsar muerto en la cárcel, adonde fue, según dice, por el robo de una vaca y de unos cubiertos de plata. Por decirlo así, soy el sucesor de ese ser... y sin quererlo ni preverlo en manera alguna. ¡Cuidado con la cárcel!... El presagio está bien claro; mucho tendré que sufrir de la prisión."

No había transcurrido una hora desde que Fabricio dejara a su bienhechora, cuando empezó a llover con tanta fuerza que el nuevo húsar apenas si podía andar, estorbándole la marcha las botas de montar bastísimas y hechas a otra medida. Se encontró con un aldeano montado en un

mal caballejo, y compró el caballo, explicándole por señas; la carcelera le había recomendado que hablara lo menos posible, por causa de su acento.

El ejército aquel día estaba en marcha hacia Bruselas, después de haber ganado la batalla de Ligny; era la víspera de la batalla de Waterloo. Hacia las doce del día, continuando la lluvia torrencial, Fabricio oyó el ruido del cañón; esta felicidad hízole olvidar por completo los horribles instantes de desesperación que acababa de proporcionarle una prisión tan injusta. Anduvo hasta muy entrada la noche, y como ya empezaba a tener algún sentido común, fue a alojarse en una casa de aldeano que vio lejos de la carretera. El aldeano lloraba y afirmaba que se lo habían llevado todo; Fabricio le dio un escudo y encontró avena. Mi caballo no es hermoso, pensó, pero no importa; a lo mejor le gusta a un suboficial. Y se fue a dormir a la cuadra, al lado del animal. Al día siguiente, Fabricio estaba en la carretera una hora antes de rayar el alba, y a fuerza de caricias había conseguido que el caballejo tomara el trote. Hacia las cinco oyó el cañoneo; eran los preliminares de Waterloo.

### III

Fabricio encontró bien pronto a unas cantineras, y el agradecimiento extremado que sentía por su carcelera de B... le indujo a dirigirles la palabra; preguntó a una de ellas dónde estaba el 4º regimiento de húsares, al que pertenecía.

-Más te valdría no darte tanta prisa, soldadito mío -dijo la cantinera, conmovida por la palidez y los hermosos ojos de Fabricio-. Todavía no tienes el puño bastante fuerte para los sablazos que van a darse hoy. Si siquiera tuvieras un fusil, no digo que no podrías soltar tu tiro como cualquier otro.

Este consejo disgustó a Fabricio; pero por mucho que empujaba a su caballo, no podía ir más de prisa que el carrito de la cantinera. De vez en cuando el ruido del cañón parecía aproximarse y no los dejaba entenderse, pues Fabricio estaba tan fuera de sí de entusiasmo y de felicidad, que había vuelto a reanudar la conversación. Cada palabra de la cantinera duplicaba su felicidad, porque se la patentizaba más. Salvo su verdadero nombre y su fuga de la cárcel, acabó por decirlo todo a una mujer que parecía tan buena. La cantinera, muy

extrañada, no entendía nada de lo que le contaba este soldadito.

-Ya, ya lo descubro todo -exclamó por fin con un ademán triunfador-; es usted un joven burgués enamorado de la mujer de algún capitán del 4º de húsares. Su amante de usted le habrá regalado el uniforme que lleva, y corre usted ahora detrás de ella. Porque es verdad, como hay Dios, que no ha servido usted nunca en la, milicia. Pero como es usted un chico valiente, quiere usted entrar en fuego ya que su regimiento de usted está en fuego, y no pasar por cobarde.

Fabricio asintió a todo; era ésta la única manera que tenía de recibir buenos consejos.

Yo ignoro todos los modos que estos franceses tienen de obrar, pensaba, y si alguien no me guía, aún conseguiré que me metan en la cárcel y me roben mi caballo.

-Ante todo, rapaz -le dijo la cantinera, que se iba haciendo cada vez más amiga-, confiesa que ni siquiera tienes veinte años; a lo más te doy diecisiete.

Era verdad, y Fabricio asintió sin dificultad.

-Así, pues, ni siquiera eres quinto; y sólo por los hermosos ojos de la dama vas a que te rompan los huesos. ¡Vaya un gusto de la señora! Si tienes todavía alguna de las onzas de oro que ha debido darte, lo primero que tienes que hacer es comprarte otro caballo; mira cómo tu jamelgo endereza las orejas cuando el ruido del cañón se acerca un poco; ése es un caballo de aldeano que te hará matar en cuanto entre en línea. ¿Ves ese humo blanco allí por encima del cercado aquél? Pues eso es el fuego de pelotón. Prepárate, pues,

muchacho, a sentir miedo para cuando oigas silbar las balas. Harías bien en comer algo, mientras que aún es tiempo.

Fabricio siguió el consejo, y dándole un napoleón a la cantinera le dijo que se cobrase.

-Da lástima verte -exclamó la mujer-; ¡el pobre infeliz ni siquiera sabe gastar su dinero! Merecerías que después de guardar tu napoleón pusiera mi yegua al trote; ni por pienso podría tu jaco seguirme. ¿Qué harías, tonto, viéndome escapar? Mira, niño, cuando hay jaleo nunca se enseña oro. Toma dilo, ahí van dieciocho francos y cincuenta céntimos; tu desayuno te cuesta seis francos. Y ahora vamos a tener caballos para poner almacén. Si el animal es pequeño, da diez francos por él; y, en todo caso, no des nunca más de veinte, aunque fuera el caballo del Cid.

Terminada la comida, la cantinera, que seguía perorando, fue interrumpida por una mujer que venía por el campo y llegó a la carretera.

-Eh, eh -gritó esta mujer-; eh, ¡Margot!, tu sexto regimiento ligero está a la derecha.

-Tengo que dejarte, rapaz dijo la cantinera a nuestro héroe-; pero en verdad me das pena; te tengo amistad, ¡caramba! No sabes nada de nada y vas a dejarte tundir, como hay Dios. Vente conmigo al 6º ligero.

-Bien comprendo que no sé nada -dijo Fabricio-; pero quiero pelear, y estoy resuelto a ir allá, adonde está ese humo blanco.

-Mira, mira cómo tu caballo menea las orejas. En cuanto llegue allí, por poca fuerza que tenga, se irá de la mano y se echara a galopar, y entonces sabe Dios adónde irá a llevarte.

Créeme, vente conmigo. En cuanto estés con los soldaditos coges un fusil y una cartuchera, te pones al lado de los otros y haces como ellos, exactamente. Pero, Dios mío, apuesto a que ni siquiera sabes romper un cartucho.

Fabricio, picadísimo, confesó, sin embargo, a su nueva amiga, que había adivinado.

-¡Pobre rapaz! Van a matarlo en seguida, como hay Dios; no irá para largo. Tienes que venirte conmigo, absolutamente -replicó la cantinera con tono autoritario.

-Pero si yo quiero pelear.

-Ya pelearás también; anda, el 6º ligero es famoso, y hoy habrá tarea para todo el mundo.

-Pero, ¿llegaremos pronto a su regimiento?

-Dentro de un cuarto de hora, a lo más.

Recomendado por esta buena mujer, pensó Fabricio, no me tomarán por espía, a pesar de mi ignorancia de todo y podré pelear. En este momento el ruido del cañón aumentó; un trueno seguía al otro sin interrupción.

-Parece un rosario -dijo Fabricio.

-Ya empezamos a entrever los fuegos de pelotón -dijo la cantinera, dando un latigazo a su caballito que parecía animado por el fuego.

La cantinera torció a la derecha y echó por un atajo en medio de los prados; había un palmo de barro; la carretilla estuvo a punto de no poder salir; Fabricio empujó la rueda. Su caballo se cayó dos veces; el atajo, que iba secándose conforme se adelantaba, convirtióse pronto en un sendero entre la hierba. Fabricio no había andado quinientos pasos, cuando

su jamelgo se paró en seco; un cadáver obstruía el sendero, horrorizando por igual al caballo y al jinete.

La cara de Fabricio, pálida de suyo, tomó un tinte verdoso, muy pronunciado; la cantinera, habiendo mirado al muerto, dijo como para sí: Éste no es de nuestra división. Y luego, alzando los ojos y dirigiéndose a nuestro héroe, soltó el trapo a reír.

-¡Ya, ya, muchacho —exclamó—, vaya una fiesta!

Fabricio estaba helado. Lo que más le conmovía era la suciedad de los pies de ese cadáver, ya despojado de sus botas y de todo, no quedándole más que un pantalón malo manchado de sangre.

-Acércate —le dijo la cantinera—, baja del caballo; tienes que acostumbrarte. Mira exclamó, le ha entrado por la cabeza.

Una bala, que entró junto a la nariz, había salido por la sien opuesta desfigurando al cadáver de un modo horrible; tenía abierto un ojo.

-Bájate del caballo —dijo la cantinera—, y dale un apretón de manos; ya verás si te contesta.

Sin vacilar, aunque medio muerto de asco, Fabricio se tiró al suelo y cogió la mano del muerto, que sacudió de firme; luego quedó como aniquilado: sentía que no tenía ya fuerza para volver a subirse en el caballo. Lo que más le horrorizaba era el ojo abierto.

La cantinera va a creer que soy un cobarde, decía con amargura.

Pero veía la imposibilidad de hacer el menor movimiento; se hubiera caído. Fue un momento horrible; Fabri-

cio estuvo a punto de caerse del todo. La cantinera lo advirtió, saltó ligera al suelo y le presentó, sin decir palabra, un vaso de aguardiente, que Fabricio bebió de un golpe. Así pudo volver a subir en el jaco y continuó el camino sin decir palabra. La cantinera lo miraba de vez . en cuando con el rabillo del ojo.

-Mañana pelearás, pequeño -le dijo por fin-. Hoy te quedarás conmigo. Bien ves que tienes que aprender el oficio de soldado.

-No, al contrario, quiero pelear hoy, en seguida - exclamó nuestro héroe con ademán sombrío, que pareció buen presagio a la cantinera.

El ruido del cañón aumentaba y parecía acercarse. Los cañonazos empezaban a fundirse unos en otros como un acompañamiento musical sostenido; un estampido no se separaba del siguiente por ningún intervalo, y sobre ese bajo continuo que recordaba el ruido de un lejano torrente, distinguíanse muy bien los fuegos de sección.

En este momento el camino se metía por un bosquecillo. La cantinera vio a tres o cuatro de nuestros soldados que venían hacia ella a todo correr; saltó ligera del coche y corrió a esconderse a quince o veinte pasos del sendero. Se ocultó en un agujero que había dejado en el suelo un árbol arrancado. Bien, se dijo Fabricio; voy a, ver si soy cobarde. Se detuvo al lado del carricoche, abandonado por la cantinera, y sacó el sable. Los soldados no se fijaron en él y pasaron corriendo a lo largo del bosque, a la izquierda del camino.

-Son de los nuestros -dijo tranquilamente la cantinera, volviendo jadeante hacia su cochecillo-. Si tu caballo fuese



capaz de galopar, te diría que fueses hasta la punta del bosque a ver si hay alguien en la llanura.

Fabricio no dejó que se lo dijera dos veces; arrancó una rama a un álamo, quitó las hojas y empezó a pegarle al caballo con toda su fuerza; el jamelgo salió a galope, pero pronto volvió a tomar su trotecillo habitual. La cantinera había puesto su caballo a galope.

-Para, para -gritaba a Fabricio

Pronto estuvieron ambos fuera del bosque. Al llegar a la entrada de la llanura oyeron un estruendo formidable; el cañón y la fusilería tronaban por todas partes, a derecha, a izquierda, por detrás. Y como el bosquecillo de donde salían estaba en lo alto de un montículo que se alzaba diez o doce pies por encima de la llanura pudieron ver bastante bien un rincón de la batalla; pero no había nadie en el prado, más allá del bosque. Este prado estaba cercado a unos mil pasos de distancia por una larga hilera de sauces muy espesos, por encima de los cuales se veía un humo blanco que a veces subía hacia el cielo dando vueltas.

-Dónde estará el regimiento -decía la cantinera sin saber qué hacer. No podemos atravesar el prado en línea recta. A propósito -dijo Fabricio-, si ves a un soldado enemigo, pínchale con la punta del sable, no vayas a entretenerte en sablearlo.

En este momento la cantinera vio a los cuatro soldados de que hemos hablado; salían del bosque y entraban a la llanura, a la izquierda del camino. Uno de ellos iba a caballo.

-Esto es lo que tú necesitas – dijo a Fabricio. ¡Eh! Eh! – gritó al que iba a caballo-, ven aquí a beber un poco de aguardiente.

Los soldados se acercaron.

-¡Dónde está el 6 ligero! –gritó la mujer.

-Allí, a cinco minutos de aquí, delante de ese canal que corre a lo largo de los sauces; y al coronel Macon acaban de matarlo.

-¿Quieres cinco francos por tu caballo?

-¡Cinco francos! Vamos, fuera de bromas, madrecita, un caballo de oficial que voy a vender por cinco napoleones antes de un cuarto de hora.

-Dame uno de tus napoleones –dijo la cantinera a Fabricio. Luego, acercándose al soldado del caballo-. Baja pronto – le dijo-, ahí va tu napoleón.

El soldado bajó. Fabricio saltó en la silla alegremente; la cantinera desataba el portamantas que llevaba el jamelgo.

-Ayudadme vosotros –dijo a los soldados-, ¡así dejáis que una dama trabaje sola!

Pero cuando el caballo comprado sintió el portamantas empezó a encabritarse, Fabricio, que que montaba muy bien, necesitó desarrollar todas sus fuerzas para contenerlo.

-Buena señal –dijo la cantinera-, el señorito no está acostumbrado a las cosquillas del portamantas.

-Caballo de general –exclamó el soldado que lo había vendido-, un caballo que vale diez napoleones.

-Toma veinte francos – le dijo Fabricio, que no podía contener su alegría de sentir entre sus piernas un caballo con movimiento.

En ese instante una bala de cañón dio en una hilera de sauces, tomándola de costado, y Fabricio gozó del curioso espectáculo de ver saltar todas las ramitas a uno y otro lado como segadas de un golpe.

-Bueno, ahí viene el bruto —dijo el soldado al tomar los veinte francos. Serían entonces las dos de la tarde.

Fabricio se hallaba aún bajo el encanto de ese espectáculo curioso, cuando un tropel de generales, seguidos por unos veinte húsares, atravesó al galope uno de los ángulos el amplio prado, en cuyo límite estaba parado; su caballo relinchó, se encabrito dos o tres veces seguidas y sacudió violentamente las riendas que le contenían. ¡Bueno, pues, sea! Dijo para sí Fabricio.

El caballo, abandonado a sí mismo, salió a todo galope y fue a juntarse con la escolta que seguía a los generales. Fabricio contó hasta cuatro sombreros bordados. Un cuarto de hora después, comprendió, por algunas frases oídas al húsar que estaba a su lado, que uno de los generales era el célebre mariscal Ney. Su felicidad llegó al colmo; sin embargo, no pudo adivinar cuál de los cuatro generales era el mariscal Ney; hubiera dado cualquier cosa por saberlo, pero se acordó de que no debía hablar. La escolta se detuvo para franquear un ancho foso de agua por la lluvia de la víspera; bordeado por grandes árboles, limitaba por la izquierda la pradera a cuya entrada había Fabricio comprado el caballo. Casi todos los húsares se habían bajado del caballo; el borde del foso hacia un rampa muy empinada y además muy resbaladiza y el agua estaba tres o cuatro pies por debajo del nivel de la pradera Fabricio, distraído por la alegría, pensaba

en el mariscal Ney y en la gloria, más que en su caballo, el cual muy animado se tiró al canal e hizo saltar al agua a una gran altura. Uno de los generales quedó por completo mojado, y exclamó lanzando un juramento:

-¡Vaya al demonio el car... de bestia!

Fabricio se sintió profundamente herido por esta injuria. ¿Puedo pedirle satisfacción?, pensaba. Mientras tanto, para demostrar que no era tan torpe, se empeñó en que su caballo subiera la orilla opuesta del foso; pero ascendía recta en una altura de cinco o seis pies. Tuvo que renunciar; entonces anduvo contra la corriente, con el caballo cubierto de agua hasta la cabeza, y por fin halló una especie de abrevadero por donde pudo subir fácilmente del otro lado del canal. Fue el primer hombre de la escolta que llegó; se puso orgulloso al trotar por la orilla, mientras que en el fondo del canal los húsares se revolvían bastante preocupados de su posición, porque en muchos sitios el agua tenía cinco pies de profundidad. Dos o tres caballos se acobardaron y quisieron nadar, lo que produjo un espantoso chapoteo. Un sargento comprendió la maniobra que acababa de hacer aquel adolescente, que tenía un aspecto tan poco militar.

-Hacia, arriba hay, a la izquierda, un abrevadero - exclamó. Y poco a poco pasaron todos.

A1 llegar a la otra orilla, Fabricio se había encontrado con los generales solos; paresóle que el cañoneo aumentaba; apenas si pudo oír al general, a quien había mojado, gritar a su lado:

-¿De dónde has cogido ese caballo?

Fabricio estaba tan turbado que contestó en italiano:

-L'ho comprato poco fa. (Hace poco que lo he comprado).

-¿Qué dices? -gritó el general.

Pero el estruendo fue tal en este instante, que Fabricio no pudo contestarle. Confesaremos que nuestro héroe era muy poco heroico en este momento. Sin embargo, no era el miedo lo que en él predominaba; estaba escandalizado principalmente por ese ruido que le hacía daño en los oídos. La escolta empezó a galopar atravesando un gran campo labrado situado más allá del canal; este campo estaba lleno de cadáveres.

-¡Los colorados, los colorados! -gritaban alegres los húsares de la escolta.

Fabricio no entendía al principio; pero por fin observó que, en efecto, casi todos los cadáveres estaban vestidos de rojo. Una circunstancia le produjo un temblor de horror, y es que notó que muchos de aquellos infelices colorados vivían aún y gritaban evidentemente pidiendo auxilio; nadie se detenía para socorrerlos. Nuestro héroe, muy humano, se tomaba un enorme trabajo para que su caballo no pisara a ningún colorado. La escolta se detuvo; Fabricio que no prestaba atención bastante a su deber de soldado, seguía galopando mientras miraba a un desgraciado herido.

-¿Quieres pararte? -le gritó el sargento.

Fabricio vio que se hallaba a veinte pasos a la derecha delante de los generales, y precisamente del mismo lado adonde dirigían sus gemelos. Al volver a colocarse con los demás húsares, que habían permanecido detrás, vio que el más gordo de esos generales hablaba al que tenía al lado con

ademán autoritario y casi de reprimenda; decía palabrotas. Fabricio no puedo contener su curiosidad, y a pesar del consejo de que no hablara que le dio su amiga la carcelera, arregló en su cabeza una frasecita bien francesa y muy correcta, que dijo a su vecino:

-¿Quién es ese general que está reconviniendo al de al lado?

-Pues, hombre, el mariscal.

-¿Qué mariscal?

-El mariscal Ney, ¡idiota! Pero, hombre, ¿dónde has servido hasta ahora?

Fabricio, aunque muy susceptible, no pensó en enfadarse por la injuria; estaba contemplando, sumido en una admiración pueril, a ese famoso príncipe de la Moskowa, el valiente de los valientes.

De pronto salieron todos galopando. Algunos momentos después vio Fabricio, a veinte pasos delante de él, una tierra labrada que estaba removida de manera singular. El fondo de los surcos estaba lleno de agua, y la tierra húmeda que formaba la cresta de esos surcos volaba en pequeños fragmentos negros lanzados a tres o cuatro pies de altura. Fabricio notó al pasar este efecto singular; luego su pensamiento siguió su curso hacia la gloria del mariscal. Oyó a su lado un grito seco; eran dos húsares que caían heridos por balas de cañón; y cuando los miró ya habían quedado atrás a veinte pasos de la escolta. Lo que le pareció horrible fue un caballo ensangrentado que se revolcaba en la tierra labrada, pisándose sus propios intestinos; quería seguir a los demás. La sangre corría por el lodo.

¡Ah!, ya estoy por fin en pleno fuego, dijo. He visto el fuego, repetía con satisfacción. Ya soy un verdadero militar. En este momento iba la escolta a todo correr, y nuestro héroe comprendió que las balas de cañón eran las que hacían saltar la tierra por todas partes. En vano miraba hacia el sitio de donde venían las balas de cañón; no veía más que el humo blanco de la batería a una distancia enorme y entre el ruido constante e igual que producían los cañonazos, parecía oír descargas mucho más cercanas; no entendía absolutamente nada.

En este momento, los generales y la escolta bajaron a un caminito lleno de agua, que se hallaba unos cinco pies más abajo.

El mariscal se detuvo y volvió a mirar con sus anteojos. Esta vez Fabricio pudo contemplarlo a su gusto; lo encontró muy rubio, con una cabeza gruesa y roja. No tenemos en Italia, pensaba, caras como ésta. Nunca yo, tan pálido y con mis pelos castaños, nunca seré yo así, añadió entristecido. Para él significaban estas palabras: nunca seré yo un héroe.

Miró a los húsares; salvo uno, todos tenían los bigotes amarillos. Pero miraba a los húsares de la escolta, éstos le miraban a él, y esta mirada le hizo sonrojarse. Para poner término a su desazón volvió la cara hacia el enemigo. Veíanse unas líneas muy largas de hombres vestidos de rojo; pero lo que le extrañó mucho es que esos hombres le parecían muy pequeños. Las largas filas, que eran regimientos o divisiones, no le parecían más altas que un vallado. Una línea de jinetes rojos iba trotando hacia el camino bajo, que el mariscal y la escolta se habían puesto a seguir al paso, metiéndose

en el barro. El humo no dejaba ver nada por el lado hacia que avanzaban; de vez en cuando un hombre galopando se destacaba el humo blanco.

De pronto, vio Fabricio a cuatro hombres que venían del lado del enemigo que venían a gran galope. ¡Ah! vamos a ser atacados pensó. Pero vio a dos de esos hombres hablar con el mariscal. Uno de los generales del séquito salió entonces a galope hacia el lado enemigo., seguido por dos húsares de la escolta y por los cuatro hombres que acababan de llegar. Después de pasar todos por un canalillo, encontróse Fabricio al lado de un sargento de húsares que tenía buena cara. A este voy a hablarle, se dijo y así quizá dejarán de mirarme. Meditó largo tiempo.

- Señor, es la primera vez que asisto a una batalla –dijo por fin al sargento-, pero ¿esto es una verdadera batalla?

- Y tanto. Pero usted ¿quién es?

- Soy hermano de la mujer de un capitán.

- Y ¿cómo se llama ese capitán?

Nuestro héroe quedo desconcertado por esta pregunta, que no había previsto. Felizmente, el sargento y la escolta volvían a emprender el galope. ¿Qué nombre francés le diré?, pensaba Fabricio. Por fin se acordó del nombre del dueño del hotel en donde había vivido en París; se acercó su caballo al sargento y gritó con toda su fuerza:

-¡El capitán Meunier!

-¡Ah! ¿el capitán Teulier? Pues bien: ha sido muerto.

¡Bravo!, pensó Fabricio, el capitán Teulier; hay que hacerse el afligido.

-¡Ah Dios mío! –gritó y puso cara de pene.



Habían salido del camino bajo; estaban atravesando un prado; iban a galope tendido; las balas de cañón llegaban de nuevo. El mariscal se adelantó hacia una división de caballería. La escolta se hallaba entre cadáveres y heridos; pero este espectáculo no impresionaba ya tanto a nuestro héroe; tenía otras cosas en qué pensar.

Mientras estaba la escolta parada vio el carricoche de tina cantinera, y vencido por su ternura hacia tan respetable cuerpo, partió al galope en dirección a ella.

No se vaya usted, caramba gritó el sargento.

¿Qué puede hacerme aquí?, pensó Fabricio. Y siguió galopando hacia la cantinera. Al picar de espuelas a su caballo había concebido la esperanza de que fuera su buena amiga de por la mañana; los caballos y los carricoches eran muy parecidos, pero la propietaria era otra, y nuestro héroe le encontró un aspecto de mal genio. Al acercarse a ella le oyó decir:

¡Era un hombre espléndido!

Un espectáculo bien feo esperaba a nuestro joven soldado; estaban cortándole el muslo a un coracero, hermoso joven de cinco pies y diez pulgadas de alto. Fabricio cerró los ojos y se bebió sin parar cuatro vasos de aguardiente. .

¡Bueno va, mequetrefe! exclamó la cantinera.

El aguardiente le sugirió una idea: voy a comprar la benevolencia de mis camaradas, los húsares de la escolta.

Deme usted el resto de la botella dijo a la cantinera.

Pero ¿sabes tú que ese resto vale diez francos en un día como el de hoy?

Volvió al galope a juntarse con la escolta.

¡Ah!, nos traes de beber exclamó el sargento; ¿era por eso por lo que desertabas? Venga.

Circuló la botella; el último que bebió la tiró por lo alto.

¡Gracias, camarada! dijo a Fabricio.

Todos le miraban con benevolencia, y estas miradas le quitaron de encima un peso de cien libras. Fabricio era uno de esos corazones hechos de frágil materia, que necesitaban sentirse reconfortados por la amistad de quienes lo rodean. Por fin ya no le miraban mal sus compañeros; había entre ellos una relación más cordial. Fabricio respiró hondo, y con voz ya limpia y clara dijo al sargento:

Y si el capitán Teulier ha sido muerto, ¿dónde podré encontrar a mi hermana?

— Se consideraba como un pequeño Maquiavelo, por haber dicho Teulier en lugar de Meunier.

Esta noche lo sabrá usted contestó el sargento.

La escolta se puso otra vez en marcha y se dirigió hacia unas divisiones de infantería. Fabricio se sentía completamente ebrio. Habla bebido demasiado aguardiente y se tambaleaba un tanto sobre la montura; se acordó muy oportunamente de una frase que solía decir el cochero de su madre: "Cuando se ha empinado el codo, hay que mirar a las orejas del caballo y hacer lo que haga el vecino."

El mariscal se detuvo largo rato cerca de algunos cuerpos de caballería, a quienes mandó cargar; pero durante una o dos horas nuestro héroe apenas tuvo conciencia de lo que acontecía en torno suyo. Sentíase muy cansado, y cuando su caballo galopaba caía sobre la montura como un pedazo de plomo.

De pronto el sargento gritó a sus hombres:

-¿No veis al emperador?

La escolta se puso en seguida a gritar: *Viva el emperador*. Se figurará fácilmente el lector cómo miraría Fabricio: pero no vio más que unos generales galopando seguidos también por una escolta. Las largas crines que llevaban colgando los dragones del séquito le impidieron distinguir las caras. Así pues, no he podido ver al emperador en un campo de batalla por causa de esos malditos vasos de aguardiente. Esta reflexión bastó para despertarlo por completo.

Bajaron de nuevo a un camino lleno de agua. Los caballos quisieron beber.

-¿Es, pues, el emperador el que ha pasado por allí? —dijo al que estaba a su lado.

-Ya lo creo. El que no lleva traje bordado. ¿Cómo no la ha visto usted? —le contestó el compañero con benevolencia.

Fabricio sintió vehementes deseos de irse al galope tras la escolta del emperador e incorporarse a ella. ¡Qué felicidad la de pelear de verdad junto al héroe! Para eso había venido a Francia. Puedo hacerlo perfectamente, se dijo, porque en fin de cuentas no tengo más motivos para hacer el servicio que hago que la voluntad de mi caballo, que se echó a galopar detrás de estos generales.

Lo que decidió a Fabricio a quedarse fue que los húsares, sus nuevos camaradas, le ponían buena cara; empezaba ya a considerarse como íntimo amigo de todos los soldados con los que andaba desde algunas horas. Entre ellos y él veía esa noble amistad de héroes del Tasso y del Ariosto. Si se agregaba a la escolta del emperador, tendría que trabar nuevo

conocimiento; quizá le pondrían malas caras, pues esos otros jinetes eran dragones y él llevaba el uniforme de húsar, como todos los que seguían al mariscal. Parecíale que todo había cambiado desde que estaba con amigos; se moría de ganas de hacer preguntas. Pero aún estoy algo borracho, se dijo; tengo que acordarme de mi carcelera. Observó, al salir del camino e hondonada, que la escolta ya no iba con el mariscal Ney; el general que ahora seguían era alto, delgado, con cara seca y ojos terribles.

Este general era el conde de A... el antiguo teniente Robert del 15 de mayo de 1796. ¡Cuánta alegría no hubiera sentido al ver a Fabricio del Dongo!

Ya hacia tiempo que Fabricio no veía la tierra saltar en pedacitos negros, bajo la acción de las balas de cañón. Llegaron detrás de un regimiento de coraceros, oyó muy bien las balas chocar contra las corazas y vio caer algunos hombres.

El sol estaba ya muy bajo, a punto de ponerse. La escolta salió del camino de hondonada y subió una pequeña pendiente de tres o cuatro pies, entrando en un campo labrado. Fabricio oyó un ruido extraño a su lado; volvió la cabeza. Habían caído cuatro hombres con sus caballos; el mismo general había sido echado a tierra y se levantaba lleno de sangre. Fabricio miraba a los húsares caídos; tres de ellos tenían aún unos movimientos convulsivos y el cuarto gritaba:

-¡Sacadme de debajo!

El sargento y dos o tres hombres se habían bajado del caballo para ayudar al general, quien apoyándose en su ayu-

dante probaba andar unos pasos; quería alejarse de su caballo, que se revolcaba en el suelo dando coces furibundas.

El sargento se acercó a Fabricio. En este momento nuestro héroe oyó detrás de él a alguien que decía muy cerca de su oído:

-Es el único que aún puede galopar.

Sintió que le cogían los pies y se los levantaban mientras le sostenían el cuerpo por detrás. Así pasó por encima de la grupa de su caballo, y resbalándose hasta el suelo, cayó sentado.

El ayudante del general tomó el caballo de Fabricio por las riendas, y el general ayudado por el sargento subió a él y partió al galope seguido por seis hombres que restaban. Fabricio se puso de pie furioso y echó a correr detrás de ellos gritando:

-*Ladri! Ladri!* (¡Ladrones!)

Resultaba gracioso aquello de correr detrás de los ladrones en medio de un campo de batalla.

La escolta y el general, conde A..., desaparecieron bien pronto detrás de una hilera de sauces. Fabricio, ebrio de ira, llegó también a una línea de sauces; hallóse junto a un canal muy profundo, que atravesó, y llegado a la orilla opuesta empezó de nuevo a lanzar juramentos, viendo otra vez, ahora muy lejos, al general y a la escolta perdiéndose entre los árboles.

-¡Ladrones, ladrones! –gritaba, en francés ahora.

Desesperado, no tanto por la pérdida del caballo como por la traición, dejóse caer al borde del foso, cansado y muerto de hambre. Si su hermoso caballo le hubiera sido

arrebatado por el enemigo, no pensarla en ello; pero la traición y el robo de aquel sargento, a quien quería tanto, y de aquellos húsares a quienes miraba como hermanos, le partía el corazón. No podía consolarse de tamaña infamia, y apoyado contra un sauce empezó a llorar a lágrima viva. Sus ensueños hermosos de amistad caballeresca y sublime, como la de, los héroes de la Jerusalén libertada, iban desvaneciéndose uno por uno. ¡Nada le hubiera importado ver venir la muerte, rodeado de almas heroicas, tiernas, de amigos nobles que estrechan la mano del moribundo! Pero ¡conservar su entusiasmo en medio de viles bribones! Fabricio, como todo hombre lleno de indignación, exageraba. Al cabo de un cuarto de hora de enternecimiento, observó que las balas de cañón empezaban a llegar hasta la hilera de árboles, a cuya sombra meditaba. Levantóse y quiso orientarse. Miraba los prados cercados por un ancho canal y una hilera de espesos sauces; creyó reconocer el sitio. Vio a un cuerpo de infantería que saltaba el foso y entraba en los prados a un cuarto de legua delante de él. Iba a dormirme, se dijo. ¡Cuidado con no caer prisionero!. Y echó a andar muy de prisa. Pronto se tranquilizó; conoció el uniforme. Los regimientos, que temía que le cortasen el paso, eran franceses. Tiró hacia la izquierda para llegar a ellos. Además del dolor moral de haber sido indignamente robado y traicionado, otro dolor le torturaba a cada instante: se moría de hambre. Después de haber andado o mejor dicho corrido durante diez minutos, vio con gran alegría que el cuerpo de infantería que también iba muy de prisa, se detenía como para formar. Algunos momentos después encontrábase entre los primeros soldados.

-Camaradas, ¿podréis venderme un pedazo de pan?

-¡Anda, éste nos toma por panaderos!

Estas palabras duras y la burla general que siguió, fueron para Fabricio un mazazo. La guerra no era, pues, ese noble y unánime vuelo de almas amante de la gloria, que se habla figurado, leyendo las proclamas de Napoleón. Sentóse o mejor dicho, dejóse caer en la hierba; se puso muy pálido. El soldado que le habla hablado y que se habla detenido a diez pasos de él para limpiar con su pañuelo las piezas del fusil, se acercó y le echó un trozo de pan; luego, viendo que Fabricio no lo recogía, le puso un pedazo en la boca. Fabricio abrió los ojos y lo comió sin fuerzas para hablar. Cuando buscó con los ojos al soldado para pagarle, encontróse solo; los soldados más cercanos estaban a cien pasos y marchaban. Se levantó maquinalmente y los siguió. Entró en un bosque; iba a caerse muerto de cansancio y ya buscaba con la vista un sitio cómodo, cuando, ¡cuál no sería su alegría al reconocer primero el caballo, luego el cochecillo y por fin la cantinera de por la mañana esta vino a él y se asustó al verle la cara.

Anda, anda, hijo mío le dijo. ¿Estás herido?... ¿Y tu hermoso caballo?

Mientras así hablaba, lo condujo a su coche adonde le hizo subir sosteniéndolo por debajo de los brazos. Apenas instalado en el coche, nuestro héroe, cansado hasta el exceso, se quedó profundamente dormido.

## IV

Nada pudo despertarlo ni los tiros que estallaban al lado del carricoche, ni el trote del caballo fustigado con toda su alma por la cantinera. El regimiento, atacado de improviso por nubes de caballería prusiana, había creído todo el día que el ejército francés era el vencedor; ahora se batía en retirada o, mejor dicho, huía hacia Francia.

El coronel, joven arrogante y peripuesto, que acababa de tomar el lugar de Macon, murió de un sablazo; el comandante que le sustituyó en el mando era un anciano de cabellos blancos; mandó hacer alto.

-¡Car!... dijo a los soldados, en tiempos de la República, esperábamos para largarnos que nos obligara el enemigo... Defended el terreno palmo a palmo; dejaos matar gritaba entre juramentos; es ahora el suelo de la patria el que quieren invadir esos prusianos.

El carricoche se detuvo. Fabricio despertó súbitamente. El sol se había puesto hacia ya mucho tiempo; quedóse asombrado de ver que ya era casi de noche. Los soldados



corrían de un lado a otro en una confusión que sorprendió a nuestro héroe; creyó ver que estaban muy deprimidos.

-¿Qué pasa? preguntó a la cantinera.

-Nada. Que estamos perdidos, hijo mío; la caballería prusiana nos acuchilla; nada más que eso. El imbécil del general se creyó, primero, que era la nuestra. Vamos, pronto, ayúdame a arreglar los tirantes de la yegua, que se han roto.

Unos tiros sonaron a diez pasos de distancia. Nuestro héroe, fresco ya y dispuesto, se dijo: La verdad es que en todo el día no he peleado; lo que he hecho ha sido escoltar a un general.

-Tengo que pelear dijo a la cantinera.

-Tranquilízate, ya pelearás, y más de lo que tengas gana. Estamos perdidos.

- Aubry, amigo mío – gritó a un cabo que pasaba-, mira de vrez en cuando que es del cochecillo.

-¿Va usted a la pelea? –dijo Fabricio a Aubry.

-No; voy a ponerme los zapatos para ir de baile.

-Voy con usted.

-¡Te recomiendo a este pequeño húsar! –gritó la cantinera -, el burguesito tiene corazón.

El cabo Aubry andaba sin decir palabra. Ocho o diez soldados se llegaron a él corriendo; los condujo detrás de un grueso roble, rodeado de espinas. Luego los colocó en le límite del bosque, sin decir palabra en una línea muy extensa; cada uno estaba, por lo menos a diez pasos del otro.

-Eh, vosotros –dijo el cabo, y esta era la primera que hablaba-, no vayáis a tirar antes que yo lo mande: pensad que no tenéis más que tres cartuchos.

Pero ¿qué pasa? preguntábase Fabricio. Por fin, cuando estuvo solo con el cabo, dijo:

-No tengo fusil.

-Cállate, ante todo. Ponte ahí; a cincuenta pasos de aquí, delante del bosque, encontrarás a alguno de los pobres soldados del regimiento que acaban de caer bajo los sablazos enemigos: cógele su fusil y la cartuchera de uno que esté bien muerto, y date prisa, no vayas a cargarte los tiros de nuestros hombres.

Fabricio salió corriendo y volvió en seguida con un fusil y una cartuchera.

-Carga tu fusil y ponte ahí detrás de ese árbol y sobre todo no vayas a tirar antes de que yo ordene... ¡Diablos, ni siquiera sabe cargar su arma! –Ayudo a Fabricio mientras seguía hablando -. Si un jinete enemigo se te viene encima al galope, da vueltas alrededor del árbol y no sueltes el tiro no sea a boca de jarro, cuando el jinete esté a tres pasos ; es preciso que tu bayoneta toque casi el uniforme. ¡Tira tu sabes, demonio! – exclamó el cabo -, ¿quieres enredarte en él, car?... ¡Qué soldado nos dan ahora! –Y mientras hablaba, cogió el sable y lo tiró él mismo con ira-. Tú limpia la piedra de tu fusil con tu pañuelo. ¿Has tirado alguna vez un tiro?

-Soy cazador.

-Alabado sea Dios –repuso el cabo suspirando-. Sobre todo no tires antes de que yo te lo mande. –Y se fue.

Fabricio estaba muy alegre ¡Por fin voy realmente a batiirme, pensaba, voy a matar a un enemigo! Esta mañana nos enviaban balas de cañón, y yo no hacía nada más que exponerme a la muerte: oficio de tontos. Fabricio miraba por

todos lados con extremada curiosidad. Al cabo de un momento oyó siete u ocho tiros a su lado. Pero no habiendo oído la orden de tirar, quedóse quieto detrás de su árbol. Era ya casi de noche. Parecíale que estaba en acecho, a la caza del oso en la montaña de la Tramezzina, encima de Grianta. Tuvo una idea de cazador; cogió un cartucho y sacó la bala. Si lo veo, no debo fallarlo, y metió esta segunda bala en el cañón de su fusil. Oyó dos tiros al lado mismo de su árbol; al mismo tiempo vio un jinete vestido de azul que pasaba galopando delante de él y se dirigía de su derecha a su izquierda. No está a tres pasos, se dijo, pero a esta distancia estoy seguro de darle. Apuntó al jinete siguiéndole un momento con el fusil y apretó el gatillo; el jinete cayó de su caballo. Nuestro héroe creía estar de caza, y se precipitó alegremente hacia la pieza que acababa de matar. Ya casi tocaba al hombre, que parecía moribundo, cuando con increíble rapidez dos jinetes prusianos llegaron sobre él sable en mano. Fabricio escapó a todo correr hacia el bosque; para correr mejor tiró su fusil. Los jinetes prusianos estaban ya a tres pasos, cuando llegó a un vivero de robles pequeños y rectos que rodeaba el bosque. Estos pequeños robles detuvieron un momento a los jinetes; pero pasaron y siguieron detrás de Fabricio por un claro del bosque. Ya estaban otra vez cerquísima, cuando se escurrió por entre siete u ocho árboles gordos. En este momento casi tuvo la cara quemada por la llama de cinco o seis disparos que partieron delante de él. Bajó la cabeza; al levantarla de nuevo se encontró frente a frente con el cabo.

-¿Has matado al tuyo? dijo el cabo Aubry.

-Sí; pero he perdido mi fusil.

-No son fusiles los que faltan. Eres un buen chico; a pesar dei tu cara de pepino, has ganado tu jornal, y esos soldados de ahí acaban de fallar a los dos que te perseguían y llegaban sobre ellos; yo no los veía. Se trata ahora de largarse sin perder tiempo; él regimiento debe estar a medio cuarto de legua de aquí, y además hay un prado por ahí donde podemos ser cogidos a la media vuelta.

Mientras hablaba, el cabo marchaba rápido al frente de sus diez hombres. A doscientos pasos de allí, entrando en el prado de que había hablado, encontraron a un general herido, conducido por su ayudante y un criado.

-Deme usted cuatro hombres dijo al cabo con voz apagada; se trata de llevarme a la ambulancia; tengo la pierna acribillada.

-¡Vete al car...! respondió el cabo, tú y todos los generales. Todos habéis hecho traición al emperador.

-¡Cómo -dijo el general furioso-, desobedecéis mis órdenes! Sabéis que soy el general conde B..., jefe de vuestra división... -Y siguió perorando.

El ayudante se echó sobre los soldados. El cabo le dio un bayonetazo en el brazo y salió al escape con sus hombres.

-¡Ojalá, y todos estén como tú repetía el cabo entre juramentos; ojalá tengan los brazos y las piernas acribillados! ¡Montón de figurones! ¡Todos vendidos a los Borbones, traicionando al emperador!

Fabricio oía con estupor esta horrible acusación.

Hacia las diez de la noche alcanzaron al regimiento a la entrada de una gran aldea que formaba varias calles muy

estrechas; pero Fabricio observó que el cabo Aubry no dirigía la palabra a ningún oficial.

-¡Imposible avanzar! -exclamó el cabo.

Todas las calles estaban llenas de infantería, de caballería y, sobre todo, de furgones y de carros de artillería. El cabo se presentó a la salida de tres calles; a los veinte pasos había que pararse. Todo el mundo juraba y se enfadaba.

-¡Otro traidor está de seguro mandando! -exclamó el cabo-; si al enemigo se le ocurre rodear la aldea, nos coge prisioneros a todos, como a perros. Seguidme vosotros.

Fabricio miró; ya no había con el cabo más que seis soldados:

Por un portal penetraron en un amplio corral; del corral pasaron a una cuadra y por una puertecilla entraron en un jardín. Aquí estuvieron un instante perdidos, errando de acá por allá. Por fin saltaron uña valla y se hallaron en un campo de trigo. En menos de media hora, guiados por los gritos y los ruidos confusos, llegaron al camino real, dejando la aldea atrás. La cuneta de la carretera estaba llena de fusiles abandonados. Fabricio eligió uno. Pero el camino, aunque muy ancho, estaba tan atestado de carretas y de fugitivos, que en media hora apenas si el cabo y Fabricio habían andado quinientos metros. Las once daban en el reloj de la aldea.

-Echemos otra vez por el campo -exclamó el cabo.

El grupo componíase ya sólo de tres soldados, el cabo y Fabricio. Cuando estuvieron a un cuarto de legua de la carretera dijo uno de los soldados:

-No puedo más.

-Ni yo tampoco -dijo otro.

-¡Vaya una noticia! Igual estamos todos -dijo el cabo;- pero hacedme caso y os valdrá. -Vio cinco o seis árboles a lo largo de un pequeño foso, en medio de un gran campo de trigo. -¡A los árboles! dijo a sus hombres. -¡Acostaos añadió cuando hubieron llegado-, y no hagáis ruido! Pero antes de dormirse, ¿quién tiene pan?

-Yo -dijo uno de los soldados.

-Venga -dijo el cabo autoritariamente. Partió el pan en cinco pedazos y cogió el más pequeño-. Un cuarto de hora antes de amanecer -dijo mientras comía- vais a tener a la caballería enemiga. Se trata de no dejarse acuchillar. Uno solo está perdido con la caballería encima, en estas llanuras; pero cinco pueden ayudarse; quedaos conmigo bien juntos, no tiremos más que a quemarropa, y me comprometo a porteros mañana por la tarde en Charleroi.

El cabo los despertó una hora antes del alba; les mandó renovar la carga de los fusiles. El ruido en la carretera no había cesado en toda la noche; era como el estruendo de un torrente lejano.

Huyen como carneros dijo Fabricio al cabo, con un tono ingenuo.

-¡Quieres callarte, rapazuelo! -dijo el cabo indignado. Y los tres soldados que formaban todo el ejército, con Fabricio, miraron a éste con ademán iracundo como si hubiera blasfemado. Había insultado a la nación.

¡Es cosa fuerte!, pensó nuestro héroe; ya lo he notado en Milán, en casa del virrey. ¡No huyen, no! Con estos franceses no es lícito decir la verdad cuando ésta hiere su vanidad. Pero en cuanto a sus ademanos iracundos, poco me

importan, y he de hacerlo comprender. Seguían anclando a quinientos pasos de aquel río de fugitivos que llenaba la carretera. A una legua de allí, el cabo y su pequeña tropa atravesaron un camino que desembocaba en la carretera y en el que habla muchos soldados acostados. Fabricio compró por cuarenta francos un caballo bastante bueno, y entre los sables que yacían por el suelo eligió con cuidado uno reces. Puesto que hay que pinchar, pensó, éste es el mejor. Equipado, puso su caballo al galope y alcanzó al cabo que había seguido adelante. Se afianzó en los estribos cogió con la mano izquierda la vaina de su sable recto, y dijo a los cuatro franceses:

-Esas gentes que huyen por la carretera parecen un rebaño de carneros..., andan como carneros atemorizados.

Fabricio acentuaba en vano la palabra carneros; sus camaradas no se acordaban de haberse enfadado un hora antes al oír la misma expresión. He aquí otra de las diferencias entre el carácter italiano y el francés; sin duda es más feliz el francés, que resbala sobre los sucesos de la vida sin guardar rencor.

No ocultemos que Fabricio, después de hablar de los carneros, quedó muy satisfecho de sí mismo. Mientras andaban, iban conversando. A dos leguas de allí, el cabo, muy extrañado de no ver llegar la caballería enemiga, dijo a Fabricio:

-Usted que es de la nuestra, corra a esa casa de labor que está en aquella colina, y pregunte al aldeano si quiere vendernos comida; dígale y repítale que no somos más que cinco. Si vacila, dele usted cinco francos adelantados de su

dinero; pero tranquilícese usted, que recobramos la moneda después de comer.

Fabricio le miró. La gravedad imperturbable del cabo, su verdadero aire de superioridad moral, le hizo obedecer. Todo sucedió como lo habla previsto el comandante en jefe; sólo que Fabricio insistió en que no se recobran de viva fuerza los cinco francos que había dado al aldeano.

-El dinero es mío -dijo a sus camaradas-; no pago por vosotros, sino por la cebada que ha dado a mi caballo.

Fabricio pronunciaba tan mal el francés, que sus compañeros creyeron ver en sus palabras un tono de superioridad; esto les enojó, y comenzaron a sentir deseos de desafíos. Encontrábanle muy distinto de ellos, cosa que les molestaba. Fabricio, por el contrario, empezaba a cobrarles amistad.

Andaban sin hablar desde hacia dos horas, cuando el cabo, mirando a la carretera, exclamó alegremente:

-Ahí va el regimiento.

Pronto estuvieron en la carretera; pero ¡ay!, en torno al águila no había ni doscientos hombres. Fabricio divisó pronto a la cantinera; iba a pie, tenía los ojos rojos y lloraba de vez en cuando. En vano buscó Fabricio la carretilla y la yegua Cocotte.

-Saqueados, perdidos, robados -exclamó la cantinera, respondiendo a las miradas de nuestro héroe. Éste, sin decir palabra, bajó de su caballo, lo cogió por las riendas y dijo a la cantinera:

-Suba. -No tuvo necesidad de repetirlo.

-Acórtame los estribos -dijo ella.



Cuando estuvo bien colocada sobre el caballo se puso a contar a Fabricio los desastres de la noche. Después de un relato infinitamente largo, pero escuchado con avidez por nuestro héroe, que, a decir verdad, no entendía nada, pero sentía por la cantinera una tierna amistad, ésta añadió:

-¡Y decir que son franceses los que me han saqueado, apaleado, maltratado!...

-¡Cómo! ¿No son los enemigos? -dijo Fabricio con un tono ingenuo que hacía más encantadora su hermosa cara, pálida y grave.

-Qué tonto eres, niño -expresó la cantinera sonriendo entre sus lágrimas; y a pesar de eso, eres muy gracioso.

-Y vedlo aquí; ha echado abajo a su prusiano muy bonitamente exclamó el cabo Aubry, quien, en la turba, se hallaba por casualidad del otro lado del caballo de la cantinera-. Pero es orgulloso continuó el cabo. Fabricio hizo un movimiento-. ¿Cómo te llamas? -dijo el cabo-; pues si hay un parte quiero que figures en él.

-Me llamo Vari -respondió Fabricio poniendo una cara extraña-; o, mejor dicho, Boulot añadió corrigiéndose rápidamente.

Boulot era el nombre del propietario de los papeles que le habla entregado la carcelera de B...; la antevíspera habíalos estudiado con cuidado, mientras marchaba, pues ya empezaba a reflexionar un poco y a no extrañarse de las cosas. Además de los papeles del húsar Boulot, conservaba cuidadosamente el pasaporte italiano, con el cual podía aspirar al noble nombre de Vari, vendedor de barómetros. Cuando el cabo le había acusado de orgulloso, estuvo a punto de con-

testar: ¿Yo, orgulloso, yo Fabricio Valserra, marchesino del Dongo, que consiento en llevar el nombre de un Vari, vendedor de barómetros? 'Mientras que así meditaba y se decía: He de recordar bien que me llamo Boulot, o si no cuidado con la cárcel que me destina la suerte, hablan cambiado algunas palabras el cabo y la cantinera.

-No me acuse usted de ser curiosa -le dijo la cantinera, dejando de pronto de tutearle-; si le pregunto, es por su bien. ¿Quién es usted, dé verdad?

Fabricio no contestó al punto; pensaba que nunca podía encontrar amigos más devotos a quienes pedir consejo, y necesitaba urgentemente consejos. Vamos a entrar en una plaza fuerte; el gobernador querrá saber quién soy, y entonces la cárcel es segura si dejo adivinar por mis respuestas que no conozco a nadie en el 4<sup>o</sup> de húsares, cuyo uniforme llevo. Fabricio, como súbdito que era de Austria, sabía muy bien la importancia que puede dársele a un pasaporte. Las personas de su familia, aunque nobles y beatas, aunque pertenecientes al partido victorioso, habían sido molestadas más de una vez por causa de sus pasaportes. Así, pues, no le chocó la pregunta que le dirigiera la cantinera. Pero como antes de contestar buscaba las palabras francesas más claras, la cantinera, llena de curiosidad, añadió para persuadirle de que hablara:

-El cabo Aubry y yo le daremos a usted buenos consejos para guiarle.

-No lo dudo -respondió Fabricio-. Me llamo Vari y soy de Génova; mi hermana, célebre por su belleza, se ha casado con un capitán. Como no tengo más que diecisiete años, mi hermana me mandó venir a su lado para enseñarme Francia

y formarme un poco. No la encontré en París, y sabiendo que estaba en este ejército vine y la he buscado por todas partes sin poder encontrarla. Los soldados, a quienes extrañó mi acento, me hicieron detener. Tenla dinero y he sobornado al gendarme, quien me dio este uniforme y unos papeles, diciéndome: "Corre y júrame que nunca pronunciarás mi nombre."

-¿Cómo se llamaba? -dijo la cantinera.

-He dado mi palabra -dijo Fabricio.

-Tiene razón -repuso el cabo-; el gendarme es un bribón, pero el camarada no debe nombrarlo. Y ¿cómo se llama ese capitán marido de su hermana de usted? Si sabemos su nombre, podremos buscarlo.

-Teulier, capitán en el 4º de húsares -respondió nuestro héroe.

-Entonces dijo el cabo con bastante penetración -por su acento extranjero los soldados le tomaron a usted por espía.

-¡Esa es la palabra infame! -exclamó Fabricio, brillándole los ojos-. ¡Yo, que adoro al Emperador y a los franceses) Y este insulto es el que más me ha irritado.

-No hay insulto; está usted equivocado. El error de los soldados era muy natural repuso gravemente el cabo Aubry.

Y entonces le explicó con mucha pedantería:

-En el ejército hay que pertenecer a un Cuerpo y llevar un uniforme, sin lo cual es muy natural que le tomen a uno por espía. El enemigo nos suelta muchos; en esta guerra, todo el mundo hace traición.

La venda cayó de los ojos de Fabricio y comprendió por primera vez que todo lo que le ocurría desde hacía dos meses era muy natural.

-Pero es preciso que el niño nos lo cuente todo -dijo la cantinera, cuya curiosidad estaba cada vez más excitada.

Fabricio obedeció. Cuando hubo terminado:

-La verdad es -dijo la cantinera hablando en tono grave- que este niño no es militar; ahora vamos a hacer una guerra bien fea, vencidos y traicionados. ¿Por qué ha de romperse los huesos gratis et amore?

-Y además -dijo el cabo- que no sabe cargar su fusil, ni por movimientos ni a voluntad. Tuve yo que cargar la bala con que echó abajo al prusiano.

-Y enseña su dinero a todo el mundo -añadió la cantinera-; en cuanto se separe de nosotros, se lo robarán todo.

-El primer suboficial de caballería con quien tropiece -dijo el cabo- se queda con el niño para que le pague la bebida y hasta quizá lo recluten para el enemigo, puesto que todo el mundo hace traición ahora. El primero que llegue le mandará que le siga, y le seguirá; mejor sería que entrase en nuestro regimiento.

-¡Ah, no, señor cabo, de ningún modo! -exclamó Fabricio con viveza-; más cómodo es ir a caballo. Y, además, yo no sé cargar un fusil, y ya ha visto usted que sé manejar un caballo.

Fabricio se sintió orgulloso por esta perorata. No relatamos la larga discusión sobre su destino futuro, que mantuvieron el cabo y la cantinera. Fabricio observó que al discutir repetían tres o cuatro veces los detalles de su historia: las

sospechas de los soldados, el gendarme que le vendió unos papeles y un uniforme, el modo cómo se encontró formando parte de la escolta del mariscal, el Emperador visto pasar al galope, el caballo robado, etc., etc....

Con femenina curiosidad, la cantinera volvía sin cesar sobre el modo que tuvieron de quitarle el buen caballo que ella le había hecho comprar.

-Sentiste que te cogieron por los pies, que te pasaron suavemente por la cola de tu caballo y que te sentaron en el suelo.

¿Por qué repetir tantas veces, pensaba Fabricio, lo que sabemos muy bien los tres? Ignoraba aún que así es cómo las gentes del pueblo, en Francia, buscan las ideas.

-¿Cuántos dinero tienes? -dijo de pronto la cantinera.

Fabricio no vaciló en contestar; estaba seguro de que esta mujer tenía un alma noble: este es el lado hermoso de Francia.

-En total vendrán a quedarme unos treinta napoleones de oro y ocho o diez escudes de cinco francos.

-¡En ese caso tiene el campo libre! -exclamó la cantinera-. Lárgate de este ejército derrotado; échate a un lado, toma el primer camino que encuentres a tu derecha; dale espuelas a tu caballo alejándote siempre del ejército. En la primera ocasión cómprate un traje de paisano. Cuando estés a ocho o diez leguas y no seas ya soldado, toma la posta y vete a descansar ocho o diez días y a comer chuletas en alguna buena ciudad. No digas nunca a nadie que has estado en el ejército, porque los gendarmes te pescarían como desertor, y aunque seas muy gracioso, hijo mío, todavía no eres bastante astuto

para contestar a los gendarmes. En cuanto tengas un traje de paisano, rompe tus papeles y toma tu verdadero nombre; di que eres Vari. Y ¿de dónde ha de decir que viene? preguntó ella al cabo.

-De Cambrai, sobre el Escalda; es una buena ciudad pequeña, ¿lo oyes?, hay una catedral y Fénélon.

-Eso es -dijo la cantinera-, no digas nunca que has estado en la batalla; ni una palabra de B .... ni del gendarme que te vendió el uniforme. Cuando quieras volver a París, vete primero a Versailles y entra en París por ese lado, paseándote, como si vinieras de pasar la tarde en el campo. Cose tus napoleones a la tela del pantalón, y sobre todo cuando tengas que pagar algo no enseñes más que lo preciso. Lo que me da pena es que van a robarte todo lo que llevas. Y ¿qué vas a hacer sin dinero, no sabiendo, como no sabes, andar por el mundo?, etc ....

La buena cantinera habló mucho tiempo así; el cabo corroboraba sus consejos aprobándolos con la cabeza, ya que no podía encontrar hueco para tomar la palabra. De pronto la multitud que llenaba el camino apresuró el paso, y en seguida, en un abrir y cerrar de ojos, saltó la cuneta y se dio a la fuga a todo correr.

-¡Los cosacos! ¡Los cosacos! -gritaban por todas partes.

-Toma tu caballo -dijo la cantinera.

-Dios me guarde de hacerlo -dijo Fabricio-. A galope, huya usted. Se lo doy. ¿Quiere usted dinero para comprar un cochecillo? La mitad de lo que tengo es de usted.

-¡Toma tu caballo, te digo! -exclamó la cantinera, irritada.

Ésta se preparaba a bajar cuando Fabricio sacó su sable y gritó:

-¡Téngase firme! -dando dos o tres golpes de plano al caballo, que tomó el galope y siguió a los fugitivos.

Nuestro héroe miró la carretera; pocos momentos antes dos o tres mil individuos se empujaban en ella, apretados como aldeanos detrás de una procesión. Después de la voz: ¡cosacos!, ya no había nadie; los fugitivos hablan abandonado chacós, fusiles, sables, etc... Fabricio, extrañado, subió a un montículo que estaba a la derecha del camino y se alzaba unos veinte o treinta pies; miró a ambos lados la llanura sin percibir serial alguna de cosacos. ¡Qué gente más rara son estos franceses!, se dijo. Puesto que he de echar por la derecha, más vale empezar en seguida; puede ser que tengan esas gentes algún motivo, que yo ignoro, que les haga correr así. Cogió un fusil, comprobó que estaba cargado, movió la pólvora y la, cápsula, limpió la piedra; luego eligió una cartuchera bien llena y miró a todas partes; se hallaba absolutamente solo en esta llanura que pocos momentos antes estaba llena de gente. En la lejanía veía, a los fugitivos que empezaban a desaparecer detrás' de los árboles, corriendo sin cesar. ¡Es cosa singular!, pensaba. Y, recordando lo que había hecho el cabo el día antes, fue a sentarse en medio de un trigal. No se quería alejar, porque deseaba volver a ver a sus buenos amigos, la cantinera y el cabo Aubry.

Una vez sentado, contó su dinero, y vio que no tenía más que dieciocho napoleones, en lugar de los treinta que creía poseer; pero aún le quedaban unos pequeños diamantes que había puesto en el forro de las botas de montar del hú-

sar, aquella mañana en el cuarto de la carcelera de B... Escondió sus napoleones lo mejor que pudo, meditando profundamente sobre tan súbita desaparición de la gente. ¿Es esto un mal presagio para mí?, pensaba. Su principal pena era no haber preguntado al cabo Aubry: ¿He asistido realmente a una batalla? Le parecía que sí, y le hubiera colorado de felicidad el tener certeza de ello.

Sin embargo, he asistido a ella con el nombre de un encarcelado; llevaba los papeles de un encarcelado y hasta su mismo traje. Esto es fatal para el porvenir; ¿qué habría dicho el abate Blanes? Y el desgraciado Boulot ha muerto en la prisión. Todo esto es un presagio siniestro; el destino me conducirá a una prisión. Fabricio hubiera dado cualquier cosa por saber si el húsar Boulot era realmente culpable; creía recordar que la carcelera de B... le había dicho que el húsar habla sido encerrado, no sólo por unos cubiertos de plata, sino por haber robado su vaca a un aldeano después de haber apaleado al dueño. Fabricio no dudaba de que algún día iría a la cárcel por un delito que tendría alguna relación con el del húsar Boulot. Pensaba en su amigo el cura Blanes; ¡cuánto daría por poderle consultar! Luego se acordó que no habla escrito a su tía desde que salió de París. ¡Pobre Gina!, dijo para sí. Y se le saltaron las lágrimas, cuando de pronto oyó a su lado un ruidito: era un soldado que daba de comer trigo a tres caballos, a los que había quitado las riendas; los caballos parecían muertos de hambre. Los tenía sujetos por el ronzal. Fabricio se alzó como una perdiz que sale de pronto de los trigos; el soldado tuvo miedo. Nuestro hé-



roe lo notó, y se dio el gusto de hacer por un momento el papel de húsar.

-Uno de esos caballos es orlo –exclamó-, pero te daré cinco francos por el trabajo que te has tomado en traérmelo hasta aquí.

-¿Te estás burlando de mí? -dijo el soldado.

Fabricio le apuntó con el fusil, a seis pasos de distancia.

-¡Suelta el caballo, o te abraso!

El soldado llevaba el fusil colgado del correa; hizo un movimiento con el hombro para recogerlo.

-¡Eres muerto si te mueves! -gritó Fabricio corriendo hacia él.

-Pues bien; vengan los cinco francos y tome usted un caballo -dijo el soldado azorado, después de mirar con tristeza la carretera limpia de gente.

Fabricio, apuntando con la mano izquierda, le tiró con la derecha tres monedas de cinco francos.

-Baja, o te mato... Ponle las riendas al negro y vete más lejos con las otros dos... Te abraso si te mueves.

El soldado obedeció refunfuñando. Fabricio se aproximó al caballo, pasó las riendas por su brazo izquierdo, sin perder de vista al soldado que se alejaba lentamente; cuando Fabricio lo vivió a unos cincuenta pasos, saltó ligero a caballo. Apenas encima, estaba aún buscando el estribo de la derecha con el pie, cuando oyó una bala pasar silbando a su lado; era el soldado que soltaba su tiro. Fabricio, furioso, se lanzó sobre él al galope, y el soldado echó a correr a todo escape; pronto le vio Fabricio montado en uno de los dos caballos y galopando. Bueno; ya está fuera de tiro, pensó. El caballo

que acababa de comprar era magnífico, pero se moría de hambre. Fabricio volvió a la carretera, en donde seguía sin verse un alma; la cruzó y puso al trote su caballo hacia un pliegue del terreno a la izquierda, en donde esperaba encontrar a la cantinera; pero cuando llegó a la altura no vio, en una legua a la redonda, más que algunos soldados sueltos. Está escrito que no vuelva a verla, dijo para sí, suspirando. ¡Qué buena mujer! Se dirigió hacia una; casa que se divisaba en la lejanía, a la derecha de la carretera. Sin apearse, y pagando por adelantado, mandó dar cebada a su pobre caballo que, de hambre, mordía en el pesebre. Una hora después, Fabricio trotaba por la carretera adelante sin haber perdido del todo la vaga esperanza de encontrar a la cantinera o, por lo menos, al cabo Aubry. Andaba mirando a uno y otro lado, cuando llegó a un río pantanoso franqueado por un puente de madera bastante estrecho. Antes de llegar al puente, a la derecha de la carretera, había una casa aislada con el rótulo de posada del Caballo Blanco. Voy a comer ahí, dijo para sí Fabricio. Un oficial de caballería, con el brazo en cabestrillo, se encontraba a la entrada del puente; estaba a caballo y parecía muy triste; a diez pasos de él, tres soldados de caballería, a pie, arreglaban sus pipas.

He ahí gentes, pensó Fabricio, que de seguro quieren comprarme el caballo por menos dinero aún del que me ha costado. El oficial herido y los tres de pie le miraban venir y parecían aguardarlo. Mejor sería no pasar por ese puente y echar por la orilla del río, a la derecha. Éste debe ser el camino que me aconsejó la cantinera para salir de apuros... Si, pensaba nuestro héroe, pero si huyo, mañana me avergonza-

ré; además, mi caballo es veloz y el del oficial está probablemente cansado; si se empeña en desmontarme, saldré al galope. Mientras así razonaba, Fabricio recogía el caballo y se adelantaba lo más despacio posible.

-¡Venga pronto, húsar! le gritó el oficial con voz autoritaria.

Fabricio avanzó algunos pasos y se detuvo.

-¿Vais a quitarme el caballo? -gritó.

-De ninguna manera. Adelántese.

Fabricio miró al oficial; tenía bigotes blancos y parecía una buenísima persona; el pañuelo que sostenía su brazo izquierdo estaba lleno de sangre, y su mano derecha también la llevaba envuelta en un paño ensangrentado. Los de a pie, pensó Fabricio, son los que ván a echarse a las riendas de mi caballo; pero mirando bien, vio que también estaban heridos.

-En nombre del honor -le dijo el oficial que llevaba charreteras de coronel-, quédese aquí de vigilancia y diga a todos los dragones, cazadores y húsares que vea, que el coronel Baron está en esta, posada y que les ordeno que vengan a reunirse conmigo.

El viejo coronel parecía profundamente consumido de dolor; desde su primera palabra había ganado la simpatía de nuestro héroe, quien le respondió con muy buen sentido:

-Soy muy joven, señor, para que quieran oírme; necesitaría una. orden escrita de su puño y letra.

-Tienes razón -dijo el coronel mirándole con atención; escribe la, orden La Rose, tú tienes la mano derecha. Sin decir palabra, La Rose sacó de su bolsillo un librito de pergamino, escribió unas líneas y, rompiendo la hoja, la entregó

a Fabricio; el coronel repitió la orden, añadiendo que a las dos horas sería relevado, como era justo, por uno de los soldados heridos que estaban con él. Dicho esto, penetró en la posada con sus hombres. Fabricio les miraba alejarse y permanecía inmóvil a la entrada del puente de madera, pues le había impresionado mucho el dolor silencioso y profundo de esos tres personajes. Abrió el papel y leyó la orden siguiente:

"El coronel Baron, del 6º regimiento de dragones, comandante en jefe de la segunda brigada de la primera división de caballería, ordena a todos los dragones, cazadores y húsares, que no pasen el puente y que vengan a; reunirse con él en la posada del Caballo Blanco, cerca del fuente; allí está su cuartel general.

"Dado en el cuartel general, cerca del puente de la Santa, el 19 de junio de 1815.

"Por el coronel Baron, herido en el brazo derecho, y orden suya, el sargento.

LA ROSE."

Habla pasado una media hora corta desde que Fabricio estaba de centinela en el puente, cuando vio llegar a seis cazadores montados y a otros tres a pie; les comunicó la orden del coronel.

-Ahora volvemos -dijeron cuatro de los jinetes, pasando el puente al trote largo.

Fabricio hablaba entonces con los otros dos. Mientras se animaba la discusión, los tres hombres a pie pasaron el puente. Uno de las dos cazadores de a caballo que aún que-

daban, acabó por pedir la orden para volverla a ver, y se la arrebató diciendo:

-Voy a enseñársela a los camaradas, y no dejaremos de volver. Espéranos sentado.

Y salió al galope; su compañero le siguió. Todo ello se hizo en un instante, Fabricio, furioso, llamó a uno de los soldados heridos que se asomaba a una ventana de la posada. Este soldado, en quien vio Fabricio los galones de sargento, bajó y le gritó al acercarse:

-¡Sable en mano, camarada, que está usted de centinela!

Fabricio obedeció, y añadió luego:

-¡Se han llevado la orden!

-Están aún molestos por lo de ayer repuso el otro con ademán triste-. Voy a darle una de mis pistolas; si de nuevo fuerza alguien el paso, tire al aire y vendré yo o aparecerá el coronel mismo.

Fabricio habla percibido muy bien el gesto de sorpresa que hizo el sargento cuando oyó lo de la orden arrebatada; comprendió que aquello había sido un insulto personal, y decidió para sí no dejarse burlar de nuevo.

Armado con la pistola del sargento, Fabricio había vuelto orgulloso a tomar su guardia, cuando vio llegar a siete húsares montados. Se habla colocado de manera que obstruía la entrada del puente. Les comunicó la orden del coronel, que pareció disgustarles; el más audaz intentó pasar. Fabricio, siguiendo el prudente consejo de la cantinera que le dijo el día antes por la mañana que había que pinchar y no sacudir sablazos, bajó la punta de su gran sable recto e hizo ademán de dar un golpe al que quería forzar el paso.

-¡Ah, quiere matarnos el rapaz -gritaron los húsares-, como si no nos hubieran matado bastante ayer!

Todos sacaron sus sables a la vez y cayeron sobre Fabricio, quien se creyó muerto. Pero se acordó de la sorpresa del sargento y no quiso que lo despreciaran de nuevo. Mientras retrocedía en el puente, procuraba dar golpes de punta. Tenía una facha tan extraña pinchando con el sable recto de caballería pesada, apenas manejable para él, que los húsares comprendieron pronto con quién teman que habérselas; entonces trataron, no de herirle, sino de cortarle el uniforme. Así, recibió en el brazo tres o cuatro sablazos pequeños. Y él, siempre fiel al precepto de la cantinera, daba con! H todas sus fuerzas golpes de punta. Por desgracia, uno de esos puntazos hirió en la mano a un húsar, quien, furioso de sentirse herido; por un soldado tan inexperto, contestó tirándose a fondo e hiriendo a Fabricio en la parte superior del muslo. El golpe fue certero, porque el caballo de nuestro héroe, lejos de querer huir; parecía gustar del encuentro y se echaba sobre los asaltantes. Estos, que vieron correr la sangre de Fabricio a lo largo de su brazo derecho, temieron haber llevado la cosa demasiado lejos y, empujándole hacia la barandilla izquierda del puente, se escaparon al galope. En cuanto Fabricio tuvo un momento de respiro, disparó al aire su pistola para avisar al coronel.

Cuatro húsares montados y otros dos a pie del mismo regimiento que los anteriores, venían hacia el puente y estaban aún a doscientos pasos de él cuando sonó el tiro. Miraban con mucha atención lo que en el puente ocurría, y figurándose que Fabricio había tirado sobre sus camaradas,

los cuatro se lanzaron al galope con el sable alzado; era aquello una verdadera carga. El coronel Baron, avisado por el disparo, abrió la puerta de la posada y corrió hacia el puente en el momento mismo en que llegaban los húsares al galope. Les ordenó él mismo que se detuvieran.

-¡Aquí no hay ya coronel que valga! -exclamó uno de ellos empujando su caballo.

El coronel, fuera de sí, interrumpió la reprimenda que estaba dirigiéndoles, y con su mano derecha herida cogió las riendas del caballo por el lado derecho.

-Detente, mal soldado -dijo al húsar-, te conozco, eres de la compañía del capitán Henriët.

-Pues bien, que el capitán me lo ordene. El capitán ha sido muerto ayer -añadió con sorna-, ¡y vete al c...!

Diciendo esto quiere forzar el paso y empuja al viejo coronel, que cae sentado en el suelo del puente. Fabricio, que estaba sobre el puente dos pasos más allá, pero vuelto hacia la posada, empuja su caballo, y mientras el pecho del caballo del atacante tira por los suelos al coronel, que no soltaba la rienda, Fabricio, indignado, dirige al húsar un golpe a fondo. Por fortuna, el caballo del húsar, sintiendo que le tiran hacia abajo por la rienda que el coronel tenía en su mano, hace un movimiento de lado, y la hoja del sable recto de Fabricio, resbalando sobre el chaleco del húsar, pasó entera delante de sus ojos. Furioso el húsar, se vuelve y a esta con todas sus fuerzas un sablazo que le cortó la manga a Fabricio y le entró muy hondo en el brazo. Nuestro héroe cayó.

Uno de los húsares desmontados, viendo por el suelo a los dos defensores del puente, aprovecha la ocasión, salta

sobre el caballo de Fabricio y quiere apoderarse de él, lanzándolo al galope sobre el puente.

El sargento, que al salir de la posada, ve caer a su coronel creyó que estaría gravemente herido. Corre tras el caballo de Fabricio y hunde la punta de su sable en la cintura del ladrón, que cae al suelo. Los húsares, no viendo ya sobre el puente más que al sargento a pie, pasan al galope y huyen veloces. El que quedaba a pie se echó a correr por el campo.

El sargento se aproximó a los heridos. Fabricio estaba ya levantado; sufría poco, pero perdía mucha sangre. El coronel se levantó lentamente; estaba atontado por el golpe, pero limpio de toda herida.

-No tengo más dolores -dijo al sargento- que los que me produce mi antigua herida de la mano.

El húsar, herido por el sargento, se moría.

-¡Que se lo lleve el diablo! -exclamó el coronel-. Pero cuidad de ese jovencito al que he puesto en peligro tan inoportunamente -dijo al sargento y a los otros dos que llegaban-. Me voy a quedar yo mismo en el puente para procurar detener a esos furiosos. Llevaos al joven a la posada y vendadle el brazo. Tomad una de mis camisas.



V

Esta aventura había transcurrido en menos de un minuto. Las heridas de Fabricio no eran nada; le vendaron el brazo con unas vendas cortadas en la camisa del coronel. Querían hacerle una cama en el primer piso de la posada.

-Pero mientras yo estoy aquí bien cuidado, en el primer piso de la posada -dijo Fabricio al sargento-, mi caballo, que está en la cuadra, se aburrirá solo y se irá quizá con otro amo.

-¡No está mal para un quinto! -dijo el sargento.

Y Fabricio fue instalado sobre paja fresca en el pesebre mismo a que su caballo estaba atado.

Como se sentía muy débil, el sargento le trajo un tazón de vino caliente y le dio un poco de conversación. Algunas felicitaciones que mezcló en su charla pusieron a nuestro héroe en un estado de celeste felicidad.

Fabricio no se despertó hasta el día siguiente, con el alba; los caballos relinchaban sin cesar y hacían un ruido atroz; la cuadra se llenaba de humo. Fabricio no comprendía nada

y ni siquiera sabía dónde estaba; por último, medio asfixiado por el humo pensó que la casa estaba ardiendo, y en un instante estuvo fuera de la cuadra montado en su caballo. Alzó la cabeza; salía un humo espeso de las dos ventanas colocadas encima de la cuadra y el tejado estaba cubierto por una humareda que se retorció. Un centenar de fugitivos había llegado durante la noche a la posada del Caballo Blanco. Todos gritaban y juraban. Los cinco o seis a quienes Fabricio pudo ver de cerca, parecíanle que estaban totalmente beodos; uno de ellos quería detenerlo y le gritaba:

-¿Adónde vas con mi caballo?

Cuando Fabricio estuvo a un cuarto de legua, volvió la cabeza; nadie le seguía, y la casa era presa de las llamas. Fabricio reconoció el puente, pensó en su herida y sintió que su brazo estaba muy apretado y muy caliente. Y el viejo coronel, ¿qué habrá sido de él?

Ha dado su camisa para vendarme el brazo. Nuestro héroe tenía aquella mañana una admirable sangre fría; la cantidad de sangre perdida le había sustraído toda la parte novelesca de su carácter.

¡A la derecha!, pensó, y ¡largo! Echó tranquilamente por la orilla del río que después del puente corría hacia, la derecha de la carretera. Recordaba los consejos de la buena cantinera. ¡Qué amistad!, pensaba. ¡Qué carácter más abierto!

Llevaba ya una hora andando, cuando se sintió muy débil. ¿Podré desayunarme?, dijo para sí. Si me desmayo, me robarán el caballo y quizá también los vestidos y con ellos mi tesoro. No tenía ya fuerza para dirigir su caballo, y se preocupaba sólo de conservar el equilibrio, cuando un aldeano

que estaba cavando en el camino junto a la carretera vio su palidez y vino a ofrecerle un vaso de cerveza y pan.

-A1 verle a usted tan pálido he pensado que sería uno de los heridos de la gran batalla -le dijo el aldeano.

Nunca llegó más a punto un socorro. En el momento en que Fabricio mascaba el pedazo de pan negro, sus ojos empezaban ya a dolerle cuando miraba hacia adelante. Un poco repuesto dio las gracias, y preguntó:

-¿Dónde estoy?

El aldeano le informó de que a tres cuartos de legua de allí se hallaba la aldea de Zonders, en donde le cuidarían muy bien.

Fabricio llegó a esta aldea sin saber exactamente lo que hacia y no pensando más que en no caerse del caballo. Vio un portal abierto y entró; era la posada de la Ahnohaza. Acudió en seguida el ama de la casa, buena mujer, enorme, que pidió socorro temblándole de compasión la voz. Dos muchachas ayudaron a Fabricio a bajarse del caballo; pero apenas estuvo en el suelo perdió el conocimiento. Llamaron a un cirujano, que le sangró. Este día y los siguientes no supo bien nuestro héroe lo que le hacían; no cesaba de dormir.

El puntazo en el muslo amenazaba formar un depósito considerable. Cuando Fabricio tenía la cabeza despejada, recomendaba que se cuidase el caballo y repetía a menudo que pagaría bien, cosa que ofendía a la mujer dueña de la posada y a sus hijas. Llevaba ya quince días admirablemente cuidado y empezaba a recobrar sus ideas poco a poco, cuando una tarde advirtió que sus patronos parecían muy turbados. Un oficial alemán entró en la habitación; para

contestarle usaban una lengua que Fabricio no entendía; pero comprendió que hablaban de él y se fingió dormido. Algún tiempo después, cuando pensó que el oficial se habla marchado ya, les llamó.

-Este oficial ¿no acaba de apuntarme en una lista y hacerme prisionero? -La patrona asintió llorando.

-Pues bien; dinero tengo en mi ropa -exclamó incorporándose en la cama-, cómprenme ustedes un traje de paisano y me voy esta noche con mi caballo. Ya una vez me han salvado ustedes la vida recibíendome aquí cuando iba a caer muerto en medio de la calle. Pues bien; vuélvanmela a salvar ayudándome ahoya a unirme con mi madre.

En este momento, las hijas de la patrona empezaron a llorar; temían por Fabricio, y como apenas entendían el francés, se acercaron a su cama para hacerle preguntas. Discutieron en flamenco con su madre; pero a cada instante volvíanse sus ojos enternecidos hacia nuestro héroe; creyó entender que su fuga iba a comprometerlas gravemente, pero que consentían en correr ese albur. Les dio las más efusivas gracias, con las manos juntas. Un judío de la localidad proporcionó un traje completo; pero cuando lo hubo traído, hacia las diez de la noche, las señoritas vieron, al compararlo con el uniforme de Fabricio, que había que estrecharlo muchísimo. Fabricio indicó que algunos napoleones estaban escondidos en sus vestidos y rogó a sus patronas que los cosiesen al traje que acababan de comprar. Con el traje habían traído también un par de botas de montar nuevas. Fabricio no vaciló en rogar a las buenas muchachas que cortaran las botas a lo húsar por el sitio que él mismo indicó,

y sus diamantes fueron escondidos en el forro de las botas nuevas.

Por un extraño efecto de la pérdida de sangre y de la debilidad consiguiente, Fabricio había olvidado el francés casi por completo; dirigiáse en italiano a la hostelera y a sus hijas, las cuales todas hablan un dialecto flamenco, de suerte que se entendían casi sólo por señas. Cuando las chicas, que por lo demás eran perfectamente desinteresadas, vieron los diamantes, su entusiasmo por Fabricio no tuvo límites; creyeron que era un príncipe disfrazado. Aniken, la más pequeña y la más ingenua, lo abrazó y besó sin más ni más. Fabricio, por su parte, las encontraba encantadoras; y hacia las doce de la noche, cuando el cirujano le hubo permitido tomar un poco de vino para prepararse a la caminata que iba a hacer, casi tenía ganas de no irse. ¿Dónde podré estar mejor que aquí?, decía para sí. Sin embargo, hacia las dos de la madrugada se vistió. En el momento de salir de su cuarto, la buena hostelera le dio la noticia de que el oficial prusiano que había venido a visitar la casa, algunas horas antes, se había llevado su caballo

-¡Ah, canalla -exclamaba Fabricio-, a un herido!

No era bastante filósofo nuestro joven italiano para acordarse del precio que le había costado ese mismo caballo.

Aniken, llorando, le dijo que habían alquilado un caballo para él; ella hubiera querido que no se marchase. La despedida fue tierna. Dos chicos, buenos mozos, parientes de la excelente hostelera, subieron a Fabricio al caballo; durante el camino lo sostenían en él, mientras que otro muchacho, que iba un centenar de pasos delante de ellos, inspeccionaba el

camino por si salía alguna patrulla sospechosa. A las dos horas de marcha se detuvieron en casa de una prima de la hostelera. Los jóvenes, por mucho que Fabricio les dijera, no quisieron abandonarlo, afirmando que conocían mejor que nadie los pasos de los bosques.

-Pero mañana por la mañana -decía Fabricio-, cuando mi fuga sea conocida y no os vean en la aldea, esa ausencia os denunciará.

Pusieron en marcha de nuevo. Afortunadamente, cuando salió el sol estaba cubierta la llanura de una espesa niebla. Hacia las ocho de la mañana llegaron a una pequeña ciudad. Uno de los jóvenes se adelantó para ver si los caballos de la posta habían sido robados. El dueño de la posta había tenido tiempo de hacerlos desaparecer y de reclutar infames jacos, con los que había llenado sus cuadras. Fueron a buscar dos caballos a los pantanos en donde estaban escondidos, y tres horas después Fabricio subió a un carril coche desvencijado, pero tirado por dos buenos caballos de posta.

Había recobrado sus fuerzas. El momento de separarse de los dos jóvenes, parientes de la hostelera, fue sumamente patético; no quisieron los chicos aceptar dinero, a pesar de los amables pretextos que Fabricio inventaba.

-En el estado en que se encuentra usted, señor, lo necesita usted más que nosotros -contestaban siempre los buenos jóvenes.

Por último, se marcharon llevando cartas de Fabricio en donde nuestro héroe, un poco fortificado por la agitación del camino, había intentado dar a conocer a sus hosteleras todo

cuanto sentía de cariño hacia ellas. Fabricio escribía con lágrimas en los ojos, y en la carta dirigida a la pequeña Aniken había de seguro algo de amor.

El resto del viaje no tuvo nada de extraordinario. Al llegar a Amiens le producía gran dolor el puntazo del muslo; el cirujano no había pensado en desligar la herida, y a pesar de las sangrías se había formado un depósito. Durante los quince días que Fabricio pasó en la posada de Amiens, regentada por una familia que le hacía mil cumplidos y le cobraba buen dinero, los aliados invadían Francia. Fabricio se transformó en otro hombre a fuerza de meditar sobre lo que acababa de sucederle. Sólo en un punto permanecía aún niño: lo que habla visto ¿era una batalla?, y en segundo lugar, ¿esa batalla era Waterloo? Por primera vez en su vida halló placer en la lectura: esperaba siempre encontrar en los periódicos o en los relatos de la batalla, alguna descripción que le permitiese reconocer los sitios que había recorrido detrás del mariscal Ney, y luego detrás del otro general. Durante su estancia en Amiens, escribió casi a diario a sus buenos amigos de la Almohaza. En cuanto estuvo curado se fue a París; en su antiguo hotel encontró veinte cartas de su madre y de su tía, suplicándole que regresara en seguida. Una última carta de la condesa Pietranera tenía un aire enigmático que le llenó de zozobra; esta carta disipó todos sus tiernos ensueños. Fabricio era un carácter a quien bastaba una palabra para prever las mayores desgracias, y su imaginación se encargaba de pintar esas desgracias con los más horribles detalles.

"Ten cuidado de no firmar las cartas que escribas para dar noticias tuyas, le decía la condesa. Cuando vuelvas no vengas derechamente al lago de Como; detente en Lugano, en territorio suizo." Tenia que llegar a esta ciudad con el nombre de Cavi; en la posada principal encontrada al ayuda de cámara de la condesa, el cual le diría lo que había que hacer. Su tía terminaba la carta con estas palabras: "Oculta, por todos los medios posibles, la locura que has hecho, y sobre todo no conserves ningún papel impreso o escrito; en Suiza te rodearán los amigos de Santa Margarita<sup>4</sup>. Si tengo bastante dinero, decía la condesa, mandaré alguien a Ginebra, al hotel de las Balanzas, y conocerás detalles que no puedo escribir, que sin embargo tienes que saber antes de llegar. Pero, en nombre de Dios, ni un día más en París, que te reconocerán nuestros espías." La imaginación de Fabricio empezó a figurarse las más extrañas cosas, y no pudo gustar más placer que el de intentar adivinar qué era lo que su tía tenia que comunicarle tan estupendo. Fue detenido dos veces al atravesar Francia, pero supo salir del paso. Estas molestias tenia que agradecerlas a su pasaporte italiano y a la extraña calidad de vendedor de barómetros, que no concordaban con su aspecto joven y su brazo en cabrestillo.

Por fin, en Ginebra encontró a un sirviente de la condesa que le contó de su parte que él, Fabricio, había sido denunciado a la policía de Milán como portador, para Napoleón, de las decisiones adoptadas por una amplísima

---

<sup>4</sup> Silvio Pellico ha dado a este nombre celebridad europea. Es el de la calle de Milán, en donde están situados el palacio y las prisiones de la policía.



conspiración organizada en el ex reino de Italia. Si no era ése el fin de su viaje, decía la denuncia, ¿a qué tomar un nombre supuesto? Su madre trataría de demostrar la verdad, esto es:

1° Que no habla salido nunca de Suiza.

2° Que habla abandonado el castillo de repente a consecuencia de una disputa con el hermano mayor.

Al oír este relato, Fabricio se sintió orgulloso. ¡De modo que' yo he sido una especie de embajador cerca de Napoleón, dijo para sí; ¡yo he tenido el honor de hablar a ese gran hombre! ¡Ojalá! Recordó que su séptimo abuelo, el nieto del que llegó a Milán con Sforza, tuvo la honra de ser decapitado por los enemigos del Duque, que lo sorprendieron yendo a Suiza a llevar proposiciones a los dignos cantones y a reclutar soldados. Con los ojos del espíritu veía la estampa que representaba este hecho en la genealogía de la familia. Fabricio, al interrogar al ayuda de cámara lo halló indignado por un detalle que, por último, confesó, a pesar de la orden expresa de callarlo que la condesa le había hecho varias veces. Era Ascanio, el hermano mayor, quien había hecho la denuncia a la policía de Milán. Esta cruel palabra produjo en nuestro héroe como un ataque de locura. Para ir de Ginebra a Italia se pasa por Lausanne; quiso partir a pie en seguida y andar así diez o doce leguas, aunque la diligencia de Ginebra a Lausanne iba a salir dos horas después. Antes de salir de Ginebra enredóse en una pelea, en uno de los tristes cafés de la localidad, con un joven que le miraba, según él decía, de modo singular. Y era verdad; el joven ginebrino, flemático y razonable, pensando sólo en el dinero, lo tomó por loco, porque Fabricio al entrar lanzaba mirabas

furibundas en derredor y derramó sobre su pantalón la taza de café que le estaban sirviendo. En este lance, el primer movimiento de Fabricio fue enteramente siglo diez y seis; en lugar de proponer un duelo al joven ginebrino, sacó un puñal y se lanzó sobre él para herirle. En este momento de pasión, Fabricio olvidaba todo que había aprendido acerca de las reglas del honor, y volvía al instinto o, mejor dicho, a los recuerdos de la primera infancia.

El hombre de íntima confianza que encontró en Lugano, aumentó su furor dándole nuevos detalles. Como Fabricio era querido en Grianta, nadie habría pronunciado su nombre, y sin el amable proceder de su hermano, todo el mundo hubiera fingido al creer que estaba en Milán, y nunca la atención de la policía de esta ciudad hubiera reparado en su ausencia.

-Sin duda los carabineros tienen nuestras señas personales le dijo el enviado de su tía-, y si vamos por la carretera os detendrán en llegando a la frontera del reino lombardo-véneto.

Fabricio y los suyos conocían los más pequeños senderos de la montaña que separa Lugano del lago de Como; se disfrazaron de cazadores, es decir, de contrabandistas, y siendo tres y los tres con caras asaz resueltas, los carabineros que encontraron no pensaron más que en saludarles. Fabricio convino en no llegar al castillo hasta medianoche; a esta hora su padre y todos los criados, que se echaban polvo en el pelo, estaban acostados hacía mucho tiempo. Bajó cómodamente al profundo foso y penetró en el castillo por la ventanilla de un sótano; allí le esperaban su madre y su tía; pronto

vinieron sus hermanas. Las caricias y las lágrimas sucediéronse largo tiempo, y cuando ya empezaba a hablarse razonablemente, los primeros albores del día vinieron a avisar a estos seres, que se creían desgraciados, que el tiempo volaba.

-Espero que tu hermano no habrá sospechado tu llegada -le dijo la señora Pietranera-. Apenas he hablado con él desde su honroso acto, cosa, que su amor propio me hacía el honor de estar muy picado. Esta noche en la cena me he dignado dirigirle la palabra; necesitaba encontrar un pretexto para ocultar la loca alegría, que podría infundirle sospechas. Luego, cuando advertí de que estaba muy ufano por esa su puesta reconciliación, he aprovechado su alegría para hacerle beber desordenadamente y de seguro que no se le ha ocurrido ponerse en acecho para seguir haciendo su oficio de espía.

-En tus habitaciones es donde debemos esconder a nuestro húsar -dijo la marquesa-. No puede marcharse en seguida. En este primer momento no somos bastante dueñas de nuestra razón, y se trata de buscar el mejor medio para despistar a esa terrible policía de Milán.

Púsose en práctica esa idea; pero el marqués y su hijo mayor notaron, al día siguiente, que la marquesa estaba sin cesar en el cuarto de su cuñada. No nos detendremos en relatar la ternura y la alegría que, ese día también, agitaron a esas seres tan felices. Los corazones italianos, mucho más que los franceses, están de continuo atormentados por las sospechas y las ideas locas que una imaginación ardiente les sugiere; pero en cambio, sus alegrías son mucho más intensas y duran más tiempo. La condesa y la marquesa estuvie-

ron ese día privadas de su razón; Fabricio tuvo que volver a contar su historia. Por fin quedó resuelto que todos irían a Milán a ocultar la común alegría, pues parecía muy difícil eludir por más tiempo la vigilancia del marqués y de su hijo Ascanio.

Tomaron la barca ordinaria de la casa para ir a Como; otra cosa hubiera despertado mil sospechas. Pero al llegar al puerto recordó la marquesa que se habla dejado en Grianta unos papeles de la mayor importancia; se apresuró a enviar a los barqueros, de suerte que estos hombres no pudieron enterarse de lo que las señoras hicieron en Como. Apenas llegadas, alquilaron al azar uno de esos cochos que esperan parroquianos junto a la alta torre medioeval que se alza por encima de la puerta de Milán. Partieron al momento, sin dar tiempo al cochero para hablar con nadie. A un cuarto de legua de la ciudad, encontraron a un joven cazador, conocido de las señoras, que se prestó, ya que no llevaban ningún hombre, a acompañarlas hasta las puertas de Milán adonde se dirigía cazando. Todo iba bien y las señoras charlaban alegremente con el joven cazador, cuando en un recodo que hace el camino para dar la vuelta a la encantadora colina y bosque de San Giovanni, tres guardias disfrazados saltaron sobre los caballos.

-¡Ah!, mi marido nos ha hecho traición -exclamó la marquesa y se desmayó.

Un sargento que había permanecido algo rezagado se acercó al coche tambaleándose y dijo con voz que parecía salir de la taberna:

-Sintiendo mucho la misión que se me ha encomendado, os detengo, general Fabio Conti.

Fabricio creyó que el sargento, para burlarse, le llamaba general. Me la pagarás, dijo para sí. Miraba a los gendarmes disfrazados y espiaba el momento favorable para saltar del coche y echar a correr por el campo.

La condesa sonrió, creo que sin saber por qué, y dijo al sargento:

-Pero, mi querido sargento; ¿a este niño de diez y seis años lo tomáis por el general Conti?

-¿No es usted la hija del general? -dijo el sargento.

-Ved a mi padre -dijo la condesa señalando a Fabricio. Los guardias soltaron a reír.

-Vengan los pasaportes y no se razone más -repuso el sargento picado por la risa general.

-Las señoras no lo toman nunca para ir a Milán -dijo el cochero con tono frío y filosófico-, vienen de su castillo de Grianta. Ésta es la señora condesa Pietranera y aquélla la señora marquesa del Dongo.

El sargento, desconcertado, se dirigió hacia los caballos y celebró consejo con sus hombres. La conferencia duraba ya cinco buenos minutos, cuando la condesa Pietranera les rogó que permitieran al coche avanzar unos pasos y ponerse a la sombra; el calor abrasaba aunque no eran más que las once de la mañana. Fabricio, mirando muy atentamente en todas las direcciones, para buscar el medio de escaparse, vio venir por un pequeño sendero que atravesaba el campo y desembocaba en la carretera, a una joven de catorce a quince años, llorando, tímidamente oculto el rostro con su pañuelo.

Venía a, pie entre dos guardias de uniforme y detrás de ella, también entre dos guardias, marchaba un hombre alto y seco afectando un aire digno y grave como el de un prefecto en una procesión.

-¿Dónde lo habéis encontrado? -dijo el sargento ya del todo borracho.

-Huyendo a campo traviesa y sin pasaportes.

El sargento pareció que perdía totalmente la cabeza. Tenla delante a cinco presos en lugar de dos que necesitaba. Alejóse algunos pasos no dejando más que a un hombre para guardar al prisionero que se las daba de majestuoso y salió para impedir que los caballos anduvieran.

-Quédate -dijo la condesa a Fabricio que ya habla saltado a tierra, va a arreglarse todo.

Oyóse a un guardia que exclamaba:

-¡No importal Si no tienen pasaportes, son buena presa.

El sargento no parecía tan decidido. El nombre de la condesa Pietranera producía en él cierta inquietud. Habla conocido al general, cuya muerte ignoraba. El general es de los que se vengan, si detengo a su mujer sin motivos, pensaba.

Mientras transcurría esta deliberación, que fue larga, la condesa habla trabado conversación con la joven que estaba de pie en la carretera polvorienta, al lado del coche; la condesa habla notado la belleza de la niña.

-El sol va a molestar a usted, señorita. Este valiente soldado -añadió dirigiéndose al gendarme situado a la cabeza de los caballos-, le permitirá sin duda subir al carruaje.

Fabricio, que andaba por allí se acercó para ayudar a la joven a subir. Esta se erguía ya sobre el estribo, sostenido su brazo por Fabricio, cuando el hombre imponente que estaba seis pasos detrás del coche, gritó con voz ahuecada por la decisión de mostrarse digno:

-¡Quieta en la carretera; no suba usted a un coche que no le pertenece!

Fabricio no habla oído esa orden; la joven, en lugar de subir al carruaje, quiso descender y como Fabricio seguía sosteniéndola, enrojció profundamente, estuvieron un instante mirándose después que la joven se hubo soltado de sus brazos.

Encantadora compañera de cárcel, dijo para sí Fabricio: ¡qué pensamiento tan profundo bajo esa frentel, ésta sabría amar.

El sargento se acercó con aire de autoridad:

-¿Cuál de estas señoras se llama Clelia Conti?

-Yo dijo la joven.

-Y yo -exclamó el hombre de edad-, soy el general Fabio Conti, chambelán de S. A. S. monseñor el príncipe de Parma; y me parece indecoroso que un hombre como yo sea acosado como un ladrón.

-Anteayer, al embarcaros en el puerto de Como, ¿no mandásteis a paseo al inspector de policía que pedía vuestro pasaporte? Pues bien, hoy el inspector os impide pasearos.

-Me alejaba ya, en mi barca; tenía prisa, pues el tiempo andaba revuelto; un hombre sin uniforme me gritó desde el muelle que volviera al puerto; le dije mi nombre y continué mi viaje.

-Y esta mañana os habéis escapado de Como.

-Un hombre como yo no toma pasaporte para ir de Milán a ver el lago. Esta mañana, en Como, me han dicho que iban a detenerme en la puerta: salí a pie con mi hija; esperaba encontrar por el camino algún coche que me llevase a Milán en donde, desde luego, mi primera visita será para llevar mis quejas al gobernador de la provincia.

Al sargento pareció que le quitaban un peso de encima.

-Pues bien, general, queda usted detenido y voy a conducirlo a Milán. Pero usted, ¿quién es? -dijo a Fabricio.

-Es mi hijo -respondió la condesa-, Ascanio, hijo del general de división Pietranera.

-¿Sin pasaporte, señora condesa? -dijo el sargento muy calmado ya.

-A su edad nunca lo toma, no viaja solo, va siempre conmigo.

Durante este coloquio, el general Conti se las daba de dignidad ofendida con los guardias.

-Menos palabras -dijo uno de ellos-, está usted detenido y basta.

-Agradezca usted -dijo el sargento-, que consintamos en dejarle alquilar un caballo de aldeano; si no, a pesar del polvo y del calor y de su grado de chambelán de Parma, iría usted muy bien a pie entre nuestros caballos.

El general empezó a jurar.

-¿Quieres callarte? -dijo el guardia-. ¿Dónde está tu uniforme de general? El primero que pase puede decir que es general.



El general se enfadó más todavía. Mientras tanto, en el coche los asuntos mejoraban.

La condesa mandaba a los guardias como si fueran sus criados. Había dado a uno un escudo para que fuera a buscar vino y sobre todo agua fresca a una casita que se veía a doscientos pasos de allí. Había encontrado tiempo para calmar a Fabricio quien, obstinadamente quería escaparse por el bosque de la colina. Tengo buenas pistolas decía. Consiguió que el iracundo general dejase a su hija subir al coche. En esta ocasión el general que gustaba de hablar de sí y de su familia, comunicó a las señoras que su hija no tenía más que doce años, habiendo nacido en 1803, el 27 de octubre; pero todo el mundo le calculaba catorce o quince años: tan circunspecta era.

Hombre vulgarísimo, decían los ojos de la condesa a la marquesa. Gracias a la condesa, todo quedó arreglado después de un coloquio de una hora. Un guardia que tenía que hacer en la aldea próxima, alquiló su caballo al general Conti, cuando la condesa le hubo dicho: tendría usted diez francos. El sargento se fue solo con el general; los otros gendarmes se instalaron debajo de un árbol, acompañados por cuatro enormes botellas de vino, especie de pequeñas damajuanas, que había traído de la casita un guardia, ayudado por un aldeano. Clelia Conti obtuvo del digno chambelán permiso para regresar a Milán en el coche de las señoras y nadie pensó en detener al hijo del valiente general conde Pietranera. Después de los primeros momentos, dedicados a la cortesía y a comentar el pequeño incidente que acababa de terminar, Clelia Conti observó el matiz de entusiasmo con que una

dama tan hermosa como la condesa hablaba a Fabricio; de seguro, no era su madre. Su atención fue sobre todo excitada por repetidas alusiones a algo heroico, audaz y peligroso en sumo grado que había realizado Fabricio no hacía mucho tiempo; pero a pesar de su inteligencia, la joven Clelia no pudo adivinar de qué se trataba.

Miraba con extrañeza al joven héroe, de cuyos ojos parecían brotar aún las llamaradas de la acción. Y él estaba un poco cortado por la singular belleza de esta joven de doce años, a quien sus miradas hacían enrojecer.

Una legua antes de llegar a Milán, dijo Fabricio que iba a ver a su tío, y se despidió de las señoras.

-Si logro salir del paso -dijo a Clelia-, iré a ver los hermosos cuadros de Parma. ¿Se dignará usted acordarse entonces de este nombre: Fabricio del Dongo?

-¡Bueno! -dijo la condesa-. ¡Así es como sabes guardar el incógnito! Señorita, dígnese usted recordar que esta mala persona es mi hijo y que se llama Pietranera y no del Dongo.

Muy entrada la noche, penetró Fabricio en Milán por la puerta Renza que conduce a un paseo de moda. El envió a Suiza de los dos criados había agotado los muy escasos ahorros de la marquesa y de su hermana; afortunadamente Fabricio poseía aún algunos napoleones y uno de los diamantes, cuya venta quedó decidida.

Las señoras eran muy queridas y conocidas en toda la ciudad. Los personajes más considerables del partido austríaco y religioso hablaron en favor de Fabricio al jefe de policía, barón Binder. Estos señores afirmaban no comprender, cómo era posible tomar en serio la locura, de un niño de

diez y seis años que se pelea con el hermano mayor y abandona la casa paterna.

-Mi oficio consiste en tomarlo todo en serio -respondió suavemente el barón Binder, hombre prudente y triste que estaba entonces organizando esa famosa policía de Milán y es había comprometido a evitar una revolución como la de 1746 que expulsó a los austríacos de Génova. Esa policía milanesa, célebre por las aventuras de Pellico y Andryane, no fue precisamente cruel; ejecutaba razonablemente y sin conmiseración órdenes severas. El emperador Francisco II quería llenar de terror las imaginaciones italianas tan audaces.

-Dadme, día por día repetía el barón Binder a los protectores de Fabricio-, la indicación probada de lo que ha hecho el joven marchesino del Dongo; tomémosle desde el instante de su marcha de Grianta, 8 de mayo, hasta su llegada, ayer tarde, a esta ciudad, en donde está oculto en una de las habitaciones de su madre, y estoy dispuesto a tratarlo como al más amable y más locuelo de los jóvenes de la ciudad. Pero si no podéis proporcionarme el itinerario del joven durante todos los días que han seguido a su marcha de Grianta, entonces cualesquiera que sean la grandeza de su cuna y el respeto que me merecen los amigos de su familia, mi deber es mandarlo detener. ¿No debo guardarlo en prisión hasta que me demuestre que no ha ido a llevar a Napoleón proposiciones de parte de algunos descontentos que pueden existir en Lombardia entre los súbditos de Su Majestad Imperial y Real? Notad, además, señores, que si el joven del Dongo consigue justificarse en ese punto, seguirá siendo culpable de haber ido al extranjero sin un pasaporte

en regla y de haber tomado, además, un nombre falso, haciendo uso a sabiendas del pasaporte de un simple obrero; es decir, de un individuo de clase muy inferior a la que él pertenece.

Esta declaración cruelmente razonable iba acompañada de la mayor deferencia y respeto que el jefe de policía debía a la alta posición de la marquesa del Dongo y de las personas importantes que venían a hablar con ella.

La marquesa se desesperó al conocer la respuesta del barón Binder.

-¡Fabricio va a ser detenido! -exclamó llorando-, y una vez encarcelado, ¿sabe Dios cuándo saldrá! ¡Su padre renegará de él! La señora Pietranera y su cuñada celebraron consejo con dos o tres amigos íntimos, y a pesar de todo cuanto pudieron decir, la marquesa se empeñó en que su hijo marchara la noche siguiente.

-¿Pero no estás viendo -le decía la condesa-, que el barón Binder sabe que tu hijo está aquí? Ese hombre no es malo.

-No, pero quiere complacer al emperador Francisco.

-Pero si creyera útil para su encumbramiento meter a Fabricio en la cárcel, ya lo habría hecho; si, pues, hacemos que huya, es testimoniarle una desconfianza injuriosa.

-Pero confesarnos que sabe dónde está Fabricio, es como decirnos que le hagamos huir. No, no podré vivir pensando a cada momento que mi hijo puede estar entre cuatro muros. Cualquiera que sea la ambición del barón Binder -añadía la marquesa-, él cree que conviene a su posición personal en este país, tener atenciones para en hombre como mi

marido, y una prueba de ello se ve en esta singular sinceridad con que confiesa saber dónde está mi hijo. Más aún, el barón explica con complacencia y detalle los dos delitos de que acusan a Fabricio, por denuncia de su indigno hermano; nos explica que ambos delitos tienen pena de prisión; ¿no es esto decirnos que, si preferimos el destierro, podemos elegir?

-Si eliges el destierro -repetía sin cesar la condesa-, no lo volveremos a ver en la vida.

Fabricio, que presenciaba la conversación con uno de los antiguos amigos de la marquesa, consejero del tribunal constituido por Austria, opinaba con fuerza por la fuga. En efecto, aquella misma noche salió del palacio, oculto en el coche que conducía a la Scala a su madre y a su hermana. El cochero, en quien no se fiaban, se fue como de costumbre a la taberna, y mientras el lacayo, fiel y seguro, guardaba los caballos, Fabricio, disfrazado de aldeano se deslizó fuera del coche y salió de la ciudad. Al día siguiente pasó la frontera con igual fortuna, y unas horas más tarde se hallaba instalado en una finca que tenía su madre en Piamonte, cerca de Novara, precisamente en Romagnano, donde fue muerto Bayardo.

Podemos imaginar con qué atención las señoras, llegadas a su palco de la Scala, escucharon la función. Sólo habían ido para consultar a algunos de sus amigos del partido liberal, cuya aparición en el palacio del Dongo hubiera podido ser mal interpretada por la policía. En el palco quedó resuelto hacer un nuevo intento cerca del barón Binder. No podía pensarse en ofrecer dinero a este magistrado, hombre honrado a carta cabal; además, las señoras no tenían dinero;

habían obligado a Fabricio a llevarse lo que quedaba de la venta del diamante.

Sin embargo, importaba mucho saber la última palabra del barón. Los amigos de la condesa le recordaron a cierto canónigo llamado Borda, joven amabilísimo que en otro tiempo le hiciera la corte, con no muy buenas maneras; no obteniendo éxito, habla ido al general Pietranera a contarle la amistad de la condesa con Limercati, y había sido echado como un villano. Ese canónigo, ahora, todas las noches, era de la partida de naipes de la baronesa Binder, y, naturalmente, intimo amigo del marido. La condesa se decidió a hacer el sacrificio de visitar al canónigo, y al día siguiente temprano, Antes de que saliera de sin casa, fue a verle.

Cuando el único criado del canónigo pronunció el nombre de la condesa Pietranera, este hombre se conmovió hasta el extremo de perder la voz; no intentó siquiera reparar el desorden de su sencillísima indumentaria casera.

-Que entre; y usted vágase -dijo con voz apagada. Entró la condesa; Borda se arrodilló a sus pies.

-En esta postura es como un desgraciado loco debe aguardar las órdenes de usted -dijo a la condesa, que aquella mañana en traje de casa, casi desconocida, tenia un atractivo irresistible. La pena profunda causada por el destierro de Fabricio, la violencia que se hacia para presentarse en casa de un hombre que la habla traicionado, todo concurría a poner en su mirada un resplandor increíble-. En esta postura quiero recibir las órdenes prosiguió el canónigo-, pues es evidente que tiene usted que pedirme algún servicio. De otro modo no honraría seguramente con su presencia la casa de

un desgraciado loco que antaño, perdido de amor y de celos, se condujo con usted como un cobarde, cuando vio que no podía agradarle.

Estas frases eran sinceras y tanto más hermosas cuanto que el canónigo ahora gozaba de un gran poder; la condesa se conmovió hasta saltársele las lágrimas. La humillación y el temor que tenían helada su alma, fueron en un momento sustituidos por el enternacimiento; despuntó en su espíritu un poco de esperanza. De un estado muy desgraciado pasaba, en un abrir y cerrar de ojos, casi a la felicidad.

-Besa mi mano -dijo al canónigo, alargándole el brazo-, y levántate. (Sébase que en Italia el tutearse es signo tanto de buena y franca amistad como de sentimientos más tiernos.) Vengo a pedirte merced para mi sobrino Fabricio. He aquí la verdad entera y sin el menor disfraz, como se dice a un viejo amigo. A los diez y seis años y medio acaba de cometer una insigne locura. Estábamos en el castillo de Grianta, en el lago de Como. Una tarde, a las siete, tuvimos noticia por una lancha de Como del desembarco del emperador en el golfo Juan. Al día siguiente Fabricio partió para Francia, con el pasaporte de uno de sus amigos, hombre de pueblo, un vendedor de barómetros, llamado Vari. Como no tenía aspecto de vendedor de barómetros, fue detenido en Francia apenas había andado diez o doce leguas; sus entusiasmos, expresados en mal francés, parecían sospechosos. Al cabo de algún tiempo se escapó y pudo llegar a Ginebra; enviamos a su encuentro a Lugano...

-A Ginebra, querrá usted decir -dijo el canónigo sonriendo.

La condesa terminó su historia.

-Haré por usted todo lo humanamente posible -repuso el canónigo efusivamente-; estoy enteramente a sus órdenes. Cometeré incluso imprudencias -añadió-. Diga usted lo que deba yo hacer en el momento en que esta pobre sala quede privada de esta celeste aparición, que constituye una época en la historia de mi vida.

-Hay que ir a casa del barón Binder a decirle que amas a Fabricio desde su nacimiento, que has visto nacer a ese niño cuando ventas a casa, y, en fin, que en nombre de la amistad que te concede, le suplicas que emplee todos sus espías en averiguar si antes de marchar a Suiza, Fabricio ha celebrado la más mínima entrevista con ninguno de los liberales a quienes se vigila. Si el barón está bien servido, verá que aquí no se trata más que de una verdadera locura de joven. Sabes que en mis hermosas habitaciones del palacio Dugnani tenía una serie de estampas de las batallas ganadas por Napoleón; mi sobrino aprendió a leer en las leyendas de esos grabados. A los cinco años oía a mi pobre marido explicarle esas batallas; le poníamos en la cabeza el casco de mi marido, y el niño arrastraba su gran sable. Pues bien; un buen día llega a él la noticia de que el dios de mi marido, el emperador, está de vuelta Francia; parte para juntarse a él, como un loco, pero no lo consigue. Pregunta a tu barón con qué pena quiere castigar este rasgo de locura.

-Una cosa se me olvidaba -exclamó el canónigo-, va usted a ver que no soy del todo indigno del perdón que me concede. Esta es dijo buscando en la mesa un papel, esta es la denuncia de ese infame coltorto (hipócrita) ; véala firmada,



Ascanio Valserra del Dongo. Ella dio lugar a todo este asunto. Ayer tarde la cogí en las oficinas de la policía, y fui a la Scala esperando encontrar a alguien que fuera a su palco, de costumbre, para dar a usted conocimiento de ella. Una copia de ese papel está en Viena desde hace tiempo. Ese es el enemigo que tenemos que combatir.

El canónigo leyó la denuncia con la condesa y quedó convenido que aquel mismo día le enviaría una copia por medio de una persona segura. La condesa volvió al palacio del Dongo con la alegría en el corazón.

-Imposible ser más galante y cabal que ese antiguo pillastre -dijo a la marquesa-. Esta noche en la Scala, a las diez y tres cuartos en el reloj del teatro, despediremos a todo el mundo de nuestro palco, apagaremos las luces, cerraremos la puerta, y a las once vendrá el canónigo mismo a decirnos lo que haya podido hacer. Esto es lo que hemos encontrado que pueda comprometerle menos.

El canónigo tenía mucho talento y se guardó de faltar a la cita: dio pruebas de una completa bondad y de una franqueza de corazón sin reservas, virtudes que no se encuentran más que en los países en donde la vanidad no domina a todos los demás sentimientos. La denuncia de la condesa al general Pietranera, su marido, era uno de los grandes remordimientos de su vida, y encontraba ahora un medio de borrar ese recuerdo.

Por la mañana, cuando la condesa hubo salido de su casa:

-Hela aquí ahora haciendo el amor con su sobrino había dicho para sí con amargura, pues no estaba enteramente

curado. ¡Altiva como ella es, haber venido a mi casa!... Después de muerto el pobre Pietranera rechazó con horror mis ofrecimientos de servirla, aunque eran muy corteses y estaban muy bien presentado s por el coronel Scotti, su antiguo amante. ¡La hermosa Pietranera viviendo con 1.500 francos! añadía el canónigo paseándose agitado por su cuarto. ¡Y luego irse a vivir al castillo de Grianta con un abominable secatore, ese marqués del Dongol... ¡Todo se explica ahora! Es verdad, ese joven Fabricio es un dechado de gracias, alto, bien formado, con una faz siempre riente... y todavía mejor, con una mirada llena de dulce voluptuosidad..., una fisonomía del Corregio añadía el canónigo con amargura. La diferencia de edad... no es mucha... Fabricio nació después de la entrada de los franceses, hacia el 98, según creo; la condesa tendrá unos veintisiete o veintiocho años; imposible es ser más bonita, más adorable. En esta tierra fértil en bellezas, las supera a todas, la Masini, la Gherardi, la Ruga, l'Aaresi, la Pietranera, a todas las supera. Vivían felices, escondidos en ese hermoso lago de Como, cuando el joven quiso reunirse con Napoleón... ¡Todavía hay almas en Italia! No, no proseguía su corazón ardiente de celos, es imposible explicarse de otro modo esa resignación a vegetar en el campo, con el asco de ver a diario al marqués del Dongo, y además a esa infame fisonomía pálida del marchesino Ascanio, que será peor aún que su padre... Pues bien, sí, yo la serviré francamente. Por lo menos tendré el gusto de verla más cerca, y no a través de mis gemelos.

El canónigo Borda explicó muy claramente el asunto a las dos señoras. En el fondo, Binder estaba muy bien dis-

puesto; estaba encantado de que Fabricio se hubiera escapado antes de que llegaran órdenes de Viena, pues él no podía decidir nada, y esperaba órdenes para este asunto como para los otros. Todos los días enviaba a Viena copia exacta de todos los informes, y esperaba.

En su destierro de Romagnano, era necesario que Fabricio:

1º No faltase un solo día a misa, tomase por confesor a un hombre de talento, devoto a la causa monárquica, y no diera cuenta en el Tribunal de la penitencia más que de sentimientos irreprochables.

2º No frecuentase a ningún hombre tildado de talento; en ocasiones debía hablar con horror de la rebelión como cosa nefanda y siempre ilícita.

3º No se presentase en el café, no leyese más periódicos que las gacetas oficiales de Turín y de Milán; en general, debía dar a entender que le asqueaba la lectura y nunca permitirse leer un libro impreso después de 1720; con excepción, cuando más, de las novelas de Walter Scott.

4º Por último, añadió el canónigo con cierta malicia, hace falta sobre todo que haga abiertamente la corte a alguna de las mujeres bonitas de la localidad, de clase noble, como es natural; esto mostrará que no tiene el ánimo sombrío y descontento de un conspirador en ciernes.

Antes de acostarse, la condesa, y la marquesa escribieron a Fabricio dos cartas larguísimas explicándole con encantadora ansiedad todos los consejos dados por Borda.

Fabricio no tenía ninguna gana de conspirar; amaba a Napoleón, y siendo noble creíase nacido para ser más feliz

que los demás y encontraba ridículos a los burgueses. No habla abierto un libro desde su salida del colegio, en donde no había leído más que libros arreglados por los jesuitas. Se estableció a alguna distancia de Romagnano, en un palacio magnifico, una de las obras maestras del famoso arquitecto San Micheli; pero desde hacía treinta años no estaba habitado, de suerte que llovía en todas las habitaciones y las ventanas no cerraban. Se apoderó de los caballos del encargado y se pasaba el día montado en ellos. No hablaba; reflexionaba. El consejo de tomar una amiga en una familia ultra le hizo gracia y lo siguió al pie de la letra. Eligió por confesor a un joven sacerdote intrigante que quería ser obispo (como el confesor del Spielberg<sup>5</sup>); pero andaba tres leguas a pie y se rodeaba de un misterio, que creía impenetrable, para leer el Constitucional, que encontraba sublime; esto es tan hermoso como Alfieri y el Dante, exclamaba a menudo Fabricio; se parecía a la juventud francesa, en que se ocupaba mucho más seriamente de su caballo y de su diario que de su pacata amiga. Pero en esta alma ingenua y firme no había lugar aún para la imitación de los demás, y no se hizo amigos en la sociedad de la aldea grande de Romagnano; su sencillez era considerada como altanería; no se sabía qué decir de su carácter.

-Es un segundón descontento por no ser el primogénito decía el cura.

---

<sup>5</sup> Véanse las curiosas Memorias de Andryane, divertidas como un cuento y que durarán como Tácito.

VI

Confesamos sinceramente que los celos del canonigo Borda no eran enteramente infundados. Cuando Fabricio volvió de Francia pareció a los ojos de la condesa Pietranera como un hermoso extraño a quien hubiera conocido mucho en otro tiempo.

Si hubiera hablado de amor, ella le hubiera amado. ¿No tenia ya por su conducta y su persona una apasionada admiración y, por decirlo así, una admiración sin limites? Pero Fabricio la besaba con una efusión tal de inocente gratitud y de buena amistad, que se hubiera horrorizado si buscara otro sentimiento en esta amistad casifilial. En el fondo, se decía la condesa, algunos amigos que me han conocido hace seis años en la corte del príncipe Eugenio, pueden encontrarme aún bonita y hasta joven, pero para él soy una mujer respetable... y, para decirlo todo, sin reparos de amor propio, una mujer de edad. La condesa se engañaba acerca de la época de su vida a que había llegado, pero no como se engañan las mujeres vulgares. A su edad, además, añadía, se exageran un

poco los destrozos del tiempo; un hombre algo más avanzado en la vida. La condesa, que se paseaba en su salón, se detuvo ante un espejo y sonrió. Hay que advertir que desde hacia algunos meses, el corazón de la señora Pietranera sufría serios ataques por parte de un personaje singular. Poco después de la marcha de Fabricio a Francia, la condesa, quien sin confesarlo del todo empezaba a preocuparse mucho de él, había caído en una profunda melancolía. Todos sus quehaceres le parecían sin valor y, por decirlo así, sin sabor; pensaba que Napoleón, queriendo ganar el afecto de sus pueblos de Italia, tomaría a Fabricio de ayudante.

-¡Está perdido para mí -exclamaba llorando-, no lo volveré a ver más; me escribirá, pero ¿qué será para él dentro de diez años.

En este estado de ánimo, hizo un viaje a Milán; esperaba recibir noticias más directas de Napoleón, ¿quién sabe?, quizá también de Fabricio. Sin confesarlo, empezaba esta alma altiva a cansarse de la vida monótona que había en el campo; esto no es vivir, decía, es sólo aguardar la muerte. ¡Ver a diario esas caras empolvadas, el hermano, el sobrino Ascario, los criados! Sin Fabricio, ¿qué van a ser ya los paseos por el lago? Su único consuelo brotaba de la amistad que la unía a la marquesa. Pero desde hacía algún tiempo, esta intimidad con la madre de Fabricio, de más edad que ella y sin esperanza en la vida, empezaba a serle menos agradable.

Tal era. la singular posición de la señora Pietranera; ausente Fabricio, esperaba poco del porvenir y su corazón necesitaba como suelo y novedad. En Milán se apasionó por la ópera de moda; iba a encerrarse horas y horas sola en la

Scala en el palco del general Scotti, su antiguo amigo. Los hombres que intentaba ver para obtener noticias de Napoleón y de su ejército, le parecían salvajes y groseros. De vuelta a su casa, se estaba hasta las tres de la mañana teclando en el piano improvisaciones sin fin. Una noche en la Scala, en el palco de una de sus amigas adonde había ido a buscar noticias de Francia, le fue presentado el conde Mosca, ministro del Parma; era un hombre amable que habló de Francia y de Napoleón del modo conveniente para dar a su corazón nuevos motivos de esperanza o de temor. La condesa volvió a ese palco al día siguiente; ese hombre de talento se presentó también en él y ambos se hablaron con gusto durante todo el espectáculo. Desde la marcha de Fabricio no habla gozado de una velada tan viva como ésta. Este hombre que la divertía, el conde Mosca Bella Rovere Sorezana, era entonces ministro de guerra, de policía y de hacienda del famoso príncipe de Parma, Ernesto IV, tan célebre por sus severidades que los liberales de Milán llamaban crueldades. Mosca podía tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años; poseía grandes rasgos de fisonomía, carecía por completo de aire importante y ostentaba una sencillez y una alegría que determinaban en seguida la simpatía en favor suyo; todavía hubiera gozado de muy buena presencia si un capricho de su príncipe no le obligara a empolvarse el cabello, como una especie de testimonio o garantía de buenos sentimientos políticos. En Italia no se teme mucho herir la vanidad, por lo cual sucede que pronto se llega en la conversación al tono íntimo ya decirse cosas personales. Este uso

queda suficientemente corregido con no volverse a ver, si se ha sido molestado.

-Conde, ¿por qué se empolva usted? -le dijo la señora Pietranera a la tercera vez que le hablaba- ¡Polvos!, ¿un hombre; como usted, amable, joven aún y que ha hecho con nosotros la guerra en España?

Pues porque nada robé en esa España, y tengo que vivir. Estaba sediento de gloria; una palabra halagadora del general francés Gouvion Saint Cyr, que nos mandaba, era entonces todo para mí. A la caída de Napoleón, ocurrió que mientras yo gastaba mi fortuna en servirle, mi padre, hombre de fantasía excesiva, me veía ya general y estaba labrándome en Parma un palacio. En 1813 me encontré, en todo y por todo, con una pensión y un palacio a medio terminar.

-¿Una pensión de 3.500 francos, como mi marido?

-El conde Pietranera era general de división. La pensión que obtuve yo, pobre comandante, no fue nunca de más de 800 francos, y aún no me ha sido posible cobrarla hasta que he sido ministro de hacienda.

Como en el palco no había más que la dama, de opiniones muy liberales, a quien pertenecía el palco, continuó la charla con igual franqueza. Interrogado, habló el conde Mosca de su vida en Parma.

-En España, con el general Saint Cyr, aguanté los tiros para alcanzar la cruz y luego un poco de gloria; ahora me visto como un personaje de comedia para ganar un gran tren de casa y unos miles de francos. Una vez metido en esta especie de juego de ajedrez, chocáronme las insolencias de mis superiores y quise ocupar un primer puesto; lo conseguí.



Pero mis más felices días son siempre los que de vez en cuando puedo pasar en Milán; aquí vive todavía, me parece, el corazón de vuestro ejército de Italia.

La franqueza, la desenvoltura con que hablaba este ministro de un príncipe tan temido excitó la curiosidad de la condesa. A juzgar por su título, hubiera creído hallar un pedantón lleno de importancia y se encontraba con un hombre que se avergonzaba de la gravedad de su puesto. Mosca le había prometido darle cuantas noticias de Francia pudiera recoger: gran indiscreción era esta en Milán en el mes que precedió a Waterloo; para Italia la cuestión era decisiva, y en Milán todo el mundo estaba calenturiento de esperanza o de temor. En esta universal turbación, la condesa inquirió acerca de ese hombre que tan ligeramente hablaba de un puesto envidiadísimo que además era su único recurso.

Relataron a la señora Pietranera cosas curiosas y de una interesante singularidad. El conde Mosca della Rovere Sorzana, dijéronle, está a punto de ser primer ministro y favorito declarado de Ranucio Ernesto IV, soberano absoluto de Parma, y además uno de los príncipes más ricos de Europa. El conde habría llegado ya a ese puesto, el más alto, si hubiera querido adoptar un aspecto más grave; dicese que el príncipe le reprende muchas veces sobre ese punto.

-¿Qué le importan mis maneras a Vuesra Alteza - responde libremente-, si hago sus negocios?

La fortuna de este favorito, añadían, no carece de espinas. Hay que agradar a, un soberano que sin duda es hombre de sentido y de talento, pero que desde que ha subido a un

trono absoluto parece haber perdido la cabeza y muestra, por ejemplo, sospechas dignas de una mujerzuela.

Ernesto IV no es valiente más que en la guerra. Veinte veces se le ha visto, en los campos de batalla, conducir una columna al ataque como un valiente general. Pero después de la muerte de su padre Ernesto III, de vuelta a sus estados, en donde por su desgracia posee un ilimitado poder, se ha puesto a declamar locamente contra los liberales y la libertad. Pronto ha llegado a figurarse que era odiado; por último, en un momento de mal humor ha mandado ahorcar a dos liberales, que acaso no eran muy culpables, aconsejado en eso por un miserable llamado Rassi, especie de ministro de justicia.

Desde este fatal momento cambió la vida del príncipe y se le ve siempre atormentado por las más extrañas sospechas. No tiene cincuenta años aún y el miedo lo ha empequeñecido tanto, si es posible expresarse así, que en cuanto habla de los jacobinos y de los proyectos del Comité director de París, se le pone cara de viejo ochentón; vuelve a caer en los fanáticos miedos de la infancia. Su favorito Rassi, fiscal general (o gran juez), debe toda su influencia al miedo de su amo; y en cuanto ve que su dominio empieza a flaquear, se apresura a descubrir una nueva conspiración de las más negras y de las más fantásticas. Que treinta imprudentes se reúnen para leer un número del Constitucional, pues Rassi los declara conspiradores y los manda presos a esa famosa ciudadela de Parma, terror de toda Lombardia. Como se alza, según dicen, a ciento ochenta pies, se la ve de muy lejos en medio de la inmensa llanura; y la forma material de esa

cárcel, de la que se cuentan cosas horribles, la hace, por el miedo que causa, reina de toda la llanura que va de Milán a Bolonia.

-¿Querrá usted creer -decía a la condesa otro viajero- que de noche en el tercer piso de su palacio, guardado por ochenta centinelas que aúllan, cada cuarto de hora, una frase entera, todavía Ernesto IV tiembla en su habitación? Todas las puertas están cerradas con diez cerrojos, y las habitaciones contiguas, las de encima, las de debajo, llenas de soldados; pues tiene miedo de los jacobinos. Si una hoja del entarimado cruje, entonces salta del lecho, coge sus pistolas y se cree que hay un liberal escondido debajo de su cama. Las campanillas del palacio se ponen en movimiento y un ayudante corre a despertar al conde Mosca. Este ministro de policía, llegado al castillo, se guarda muy bien de negar la conspiración; por el contrario, solo ya con el príncipe y armado hasta los dientes, visita todos los rincones de las habitaciones, mira debajo de las camas, en una palabra, se entrega a multitud de actos ridículos, propios de una vieja. Toda estas precauciones le hubieran parecido al príncipe viles y humillantes, en aquellos felices tiempos en que iba a la guerra y no había matado a nadie más que a tiros. Como es hombre de mucho talento, se avergüenza de esas precauciones que le parecen ridículas en el momento mismo en que a ellas se entrega, y la fuente del valimiento inmenso de que goza el conde Moka es que desarrolla toda su habilidad para que el príncipe no tenga nunca que avergonzarse en su presencia. Mosca es el que en su calidad de ministro de policía insiste en mirar debajo de las camas y, como dicen en Parma,

hasta en las fundas de los contrabajos. El príncipe es el que se opone a ello y se burla del ministro por su excesiva meticulosidad. "Es una apuesta replica el conde Mosca; piense usted en los sonetos satíricos con que nos abrumarían los jacobinos si os dejáramos matar. No sólo defendemos vuestra vida; defendemos también nuestro honor." Pero parece que el príncipe no se engaña más que a medias; porque si a alguien en la ciudad se le ocurre decir que en palacio se ha pasado la noche en vela, el fiscal general Rassi envía al bur-lón a la fortaleza; y una vez dentro de esta habitación alta y en buen aire, como dicen en Parma, hace falta un milagro para acordarse del prisionero. Como el conde Mosca es militar y en España ha escapado veinte veces, con la pistola en la mano, de las emboscadas, el príncipe lo prefiere a Rassi, que es mucho más flexible y bajo. Los desgraciados prisioneros de la fortaleza están rigurosamente incomunicados y se cuentan acerca de ellos mil historias. Los liberales afirman que Rassi ha dado la orden a los carceleros y a los confesores de persuadir a los prisioneros de que cada mes, próximamente, uno de ellos es ejecutado. Ese día obtienen los prisioneros permiso para subir a la terraza de la inmensa torre, a ciento ochenta pies de altura, y desde allí presencian un desfile de soldados que siguen a un espía que hace el papel de condenado a muerte.

Estos cuentos y muchos otros del mismo género y de no menor autenticidad interesaban mucho a la señora Pietranera. Al día siguiente le preguntaba detalles al conde Mosca con bromas y risas. Encontráballo divertido y le aseguraba que en el fondo era un monstruo sin sospecharlo siquiera.

Un día, volviendo a su alojamiento, el conde pensó: No sólo es una mujer encantadora esta condesa Pietranera, sino que cuando paso la velada en su palco consigo olvidar algunas cosas de Parma, cuyo recuerdo me parte el corazón. "Ese ministro, a pesar de sus modales ligeros y brillantes, no tenía el alma a la francesa; no sabía olvidar las penas. Cuando en su almohada había una espina, tenía por fuerza que romperla y gastarla a fuerza de herir con ella su cuerpo palpitante." Ruego me dispense el lector esta frase traducida del italiano. Al día siguiente después de hecho ese descubrimiento, el conde halló que, a pesar de los negocios que le traían a Milán, el día se alargaba enormemente. No podía estarse quieto y cansó los caballos de su coche. Hacia las ocho montó a caballo para ir al Corso, con la esperanza de encontrar a la señora Pietranera. No la vio, y recordó que el teatro de la Scala abría a las ocho. Entró, y no había diez personas en la inmensa sala. Se avergonzó un poco de hallarse allí. ¿Es posible, pensó, que a los cuarenta y cinco años cumplidos haga yo locuras que sonrojarían a un cadete? Felizmente, nadie las sospecha. Huyó y trató de matar el tiempo paseándose por las preciosas calles que rodean al teatro de la Scala. Están llenas de cafés que, a esta hora, están atestados de gente. Delante de la puerta, multitud de curiosos sentados en medio de la calle toman sorbetes y critican a los transeúntes. El conde era un transeúnte notable; tuvo, pues, el gusto de ser reconocido y detenido por varios amigos. Tres o cuatro inoportunos de esos a quienes no se les puede tratar bruscamente, aprovecharon esta ocasión para obtener audiencia de un ministro tan poderoso. Dos de ellos le entregaron peti-

ciones; el tercero se limitó a darle muy latos consejos acerca de su conducta política.

-Ni se duerme cuando se tiene talento -dijo-, ni se pasea uno cuando es tan poderoso.

Volvió al teatro y se le ocurrió la idea de tomar un palco de tercer piso, desde donde sus miradas podían hundirse, sin ser notadas, en el palco del segundo piso, donde esperaba ver llegar a la condesa. Dos largas horas esperó y no le pareció demasiado; estaba enamorado, y como tenía la seguridad de no ser visto, se entregaba con deleite a su locura. ¿No es la vejez, ante todo, la incapacidad de perpetrar estas deliciosas niñerías?

Por fin apareció la condesa. Con sus gemelos él la examinaba entusiasmado. Joven, brillante, ligera como un pájaro, no tiene, pensaba, ni veintiocho años. Pero su belleza es el menor de sus encantos; ¿dónde podía encontrarse en otro sitio esta alma siempre sincera, que nunca obra con prudencia, que se entrega entera a la impresión del momento, que no desea más que verse arrastrada por un nuevo objeto? Comprendo las locuras que hizo el conde Nani.

El conde se daba a sí mismo muchas y muy buenas razones para estar loco, mientras sólo pensaba en conquistar la felicidad que veta ante sus ojos. Pero ya no las encontraba tan buenas, cuando consideraba su edad y los cuidados, muchas veces tristísimos, que llenaban su vida. Un hombre hábil, a quien el miedo enturbia el ingenio, me proporciona una gran existencia y muchísimo dinero por ser su ministro; pero si mañana me despide, me quedaré pobre y viejo, es decir, lo que en el mundo más se desprecia. ¡Bonito personaje para

ofrecerlo a la condesa! Estos pensamientos eran demasiado sombríos; volvió a la señora Pietranera, a quien no se cansaba de mirar; para pensar en ella más a gusto no bajó a su palco. Acaban de decirme que si tomó a Nani fue sólo para fastidiar a ese imbécil de Limercati, que no quiso decidirse a dar una estocada o mandar apuñalar al asesino del marido. ¡Veinte veces me desafiaba yo por ella!, se dijo el conde lleno de entusiasmo. A cada momento miraba al reloj del teatro, que con números luminosos destacándose brillantes sobre un fondo negro, indica a los espectadores cada cinco minutos la hora en que es lícito presentarse en un palco amigo. El conde pensaba: Yo no puedo estar más que media hora a lo sumo en su palco, porque soy un conocimiento reciente. Si me quedo más tiempo, doy un espectáculo, y con mi edad y más aún estos malditos pelos empolvados, tendré el atractivo aspecto de un Calandro. Pero una reflexión vino de pronto a decidirle: si ella fuera a abandonar ese palco para hacer una visita, buena recompensa por la avaricia con que me ahorro ese placer. Se levantaba ya para bajar al palco en donde veta a la condesa, cuando de pronto se sintió casi sin ganas de presentarse a ella.

-¡Vamos! Esto es delicioso -exclamó riéndose de sí mismo y deteniéndose en la escalera-, les un movimiento de verdadera timidez! Hace veinticinco años que semejante cosa no me sucedía.

Entró en el palco casi azorado, y aprovechando como hombre de talento el accidente que acababa de ocurrirle, no intentó mostrarse fácil y locuaz por medio de algún ingenioso relato; tuvo el valor de ser tímido y empleó su talento en

dejar entrever su turbación sin caer en el ridículo. Si ella lo toma mal, pensaba, estoy perdido para siempre. ¡Cómo! ¡Tímido con el pelo empolvado, con un pelo que sin los polvos parecería gris! Pero, en fin de cuentas, la cosa es cierta; luego no puede ser ridícula más que si la exagero o si me vanaglorio de ella. La condesa se había aburrido tantas veces en el castillo de Grianta, frente a las caras empolvadas de su hermano, de su sobrino y de algunos señores muy pesados del contorno; que ni siquiera pensó en el tocado de su nuevo adorador.

La condesa, escudada en su ingenio, esquivó la carcajada y sólo prestó atención a las noticias de Francia que siempre tenía Mosca que darle en particular, al llegar al palco; sin duda inventaba. Al discutir las con él, notó aquella noche su mirada hermosa y benévola.

-Supongo díjole, que en Parma, en medio de sus esclavos, no irá usted a tener esa mirada amable; esto lo echarla todo a perder, dándoles alguna esperanza de no morir ahorcados.

La falta total de importancia en un hombre que pasaba por ser el primer diplomático de Italia, pareció a la condesa algo singular; encontró incluso que el conde no carecía de gracia. En fin, como hablaba bien y con calor, no le chocó que por una noche, sin consecuencias, hubiese tomado el papel de atento.

Dióse un gran paso y peligrosísimo; afortunadamente para el ministro, quien en Parma no encontraba mujeres rebeldes, la condesa acababa de llegar hacia pocos días de Grianta y su espíritu estaba aún rígido por el hastío de la vida



campesina. Había casi olvidado la chanza; y todas esas cosas que pertenecen a la vida elegante y ligera, hallábanse revestidas a sus ojos de un tinte nuevo que las tornaba sagradas; no estaba dispuesta a burlarse de nada, ni siquiera de un enamorado de cuarenta y cinco años, y tímido por añadidura. Ocho días más tarde, la temeridad del conde pudiera haberle valido una muy distinta acogida.

Es costumbre en la Scala no estar más de veinte minutos de visita en los palcos. El conde se pasó la velada entera en el palco donde tenía la fortuna de hallar a la señora Pietranera. ¡Es unta mujer, decía para sí, que me devuelve a todas las locuras de la juventud! Pero bien comprendía el peligro. Mi calidad de omnipotente pachá a cuarenta leguas de aquí, ¿será bastante para hacerme perdonar esta tontería? ¡Me aburro tanto en Parma! Sin embargo, cada cuarto de hora decidía marcharse.

-Hay que confesar, señora -dijo riéndose a la condesa-, que en Parma me muero de tedio, y debe serme licito embriagarme de placer cuando lo encuentro en mi camino. Así, pues, por una noche y sin consecuencias, permítame que haga con usted el papel de enamorado. ¡Ay!, dentro de pocos días estaré lejos de este palco, que me hace olvidar todas las penas y hasta, dirá usted, todas las conveniencias.

Ocho días después de esta visita monstruo en la Scala, y a consecuencia de varios incidentes cuyo relato seria acaso largo, el conde Mosca estaba totalmente loco de amor, y la condesa pensaba ya que la edad no debía ser un obstáculo si, por lo demás, él era amable. En estos pensamientos andaban, cuando Mosca fue llamado por un correo de Parma.

Difiérase que al príncipe le daba miedo quedarse solo. La condesa volvió a Grianta. Su imaginación ya no adornaba ni embellecía este lugar hermoso; parecióle un desierto. ¿Me habré aficionado a ese hombre?, pensó. Mosca escribió y no tuvo nada que fingir; la ausencia le había arrebatado la fuente de todos sus pensamientos. Sus cartas eran divertidas, y con una pequeña singularidad, que no cayó mal, quiso evitar los comentarios del marqués del Dongo, que no gustaba de pagar el porte de las cartas, enviando hombres que las echaban al correo en Como, en Lecco, en Varese u otro de esos pueblecitos encantadores que rodean el lago. Esta precaución se encaminaba, sobre todo, a conseguir que su correo le trajera las respuestas, y lo consiguió.

Pronto llegó la condesa a considerar como suceso memorable la llegada de los días de correo; estos correos traían flores, frutas, regalillos sin valor que la divertían, como también a su cuñada. El recuerdo del conde mezclábase con la idea de su enorme poder; la condesa sentía curiosidad por saber lo que decían de él, y halló que los liberales mismos se inclinaban ante su talento.

El principal origen de mala fama para el conde es que pasaba por ser el jefe del partido ultra en la corte de Parma, y que el partido liberal estaba dirigido por una intrigante capaz de todo, hasta de vencer, la marquesa Raversi, inmensamente rica. El príncipe cuidaba atentamente de no descorazonar al de los dos partidos que no estaban en el poder; bien sabía que siempre sería el amo, aun con un ministerio elegido en el salón de la señora Raversi. Llegaban a Grianta mil detalles de esas intrigas. La ausencia de Mosca, a quienes todos pintaban

como un ministro de excepcional talento y como un hombre de acción, no daba lugar a pensar en los cabellos empolvados, símbolo de cuanto es lento y triste; resultaba un detalle sin trascendencia, una obligación de esa corte en la que tan principal papel desempeñaba. Una corte, decía la condesa a la marquesa, es cosa ridícula, pero divertida; es un juego interesante cuyas reglas hay que aceptar. A quién se le ocurre protestar contra las ridículas reglas de los juegos de naipes? Y, sin embargo, cuando uno se ha acostumbrado a ellas, resulta agradabilísimo vencer al adversario y ganarle la partida.

La condesa pensaba con frecuencia en el autor de tantas amables cartas. El día en que las recibía era para ella venturoso; se subía a la lancha y se iba a leerlas a los hermosos parajes del lago, a la Pliniana, a Belano, al bosque de Sfondrata. Estas cartas parecía que la consolaban algo de la ausencia de Fabricio. Por lo menos no podía negar al conde que estaba muy enamorado. No había pasado un mes, y ya ella pensaba en él con tierna amistad. Por su parte, el conde Mosca hablaba casi de buena fe cuando le ofrecía presentar su dimisión, dejar el ministerio e irse a pasar la vida con ella en Milán o en otra parte. Tengo 400.000 francos, añadía, lo que nos dará siempre 15.000 de renta. ¡Otra vez palco, caballos!... pensaba la condesa; amables sueños. Las bellezas sublimes de las perspectivas del lago de Como volvían a encantarla. Iba por las orillas soñando en ese retorno a la vida brillante y singular, que contra toda esperanza parecía ser de nuevo posible para ella. Vetase en el Corso, en Milán, feliz y alegre como en los buenos tiempos del virrey.

-¡La juventud o por lo menos la vida activa volverían para mí! Algunas veces, su ardiente imaginación le ocultaba la realidad; pero nunca en ella se construían esas ilusiones voluntarias, producto de la cobardía. Era ante todo una mujer que hablaba consigo mismo de buenísima fe. "Si yo tengo demasiados años para hacer locuras, pensaba, la envidia, en cambio, que como el amor se hace ilusiones, puede muy bien emponzoñar mi vida en Milán. Después de la muerte de mi marido, mi pobreza noble tuvo éxito, como lo tuvo también mi negativa a aceptar dos grandes fortunas. Mi pobre condesillo Mosca no tiene ni la vigésima parte de la opulencia que ponían a mis pies aquellos dos imbéciles, Limercati y Nani. La escasa pendón de viuda trabajosamente obtenida, los criados despedidos, cosa que llamó mucho la atención, el cuartito del quinto piso que atraía delante de la puerta veinte carrozas, todo esto constituyó entonces un singular espectáculo. Pero pasaré malos ratos por mucha destreza que use, si siguiendo pobre y atendida a mi pensión de viuda me voy a vivir a Milán con la pequeña abundancia burguesa que pueden proporcionarnos los 15.000 francos que le quedarán a Mosca después de dimitir. Una tremenda objeción, que la envidia esgrimirá como arma terrible, es que el conde, aunque separado de su esposa desde hace mucho tiempo, está casado. En Parma conocen esa separación de antiguo; pero en Milán pasará por reciente y me la achacarán. Así, pues, teatro mío de la Scala, divino lago de Como... ¡adiós!, ¡adiós!"

A pesar de todas esas previsiones, si la condesa hubiera tenido algo de fortuna, hubiera aceptado los ofrecimientos de dimisión que le hacía Mosca. Creta ser ya una mujer de

edad y la corte le daba miedo. Pero lo que parecerá extraordinariamente inverosímil aquende los Alpes, es que el conde hubiera presentado su dimisión con alegría. Por lo menos consiguió que su amiga lo creyera así. En todas sus cartas solicitaba, con creciente anhelo, una segunda entrevista en Milán; le fue concedida.

-Jurar que siento por usted una pasión loca -decíale la condesa un día en Milán-, sería mentir; feliz me consideraría si pudiera hoy, a los treinta años cumplidos, amar como amaba a los veintidós. ¡Pero tantas cosas he visto venirse abajo cuando las creía eternas! Le profeso a usted la más tierna amistad, le concedo una confianza sin límites, y es usted entre todos los hombres el que yo prefiero.

La condesa creta que al decir esto era perfectamente sincera, y, sin embargo, hacia el final de esta declaración se había deslizado una leve mentirilla. Si Fabricio hubiera querido, quizá hubiera triunfado sobre todos en su corazón. Pero Fabricio, para el conde Mosca no era más que un niño. El conde llegó a Milán tres días después de la marcha del joven a Novata y se apresuró a ir a hablar. en su favor al barón Binder. El conde pensó que el destierro era cosa irremediable.

No habla llegado solo a Milán; en su coche venía el duque Sanséverina Taxis, un viajecillo de sesenta y ocho años, de color gris claro, de aspecto, limpio y atildado, inmensamente rico, pero no bastante noble. El abuelo de nuestro anciano había juntado muchos millones en negocios de arrendamiento de las rentas del Estado de Parma. El padre

consiguió ser nombrado embajador del príncipe de Parma en la corte de \*\*\* a consecuencia del siguiente razonamiento.

-Vuestra Alteza paga 30.000 francos a su enviado en la corte de \*\*\*, y este señor hace allí una muy mediocre figura. Si V. A. se digna concederme ese puesto, aceptaré 6.000 francos de sueldo. Mis gastos en la corte de \*\*\* no bajarán nunca de 100.000 francos anuales, y mi intendente entregará todos los años 20.000 francos a la caja de los negocios extranjeros de Parma. Con esta suma podrá ponerse a mi lado al secretario que se quiera y yo no me preocuparé de los secretos diplomáticos, si los hay. Mi propósito es dar lustre a mi casa y honrarla con uno de los grandes cargos del país.

El actual duque, hijo de este embajador, había cometido la torpeza de mostrarse medio liberal, y desde hacia dos años andaba desesperado. En el tiempo de Napoleón había perdido dos o tres millones por obstinarse en permanecer en el extranjero, y, sin embargo, desde que el orden estaba restablecido en Europa, no había podido obtener cierto gran cordón que pendía del cuello de su padre; la falta de este cordón le tenía sumamente alicaído.

En el grado de intimidad que es consecuencia del amor, en Italia, no había ya entre los dos amantes dificultades de vanidad. Así, pues, con la más perfecta sencillez, dijo Mosca a la mujer a quien adoraba:

-Tengo dos o tres planes de conducta que ofrecer a usted. Todos están bastante bien combinados. No sueño más que en eso desde hace tres meses.

1º Presento mi dimisión, y nos vamos a vivir como buenos burgueses a Milán, a Florencia, a Nápoles, donde

usted quiera. Disponemos de 15.000 francos de renta, sin contar la munificencia del príncipe, que durará más o menos.

2º Se digna usted venir al país en donde tengo algún poder y compra usted una tierra, Sacca, por ejemplo, encantadora mansión en medio de un bosque que domina el curso del Po. El contrato de venta puede estar firmado antes de ocho días. El príncipe le da a usted entrada en su corte. Pero aquí surge una objeción muy grande. En la corte será usted bien recibida; todos verán lo que hacen estando yo presente; además, la princesa cree ser muy desgraciada y acabo de servirla repetidamente con la intención puesta en usted. Pero le recordaré a usted la gran dificultad, el príncipe es muy beato, y, como usted sabe, la fatalidad quiere que yo sea casado. De aquí mil molestias de detalle. Es usted viuda; es un hermoso título que habría que trocar por otro, y aquí viene mi tercera proposición.

Podría., encontrarse un nuevo marido nada molesto. Pero primero tendría que ser de edad muy avanzada, pues ¿me vais a quitar la esperanza de ser algún día su sucesor? Ahora bien; he arreglado este asunto extraño con el duque Sanseverina-Taxis, quien, no hay que decirlo, ignora el nombre de la futura duquesa. Sólo sabe que ese matrimonio le hará embajador y le permitirá usar el gran cordón heredado de su padre, preocupación que hoy le hace el más desventurado de los hombres. Fuera de esto, el duque no es demasiado imbécil; manda traer de París sus trajes y sus pelucas. No es hombre que medite de antemano maldades; cree en serio que la honra consiste en usar un cordón y se avergüenza de su dinero. Hace un año vino a proponerme fundar un hospital

para ganar el cordón; me reí de él, pero él no se ha reído de mí cuando le he propuesto un matrimonio; mi primera condición ha sido, claro está, que no volviera a poner los pies en Parma.

-Pero ¿sabe usted que lo que me propone es muy inmoral? dijo la condesa.

-No más inmoral que todo lo que se ha hecho en nuestra corte y en muchas otras. El poder absoluto tiene de cómodo que lo santifica todo a los ojos de los pueblos; ahora bien, ¿qué importa una ridiculez no percibida por nadie? Nuestra política, para veinte años aún, va a consistir en tener miedo de los jacobinos y ¡qué miedo! Cada año creemos que estamos en vísperas de un 93. Espero que oirá usted un día las frases que hago sobre este punto en mis recepciones. ¡Hermoso! Todo lo que pueda disimular ese miedo, será altamente moral para los nobles y los beatos. Y en Parma todo el que no es noble ni beato, está en la cárcel o se dispone a entrar en ella; convéznase, por tanto, de que este matrimonio no parecerá extraño hasta el día en que caiga de mi privanza. Este arreglo no engaña a nadie; y esto, creo yo, es lo esencial. El príncipe, por cuyo favor vivimos y medramos, ha puesto una sola condición para dar su consentimiento y es que la futura duquesa haya nacido noble. El año pasado mi cargo, calculándolo todo, me ha valido 107.000 francos; mis rentas en total han debido ser de 122.000. He colocado 20.000 en Lyon. Pues bien, elija: 11?, una vida en grande, asentada sobre los 122.000 francos que, en Parma son, por lo menos, como, 400.000 en Milán; pero hay que aceptar ese matrimonio que le da el nombre de un sujeto pasable y que



no volverá a ver, o bien: 29, una vida burguesa y mezquina con 15.000 francos en Florencia o en Nápoles, pues pienso, como usted, que ha sido usted demasiado admirada en Milán en donde nos perseguiría la envidia, que acaso consiguiera malhumorarnos. La vida en grande de Parma, tendrá, creo yo, algunos matices de novedad aun para usted, que ha conocido la corte del príncipe Eugenio; sería prudente gustarla antes de cerrarse la puerta. No crea usted que trato de influir en su decisión. Por mi parte estoy bien decidido; prefiero vivir en un cuarto piso con usted que seguir solo la vida que llevo en Parma.

La posibilidad de ese extraño matrimonio fue discutida cada día, por los dos amantes. En el baile de la Scala vio la condesa al duque de Sanseverina-Taxis, quien le pareció muy presentable. En una de sus últimas conversaciones, Mosca resumía su proposición como sigue: hay que tomar una resolución definitiva, si queremos pasar el resto de nuestra vida alegremente y no hacernos viejos antes de tiempo. El príncipe ha dado su aprobación: Sanseverina es un personaje que no está mal; casi está bien. Es dueño del más hermoso palacio de Parma y tiene una fortuna insondable, sesenta y ocho años Y una loca pasión por el gran cordón. Pero hay en su vida una mancha que la entenebrece toda y es que compró. hace tiempo por 10.000 francos un busto de Napoleón por Canova. Su segundo pecado, el que le llevará a la tumba si no se acude en su socorro, es haber prestado 25 napoleones a Ferrante Palla, un loco de nuestra tierra, que quizá no carezca de genio, y al que hemos condenado luego a muerte, aunque por fortuna anda huido. Este Ferrante ha

escrito doscientos versos en su vida, con los que nada puede compararse; se los recitaré a usted, son tan hermostis como los del Dante. El príncipe envía a Sanseverina a la corte de \*\*\*; el duque se casa con usted el día mismo de su marcha y a los dos años de su viaje que él llamará embajada, recibe su cordón de \*\*\* sin el cual no puede vivir. Será para usted un hermano que no la molestará en nada; firma en blanco cuanto yo quiero y además lo verá usted poco o nada, según convenga. Está deseando no presentarse en Parma en donde su abuelo financiero y su supuesto liberalismo le tienen acogido. Rassi, nuestro verdugo, sostiene que el duque ha estado abonado en secreto al Constitucional por el intermediario de Ferrante Palla, el poeta, y esta calumnia ha sido durante mucho tiempo un obstáculo serio para el consentimiento del príncipe.

-¿Por qué el historiador que narra fielmente los menores detalles de un relato que ha oído, ha de ser culpable de su contenido? ¿Qué culpa tiene él si los personajes, empujados por pasiones que él no comparte, ejecutan acciones profundamente inmorales? Ciertamente es que cosas de este jaez no se hacen ya en un país en donde la única pasión que aún queda, es la del dinero, como medio para satisfacer la vanidad.

Tres meses después de los sucesos aquí relatados, la duquesa Sanseverma-Taxis llenaba de admiración a todos, en la corte de Parma, por su fácil amabilidad y por la noble serenidad de su espíritu; su casa fue sin disputa la más agradable de la ciudad. Esto era lo que el conde Mosca había prometido a su señor. Ranucio Ernesto IV, el príncipe reinante y la princesa, su mujer, a quienes fue presentada por dos de las

más linajudas damas de la corte, la acogieron con suma distinción. La duquesa sentía viva curiosidad por ver a este príncipe, dueño de la suerte del hombre a quien amaba; quería agraderle y lo consiguió acaso con exceso. Encontró a un hombre de elevada estatura, pero un poco grueso; sus cabellos, sus bigotes, sus enormes patillas eran de un hermoso color rubio, según decían los cortesanos; en cualquier otra parte hubieran sido calificados, por lo apagado del matiz, de indecente estopa. En la mitad de una cara anchota, se alzaba apenas una nariz pequeñísima, casi femenina. Pero la duquesa notó que para percibir todos esos motivos de fealdad, había que analizar los rasgos del príncipe. En conjunto parecía hombre de talento y carácter firme. Los ademanes del príncipe y su modo de moverse no carecían de majestad; pero a menudo quería ser imponente y entonces perdía incluso la estabilidad, emprendiendo un incesante balanceo con todo el cuerpo. Por lo demás, Ernesto IV tenía una mirada penetrante y dominadora; los ademanes de sus brazos eran nobles y sus palabras a un tiempo medidas y concisas.

Mosca había prevenido a la duquesa de que el príncipe tenía en su despacho grande, donde daba audiencia, un retrato de cuerpo entero de Luis XIV y una mesa muy hermosa de Scagliola de Florencia. Encontró que la imitación era fidelísima; evidentemente el príncipe trataba de reproducir la mirada y la palabra noble de Luis XIV y al apoyarse sobre la mesa de Scagliola, quería darse el aspecto de José II. Después de las primeras palabras que dirigió a la duquesa, se sentó en seguida, para darle ocasión de hacer uso del taburete perteneciente a su rango. En esta corte no tienen asiento

más que las duquesas, las princesas y las esposas de los grandes de España. Las otras damas han de esperar que el príncipe o la princesa les indiquen que pueden sentarse y para señalar bien la diferencia de rango, los soberanos cuidan siempre de dejar pasar un momentito antes de indicar a las damas, que no son duquesas, que pueden tomar asiento. Parecióle a la duquesa que en algunos instantes la imitación del Luis XIV era un poco demasiado insistente en el príncipe, por ejemplo, cuando sonreía bondadosamente echando la cabeza hacia atrás.

Ernesto IV vestía un frac de moda, recién llegado de París; todos los meses recibía de esta ciudad aborrecida un frac, una levita y un sombrero. Pero el día en que la duquesa fue recibida en la corte, vestía, en caprichosa mezcla, un calzón rojo, medias de seda y zapatos muy cerrados, de los cuales puede verse el modelo en los retratos de José II.

Recibió a la señora Sanseverina con agrado: díjole cosas finas e ingeniosas; pero ella observó muy bien que no se había excedido el príncipe al recibirla.

-¿Sabe usted por qué? -le dijo el conde Mosca, cuando salían de la audiencia-. Porque Milán es ciudad mayor y más hermosa que Parma. Tenía miedo de que si os dispensaba la acogida que yo esperaba, que él mismo me había hecho esperar, fuera a parecer un provinciano extasiado ante los atractivos de una hermosa dama que viene de la capital. También, sin duda, le contraría una particularidad que no me atrevo a deciros; el príncipe no ve en su corte ninguna mujer que pueda competir con vos en belleza. Anoche, al acostarse, no habló más que de eso con Pernice, su primer ayuda de

cámara, quien tiene para mí una bondadosa amistad. Estoy previendo que va a hacer una pequeña revolución en la etiqueta; mi mayor enemigo en esta corte es un necio llamado el general Fabio Conti. Figúrese usted un extravagante que por haber estado un día, si acaso, en la guerra se cree ya autorizado a imitar la indumentaria de Federico el Grande. Procura también reproducir la noble afabilidad del general Lafayette y todo esto porque es aquí el jefe del partido liberal. (¡Dios sabe qué liberales!)

-Sé quién es Fabio Conti -dijo la duquesa-; lo conocí cerca de Como, peleándose con los guardias.

La duquesa contó la pequeña aventura que recordará sin dudar el lector.

-Señora, si su espíritu consigue penetrar algún día en las profundidades de la etiqueta, sabrá que las damas no vienen a la corte hasta después de casadas. Pues bien, el príncipe tiene un patriotismo tan ardiente y una tan alta fe en la superioridad de su ciudad de Parma sobre todas las demás, que apostaría yo cualquier cosa a que va a encontrar algún medio para verificar la presentación de la pequeña Clelia Conti, hija de nuestro Lafayette. La niña es encantadora, por cierto, y hace aún ocho días pasaba por ser la más hermosa joven de los estados del príncipe.

-Ignoro -prosiguió el conde- si los horrores que los enemigos del soberano han publicado sobre él, han llegado hasta el castillo de Grianta. Lo han pintado como un ogro, un monstruo. En realidad, Ernesto IV estaba lleno de pequeñas virtudes y puede añadirse que de haber sido invulnerable, como Aquiles, hubiera continuado siendo el modelo

de los potentados. Pero en un momento de tedio y de ira, y acaso también un poco por imitar a Luis XIV, que mandó cortar la cabeza a no sé qué héroe de la Fronda, a quien se descubrió viviendo tranquilo y solo en una tierra cerca de Versalles cincuenta años después de la Fronda, Ernesto IV mandó ahorcar un día a dos liberales. Parece ser que estos imprudentes se reunían en días fijos para hablar mal del príncipe y suplicar al cielo ardientemente que viniera la peste a Parma a librarlos del tirano. Lo de tirano fue probado. Rassi llamó a esto una conspiración y los condenó a muerte. La ejecución de uno de ellos, el conde L.... fue atroz. Esto sucedió antes de mi llegada al ministerio. Desde este fatal momento añadió el conde en voz baja el príncipe es víctima de ataques de miedo indignos de un hombre, que son empero la única fuente de la privanza que disfruto. Sin el miedo soberano, mi mérito sería de un género hartamente brusco, hartamente áspero para esta corte en donde abunda la imbecilidad. ¿Querrá usted creer que el príncipe mira debajo de las camas de sus habitaciones, antes de acostarse, y se gasta un millón, que en Parma es como cuatro millones en Milán, para tener una buena policía? Y ante usted se encuentra, señora duquesa, el jefe de esa terrible polilla. Por medio de la policía, esto es, por el miedo, he llegado a ser ministro de Guerra y de Hacienda; y como el ministro del Interior es mi jefe nominal, ya que en sus atribuciones está la policía, he conseguido esa cartera para el conde Zurla Contarini, un imbécil que se mata trabajando y escribe ochenta cartas por día. Acabo de recibir una esta mañana en la que el conde Zurla Contarini ha teni-

do la satisfacción de escribir de su puño y letra el número 20.715.

La duquesa Sanseverina fue presentada a la triste princesa de Parma, Clara Paolina, quien, porque su marido tenía una querida (una mujer bastante bonita, la marquesa Balbi), se creía la más desgraciada criatura del mundo, lo que acaso hacía de ella la más aburrida. La duquesa vio a una mujer altísima, delgadísima, que no tenía aún treinta y seis años y representaba ya cincuenta. Su cara, noble y bien proporcionada, hubiera podido pasar por hermosa, aunque un tanto estropeada por unos ojos gordos y redondos, cortos de vista, si la princesa misma no se hubiera abandonado. Recibió a la duquesa con tan marcada timidez, que algunos cortesanos enemigos del conde Mosca, se atrevieron a decir que la princesa parecía la dama presentada y la duquesa la soberana. La duquesa, sorprendida y casi desconcertada, buscaba en vano las expresiones propias para situarse en un lugar inferior al que la princesa se otorgaba á sí misma. Para devolver alguna sangre fría a esa pobre princesa que, en el fondo, no carecía de talento, la duquesa no discurrió nada mejor que hablar largo y tendido de botánica, asunto en que la princesa era realmente sapientísima; poseía hermosos invernaderos con numerosas plantas tropicales. La duquesa, que sólo quería salir del paso, conquistó para siempre la amistad de la princesa Clara Paolina, quien perdió poco a poco la timidez del principio y se encontró al cabo tan a gusto y tranquila que esta primera audiencia no duró menos de cinco cuartos de hora, infringiéndose así todas las reglas de la etiqueta. Al día

siguiente la duquesa mandó comprar plantas exóticas y se declaró gran aficionada a la botánica.

La princesa pasaba su vida con el venerable padre Landriani, arzobispo de Parma, hombre de ciencia y hasta de talento y perfectamente honrado. Era un espectáculo curioso el verlo sentados en su silla de terciopelo carmesí (tal era el derecho anejo a su dignidad) frente al sillón de la princesa, rodeada de sus damas de honor y de sus dos damas de compañía. El anciano prelado, con sus largos cabellos blancos, era aún más tímido, si es posible, que la princesa; se veían todos los días y todas las audiencias empezaban por un silencio que duraba un cuarto de hora largo. Tanto, que la condesa Alvizi, una de las damas de compañía, había llegado a ser una especie de favorita, por el arte que tenía para alentarlos a hablarse y a romper el silencio.

Para terminar la serie de las presentaciones, la duquesa fue recibida por S. A. S. el príncipe heredero, personaje de estatura aun más elevada que su padre y más tímido que su padre. Tenía dieciséis años y sabía mucha mineralogía. Se sonrojó enormemente al ver entrar a la condesa y se quedó tan desorientado que no pudo encontrar una sola palabra que dirigir a esta hermosa dama.

Era muy guapo y pasaba la vida en los bosques, con un martillo en la mano. En el momento en que se levantaba la duquesa para poner término a esta silenciosa audiencia:

-¡Dios mío!, señora, ¡qué bonita sois! -exclamó el príncipe heredero.

La señora presentada no halló de mal gusto esta salida.



Dos o tres años antes de la llegada a Parma de la duquesa Sanseverina, todavía la marquesa Balbi, mujer de unos veinticinco años, podía pasar por el modelo perfecto de lo bonito italiano. Pero ahora, conservando aún los más hermosos ojos del mundo y las más graciosas muecas, se vela de cerca que su cutis estaba rayado por infinito número de arruguitas finas que le daban el aspecto de vieja rejuvenecida. Desde lejos, en su palco del teatro, todavía deslumbraba su belleza y las gentes del patio pensaban que el príncipe no tenía mal gusto. Éste pasaba las veladas en casa de la marquesa Balbi; pero ocurría frecuentemente que no abría la boca y ese aburrimiento del príncipe había consumido a la pobre mujer, que estaba extraordinariamente flaca. Se las daba de astuta y fina y no cesaba de sonreír con malicia; como tenía los más hermosos dientes del mundo gustaba de enseñarlos y quería, con una sonrisa maligna que lanzaba sin sentido, a todo evento, dar a entender cosa distinta de lo que su boca decía. El conde Mosca afirmaba que, de tanto sonreír sin gana, había adquirido las arrugas. La Balbi entraba en todos los negocios y el Estado no hacía un contrato sin que la marquesa recibiera un recuerdo (éste era el eufemismo de Parma). La voz pública decía que tenía seis millones 114 colocados en Inglaterra; pero en realidad su fortuna que era reciente, no pasaba de millón y medio de francos. Para estar libre de sus intenciones y tenerla bajo su dependencia, habla tomado el conde Mosca la cartera de Hacienda. La única pasión de la marquesa era el miedo, disfrazado de sórdida avaricia: Me moriré en un camastro, decía algunas veces al príncipe, a quien estas frases indignaban. La duquesa notó

que la antecámara, reluciente y dorada, del palacio de la Balbi, no estaba alumbrada más que por una sola vela que chochreaba sobre el mármol de una riquísima mesa y que las puertas de su salón tenían manchas de los dedos de los lacayos.

-Me ha recibido -dijo la duquesa a su amigo- como si estuviera esperando una gratificación de cincuenta francos.

El curso de los éxitos de la duquesa fue un tanto interrumpido por la recepción que le hizo la mujer más astuta de la corte, la célebre marquesa Raversi, habilísima intrigante que dirigía el partido contrario al conde Mosca. Quería derribar al conde y con mayor ahínco que nunca desde hacia unos meses, porque era sobrina del duque Sanseverina y temía que la nueva duquesa, con sus encantos, hiciera brecha en la codiciada herencia. La Raversino es mujer despreciable, decía el conde a su amiga; tan capaz de todo la creo que si me separé de mi mujer fue tan sólo porque se empeñó en tomar por amante al caballero Bentivoglio, uno de los amigos de la Raversi. Esta señora, alta, hombruna, de pelo negro, se colgaba sus diamantes desde por la mañana y se pintaba las mejillas de rojo; habíase declarado desde luego y de antemano enemiga de la duquesa y al recibir su visita se impuso la obligación de comenzar la guerra. El duque Sanseverina escribía desde \*\*\* tan encantado de su embajada y sobre todo de la esperanza de obtener el gran cordón, que su familia temía no fuera a dejar parte de su fortuna a su mujer, a quien de continuo enviaba multitud de regalitos. La Raversi, aunque bastante fea, tenía por amante al conde Balbi, el

hombre más guapo de la corte; por regla general Raversi conseguía cuanto quería.

La duquesa ostentaba un magnífico tren de vida. El palacio Sanseverina habla sido siempre uno de los más soberbios de Parma. y el duque, con ocasión de su embajada y de su futuro gran cordón, se gastaba fuertes sumas en mejorarlo y embellecerlo; la duquesa dirigía las reparaciones.

Como predijo el conde, pocos días después de la presentación de la duquesa vino a la corte la joven Clelia Conti, que para el caso fue nombrada canonesa. Con el fin de parar el golpe que podía creerse que esta merced asestaba a la privanza del conde, la duquesa dio una fiesta bajó el pretexto de inaugurar el jardín de su palacio, y con sus atenciones llenas de encanto hizo que Clelia, a quien llamaba su amiguita del lago de Como, fuese aquella noche la reina de la velada. Sus iniciales se encontraron, como por casualidad, en los principales transparentes. La joven Clelia, algo pensativa, estuvo amable al hablar de su aventura cerca del lago y de su gratitud vivísima. Decíase que era muy devota y amiga de la soledad. Apostada, se dijo el conde, a que tiene el talento suficiente para avergonzarse de su padre. La duquesa hízose amiga de esta joven; sentía inclinación hacia ella y, no queriendo parecer envidiosa, la llevaba a todas las diversiones. En suma, su sistema fue el de intentar disminuir los odios que cercaban al conde.

Todo, pues, sonreía a la duquesa. Divertiale esta vida de corte en donde la tempestad está siempre encima; parecíale que habla empezado de nuevo a vivir. Estaba tiernamente unida al conde quien, literalmente, enloquecía de felicidad.

Esta amable situación le habla proporcionado una indiferencia perfecta para todo lo que no atañía a sus ambiciones. Y así, apenas transcurridos dos meses después de la llegada de la duquesa, obtuvo el nombramiento de primer ministro y los honores anejos al cargo, los cuales son casi los que se tributan al soberano. El conde tenía un absoluto poder sobre el espíritu de su amo y hubo una prueba de ello que llenó de estupor a todo el mundo en Parma.

Al sudeste de la ciudad y a diez minutos de marcha, álzase la famosa ciudadela tan nombrada en Italia y cuyo grueso torreón de ciento ochenta pies de altura se ve desde muy lejos. Esta torre, copia del mausoleo de Adriano en Roma, fue labrada a principios del siglo XVI por los Farnesio, nietos de Pablo III, y es tan maciza que sobre su terraza ha podido construirse un palacio para el gobernador de la fortaleza y otra prisión llamada la torre Farnesio. Esta prisión construida en honor del hijo mayor de Ranucio Ernesto II, que fue amante correspondido de su madrastra, pasa por ser cosa hermosa y singular en todo aquel contorno. La duquesa tuvo curiosidad de verla. El día que fue allí, el calor en Parma era abrasador y a aquella altura corría algún fresco, por lo que la duquesa, encantada, se estuvo algunas horas. Fueronle abiertas las salas de la torre Farnesio.

La duquesa encontró en la terraza de la torre principal a un pobre preso, liberal, que habla venido a gozar de la media hora de paseo que se le concede cada tres días. De vuelta a Parma, careciendo aún de la discreción indispensable en la corte de un príncipe absoluto, habló de ese hombre que le había contado su historia. El partido de la marquesa Raversi

se apoderó de lo que había dicho la duquesa y anduvo repitiéndolo por todas partes, con la esperanza de que el príncipe se incomodara. Ernesto IV, efectivamente, solfa repetir que lo esencial era herir las imaginaciones. "¡Para siempre!, he aquí, decía, una gran palabra y más terrible aún en Italia que en otra parte." En consecuencia, nunca se le había ocurrido conceder un indulto. Ocho días después de su visita a la fortaleza, la duquesa recibió una orden de conmutación de pena, firmada por el príncipe y por el ministro, y con el nombre del agraciado en blanco. El preso cuyo nombre escribiera ella, obtendría la devolución de sus bienes y el permiso de pasar el resto de su vida en América. La duquesa escribió el nombre del sujeto que le había hablado. Por desgracia, el hombre era un bribón a medias, un alma débil; por sus revelaciones había sido condenado a muerte el famoso Ferrante Palla.

Con la singularidad de esta merced llegó al colmo la ventura de la señora Sanseverina. El conde Mosca estaba loco de felicidad; fue ésta, una bella época de su vida que tuvo decisiva influencia sobre el porvenir de Fabricio. Éste seguía en Romagnano, cerca de Novara, confesándose cazando, no leyendo y haciendo la corte a una dama noble, como rezaban sus instrucciones. A la duquesa seguía también chocándole algo esta última necesidad. Otra señal, poco halagüeña para el conde, era también que siendo absoluta la franqueza de la duquesa, en todo momento, para el conde, hasta el punto de pensar delante de él en alta voz, sin embargo, cuando hablaba de Fabricio, meditaba primero la forma que iba a dar a la frase.

-Si quiere usted -le decía el conde un día-, escribiré a ese amable hermano que usted tiene en el lago de Como y sabré! obligar al marqués del Dongo, con un poco de trabajo por mi parte y por la de mis amigas de \*\*\* a solicitar la gracia de vuestro encantador Fabricio. Si es cierto, y yo no lo dudo, que Fabricio está un poco por encima de los pollos que pasean sus caballos ingleses por las calles de Milán. ¡Qué vida ésa, que consiste en no hacer nada a los dieciocho años con la perspectiva de seguir sin hacer nada nunca! Si el cielo le hubiera concedido una verdadera pasión por algo, aunque fuera por pescar en caña, yo respetaría esa pasión. Pero ¿qué va a hacer en Milán, aun después de obtenida su gracia? Montará un caballo inglés a cierta hora; irá por aburrimiento a casa de su querida a otra hora, y querrá a la querida menos que al caballo... Pero si usted lo ordena, procuraré proporcionar este género de vida a su sobrino.

-Quisiera que fuera oficial -dijo la duquesa.

-¿Daría usted a un soberano el consejo de entregar un puesto que, en cierto día, puede ser importante, a un joven: primero, capaz de entusiasmarse y segundo: que ha sentido entusiasmo por Napoleón hasta el punto de ir a buscarlo a Waterloo? (Piense usted en lo que sería de todos nosotros si Napoleón llega a vencer en Waterloo! No tendríamos liberales que temer, es verdad, pero los soberanos de las viejas familias no podrían reinar más que casándose con las hijas de sus mariscales. Así, pues, la carrera militar para Fabricio es la vida del burro de noria que anda mucho y no adelanta nada. Tendría la pena de ver cómo le superan los que saben sacrificarse plebeyamente. La primera cualidad que debe

tener un joven de hoy, quiero decir para estos cincuenta años venideros, mientras nos dure el miedo y no esté restablecida la religión, es la de no ser capaz de entusiasmarse y no tener talento. He pensado en una cosa. Pero va usted a gritar y protestar en seguida, lo que me causaría infinita pena por varios días: es una locura que querría hacer por usted. Pero, ¿usted sabe, qué locura no haría yo para obtener una sonrisa vuestra?

-Bueno, ¿qué es ello? -dijo la duquesa.

-¡Pues bien!, hemos tenido en Parma tres arzobispos de su familia: Ascanio del Dongo que escribió en 16..., Fabricio en 1699 y otro Ascanio en 1740. Si Fabricio quiere entrar en la prelación y darse a conocer por virtudes excelsas, lo hago primero obispo en cualquier parte y luego arzobispo aquí, si dura mi influencia. La objeción real es la siguiente: ¿seré ministro bastante tiempo para realizar este plan magnífico, pero me exige varios años? Puede morir el príncipe, puede tener el mal gusto de echarme. Pero, en fin, ése es el único medio que se me ocurre para hacer por Fabricio algo que sea digno de usted.

Discutióse mucho: la idea repugnaba a la condesa.

-Vuelva usted a probarme que cualquier otra carrera es imposible para Fabricio.

El conde probó.

-Echa usted de menos —añadió— el brillante uniforme, pero ego no lo puedo remediar.

La duquesa pidió un mes de reflexión y al cabo asintió, no sin un profundo suspiro, a los prudentes propósitos del ministro.

-O montar a caballo, con tiesura aristocrática, en alguna gran ciudad -repetía el conde- o abrazar una carrera que no sea incompatible con su abolengo; no hay término medio. Por desgracia un hidalgo no puede hacerse médico ni abogado y este siglo es de los abogados.

-Recuerde usted siempre, señora -repetía el conde-, que puede proporcionar a su sobrino, en Milán, la misma suerte de que; gozan los jóvenes de su edad que pasan por ser los más ricos. Se obtiene su gracia, se le dan quince, veinte, treinta mil francos, poco importa, que ni usted ni yo vamos a ahorrar.

Pero la duquesa era sensible a la gloria y no quería que Fabricio fuera un simple derrochador. Volvió al plan de su amante.

-Note usted -decía el conde-, que no pretendo hacer de Fabricio un sacerdote ejemplar, como hay muchos. No; ante todo un gran señor. Podrá permanecer perfectamente ignorante, si le parece bien; no por eso dejará de ser obispo y arzobispo, si el príncipe sigue considerándome como hombre útil. Si sus órdenes de usted se dignan cambiar mi proposición en decreto inmutable -añadió el conde-, no debe Parma ver a nuestro protegido con pequeña y mezquina fortuna. Su encumbramiento chocaría, si antes se le hubiera visto aquí como simple sacerdote. No debe venir a Parma sino con las medias de color violeta<sup>6</sup> y con un tren conveniente. Todo el mundo comprenderá que su sobrino va a ser

---

<sup>6</sup> En Italia los jóvenes protegidos o sabios, se hacen llamar monsignor y prelado, lo cual no significa Obispo; llevan entonces medias de color violeta. No se hacen votos para ser monsignor y se pueden dejar las medias de color violeta y casarse.



obispo, y nadie se extrañará. Créame usted. Hay que mandar a Fabricio a que estudie teología; que pase tres años en Nápoles. Durante las vacaciones de la Academia eclesiástica, irá, si quiere, a París y a Londres, pero no se dejará ver nunca en Parma.

Estas palabras produjeron en la condesa como un temblor.

Envió un correo a su sobrino y lo citó en Plasencia. No hay que decir que el correo llevaba consigo todo el dinero y pasaportes necesarios.

Fabricio llegó el primero a Plasencia y corrió hacia la duquesa abrazándola con un ardor que le hizo derramar lágrimas. Se alegró de que el conde no estuviera allí. Desde que empezaron sus amores era la primera vez que experimentaba esa sensación.

Los planes de la duquesa conmovieron profundamente a Fabricio; pero luego le afligieron mucho. Su esperanza siempre había sido que, una vez arreglado su asunto de Waterloo, acabaría por ser militar. Una cosa notó la duquesa, que acrecentó más aún la opinión novelesca que se había hecho de su sobrino: Fabricio se negó en redondo a hacer la vida de café en una de las grandes ciudades italianas.

-¡Figúrate en el Corso de Florencia o de Nápoles -decía la duquesa-, montado en un caballo de pura sangre inglesa! Por la tarde un coche, un precioso alojamiento, etc.

Insistía con encanto en la descripción de esa felicidad vulgar, que veta rehusada desdeñosamente por Fabricio. Es un héroe, pensaba.

-Y después de diez años de tan agradable vida, ¿qué habré hecho? -decía Fabricio-, ¿qué seré? Un joven maduro que tiene que retroceder ante el primer adolescente hermoso que debuta en el mundo también con un caballo inglés.

Fabricio rechazó primero la carrera de la Iglesia; hablaba de irme a Nueva York y hacerse ciudadano y soldado republicano en América.

-¡Qué error el tuyo! No tendrás guerra y caerás de nuevo en la vida de café, pero sin elegancia, sin música, sin amores replicó la duquesa-. Créeme, para ti como para mí sería una vida tristísima la que llevarías en América.

Le explicó el culto del dios dollar y el respeto que hay que tener para los artesanos de la calle quienes, con sus votos, lo deciden todo. Volvióse a pensar en la carrera eclesiástica.

-Antes de encabritarte -le dijo la duquesa-, comprende primero lo que el conde te pide. No se trata de ser un pobre curita más o menos ejemplar y virtuoso, como el abate Blanes. Acuérdate de lo que fueron tus tíos, los arzobispos de Parma. Vuelve a leer sus vidas en el suplemento de la genealogía. Ante todo, es preciso que un hombre de alcurnia sea gran señor, noble, generoso, protector de la justicia, destinado desde luego a ponerse a la cabeza de su orden.. y que en toda su vida no haga más que una, sola bribonada, pero ésta que sea muy útil.

-Así, pues, ¡todas mis ilusiones por el suelo! -decía Fabricio suspirando hondamente-. ¡Cruel es el sacrificio! Lo confieso, no habla pensado en ese horror por el entusiasmo

y el talento, aun laborando en su provecho, que van a sentir de hoy en adelante los príncipes absolutos.

-Piensa que una rebeldía, un capricho del corazón precipitan al entusiasmo en el partido contrario al que ha servido durante toda su vida.

-¡Yo entusiasta! -replicó Fabricio-. ¡Extraña acusación! ¡Si ni siquiera puedo estar enamorado!

-¿Cómo? -exclamó la duquesa.

-Cuando tengo el honor de cortejar a una beldad, aunque sea de buena cuna y devota, no puedo pensar en ella más que mientras la estoy viendo.

Esta confesión produjo en la condesa una impresión extraña.

-Concédeme un mes -replicó Fabricio- para despedirme de la señora C... de Novara y, lo que es aún más difícil, de las ilusiones de toda mi vida. Escribiré a mi madre, que tendrá la bondad de venir a verme a Belgirate, en la orilla piamontesa del lago Mayor y dentro de treinta y un días estaré en Parma de incógnito.

-Guárdate de hacerlo -exclamó la duquesa.

No quería que el conde Mosca la viese hablando con Fabricio.

Volvieron a encontrarse en Plasencia. Esta vez la duquesa estaba muy agitada. En la corte hablase desencadenado una tempestad y el partido de la marquesa Raversi estaba a punto de triunfar. Era posible que al conde Mosca le sustituyera el general Fabio Conti, jefe de lo que en Parma llamaban partido liberal. Salvo el nombre del rival que crecía en la privanza del príncipe, la duquesa se lo dijo todo a Fabricio.

Discutieron de nuevo las probabilidades de su porvenir, aun con la perspectiva de faltar la omnipotente protección del conde.

-Voy a pasar tres años en la Academia eclesiástica de Nápoles -exclamó Fabricio-. Pero, puesto que ante todo he de ser un joven hidalgo y no me obligas a llevar la vida severa de seminarista virtuoso, esa estancia en Nápoles no me atemoriza. Esa vida no va a ser peor que la de Romagnano. La buena sociedad empezaba atenerme por algo jacobino. En mi destierro he descubierto que no sé nada, ni siquiera latín, ni ortografía. Pues bien, estudiaré teología en Nápoles: es una ciencia complicada.

La duquesa se mostró encantada.

-Si nos echan -dijo- iremos a verte a Nápoles. Pero puesto que aceptas, hasta nueva orden, la solución de las medias violetas, el conde que conoce muy bien la Italia de hoy, me ha encargado que te advierta una cosa. Puedes creer o no creer lo que te enseñen; pero no hagas nunca una objeción. Figúrate que te han enseñadolas reglas del juego de whist. ¿Hartas objeciones a las reglas del whist? Le he dicho al conde que creías; se ha alegrado mucho, porque eso es útil en este mundo y en el otro. Pero si crees, no vayas a caer en la vulgaridad de hablar con horror de Voltaire, Diderot, Raynal y todos esos locos franceses precursores de las dos Cámaras. Que esos nombres no vuelvan a menudo en tu conversación, Pero cuando haga falta, habla de esos señores con tranquila ironía; son gente refutada ya hace tiempo y cuyos ataques no tienen importancia. Has de creer ciegamente cuanto te digan en la academia. Piensa que hay quien

anotará fielmente tus menores objeciones. Te perdonarán una intriguilla galante si está bien llevada, pero nunca una duda; la edad acaba con la intriga, pero aumenta la duda. Condúctete según este mismo principio en el tribunal de la penitencia. Recibirás una carta de recomendación para un obispo que es el factótum del cardenal arzobispo de Nápoles: sólo a él confesarás tu fuga a Francia y tu presencia el 18 de junio en las cercanías de Waterloo. Por lo demás, abrevia cuanto puedas, disminuye esta aventura y confíesale sólo para que no te puedan luego acusar de haberla ocultado. ¡Eras tan joven entonces! La segunda idea que el conde te envía es ésta. Si se te ocurre una razón brillante, una réplica victoriosa que cambie el curso de la conversación, no caigas en la tentación de brillar, guarda silencio; la gente lista verá tu talento en el resplandor de tus ojos. Cuando seas obispo, entonces tendrás tiempo de ostentar tu ingenio.

Fabricio debutó en Nápoles con un coche modesto y cuatro criados, buenos milaneses que su tía le había enviado. A1 año dei estudiar, nadie decía que era hombre de talento; le consideraban como un gran señor, aplicado, generoso, pero un poco libertino.

Ese año que para Fabricio fue bastante divertido, fue terrible para la duquesa. El conde estuvo dos o tres veces a punto de perderse; el príncipe, más miedoso que nunca porque ese año estaba enfermo, creía que echándolo se libraba de la odiosidad de las ejecuciones hechas antes de entrar el conde en el ministerio. Rassi era el favorito de corazón, a quien ante todo quería el príncipe conservar los peligros que corría el conde fueron causa de que la duquesa se ligase apa-

sionadamente a él; no pensaba ya en Fabricio. Para dar algún tinte a su posible retirada, se encontró que el clima de Parma, algo húmedo como el de toda Lombardía, no convenía a la salud de la duquesa. Por último, después de intervalos de desgracia que hicieron pasar al conde, primer ministro, hasta veinte días sin hablar con el príncipe en particular, Mosca quedó vencedor. Hizo nombrar al general Fabio Conti, al supuesto liberal, gobernador de la fortaleza en donde se encerraban a los liberales sentenciados por Rassi.

-Si Conti trata a sus presos con indulgencia -decía Mosca a su amiga-, pierde el favor del príncipe por jacobino, al que sus ideas políticas hacen olvidar sus deberes de general; si en cambio se muestra severísimo e implacable (y se inclinará de este lado, creo yo), deja de ser el jefe de su propio partido y se enemista con todas las familias que tienen a alguien en la fortaleza. Ese pobre hombre sabe tomar un ademán lleno de respeto cuando se acerca el príncipe. Si es preciso, cambia de traje cuatro veces al día; puede discutir una cuestión de etiqueta; pero no tiene cabeza para seguir el difícil camino que puede únicamente salvarle; además, en todo caso aquí estoy yo.

A1 día siguiente del nombramiento del general Fabio Conti, supose que Parma iba a tener un diario ultramonárquico.

-¡Cuántas peleas va a provocar ese diario! -decía la duquesa.

-Ese diario, es quizá mi obra maestra -respondió el conde riéndose-; poco a poco me iré dejando, a pesar mío, arrebatando su dirección por los ultrafuribundos. He dispuesto

buenos sueldos para los redactores. De todas partes van a acudir solicitantes: este asunto nos hará pasar uno o dos meses y se olvidarán los peligros que acabo de vencer. Ya entre los que las piden están dos graves personajes, P. y D.

-Pero ese diario dirá absurdos irritantes.

-De ello me holgaré -replicaba el conde-. El príncipe lo leerá todas las mañanas y admirará mi doctrina, la del fundador. En cuanto a los detalles, aprobará o desaprobará; de las horas consagradas al trabajo ya van dos empleadas en eso. El diario provocará cuestiones; pero cuando vengan las quejas graves, dentro de ocho o diez meses, ya estará del todo en manos de los ultrafuribundos. Ese partido, que me estorba, será el que deba contestar; yo presentaré objeciones contra el diario. En el fondo, prefiero cien atroces barbaridades de pluma que un solo ahorcado. ¿Quién se acuerda de un absurdo a los dos años de publicado? En cambio, los hijos y la familia del ahorcado me juran un odio tan largo como mi vida y que acaso consiga abrevia mi vida.

La duquesa, apasionada siempre por algo, activa siempre, jamás ociosa, tenía más talento que toda la corte de Parma junta. Pero carecía de paciencia y de impasibilidad para tener éxito en las intrigas. Sin embargo, había llegado a seguir con pasión los intereses de los bandos diversos y comenzaba incluso a gozar de una influencia personal sobre el príncipe. Clara Paolina, la princesa reinante, rodeada de honores, pero presa en una etiqueta anticuada, se consideraba como la más desgraciada de las mujeres. La duquesa Sanseverina se dedicó a ella y se dispuso a demostrarle que no era tan desgraciada. El príncipe no veía a su esposa más que a,

las horas de comer; pero la comida duraba treinta minutos, y el príncipe pasaba semanas enteras sin dirigir la palabra a Clara Paolina. La señora Sanseverina intentó variar todo esto; divertía al príncipe tanto más cuanto que habla sabido conservar toda su independencia. Aunque hubiera querido, no hubiera podido abstenerse de herir a los mentecatos que abundan en esta corte. Esta total falta de habilidad por su parte hacía la execrable para el vulgo cortesano, para todos esos condes y marqueses que disponían de cinco mil francos de renta. Comprendió esta desgracia desde los primeros días, y se cuidó exclusivamente de agradar al príncipe y a su mujer, la cual dominaba en absoluto al príncipe heredero. La duquesa sabía divertir al soberano y se aprovechaba de la atención extremada con que éste oía todas sus palabras, para poner bien en ridículo a los cortesanos que la odiaban. Desde aquellas tonterías que Rassi le había hecho cometer, tonterías sangrientas que no son enmendables, el príncipe tenía miedo unas veces y se aburría a menudo otras, lo que le había llevado a sentir la triste envidia; sabía que no se divertía, y se ponía sombrío cuando sospechaba que otros se divertían; la vista de la felicidad ajena le enfurecía.

-Ocultemos nuestros amores dijo la duquesa a su amigo. Y dejó entrever al príncipe que ya no estaba sino medianamente enamorada del conde, hombre, por lo demás, muy estimable.

Este descubrimiento habla proporcionado a Su Alteza un día feliz. De vez en cuando la duquesa dejaba caer algunas palabras de su proyecto de tomar cada año unos meses de vacaciones, que pasarla visitando Italia, que no conocía;



iría a Nápoles, a Florencia, a Roma. Nada en el mundo podía apenar más al príncipe que esta especie de huida. Era esta una de sus debilidades más manifiestas. Las acciones que podían interpretarse como un desprecio a su capital, le partían el corazón. Comprendía que no tenía medios de retener a la señora Sanseverina, y la señora Sanseverina era, con mucho, la mujer más brillante de Parma. Venta la gente de las villas cercanas para asistir a sus jueves; (cosa extraordinaria, única, dada la pereza de los italianos) Estos jueves eran verdaderas fiestas en donde casi siempre la duquesa ofrecía algo nuevo, algo ingenioso. El príncipe se desvivía por ver uno de esos jueves; pero ¿cómo? Ir a casa de un simple particular era cosa que ni su padre ni él hablan hecho jamás.

Cierto jueves lluvioso y frío, el príncipe desde su palacio ola sin cesar los coches que hacían resonar el pavimento de la plaza, dirigiéndose a la casa de la señora Sanseverina. Hizo un ademán de impaciencia; otros se divertían, y él, soberano y dueño absoluto, él, que debía divertirse más que nadie en el mundo, mascaba el tedio en su palacio. Llamó a su ayudante, y hubo que colocar una docena de agentes en la calle que conduce del palacio de Su Alteza al de la Sanseverina. Por último, después de aguardar una hora, que al príncipe le pareció un siglo, durante la cual estuvo veinte veces por desafiarse los puñales y salir sin precauciones, se presentó en el primer salón de la señora Sanseverina. Un rayo que cayera en ese salón no hubiera producido una sorpresa semejante. En un momento, conforme el príncipe iba adelantándose, un silencio de estupor cayó sobre los salones tan alegres y ruidosos antes. Todos los ojos, fijos en el príncipe, se abrían

estupefactos. Los cortesanos parecían desconcertados; sólo la duquesa no puso cara de extrañeza. Cuando por fin se recobraron fuerzas para hablar, la gran preocupación de todos los presentes fue decidir esta cuestión importante: ¿Ha sido avisada la duquesa de esta visita, o bien ha sido sorprendida como todo el mundo?

El príncipe se divirtió. Y va el lector a darse bien cuenta del carácter espontáneo e irreflexivo de la duquesa y al mismo tiempo del poder inmenso que esos vagos propósitos de marcha, hábilmente expresados, le habían proporcionado sobre el ánimo del príncipe.

Saliendo a despedir al príncipe, quien le dirigía muy amables palabras, se le ocurrió una idea singular que se atrevió a expresar simplemente como la cosa más corriente.

-Si Vuestra Alteza Serenísimas quisiera dirigir a la princesa tres o cuatro de esas encantadoras frases que me prodiga, haría mi felicidad mucho más ciertamente que diciéndome que soy bonita. Y es que por nada del mundo quisiera que la princesa viese mal la merced insigne con que Vuestra Alteza acaba de honrarme.

El príncipe la miró fijamente y replicó seco y adusto:

-Me parece que soy dueño de ir adonde me plazca.

La duquesa enrojeció.

-Quería ten sólo -replicó en seguida- no exponer a Vuestra Alteza a una inútil molestia, pues este jueves será el último; me marchó a pasar unos días en Bolonia o en Florencia.

Cuando volvía a sus salones, todos la creían llegada al colmo de la privanza, y, en verdad, acababa de aventurar lo

que nadie se habla atrevido a hacer en Parma. Hizo al conde una señal; éste se levantó de su mesa de whist y la siguió a un saloncillo alumbrada, pero desierto.

-Lo que acabas de hacer es muy osado -dijo-, no te lo hubiera aconsejado. Pero en los corazones enamorados la dicha aumenta; el amor, y si mañana te marchas, yo me voy por la noche. No me retrasaré más que lo preciso para despachar el ministerio de Hacienda, del que he cometido la tontería de encargarme; pero en cuatro horas de trabajo bien hecho pueden liquidarse muchas cosas. Volvamos a los salones, querida amiga y paseemos la fatuidad ministerial sin trabas de ninguna especie; es quizá la última representación que damos en esta ciudad. Si cree que le retas, nuestro hombre es capaz de todo; a todo lo llamará hacer un escarmiento. Cuando todo el mundo se haya marchado, buscaremos los medios de atracar tu puerta por esta noche; lo mejor sería, quizá, marchar sin demora a tu villa de Sacca, cerca del Po, que tiene la ventaja de distar media hora de camino del territorio austríaco.

El amor y el amor propio de la duquesa sintieron delicias sin cuento. Miró al conde, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un ministro tan poderoso, rodeado de esta multitud de cortesanos que le rendían homenaje como al príncipe mismo, lo abandonaba todo para seguirla, y ¡con qué gesto fácil y ligero!

Al volver a los salones estaba loca de alegría. Todo el mundo se inclinaba a su paso.

-¡Cómo la felicidad cambia a la duquesa!, decían por todas partes los cortesanos. Está desconocida. ¡Por fin esta

alma romana, siempre situada por encima de todo, se digna apreciar y gustar la exorbitante merced que el soberano acaba de concederle!

Hacia el final de la velada, el conde se acercó a ella:

-Tengo que dar a usted noticias.

En seguida las personas que estaban con la duquesa se alejaron.

-El príncipe, de vuelta a palacio -continuó el conde se ha hecho anunciar a su esposa. ¡Figúrate la sorpresa! "Vengo a, datos cuenta", le dijo, "de una velada encantadora, en verdad, que acabo de pasar en casa de la Sanseverina. Ella es la que me ha rogado que te describa el modo cómo ha aderezado ese viejo palacio lleno de humo'. Y el príncipe, después de sentarse, se ha puesto a detallar lo que ha visto en los salones de tu casa. Ha estado más de veinticinco minutos con su mujer, que lloraba de alegría; a pesar de todo su talento, ella no ha podido encontrar una palabra para sostener la conversación en el estilo ligero que Su Alteza se dignaba darle.

El príncipe no era hombre malo, a pesar de lo que hayan dicho los liberales italianos. Cierta es que había mandado encarcelar a no pocos de ellos; pero era por miedo, y solía repetir como para consolarse de ciertos recuerdos: Más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate. Al día siguiente de la velada de que hemos hablado, estaba contentísimo. Había hecho dos hermosas acciones: ir al jueves y hablar con su mujer. En la comida también le dirigió la palabra. En suma, el jueves de la señora Sanseverina produjo una revolución íntima que resonó en toda Parma. La Ravarsi ea

126 taba abatida; la duquesa tuvo una doble alegría: había sido útil a su amante y lo había hallado más enamorado que nunca.

-¡Y todo esto por una idea muy imprudente que se me ocurrió! -decía el conde. Sin duda, en Roma o en Nápoles estaría más libre, pero no encontraría un juego tan apasionante.

-No, en verdad, mi querido conde; haces mi felicidad.

## VII

La historia de los cuatro años que siguieron tendría que hacerse con detalles de la vida cortesana, por el estilo de los que hemos relatado. Todas las primaveras, la marquesa del Dongo venia con sus dos hijas a pasar dos meses al palacio Sanseveriná o a la villa de Sacca, a orillas del Po. Había momentos muy tiernos; se hablaba de Fabricio. Pero el conde no quiso permitirle nunca una visita a Parma. La duquesa y el ministro hubieron, sin duda, de remediar algunas locuras; pero, en general, Fabricio seguía con bastante prudencia la línea de conducta que se le había trazado: un gran señor, que estudia teología y que no cuenta con su virtud sola para ascender. En Nápoles se dedicó con gran placer al estudio de la antigüedad; hacia excavaciones, y esta pasión casi habla sustituido a la de los caballos. Había vendido sus caballos ingleses para continuar sus excavaciones en Mísa, en donde había encontrado un busto de Tiberio joven, que se colocaba entre los más hermosos restos de la antigüedad. El descubrimiento de este busto fue casi el placer más vivo que

sintió en Nápoles. Tenía el alma demasiado elevada para tratar de imitar a los demás jóvenes y para querer, por ejemplo, hacer en serio el papel de enamorado. No es esto decir que no tuviera queridas; pero no eran para él cosa de trascendencia, y a pesar de su edad podía decirse de él que ignoraba el amor, y por eso mismo era más animado. Nada le impedía obrar en su vida con la más perfecta sangre fría, pues una mujer joven y bonita era para él siempre igual a otra mujer joven y bonita; sólo que la última que veía le parecía siempre la más atractiva. Una de las damas más admiradas en Nápoles habla hecho locuras por él, en el último año de su estancia; esto al principio le divirtió; pero luego acabó por hastiarle tanto, que una de las venturas que halló en su marcha fue librarse de una vez de las atenciones de la encantadora duquesa A... En 1821 sufrió con mediano éxito sus exámenes; su director de estudios o preceptor obtuvo una cruz y un regalo, y él se fue por fin hacia esa famosa ciudad de Parma con la que soñaba tantas veces. Ya era monsignorey tenía cuatro caballos en su coche; en la posta más próxima a Parma tomó sólo dos, y, llegado a la ciudad, mandó parar delante de la iglesia de San Juan. Allí estaba el lujoso sepulcro de su antepasado el arzobispo Ascanio del Dongo, autor de la genealogía latina.

Rezó delante del sepulcro y se fue a pie al palacio de la duquesa, que no lo esperaba sino algunos días después. Había mucha gente en el salón; pero pronto los dejaron solos.

-¿Estás contenta de mí? -le dijo abrazándola-. Gracias a ti he pasado en Nápoles cuatro años bastante buenos, en

lugar de aburrirme en Novara con mi querida, autorizada por la policía.

La duquesa no salía de su estupefacción; no hubiera reconocido a Fabricio viéndolo pasar por la calle. Encontrábalo -lo que era en realidad uno de los hombres más guapos de Italia. Tenía, sobre todo, una encantadora fisonomía. Llevaba, cuando fue a Nápoles, la facha de un audaz aventurero; el látigo, que no dejaba nunca, parecía entonces formar parte de su persona. Pero ahora presentaba ante los extraños una figura noble y comedida, y en particular conservaba el fuego de su primera juventud. ¡Un diamante que nada había perdido al ser tallado! No hacía una hora que Fabricio había llegado, cuando entró el conde Mosca; llegó demasiado pronto. El joven le habló en tan buenos términos de la cruz de Parma concedida a su protector y expresó gratitud por otros beneficios de que no se atrevía a hablar claramente, con tan perfecta medida, que desde el primer momento el ministro lo juzgó favorablemente.

-Este sobrino -dijo en voz baja a la duquesa- honrará todas las dignidades a que usted quiera elevarlo más tarde.

Hasta aquí todo iba bien; pero cuando el ministro, muy contento de Fabricio y atento sólo a lo que hacía y decía, se volvió a mirar a la duquesa, le encontró en los ojos una luz singular. Este joven, pensó, produce aquí una impresión extraña. Esta reflexión fue amarga; el conde había llegado a sus cincuenta años de edad, edad cruel cuyo peso puede acaso sentir sólo un hombre perdidamente enamorado. Era buenísimo y dignísimo de ser amado, poniendo aparte su severidad como ministro. Pero esos crueles cincuenta años



echaban un borrón en su vida y le hubieran hecho capaz de ser cruel por cuenta propia. En los cinco años que vivía con la condesa, en Parma, había sentido no pocas veces el aguijón de los celos, sobre todo al principio; pero nunca la duquesa le había dado motivo serio de queja. Hasta creía, con razón, que si la duquesa había recurrido a aparentes distinciones en favor de algunos jóvenes guapos de la corte, era con el designio de asegurarse más la posesión de su amor. Estaba seguro, por ejemplo, de que ella había rechazado pretensiones del príncipe, quien en esta ocasión pronunció palabras muy instructivas.

-Si aceptara las pretensiones de Vuestra Alteza -le decía riéndose la duquesa-, ¿con qué cara íbamos a presentarnos al conde?

-Sí; y yo estaría casi tan desconcertado como usted., ¡Pobre conde!, ¡amigo mío! Pero esta dificultad es bien fácil de vencer, y ya lo he pensado; no hay más que encerrar al conde en la fortaleza para el resto de su vida.

En el momento de llegar Fabricio, la condesa estaba tan llena de felicidad que no pensó en las ideas que sus ojos podían sugerir al conde. El efecto fue hondo y las sospechas no tenían ya remedio.

Fabricio fue recibido en audiencia por el príncipe dos horas después de su llegada. La duquesa, que preveía el buen efecto que esta audiencia improvisada iba a producir en el público, la solicitaba desde hacia dos meses: esta merced sacaba a Fabricio del montón desde el primer instante. El pretexto fue que no hacía más que pasar por Parma para ir a ver a su madre a Piamonte. En el momento en que un bille-

tito encantador de la duquesa llegó al príncipe avisándole de que Fabricio esperaba sus órdenes, Su Alteza estaba aburrida. Voy a ver, pensó, un santito bien tonto, una faz de imbécil o de hipócrita. El comandante de la plaza habla dado cuenta ya de la visita de Fabricio al sepulcro del tío arzobispo. El I príncipe vio entrar a un joven alto y esbelto, a quien sin las medias violeta hubiera tomado por un joven oficial.

Esta pequeña sorpresa disipó el aburrimiento. He aquí un mozo, pensó, para quien me van a pedir qué sé yo cuántas mercedes, todas las que pueda concederle. Llega ahora; debe estar conmovido. Voy a hacer un poco de política jacobina; veremos cómo se las maneja.

Después de las primeras frases amables:

-Y qué, monsignore -dijo el príncipe a Fabricio-, ¿son felices los pueblos de Nápoles? ¿Es el rey querido?

-Alteza Serenísimá -respondió Fabricio sin vacilar un momento-, cuando pasaban por la calle los regimientos de S. M. el Rey, admiraba yo el excelente aspecto de los soldados. La buena gente es respetuosa para con sus amos, como debe ser. Pero confesaré que en mi vida he tolerado que las personas de clase inferior, me hablen de orara cosa más que del trabajo por el que yo lea pago.

¡Caramba!, dijo para sí el príncipe, haya un mozol. Éste es un pájaro bien amaestrado. Es todo el ingenio de la Sanseverina. Interesado en el juego, el príncipe usó toda su habilidad en hacer que Fabricio hablara sobre este asunto tan escabroso. El joven, excitado por el peligro, tuvo la fortuna de encontrar respuestas admirables.

-Casi es una insolencia –decía- demostrar amor hacia su rey; lo que se debe es ciega obediencia.

Ante tanta prudencia el príncipe casi se sintió molesto: Me parece que nos llega de Nápoles un hombre de talento, y no me gusta esta raza; un hombre de talento, aunque siga los mejores principios y hasta de buena fe, es siempre por algún lado primo hermano de Voltaire y de Rousseau.

El príncipe se sentía como retado por los modales convenientes y las respuestas inatacables del joven recién salido del colegio; no sucedía lo que él había previsto. En un momento pasó al tono familiar, y remontándose con algunas palabras, hasta los grandes principios de las sociedades y del Gobierno, recitó, acomodándola a la circunstancia, algunas frases de Fénelon que le habían enseñado de memoria desde la infancia, para las audiencias públicas.

-Le extrañan estos principios, joven -dijo a Fabricio de había llamado monsignore al principio de la audiencia y pensaba repetírselo al despedirlo, pero en el curso de la conversación creía que era más hábil y más favorable para las frases patéticas dirigirle un apelativo amistoso)- , le extrañan estos principios, joven; confieso que no se parecen en nada a los platos de absolutismo (tal fue la palabra) que nos sirven todos los días en mi diario oficial... Pero ¡Dios mío!, ¡qué es lo que voy a citar! Los escritores de este periódico son a usted del todo desconocidos.

-Ruego a Vuestra Alteza Serenísima que me perdone. No sólo leo el diario de Parma, que me parece bastante bien escrito, sino que pienso como él que todo cuanto se ha hecho desde la muerte de Luis XIV en 1715, es a un tiempo

mismo un crimen y una tontería. El mayor interés del hombre está en su salvación; sobre este punto no puede haber dos opiniones. Y esa felicidad ha de durar eternamente. Las palabras de libertad, justicia, felicidad del mayor número, son infames y criminales: producen en los espíritus el hábito de la discusión y de la desconfianza. Una cámara de diputados desconfía de eso que esas gentes llaman el ministerio. Y una vez contraída la costumbre fatal de la desconfianza, la debilidad humana la aplica a todo y el hombre llega a desconfiar de la Biblia, de los mandatos de la Iglesia, de la tradición, etc., etc... Y entonces está perdido. Aun cuando esa desconfianza -y es horriblemente falso y criminal decirlo- hacia la autoridad de los príncipes, establecidos por Dios, diese la felicidad en los veinte o treinta años de vida a que puede aspirar cada uno de nosotros, ¿qué es medio siglo o hasta un siglo entero comparado con una eternidad de suplicios?...

Se veía, por el modo como hablaba Fabricio, que buscaba un arreglo de sus ideas para darlas mejor a entender a su interlocutor, y estaba claro que no recitaba una lección.

El príncipe abandonó pronto la lucha con este joven, cuyas manera sencillas y graves le molestaban.

-Adiós, monsignore -le dijo bruscamente-. Veo que en la academia eclesiástica de Nápoles se da una excelente educación. Y cuando esos buenos principios caen en un ingenio tan distinguido como el vuestro, es natural que den frutos brillantísimos. Adiós. -Y le volvió la espalda.

No he agradado a este animal, dijo para sí Fabricio.

Ahora falta aún averiguar, dijo el príncipe en cuanto estuvo solo, si este hermoso joven es susceptible de entu-

siasmo; en cuyo caso sería completo... ¿Es posible repetir con más ingenio las lecciones de la tía? Me estaba pareciendo oír la hablar. Si hubiera aquí una revolución, ella sería la que redactase el Monitor, como hizo la San Felice en Nápoles. Pero la San Felice, a pesar de sus veinticinco años y de su belleza, fue un tanto ahorcada. ¡Aviso a las mujeres de talento! Al creer que Fabricio era discípulo de su tía, equivocábase el príncipe: los hombres de talento que nacen en un trono o al lado de él, pierden pronto toda la finura del tacto. Proscriben en torno suyo la libertad de conversación que les parece grosería; no quieren ver sino máscaras y se empeñan en dictaminar sobre la pureza del cutis. Y lo más gracioso es que creen tener tacto. En este caso, por ejemplo, Fabricio creía aproximadamente todo cuanto le hemos oído decir; cierto que no pensaba dos veces al mes en esos grandes principios. Tenía gustos vivos, tenía talento, pero tenía la fe.

El gusto de la libertad, la moda y el culto de la felicidad del mayor número, manías del siglo XIX, no eran para él más que una herejía, que pasará como los demás, matando muchas almas, como la peste cuando cae en una comarca mata muchos cuerpos. Y a pesar de todo eso, Fabricio leía con deleite los periódicos franceses y hasta cometía imprudencias para proporcionárselos.

Fabricio volvió de palacio excitado por la audiencia, y contó a su tía los diversos ataques del príncipe.

-Ahora -le dijo- es preciso que vayas sin demora a ver al padre Landriani, nuestro excelente arzobispo; ve a pie, sube la escalera sin ruido, no te muevas en las antecámaras; si te

hacen esperar, mejor, mil veces mejor. En una palabra, sé apostólico.

-Comprendo -dijo Fabricio-; nuestro hombre es un tarufo. Nada de eso; es la misma virtud.

-¿Aun después de lo que hizo cuando el suplicio del conde Palanza? -replicó Fabricio extrañado.

-Sí, amigo mío, después de lo que hizo: el padre de nuestro arzobispo era empleado en el Ministerio de Hacienda, un burgués; eso lo explica todo. Monseñor Landriani es un hombre de talento, ingenio vivo, extenso, profundo; es sincero y ama la virtud. Estoy convencida de que si volviese al mundo un emperador Decio, sufriría el martirio como el Poliuto de la ópera que daban la semana pasada. Ese es el anverso hermoso de la medalla. He aquí ahora el reverso: en cuanto se halla en presencia del soberano o aun sólo del primer ministro, queda deslumbrado por tanta grandeza, se turba, se sonroja, y le es materialmente imposible decir que no. De aquí que haya hecho ciertas cosas que le han valido la reputación cruel que tiene en toda Italia. Pero lo que no se sabe es que cuando la opinión pública llegó a ilustrarle acerca del proceso del conde Palanza, se impuso como penitencia vivir de pan y agua durante trece semanas, tantas semanas como letras hay en el nombre Davide Palanza. En esta corte tenemos a un bribón sumamente listo, llamado Rassi, juez supremo o fiscal general, quien, cuando la muerte del conde Palanza, hechizó al padre Landriani. En la época de su penitencia de trece semanas, el conde Mosca, por compasión y un poco también de malicia, le convidaba a comer una y hasta dos veces por semana; el bueno del arzobispo cumplía

sus deberes de cortesano, comiendo como todo el mundo; hubiera pensado que era rebelión y jacobinismo el publicar que hacia penitencia por una acción aprobada por el soberano. Pero se sabia que por cada comida en la que su deber de súbdito fiel le había obligado a comer como todo el mundo, se imponía una penitencia de dos días a pan y agua. Monseñor Landriani, espíritu superior, sabio de primer orden, tiene una sola debilidad: quiere ser amado. Así, pues, deberás enternecerte al mirarle y en tu tercera visita ámalo de verdad por completo. Esto, junto con tu cuna ilustre, hará que en seguida te adore. No te muestres sorprendido si te despide hasta la escalera; finge estar acostumbrado a estas maneras; es un hombre que nació prosternado ante la nobleza. Por lo demás, es sencillo, apostólico, sin ingenio, sin brillo, sin respuesta rápida. Si logras no soliviantarlo, gustará de estar contigo; piensa que es necesario que él espontáneamente te nombre su vicario general. El conde y yo nos haremos los sorprendidos y hasta enojados de ese ascenso demasiado rápido; esto es esencial con respecto al soberano.

Fabricio corrió al palacio arzobispal: por fortuna, el ayuda de cámara del buen prelado era algo sordo y no oyó el apellido del Dongo; anunció, pues, a un joven sacerdote llamado Fabricio; el arzobispo estaba con un cura de costumbres poco ejemplares, a quien habla mandado llamar para dirigirle una reprimenda. Estaba, pues, regañando, cosa que le costaba gran trabado, y no quería guardar en su corazón ese dolor por más tiempo; hizo esperar tres cuartos de hora al descendiente de la familia del gran arzobispo Ascanio del Dongo.

¿Cómo pintar sus disculpas y su desesperación cuando, después de haber acompañado al cura hasta la última antecámara y preguntando, a la vuelta, a aquel hombre que esperaba en qué podía servirle, vio las medias violetas y oyó el nombre de Fabricio del Dongo? La cosa hizo a nuestro héroe tanta gracia, que en esta primera visita se aventuró a besar la mano del santo prelado en un arrebatado de ternura. Había que oír al arzobispo repetir, desesperado:

-¡Un del Dongo aguardando en mi antecámara!

Creyóse obligado, a modo de disculpa, a contarle toda la historia del cura, sus culpas, sus respuestas, etc .. ..

¿Es posible, pensaba Fabricio al volver al palacio Sanseverina, es posible que este hombre sea el que apresuró el suplicio del pobre conde Palanza?

-¿Qué piensa, Vuestra Excelencia? -le dijo riendo el conde Mosca, al verle entrar en la habitación de la duquesa (el conde no quería que Fabricio le llamara excelencia).

-Estoy asombrado. No entiendo nada del carácter de los hombres. Hubiera apostado, si no supiera su nombre, a que no puede ver correr una gota de sangre.

-Y habría ganado la apuesta -replicó el conde-. Pero cuando estoy delante del príncipe o solamente de mi, no puede decir que no. En realidad, para producir todo mi efecto, he de llevar el gran cordón amarillo por encima del traje; si me viera de frac, me llevaría la contraria. Por eso me pongo siempre el uniforme para recibirle. No toca a nosotros destruir el prestigio del poder; ya los periódicos franceses lo hacen hartos de prisa. Apenas si la manía del respeto



vivirá lo que nosotros. Usted, querido sobrino, sobrevivirá al respeto. ¡Usted, usted serán buen hombre!

Fabricio se complacía en el trato del conde; era el primer hombre superior que se dignaba hablarle sin comedia; además, tenían un gusto común, el de las antigüedades y las excavaciones. El conde, por su parte, sentíase halagado por la atención extremada con que el joven le escuchaba; pero había una objeción importantísima: Fabricio tenía su habitación en el palacio Sanseverina, pasaba la vida con la duquesa, dejaba ver con toda inocencia que esa intimidad constituía su felicidad, y Fabricio tenía unos ojos y un cutis de frescura desesperante.

Ya hacía tiempo que Ranucio Ernesto IV, quien no estaba acostumbrado a encontrar resistencia en las mujeres, se sentía molesto porque la virtud de la duquesa, bien conocida en la corte, no habla hecho en su favor excepción ninguna. Hemos visto que el ingenio y la presencia de espíritu de Fabricio le había irritado desde el primer día. Tomó a mal la amistad extremada que él y su tía se testimoniaban con imprudente falta de recato; prestó una atención viva a las conversaciones de sus cortesanos, que fueron infinitas. La llegada de ese joven y la audiencia extraordinaria que había obtenido constituyeron durante un mes la noticia y la estupefacción de la corte. Al príncipe entonces se le ocurrió una idea.

Tenía en su guardia un soldado que aguantaba la bebida de una manera admirable; este hombre se pasaba la vida en la taberna y daba cuenta directamente al soberano del espíritu reinante entre los soldados. Carlone carecía de educa-

ción; de haberla tenido hubiera ascendido ya hacia tiempo. Su orden consistía en hallarse en palacio todos los días cuando el reloj grande daba las doce. Poco antes de las doce fue el príncipe en persona a una ventana de un entresuelo contiguo a la habitación en donde Su Alteza se vestía, y dispuso la persiana de cierta manera. Poco después de las doce volvió al entresuelo y encontró allí al soldado; el príncipe llevaba en el bolsillo una hoja de papel y un tintero. Le dictó al soldado la siguiente misiva:

"Vuestra excelencia tiene mucho talento, sin duda; gracias a su profunda sagacidad vemos este Estado tan bien regido. Pero, querido conde, tantos y tan grandes éxitos acarrearán no pocas envidias, y temo mucho que haya quien se ría de V. E. si vuestra sagacidad no consigue adivinar que cierto hermoso joven ha tenido la fortuna de inspirar, acaso a pesar suyo, un amor singularísimo. Este feliz mortal no tiene más que veintitrés años, según dicen, y, querido conde, lo que complica la cuestión es que V. E. y yo tenemos mucho más del doble de esa edad. Por la noche, visto desde lejos, el conde es encantador, chispeante, ingenioso y amable hasta más no poder; pero por la mañana, en la intimidad, si bien se mira, el recién llegado tiene acaso más atractivos. Ahora bien; nosotras las mujeres damos mucho valor a esa frescura juvenil, sobre todo cuando hemos pasado los treinta años. Ya se habla de que ese hermoso adolescente permanezca en nuestra corte asentado en algún cargo bueno. ¿Quién es la persona que habla de eso a V. E. con más ahínco?"

El príncipe cogió la carta y dio al soldado dos escudos.

-Esto, además de tu sueldo -le dijo con aire sombrío;- silencio absoluto para todo el mundo, o si no, la más húmeda de las cuevas de la fortaleza.

El príncipe tenía en su despacho una colección de sobres con las señas de la mayor parte de las personas de su corte, escritas de la mano de ese mismo soldado, que pasaba por no saber escribir y no escribía ni siquiera sus informes de policía. El príncipe cogió el que buscaba.

Unas horas después, el conde Mosca recibió una carta por correo; se habla calculado la hora en que podía llegar, y en el momento en que el cartero, a quien se había visto entrar con una carta en la mano, salió del palacio del ministerio, Mosca fue llamado por Su Alteza. Nunca el favorito había parecido estar dominado por más sombría tristeza. El príncipe, que quería gozar confortablemente, le gritó al verle:

-Necesito distraerme charlando sin orden con el amigo y no con el ministro. Esta tarde estoy saboreando un dolor de cabeza loco, y además se me ocurren pensamientos tristes.

No describiremos el abominable humor que agitaba al primer ministro, conde Mosca della Rovere, en el momento en que le fue permitido dejar a su augusto señor. Ranucio Ernesto IV era habilísimo en el arte de torturar un corazón, y podría yo, sin gran injusticia, 'hacer aquí la comparación con el tigre que juguetea con su presa.

El conde mandó que le llevaran a su casa al galope. Gritó al pasar que nadie subiera y mandó decir al auditor de servicio que le devolvía la libertad (érale insoportable la idea de un ser humano al alcance de su voz) . Corrió a encerrarse en la gran galería de cuadros. Allí pudo, en fin, entregarse a

toda su rabia. Pasó la velada a oscuras, andando sin norte, como fuera de sí. Quería acallar las voces de su alma para concentrar toda su atención reflexiva en la deliberación y decisión que iba a tomar. Sumido en congoja tal que hubiera dado lástima a su más cruel enemigo, decía:

-El hombre a quien odio vive en casa de la duquesa y pasa con ella todo el día. ¿He de intentar que hable una de sus camareras? Nada más peligroso; ¡ella es tan buena, las trata tan bien y es tan querida por todas) (¿Y quién, Dios mío, no la adorarla?) Pero la' cuestión es ésta decía con rabia, corrigiéndose: ¿Debo dejar que se trasluzcan los celos que me consumen o no hablar de ellos? Si me callo, no se esconderán. Conozco a Gina: es una mujer que sigue el primer impulso. Su conducta es imprevista, hasta para ella misma. Si quiere fijarse un papel de antemano, se confunde, y en el momento de la acción se le ocurre una nueva idea que ejecuta con arrebató como la mejor solución del mundo, y lo echa todo a perder. Si no digo palabra de mi martirio, no se esconderá y veré todo lo que pueda ocurrir... Sí; pero si hablo provocaré nuevos estados de espíritu; reflexionarán y acaso evitaré muchas de esas cosas horribles que podrían suceder... Quizá lo alejen (el conde respiró), y entonces casi he ganado la partida. Aun cuando en el primer momento haya algo de irritación, yo la calmaré, y esa irritación ¿no es natural?...; le quiere como a un hijo desde hace quince años. Ahí está mi esperanza toda: corno a un hijo. . .; pero ha dejado de verlo desde su fuga de Waterloo; y cuando volvió a Nápoles era otro hombre, sobre todo para ella. ¡Otro hombre repitió rabioso, y un hombre encantador) ¡Sobre todo

ese aire ingenuo y tierno, esos ojos llenos de sonrisa y prometedores de tanta felicidad( Esos ojos, la duquesa no está acostumbrada a verlos aquí, en la corte... Aquí sólo hay miradas apagadas o sardónicas. Yo mismo, enterrado en los negocios, reinando sólo por mi influencia sobre un hombre que quisiera ponerme en ridículo, ¿qué miradas no tendré muchas veces ¡Ay!, por mucho cuidado que ponga, mi mirada es sobre todo la que debe ser en mí, vieja, anciana. Mi alegría siempre está próxima a la ironía...; y diré más, que aquí hay que ser sincero, mi alegría ¿no deja entrever como aleo inminente el poder absoluto. . . y la maldad? No me digo yo a mí mismo muchas veces, sobre todo cuando me irritan: ¿puedo lo que quiero? Y aún añadido una tontería: debo ser más feliz que otro, puesto que tengo lo que otros no tienen: un poder soberano en casi todo... ¡Pues bien, seamos justos. El hábito de tales pensamientos por fuerza ha de emponzoñar mi sonrisa... ha de darme un aire de egoísmo... satisfecho , y en cambio, la sonrisa suya qué encantadora Emanada de ella una felicidad fácil de juventud primera que promete contagiarse a quien se acerque.

Por desgracia para el conde, hacia aquella noche un tiempo caluroso, pesado, de tormenta; un tiempo de esos que, en estos países, llevan a las resoluciones extremadas. ¿Cómo relatar todos los razonamientos, los puntos de vista que en tres horas mortales atormentaron a este hombre apasionado? Por fin, la prudencia venció con esta única reflexión: estoy loco, probablemente; creo razonar y no razono, doy vueltas en busca de una postura menos dolorosa, y paso quizá junto a una razón decisiva, sin verla. Ya que estoy ce-

gado por un dolor insoportable, sigamos esa regla que todos los sabios aprueban y que se llama prudencia. Además, en cuanto la fatal palabra celos haya sido pronunciada, mi conducta está trazada para siempre. Por el contrario, si no digo nada hoy, puedo hablar mañana; sigo siendo dueño de la situación.

La crisis era demasiado fuerte, y el conde se hubiera vuelto loco si dura más tiempo. Por unos momentos halló algo de calma y su atención se detuvo en la carta anónima. ¿De quién será? Se puso a barajar nombres y a juzgar personas; esto fue una distracción.

Por último, el conde recordó una luz maliciosa que se había encendido en los ojos del príncipe, cuando al final de la audiencia llegó a decir: "Si, querido amigo, convengamos en que los placeres y los cuidados de la ambición más satisfecha, hasta del poder sin límites, nada son comparados con la íntima ventura que proporcionan las relaciones de amor y ternura. Soy hombre antes que príncipe, y cuando siento la felicidad de amar, es al hombre y no al príncipe a quien habla mi amada." El conde relacionó este instante de maligna alegría con esta frase de la carta: Gracias a vuestra profundas agacidad venos este Estado tan bien regido. Esta frase es del príncipe, se dijo. En un cortesano fuera imprudencia gratuita. La carta viene de Su Alteza.

Resuelto este problema, la breve alegría de haber adivinado quedó pronto borrada por la cruel representación de los encantos de Fabricio que de nuevo le vinieron a las mientes. Fue como un peso enorme que cayera encima del corazón del desventurado. ¿Qué importa de quién sea la

carta anónima?, exclamó furioso; el hecho que denuncia no deja de ser cierto. Este capricho puede cambiar mi vida, dijo como para disculparse de estar tan loco de dolor. Si le quiere de cierta manera, puede en un momento marcharse con él a Belgirate, a Suiza, a cualquier rincón del mundo. Ella es rica, y además aunque tuviera que vivir con unos luises al año ¿qué le importa? ¿No me decía, hace ocho días, que su palacio tan bien puesto, tan magnifico, le aburre? Esa alma joven necesita novedad.

Y ¡con qué sencillez se ofrece esta nueva felicidad! El peligro la arrastrará antes de que lo piense, antes de que piense compadecerme. Y, sin embargo, soy muy desgraciado, exclamó el conde prorrumpiendo en llanto.

Había hecho el juramento de no ir esa noche a casa de la condesa; y, sin embargo, no pudo cumplirla. Nunca sus ojos habían sentido tanta necesidad de verla. Hacia las doce, se presentó en su casa; la encontró sola con su sobrino; a las diez habla despedido a todo el mundo y mandó cerrar la puerta.

A la vista de la tierna intimidad que había entre estos dos seres, de la ingenua alegría de la duquesa, percibió el conde una horrible dificultad imprevista, que no había tenido en cuenta durante su larga deliberación en la galería de cuadros: ¿cómo ocultar sus celos?

No sabiendo a qué pretexto recurrir, dijo que había encontrado al príncipe, esta noche, muy prevenido contra él, llevándole la contraria cuanto decía, etc ... . Pero tuvo la desventura de ver que la duquesa la escuchaba distraída, sin atender a ninguna de esas circunstancias que la antevíspera la

hubieran lanzado en razonamientos sin fin. El conde miró a Fabricio; nunca le había parecido más noble ni más sencilla su hermosa figura lombarda. Fabricio ponía más atención que la duquesa a las dificultades que relataba.

Realmente, dijo el conde para sí, esta cabeza une a la bondad extremada, la expresión de cierta alegría ingenua y tierna. totalmente irresistible. Parece que está diciendo: sólo el amor y la felicidad de amar son cosa seria en el mundo. Y sin embargo, si se llega a tocar un punto de detalle en donde el ingenio es necesario, despiértase la mirada y os deja atónito y confuso.

Todo para él es sencillo porque todo lo mira desde lo alto. ¡Dios mío!, ¿cómo combatir a un enemigo semejante? Y, después de todo, ¿qué es la vida sin el amor de Gina? ¡Con qué arrebato parece oír las encantadoras salidas de este ingenio joven que, para una mujer, debe ser único en el mundo. Una idea atroz sacudió al conde como un calambre: ¡apuñalarlo ahí, delante de ella, y matarse después!

Dio una vuelta por la habitación. Apenas podían sostenerle las piernas. Su mano apretaba convulsivamente el mango del puñal. Ninguno de los otros dos miraba lo que hacía. Dijo que iba a dar una orden a su lacayo y ni siquiera se le oyó; la duquesa reía tiernamente de algo que Fabricio acababa de decirle. El conde se acercó a una lámpara del primer salón y miró si la punta del puñal estaba bien afilada. Hay que ser muy amable y tratar con modales perfectos a ese joven, decía para sí, al tornar cerca de ellos.

El conde se volvía loco; parecióle que al inclinarse se daban besos ahí, delante de él. Esto es imposible, en presen-



cia mía, mi razón se desvanece. Calma, calma. Si hablo con modales duros, la duquesa es capaz, por vanidad, de irse con él a Belgirate y allí, o durante el viaje, la casualidad puede hacer que una palabra cualquiera dé su nombre a lo que sienten uno por otro y en seguida, en un momento, todas las consecuencias.

La soledad hará que esa palabra sea decisiva y además, una vez que la duquesa esté lejos ¿qué será de mí? Si después de muchas dificultades por parte del príncipe, voy a enseñar mi cara de viejo preocupado en Belgirate, ¿qué papel, entre dos personas locas de felicidad?

Aquí mismo, ¿qué soy yo sino un terzo incomodos (La hermosa lengua italiana está hecha para el amor.); ¡Terxo incomodo! (un tercero que estorba). ¡Qué dolor para un hombre de talento, sentir que está haciendo ese detestable papel y no poder decidirse a levantarse y marcharse)

El conde iba a saltar o por lo menos a delatar su dolor con la desfiguración de su cara. En una de las vueltas que daba por el salón, se halló junto a la puerta, y escapó exclamando en tono de profunda bondad:

-¡Adiós! Adiós!

Hay que evitar la sangre, dijo para sí.

A1 día siguiente de esta escena horrible, después de una noche pasada ora imaginando los encantos de Fabricio, ora entregado' a los más horribles arrebatos de celos, el conde pensó en llamar a un joven ayuda de cámara suyo que hacía el amor a una joven llamada Chekina, camarera de la duquesa y su favorita. Por fortuna, el joven ayuda de cámara, muy comedido en su conducta y hasta avaro, deseaba obtener una

plaza de portero en uno de los edificios públicos de Parma. El conde ordenó a este hombre que al instante hiciera vena a Chekina, su novia. El hombre obedeció y una hora después el conde se presentó de improviso en la habitación en donde la muchacha estaba con su prometido. El conde les dio tal cantidad de oro que los confundió. Luego preguntó a la temblorosa Chekina, mirándola a los ojos:

-¿La duquesa hace el amor con monsignore?

-No -dijo la muchacha resolviéndose, después de un momento de silencio-; no, todavía no, pero besa muy a menudo las manos de la señora, riéndose, es verdad, pero con arrebatos.

Este testimonio completóse con cien respuestas más a otras tantas preguntas furibundas del conde, cuya inquieta pasión hizo ganar a esa pobre gente el dinero que les había echado; acabó por creer lo que decían y fue menos desgraciado.

-Si la duquesa se entera alguna vez de esta conversación -dijo Chekina- envió a tu prometido a la fortaleza por veinte años y ya no lo volverás a ver hasta que tenga el pelo blanco.

Pasaron unos días durante los cuales Fabricio a su vez perdió toda su alegría.

-Te aseguro -decía a la duquesa- que el conde Mosca siente antipatía hacia mí.

-Peor para Su Excelencia -respondía ella con un atisbo de irritación.

Mas no era ese el verdadero motivo de inquietud que había causado la desaparición de la alegría de Fabricio. La postura en que me ha colocado la casualidad no es sosteni-

ble, decía para sí. Estoy segurísimo de que ella no hablará nunca; una palabra demasiado significativa la horrorizaría como un incesto. Pero si una noche, después de pasar el día en locuras imprudentes, se pone a hacer examen de conciencia, si cree que he podido adivinar la inclinación que parece sentir hacia mí, ¿qué papel será el mío fiara ella? Exactamente el del casto José. ¿Daré a entender en una hermosa confianza que no soy capaz de amar en serio? No tengo bastante firmeza de espíritu para decir eso sin que lo que diga se parezca a una impertinencia como una gota de agua a otra. No me queda más recurso que el de una gran pasión dejada en Nápoles; en este caso debo volver allá por veinticuatro horas. Esta solución es prudente, pero cuesta mucho trabajo. Queda aún la de tener unos amorfos de baja estofa en Parma, lo cual puede desagradar; pero todo es preferible al horrible papel del hombre que no quiere adivinar. Esta última solución podría, es cierto, comprometer mi porvenir; habría que disminuir el peligro a fuerza de prudencia y comprando la discreción.

Lo que había de cruel en todos estos pensamientos es que realmente Fabricio quería a la duquesa mucho más que a ningún otro ser en el mundo. ¡Muy torpe hay que ser, repetía iracundo, para temer tanto no poder convencerla de lo que es tan cierto! Como carecía de habilidad para salir de esta situación, se tornó sombrío y triste. ¿Qué serla de mí, Dios mío, si me pelease con el único ser en el mundo hacia el cual siento una apasionada amistad? Por otra parte Fabricio no podía resolverse a descuajar una ventura tan deliciosa con alguna palabra indiscreta. ¡Su posición estaba tan llena de

encantos! ¡Era tan dulce la íntima amistad de una mujer tan amable y tan bonita! Y considerando las cosas bajo un punto de vista más vulgar, ¡qué posición más agradable no le daba su protección en esta corte cuyas grandes intrigas, que ella le explicaba, le divertían como una comedia! Pero en un momento puede despertarme un rayo, pensaba. Estas veladas tan alegres, tan tiernas, casi a solas con una mujer tan interesante podrán quizá llevarnos un poco lejos y entonces, acaso crea ver en mí a un amante; entonces me pedirá arrebatos y locura y yo sólo podré ofrecerle una amistad, la más fogosa, pero sin amor; la naturaleza me ha negado esa sublime locura. ¡Cuántas reconvenciones no he oído yo sobre ese punto! Todavía me parece que estoy oyendo a la duquesa de A. .. y me burlaba de la duquesa. Se creerá que estoy falto de amor hacia ella, mientras que lo cierto es que el amor está falto de mí. Nunca quería comprenderme. A veces, después de oírla contar, con esa gracia, esa locura que sólo ella posee, una anécdota de corte, necesaria además, para mi instrucción, le beso la mano y hasta juego con ella. ¿Qué hacer, si un día esa mano oprime la mía con cierta insistencia?

Fabricio se presentaba a diario en las casas más consideradas y menos alegres de Parma. Dirigido por los hábiles consejos de la duquesa, se insinuaba sabiamente en el espíritu de los príncipes, padre e hijo, de la princesa Clara Paolina y de monseñor el arzobispo. Tenía éxitos, pero no se consolaba del continuo temor de romper con la duquesa.

## VIII

Menos de un mes después de su llegada a la corte, Fabricio sentía todos los dolores de un cortesano y además aquella íntima amistad, delicias de su vida, estaba emponzoñada. Una noche, atormentado por estos pensamientos, salió del salón de la duquesa en donde parecía un amante triunfador y vagando por la ciudad, pasó delante del teatro; estaba alumbrado; entró en él. Era cometer una imprudencia gratuita, en un hombre que llevaba el traje de monsignore y bien había decidido evitar esta clase de andanzas en Parma que, después de todo no es más que una ciudad pequeña, de cuarenta mil habitantes. Es cierto que desde los primeros días se había despojado del traje oficial; por la noche, cuando no iba a ningún salón de alta importancia, iba vestido de negro como un hombre de luto.

Entró, pues, en el teatro y tomó un palco de tercer piso para no ser visto. Daban I a joven hostelera, de Goldoni. Estaba mirando la arquitectura de la sala sin volver apenas la vista hacia el escenario. Pero el numeroso público reía a cada

instante. Fabricio miró a la actriz que hacia el papel de hostelera y la encontró graciosa. Miró más atentamente y entonces le pareció del todo bonita y llena de naturalidad. Era una muchacha ingenua, la primera en reírse de las preciosidades que Goldoni ponía en su boca y que ella parecía extrañadísima de decir. Preguntó cómo se llamaba y le dijeron que Marietta Valserra.

¡Ah! Ha tomado mi nombre, pensó. Qué cosa más singular. A pesar de sus propósitos, permaneció en el teatro hasta el final y volvió al día siguiente. Tres días después sabía las señas de Marietta Valserra.

La noche misma del día en que se había proporcionado esas señas, no sin trabajo, advirtió que el conde le trataba de modo admirable. El pobre celoso, a quien costaba lo increíble mantenerse en los límites de la prudencia, había puesto espías al joven Fabricio y estaba encantado de su fantasía nueva del teatro. ¿Cómo pintar la alegría del conde cuando al día siguiente de mostrar a Fabricio tanta amabilidad, tuvo noticia de que el joven, disfrazado en verdad a medias por una larga levita azul, había subido al miserable cuarto que Marietta Valserra habitaba en el último piso de una casa vieja detrás del teatro? Su alegría se acrecentó cuando supo que Fabricio se había presentado con un nombre falso y había, tenido el honor de excitar los celos de un bribonazo llamado Giletti que, en las ciudades, representaba los papeles de criado tercero y en las aldeas bailaba en la cuerda floja. Este noble amante de Marietta se derretía en injurias contra Fabricio y decía que quería matarlo.

Las compañías de ópera las forma un empresario que contrata aquí o allí los artistas que puede encontrar libres. La compañía así formada al azar, permanece junta una o dos temporadas. No sucede lo mismo con las compañías cómicas. Van éstas de ciudad en ciudad y cambian de residencia cada dos o tres meses, pero constituyen una especie de familia cuyos miembros todos se aman o se odian. Hay en estas compañías verdadero hogares que los tenorios de las ciudades, adonde va la compartía a trabajar, no desunen sino difícilmente. Esto es precisamente lo que sucedía a nuestro héroe: Marietta lo quería bastante, pero en cambio le tenía un miedo horrible a Giletti, quien exhibía la pretensión de ser su único dueño y la vigilaba muy de cerca. Decía por todas partes que iba a matar al monsignore, pues había seguido a Fabricio y logrado descubrir su nombre. Este Giletti era sin disputa el ente más feo del mundo y menos propicio para el amor; desmedidamente alto, horrorosamente delgado, picado de viruelas y un tanto bizco. Además, gracioso de oficio, solfa entrar entre bastidores a reunirse con sus compañeros, andando sobre las manos, haciendo piruetas u otras gentiles habilidades. Su triunfo mayor eran los papeles en donde el actor debe salir con la cara enharinada y dar o recibir infinitos palos. Este digno rival de Fabricio gozaba de 32 francos de sueldo al mes y se consideraba riquísimo.

Cuando los espías informaron al conde Mosca de todos estos detalles, fue como si saliera del sepulcro. Reapareció su ingenio amable; pareció más alegre, más ligero en el trato que nunca, en el salón de la duquesa, y se guardó de decirle nada de la aventura que le devolvía la vida. Hasta tomó pre-

cauciones para que no llegase a sus oídos noticia alguna, procurando que fuese informada lo más tarde posible. Por último, tuvo el valor de escuchar los consejos de la razón que en vano le estaba gritando desde hacía un mes, que siempre que el mérito de un amante palidece, éste debe irse de viaje.

Un negocio importante le llamó a Bolonia y dos veces al día los correos de gabinete le traían menos papeles oficiales que noticias de los amores de la pequeña Marietta, de la ira del terrible Giletti y de las empresas de Fabricio.

Uno de los agentes del conde pidió varias veces al teatro que pusieran Arlequín esqueleto y pastel, uno de los triunfos de Giletti. (este sale del pastel en el momento en que su rival Brighella va a comérselo y le da una buena sarta de palos.) Fue un buen pretexto para darle 100 francos. Giletti, lleno de deudas, se guardó muy bien de hablar de tan buena suerte; pero creció su orgullo considerablemente.

El capricho de Fabricio se tornó en pique de amor propio (a su edad, los cuidados le habían llevado ya a tener caprichos). La vanidad lo conducía al teatro; la niña trabajaba muy alegremente y le divertía; al salir del teatro quedaba enamorado por una hora. El conde volvió a Parma, por haber recibido la noticia de que Fabricio corría peligro realmente; Giletti, que habla sido dragón en el hermoso regimiento de los dragones Napoleón, hablaba seriamente de matar a Fabricio y tomaba ya precauciones para escaparse a territorio romano. Si el lector es muy joven se extrañará de nuestra admiración por ese rasgo de virtud. Y, sin embargo, no fue pequeño el esfuerzo de heroísmo que hubo de hacer



el conde para volver de Bolonia, porque, en resumidas cuentas, tenía por la mañana el cutis cansado y, en cambio, Fabricio gozaba de tanta frescura y serenidad. ¿Quién hubiera pensado reprocharle la muerte de Fabricio, ocurrida en su ausencia por motivos tan necios? Pero el conde tenía una de esas almas severas que sienten eternos remordimientos por no haber hecho una acción generosa que pueden hacer. Además, no pudo soportar la idea de ver triste a la duquesa por su culpa.

A su llegada la encontró silenciosa y sombría. He aquí lo que había ocurrido. La camarerita Chekina, atormentada por los romordimientos, evaluaba la importancia de su falta por la enorme suma que habla recibido y cayó enferma. Una noche, la duquesa, que la quería, subió a verla a su cuarto. La niña no pudo aguantar más, ante esta señal de bondad; se echó a llorar, quiso devolver a su ama lo que le quedaba del dinero que había recibido y por fin tuvo el valor de confesarle las preguntas que el conde le habla hecho y sus respuestas. La duquesa corrió a la lámpara, la apagó y dijo a Chekina que la perdonaba, pero a condición de que no diría palabra de esta escena extraña a nadie en el mundo.

-El pobre conde -añadió en tono ligero- teme al ridículo; así son todos los hombres.

La duquesa se apresuró a bajar a sus habitaciones. Se encerró en su cuarto y se echó a llorar; parecíale horrible la idea de hacer el amor con Fabricio, a quien había visto nacer. Y, sin embargo, ¿qué significaba su conducta?

Tal fue la causa primera de la negra melancolía en que el conde la encontró sumida. Cuando llegó Mosca, sintió arre-

batos de impaciencia contra él y hasta contra Fabricio: hubiera querido no volverlos a ver a uno ni a otro; irritábase el papel ridículo, según ella, que Fabricio hacía con la pequeña Marietta; el conde, en efecto, como verdadero enamorado, incapaz de guardar un secreto, se lo habla dicho todo. No podía ella acostumbrarse a la desgracia de que su ídolo tuviera un defecto. Por último, en un momento de buena amistad, pidió consejo al conde. Fue para éste un instante delicioso, un hermoso premio del honrado sentimiento que le había impulsado a regresar de Bolonia.

-Nada más sencillo -dijo el conde riendo-. Los jóvenes quieren poseer a todas las mujeres y al día siguiente ya no piensan en ellas. ¿No ha de ir Fabricio a Belgirate a ver a la marquesa del Dongo? Pues que vaya. Durante su ausencia, rogaré a la compañía cómica que se traslade a otra parte a exhibir sus talentos y pagaré los gastos de viaje. Pero pronto lo volveremos a ver enamorado de la primera mujer bonita que el azar lleve a su presencia. Esto es lo normal y no quisiera yo verlo de otra suerte... Si es preciso, haga usted que la marquesa le escriba.

Esta idea, expresada en tono de indiferencia completa, fue un rayo de luz para la duquesa, que tenía miedo de Giletti. Por la noche el conde dijo, como por casualidad, que había un correo para Viena que pasaba por Milán; tres días después Fabricio recibía carta de su madre. Se marchó muy disgustado por no haber podido aún, a causa de los celos de Giletti, aprovechar las excelentes intenciones que la pequeña Marietta manifestaba por medio de su mamacia, una vieja que le servía de madre.

Fabricio encontró a su madre y a una de sus hermanas en Belgirate, gran aldea piamontesa situada en la orilla derecha del lago Mayor. La izquierda es milanésa, es decir, austríaca. Este lago, paralelo al de Como y orientado también de norte a sur, está situado a unas diez leguas al oeste del de Como. El aire de las montañas, el aspecto majestuoso y tranquilo de este soberbio lago que le recordaba aquel otro cerca del cual había pasado su infancia, todo contribuyó a tomar en dulce melancolía la pena de Fabricio, próximo a la ira. El recuerdo de la duquesa presentábase ahora a su espíritu, envuelto en infinita ternura; parecíale que desde lejos iba sintiendo hacia ella ese amor que nunca había sentido por mujer alguna; nada le hubiera apenado más que estar separado para siempre de ella. Y en estas disposiciones de ánimo, si la duquesa se hubiese dignado recurrir a la menor coquetería, oponiéndole un rival, por ejemplo, hubiera conquistado su corazón. Pero en vez de decidirse a esto, la duquesa se dirigía los más duros reproches al sentir que su pensamiento iba siempre en pos del joven viajero. Se culpaba a sí misma, como cosa horrenda, de lo que aún llamaba un capricho; aumentó sus atenciones y sus cariños para el conde, quien, seducido por tantos y tales encantos, desoía los consejos de la sana razón que le prescribía un nuevo viaje a Bolonia.

La marquesa del Dongo, que tenía prisa porque su hija iba a casarse con un duque milanés, no pudo estar con su querido hijo más que tres días; nunca había encontrado en él un cariño tan tierno. En medio de la melancolía que iba apoderándose del alma de Fabricio, presentóse de pronto y con-

siguió despertar su atención, una idea extraña y hasta ridícula. Atrevámonos a decirlo: quería consultar al abate Blanes. Este excelente anciano era enteramente incapaz de comprender los dolores de un corazón, atenazado por pasiones pueriles y de fuerza casi igual; además, hubiéranse necesitado ocho días para sólo dejarle entrever los intereses que Fabricio tenía que considerar en Parma. Pero al pensar en consultarle, Fabricio volvía a encontrar la frescura de sus sensaciones de niño ¿Quién lo creería? Su deseo no era sólo consultar al hombre prudente, al amigo devoto. El objeto de esa visita y los sentimientos que agitaron a nuestro héroe, durante las cuarenta horas que duró su viaje, son tan absurdos, que sin duda mejor valiera, en interés del relato, haberlos suprimido. Temo que la credulidad de Fabricio le prive de la simpatía del lector; pero así era él; ¿por qué favorecerle en su retrato? No he favorecido al conde Mosca ni al príncipe.

Fabricio, pues, para decirlo todo, acompañó a su madre hasta el puerto de Laveno, en la orilla izquierda del lago Mayor, orilla austríaca, en donde ella descendió a las ocho de la noche. (El lago es considerado como país neutral, y a quien no baja a tierra no se pide pasaporte.) Pero apenas cerrada la noche, desembarcó Fabricio en esa ribera austríaca, en medio de un bosquecillo que se adelanta sobre las aguas. Había alquilado una seditola, especie de cochecillo campesino de dos ruedas, muy rápido, con el cual pudo correr detrás del coche de su madre, a quinientos pasos de distancia. Iba disfrazado de criado de la casa del Dongo, y a ninguno de los numerosos empleados de policía o de aduana que encontró,

se le ocurrió pedirle su pasaporte. A un cuarto de legua de Como, lugar en donde la marquesa y su hija habían de pasar la noche, tomó a la izquierda un sendero que dejando a un lado la aldea de Vico venia a parar a un caminito recién hecho por la orilla misma del lago. Eran las doce de la noche, y Fabricio podía esperar que no tropezaría con ningún guardia. Los árboles de los bosquecillos, que el camino atravesaba a cada instante, destacaban el negro contorno de sus hojas sobre un cielo estrellado, pero algo velado por una ligera bruma. El agua y el cielo estaban profundamente quietos. El alma de Fabricio no pudo resistir a esta sublime belleza; detúvose y sentóse en una roca que se adelantaba dentro del lago, formando como un breve promotorio. El universal silencio conturbábalo apenas, en intervalos iguales, la suave ola del lago que venia a morir sobre la arena. Fabricio tenía un alma italiana; ruego al lector que le dispense; este defecto, que acaso le haga menos amable, consistía en que no era vanidoso más que por momentos, y la sola visión de la belleza sublime le enternecía; mitigábanse entonces sus dolores, perdiendo por un momento la agudeza de su cortante filo. Sentado en una roca solitaria, libre de los agentes de policía, protegido por la honda noche y el lejano silencio, unas lágrimas dulces corrieron por sus mejillas. Encontró, con poco gasto, los instantes más felices que había gustado desde hacia mucho tiempo.

Resolvió no mentir nunca a la duquesa, y, porque la amaba en este instante hasta la idolatría, juró no decirle nunca que la amaba. Jamás pronunciaría a su lado la palabra amor, puesto que la pasión así denominada era extraña a su

corazón. En el entusiasmo de generosidad y de virtud que en este momento constituía su ventura, tomó la resolución de decírselo todo en la primera coyuntura y confesarle que nunca su corazón había conocido el amor. Una vez que hubo adoptado este propósito valeroso, sintióse como libre de un enorme peso.

Me dirá quizá algo de Marietta; pues bien, no volveré a ver a la pequeña, se respondía a sí mismo alegremente.

El calor pesadísimo, que habla dominado durante el día, empezaba a suavizarse con la brisa de la mañana. Ya el alba dibujaba con débil resplandor blanco las cimas de los Alpes que se alzan al norte y al oriente del lago de Como. Sus masas, cubiertas de nieve aún en junio, se dibujan sobre el azul claro de un cielo, siempre puro en esas inmensas alturas. Un ramal de la cordillera se adelanta hacia el sur, hacia la feliz Italia, y separa la vertiente del lago de Como de la del lago de Guarda. Fabricio seguía con la vista las estribaciones de esas montañas sublimes; el alba, cada vez más luminosa, alumbraba los valles iluminando la ligera bruma que sube de lo hondo de las gargantas.

Reanudó su marcha; pasó la colina formada por la península de Durini y por fin percibieron sus ojos el campanario de la aldea de Grianta, en donde tantas veces había observado las estrellas con el abate Blanes.

¡Qué ignorancia la mía en aquellos tiempos! No comprendía ni siquiera el ridículo latín de esos tratados de astrología que mi maestro hojeaba, y me figuro que si los respetaba, era sólo porque no entendía más que unas pala-

bras acá y acullá y mi imaginación se encargaba de darles un sentido, el más novelesco posible.

Poco a poco su ensueño tomó otro rumbo. ¿No habla quizá en esa ciencia algo de verdad? ¿Por qué ha de ser diferente de las demás? Unos imbéciles se asocian con otros astutos y convienen entre sí en que saben el mejicano, por ejemplo; impónense por esta cualidad a la sociedad que los respeta y a los Gobiernos que les pagan. Se les llena de mercedes precisamente porque no tienen talento, y el poder no teme que subleven a los pueblos y se pongan patéticos, ostentando sentimientos generosos. Por ejemplo, el padre Barj, a quien Ernesto IV acaba de conceder una pensión de 4.000 francos y la cruz de su Orden, por haber restituido diecinueve versos de un ditirambo griego.

Pero, Dios mío, ¿tengo yo derecho a encontrar ridículas esas cosas? ¿Tócame a mí quejarme?, dijo de pronto deteniéndose. ¿Esa misma cruz, no acaban de darla a mi preceptor de Nápoles? Fabricio experimentó un sentimiento de profundo malestar; el hermoso entusiasmo que hacia latir su corazón, tornábase ahora en el vil placer de sacar buena parte de un robo. Pues bien, dijo al fin entornando los ojos como un hombre descontento de sí mismo, puesto que mi nacimiento me da el derecho de aprovecharme de esos abusos, tonto sería si no aceptase mi parte; pero que no se me ocurra maldecirlos en público. Estos razonamientos no carecían de exactitud; pero era caer de bruces desde lo alto de la sublime ventura que le había arrebatado una hora antes. La idea del privilegio había secado esa planta, siempre delicadísima, llamada felicidad.

Si no hay que creer en la astrología, volvió a decir, tratando de variar sus pensamientos; si esa ciencia es, como casi todas las ciencias no matemáticas, una reunión de necios entusiastas o de hipócritas astutos y pagados por aquellos a quienes sirven, entonces ¿por qué pienso tantas veces y con tanta emoción en aquella fatal circunstancia? Salí de la prisión de B..., pero fue con los papeles y el traje de un soldado que habla sido encarcelado por causa justa.

El razonamiento de Fabricio no pudo nunca pasar de aquí. Daba cien vueltas a la dificultad sin conseguir resolverla. Era aún demasiado joven. En los momentos de ocio, ocupábase su alma con arrebato en gustar las sensaciones producidas por las circunstancias novelescas, que su imaginación siempre estaba dispuesta a proporcionarle. Lejos de emplear su tiempo en considerar con paciencia las reales particularidades de las cosas, para luego adivinar sus causas, parecíale todo lo real bajo y fangoso. Yo comprendo que la realidad no es agradable de ver, pero entonces que no se razone acerca de ella. Y sobre todo que no se hagan objeciones manejando pedazos de ignorancia.

Así es como, no careciendo de talento, Fabricio no consiguió comprender que su creencia a medias en los presagios era para él una religión, una profunda impresión sentida al entrar en la vida. Pensar en esa creencia era para él sentir, era ser feliz. Y se obstinaba en indagar cómo podría ser el presagio una ciencia probada, real, del género de la geometría, por ejemplo. Buscaba con ardor, en su memoria, todas las circunstancias en las que unos presagios observados por él no hablan sido seguidos del suceso feliz o desgraciado que pare-



cían anunciar. Pero creyendo que razonaba y caminaba hacia la verdad, su atención se detenía deliciosamente en el recuerdo de los casos en que el presagio había sido evidentemente seguido del suceso feliz o desgraciado que parecía anunciar; su alma, entonces, se llenaba de respeto, quedaba enternecida, y hubiera sentido invencible repugnancia hacia quien le negara la verdad de los presagios, sobre todo si hubiese usado para ello la ironía.

Andaba Fabricio sin notar las distancias y había llegado a ese punto de sus razonamientos impotentes, cuando al levantar la cabeza, se encontró ante la pared del jardín de su padre. Este muro, que sostenía una hermosa terraza, se alzaba a más de cuarenta pies sobre el camino, a la derecha. Una serie de bloques de piedra tallada puestos en lo alto, cerca de la barandilla, le daban un aspecto monumental. No está mal, se dijo Fabricio fríamente, es de buena arquitectura, casi de gusto romano. Aplicaba al caso sus recientes conocimientos de antigüedades. Luego volvió la cabeza con asco; 150 las severidades de su padre, la denuncia sobre todo de su hermano Ascanio, a su vuelta del viaje a Francia, le vinieron a las mientes.

Esta delación de un hermano indigno ha sido el origen de mi vida actual. Puedo odiarla y despreciarla, pero ella es la que ha cambiado mi destino. Y ¿qué sería de mí, recluido en Novara, tolerado apenas en casa del apoderado de mi padre, si mi tía no se hubiera enamorado de un ministro poderoso? Si esa tía hubiese tenido un alma seca y vulgar, en vez de esa alma tierna y apasionada que me adora con un entusiasmo extraño, ¿qué sería de mí ahora? ¿Qué sería de mí, si la du-

quesa hubiese nacido con el alma de su hermano el marqués del Dongo?

Abatido por estos crueles recuerdos, Fabricio andaba con paso incierto. Llegó al borde del foso, precisamente frente a la magnífica fachada del castillo. Apenas lanzó una mirada a ese gran edificio, ennegrecido por el tiempo. La noble voz de su arquitectura lo halló insensible; el recuerdo de su hermano y de su padre cerraba su alma a toda sensación de belleza, y sólo estaba atento a guardar sede enemigos hipócritas y peligrosos. Miró un instante, pero con acentuado asco, la ventanita del cuarto que ocupaba, en 1815, en el piso tercero. El carácter de su padre había quitado todo encanto a los recuerdos de su primera infancia. No he vuelto a entrar aquí, pensó, desde el 7 de mayo a las ocho de la noche. Salí ese día para tomar el pasaporte de Vari, y al día siguiente, por temor a los espías, hube de adelantar mi partida. Cuando volví, después del viaje a Francia, no tuve tiempo para subir, ni siquiera a ver mis grabados; todo esto por culpa de la delación de mi hermano.

Fabricio apartóse horrorizado. El abate Blanes tiene ya más de ochenta y tres años, se dijo tristemente. Ya no viene casi al castillo, según mi hermana me ha contado; los achaques de la vejez han producido su efecto. Su corazón tan firme y tan noble, los años han conseguido helarlo. ¡Dios sabe cuánto tiempo hará que no sube a su campanario! Me esconderé en la bodega, detrás de las cubas o en el pisadero, hasta la hora en que se levante. No iré a turbar el sueño del buen viejo. Probablemente habrá olvidado hasta los rasgos de mi cara. Seis años son mucho, a esa edad. No encontraré

sino el sepulcro de un amigo. Es una verdadera tontería haber venido aquí a soportar el asco que me da el castillo de mi padre.

Fabricio entraba en la plazuela de la iglesia; con estupefacción delirante percibió, en el segundo piso del viejo campanario, la ventana, estrecha y larga, alumbrada por la pequeña linterna del abate Blanes. El abate solía dejarla allí, al subir a la caja de madera que constituía su observatorio, con el fin de que la claridad no le impidiera leer en su planisferio. El mapa del cielo estaba pegado a un macetón de terracota que había servido antes para un naranjo del castillo. En el agujero del fondo de la maceta ardía una lamparita pequeñísima, cuyo humo salía por un tubito de hojalata, y la sombra del tubo señalaba el Norte en el mapa. Todos estos recuerdos de cosas sencillísimas inundaron de emoción el alma de Fabricio y la llenaron de felicidad.

Casi sin pensar hizo con sus dos manos el pequeño silbido bajo y breve que era antaño la señal de su llegada. En seguida oyó el movimiento, repetido varias veces, de la cuerda que desde lo alto del observatorio abría el pestillo de la puerta del campanario. Precipitóse por la escalera arriba, conmovido hasta el ahogo; encontró al abate en su sillón de madera, en el sitio acostumbrado; sus ojos estaban fijos en la pequeña lente de un cuadrante mural. Con su mano izquierda, el abate le hizo señas de que no le interrumpiese en su observación; un momento después escribió una cifra sobre un naipe, y dando la vuelta en su sillón abrió los brazos a nuestro héroe, que se echó en ellos derramando lágrimas. El abate Blanes era su verdadero padre.

-Te esperaba -dijo Blanes, después de las primeras frases de expansión y de ternura.

¿Desempeñaba el abate su papel de ~ sabio?, o bien como pensaba mucho en Fabricio, ¿algún signo astrológico por pura casualidad le había anunciado su vuelta?

-Mi muerte se acerca -dijo el abate Blanes.

-¿Cómo? -exclamó Fabricio conmovido.

-Sí -replicó el abate en tono grave, aunque no triste-. Cinco meses y medio o seis meses y medio después que te haya visto, mi vida, habiendo ya encontrado su complemento de felicidad, se apagará.

*Come face al mancar del alimento.*<sup>7</sup>

Antes de que llegue el instante supremo estaré probablemente uno o dos meses sin hablar; y después será admitido en el seno de nuestro padre, si es que cree que he cumplido mi deber en el puesto donde me puso de centinela.

Tú estás muerto de cansancio; tu emoción te dispone al sueño. Desde que te aguardo, he escondido un pan y una botella de aguardiente en el gran cajón de mis instrumentos. Da a tu vida ese sostén y procura tomar bastante fuerza para escucharme aún algunos momentos. En mi poder está el decirte varias cosas antes de que el día sustituya por completo a la noche; ahora las veo mucho más claras' que las veré acaso mañana. Porque, hijo mío, siempre somos débiles y siempre hay que contar con esa debilidad. Mañana quizá el hombre viejo, el hombre terrenal estará ocupado, dentro de

---

<sup>7</sup> Como lamparilla cuando el aceite se acaba.

mi, en preparar su muerte, y mañana a las nueve de la noche debes irte.

Fabricio le obedeció silenciosamente, como acostumbraba.

-Así, pues, ¿es cierto -siguió diciendo el anciano-, que cuando has intentado ver Waterloo, lo primero que has encontrado ha sido una cárcel?

-Sí, padre mío -dijo Fabricio atónito.

-Pues bien; esa fue una rara ventura, porque, advertida por mi voz, tu alma puede prepararse a otra prisión que será mucho más dura y terrible. Probablemente no saldrás de ella si no por medio de un crimen; pero, gracias a Dios, ese crimen no serás tú quien lo cometa. No caigas nunca en el crimen, por muy violentamente que la tentación te incite. Me parece ver que se tratará de matar a un inocente que, sin saberlo, usurpa tus derechos. Si resistes a la tentación violenta, que parecerá justificada por las leyes del honor, tu vida será muy feliz a los ojos de los hombres y razonablemente feliz a los ojos del sabio -añadió después de meditar un instante-. Morirás como yo, hijo mío, sentado en un asiento de madera, lejos del lujo, desengañado del lujo y, como yo también, sin graves reproches de tu conciencia.

Ahora, las cosas referentes al futuro están terminadas entre nosotros y nada importante podría añadirte. En vano he intentado averiguar cuánto tiempo durará esa prisión. ¿Serán seis meses, un año, diez años? No he podido descubrirlo. Sin duda he cometido alguna falta, y el cielo ha querido castigarme con la pena de esa incertidumbre. Sólo he visto que después de la cárcel, aunque no sé si en el mo-

mento mismo de la salida, habrá lo que llamo crimen; pero felizmente creo estar seguro de que no serás tú quien lo cometa. Si tienes la debilidad de tomar parte en ese crimen, todo el resto de mis cálculos es un puro error; no morirás con el alma en paz, sobre un asiento de madera y vestido de blanco. Diciendo estas palabras, el abate Blanes quiso levantarse. Entonces fue cuando Fabricio percibió bien los destrozos del tiempo; tardó el abate casi un minuto en levantarse y volverse hacia Fabricio. Este le dejaba hacer, inmóvil, silencioso. El abate se echó en sus brazos varias veces; él lo estrechó en los suyos con extremado cariño. Después de esto, volvió a hablar con su alegría de antaño. Procura arreglarte en medio de mis instrumentos y dormir cómodamente. Toma mía pieles; hallarás varias de gran precio, que la duquesa Sanseverina me mandil hace cuatro años. Me pidió una predicción de tu vida, que me guardé muy bien de enviarle, quedándome, sin embargo, con las pieles y el hermoso cuadrante. Cuando se anuncia el porvenir se infringe la regla, y se corre el peligro de alterar el suceso venidero, en cuyo caso la ciencia se viene abajo como un verdadero juego de niños; y además había que decir cosas duras a esa duquesa, siempre tan bonita. A propósito, no te asustes, en tu sueño, de las campanas, que armarán un estrépito horrible a tu lado cuando toquen a misa de siete; luego, en el piso de abajo van a dar vuelo a la campana mayor, que remueve todos mis instrumentos. Hoy es el día de San Giovita, mártir y soldado. Ya sabes que la aldehuela de Grianta tiene el mismo patrón que la gran ciudad de Brescia, lo cual, entre paréntesis, engañó de muy graciosa manera a mi ilustre maestro

Santiago Marini de Rávena. Varias veces me anunció que tendría un buen porvenir en la Iglesia, creyendo que iba a ser cura de la magnífica iglesia de San Giovita de Brescia; he sido cura de una pequeña aldea de setecientos cincuenta vecinos. Pero de ello me felicito. He visto, no hace diez años, que si hubiera sido cura de Brescia, mi destino me hubiera llevado a una prisión en una colina de Moravia, en el Spielberg. Mañana te traeré manjares delicados, que robaré en la gran comida que doy a los curas del contorno que vienen a cantar en mi misa mayor. Los traeré abajo; pero no trates de verme, no bajes para entrar en posesión de esas cosas buenas, hasta que me hayas oído volver a salir. No debes verme de día, y como mañana se pone el sol a las siete y veintisiete, vendré a abrazarte a las ocho y tendrás que marcharte mientras las horas se cuentan aún por nueve, esto es, antes de las diez de la noche. Ten cuidado, no vayan a verte en las ventanas del campanario; los guardias tienen tus señas personales y están en cierto modo babo las órdenes de tu hermano, ese déspota redomado. El marqués del Dongo va debilitándose añadió Blanes en tono triste y si volviera a verte quizá te diera algo por su mano. Pero tales provechos fraudulentos no convienen a un hombre como tú, cuya fuerza estará algún día en su conciencia. El marqués aborrece a su hijo Ascanio, a quien, sin embargo, irán los cinco o seis millones que posee. Es justo. Tú, a su muerte, tendrás una pensión de 4.000 francos y cincuenta varas de paño negro para el luto de tus criados.

## IX

El alma de Fabricio estaba exaltada por el discurso del anciano, por la atención profunda y por el extremado cansancio. Mucho trabajo le costó dormirse y tuvo un sueño agitado, heno de visiones, presagios acaso del porvenir. Hacia las diez de la mañana despertáronle unas formidables sacudidas que hacían temblar el campanario y un ruido tremendo que parecía venir de fuera. Levantóse asustado y creyó llegado el fin del mundo; luego pensó que se hallaba encerrado; fue recobrando el sentido, y al cabo de algún tiempo conoció el sonido de la campana mayor, que cuarenta aldeanos ponían en movimiento, en honor del gran San Giovita; con diez hombres hubiera bastado.

Fabricio buscó un buen sitio para ver, sin ser visto; advirtió que desde tan grande altura, su mirada penetraba en los jardines y hasta en el patio interior del castillo de su padre. Lo había olvidado, y la idea de ese padre, que tocaba al término de la vida, cambiaba todos sus sentimientos. Veía hasta los gorriones buscando migajas de pan en el balcón



grande del comedor. Son los descendientes de los que yo había amaestrado en otro tiempo, pensó. Este balcón, como todos los demás balcones del palacio, estaba lleno de naranjos plantados en macetas; al verlos, Fabricio se enterneció. El aspecto de eje patio interior, así adornado, con sus sombras recortadas y señalarlas por un sol deslumbrador, era verdaderamente grandioso.

Recordaba ahora esa debilidad que su padre iba adquiriendo. Es verdaderamente singular, pensaba; mi padre tiene sólo treinta y cinco años más que yo; ¡ treinta y cinco y veintitrés hacen cincuenta y ocho! Sus ojos, fijos en las ventanas del cuarto de ese hombre severo, que no le había querido nunca, se llenaron de lágrimas. Tembló, y por sus venas corrió un frío repentino, al creer reconocer a su padre atravesando una terraza de naranjos que se hallaba a la altura de su cuarto; pero era un ayuda de cámara. Bajo el campanario, una multitud de muchachas vestidas de blanco y divididas en grupos se ocupaban en hacer dibujos, con flores blancas, rojas y amarillas, sobre el suelo de las calles por donde tenía que pasar la procesión. Pero había un espectáculo que hablaba con mayor elocuencia al espíritu de Fabricio: desde el campanario, sus miradas se cernían sobre los dos brazos del lago en una distancia de varias leguas; esta sublime visión hizo pronto olvidar todo lo demás y despertó en él los más elevados sentimientos. Todos los recuerdos de su infancia acudieron en confuso tropel a su mente, y este día que pasó encerrado en un campanario fue quizá de los más dichosos de su vida.

La felicidad le llevó a una altura de pensamiento asaz extraña a su carácter. El, tan joven, consideraba los sucesos de la vida, como si ya hubiera llegado a su límite extremo. Convengamos, se dijo al fin, tras muchas horas de deliciosos ensueños, convengamos en que desde mi llegarla a Parma no he gozado una alegría tranquila y perfecta como las que hallaba en Nápoles galopando por los caminos de Vomero o corriendo por las riberas de Misene. Todos los complicadísimos intereses de esta corte pequeña y perversa me han hecho también perverso. No siento placer en el odio, y hasta creo que sería para mí una triste felicidad la de humillar a mis enemigos, si los tuviera; pero no tengo enemigos... ¡Alto!, pensó de pronto, tengo a Giletti. . . ¡Cosa singular! El gusto que me daría ver a ese hombre irse a todos los diablos sobrevive al ligerísimo capricho que sentía por la pequeña Marietta... Esta no vale, ni con mucho, lo que la duquesa de A..., a quien estaba obligado a amar en Nápoles, puesto que le había dicho que estaba enamorado de ella. ¡Dios mío! Cuántas veces me he aburrido en las largas citas que me concedía la hermosa duquesa; no así en el cuartito destartado que servía de cocina, donde la pequeña Marietta me ha recibido dos veces, dos minutos cada vez.

Y ¡qué es lo que esa gente come! ¡Dios mío! Da pena... Hubiera debido pasarle a ella y a la mamacia una pensión de tres chuletas diarias. La pequeña Marietta, añadió, me distraía de los malos pensamientos que me sugiere la vicia en esa corte.

Quizá hubiera sido mejor elegir la vida de café, como dice la duquesa. Parecía ella inclinarse de este lado, y ella

tiene mucho más talento que yo. Gracias a sus mercedes y aun sólo con esa pensión de 4.000 francos y el capital de 40.000 colocado por mi madre en Lyon, para mí siempre tendría un caballo y algunos es 1~ codos para hacer excavaciones y formar un pequeño museo. Puesto que parece que nunca he de conocer el amor, esas serán para mí las fuentes únicas de felicidad; quisiera antes de morir volver a ver el campo de batalla de Waterloo y tratar de encontrar el prado en donde fui tan lindamente despojado de mi caballo y sentado en el suelo. Una vez realizada esta peregrinación, volverla con frecuencia a este lago sublime; nada en el mundo puede verse tan hermoso, al menos para mi corazón. ¿A qué buscar tan lejos la felicidad? Ahí está, ante mi vista.

¡Ah!, prosiguió Fabricio a manera de objeción, la policía me expulsa del lago de Como; pero soy más joven que los que dirige esa policía. Aquí, añadió riéndose, no tendré a una duquesa de A..., pero encontraré una de esas muchachas que están ahí arreglando las flores en el suelo, y en verdad que la amaré tanto como a la duquesa, pues la hipocresía de las grandes damas me cohibe, aun en el amor, y muchas de esas señoras aspiran a efectos demasiado sublimes. Napoleón les ha dado ideales de moralidad y de constancia.

¡Demonio!, exclamó de repente, apartando la cabeza de la ventana como si temiera ser reconocido a pesar de las sombra proyectada por la enorme celosía de madera que resguarda las campanas de la lluvia; ahí vienen los guardias con uniforme de gala. Y, en efecto, diez guardias, de los cuales cuatro eran suboficiales, entraban por la calle principal de la aldea. Un suboficial los colocaba de cien en cien pasos

a lo largo del trayecto que iba a recorrer la procesión. Todo el mundo me conoce aquí, y, si me ven, me hacen saltar desde la ribera del lago de Como al Spielberg, en; donde me atarán a cada pie una cadena de ciento diez libras de peso; ¡qué dolor para la duquesa!

Necesitó Fabricio dos o tres minutos para recordar, primero, que estaba situado a más de ochenta pies de altura, segundo, que el lugar en que se hallaba estaba relativamente obscuro, y que los ojos de quienes mirasen hacia arriba serían heridos por un sol brillante, y por último, que los guardias se paseaban con los ojos muy abiertos por unas calles en donde todas las casas acababan de ser encaladas en honor de la fiesta de San Giovita. Pues bien, a pesar de tan claros razonamientos, el alma italiana de Fabricio no hubiera podido en adelante gustar placer alguno, si no interpone entre él y los guardias un pedazo de vieja tela que clavó a la venta y a la que hizo dos agujeros para los ojos.

campanas herían el aire; la procesión salta de la iglesia y los mortaretti empezaban a disparar. Fabricio volvió la cara y reconoció la pequeña explanada rodeada de un parapeto que domina el lago, en la cual tantas veces en su niñez se había expuesto a que los mortaretti se le dispararan en las piernas; por eso su madre no quería que los días de fiesta se separase de ella.

Sébase que los mortaretti (morterillos) no son sino cañones de fusil aserrados, de suerte que no les quede más de cuatro pulgadas de largo. Los aldeanos recogen con avidez los cañones de fusil que desde 1796 la política de Europa ha sembrado con profusión por las llanuras lombardas. Reduci-

dos a una longitud de cuatro pulgadas, esos cañoncitos se cargan hasta la boca y se colocan en el suelo verticalmente. De uno a otro corre un reguero de pólvora. Hay doscientos o trescientos, colocados en tres filas como un batallón, en algún lugar cercano al paso de la procesión. Cuando se acerca el Santísimo, se prende fuego al reguero de pólvora, y entonces comienza un fuego graneado de tiros secos desiguales y ridiculísimos; las mujeres se vuelven locas de alegría. Nada más jocosos que el ruido de esos mortaretti oído de lejos, en el lago, y templado por el balanceo de las aguas. Este ruido singular que había tantas veces divertido a nuestro héroe en su niñez, puso en fuga las ideas demasiado serias que ocupaban a Fabricio. Fue a buscar el antejo astronómico del abate y reconoció la mayor parte de los hombres y de las mujeres que seguían la procesión. Muchas niñas encantadoras que Fabricio había dejado con once o doce años de edad, eran estupendas mujeres, en la flor de una vigorosa juventud; su vista reanimó el valor de nuestro héroe y por hablarles, hubiera despreciado a los guardias.

Cuando la procesión hubo terminado, entrando en la iglesia por una puerta lateral que Fabricio no podía ver, el calor se hizo insoportable incluso en lo alto del campanario. Los habitantes volvieron a sus casas y pronto reinó un gran silencio en la aldea. Varias barcas llenas de aldeanos emprendieron la vuelta a Belagio, a Menagio y a otras aldeas del lago. Fabricio podía oír el chapoteo de los remos y este sencillito detalle le arrebató en éxtasis. Su alegría presente resultaba de toda la desgracia, de todo el enojo que hallaba en la vida complicada de las cortes. ¡Qué felicidad la suya, aho-

ra, si hubiera podido bogar por aquel hermoso lago tan tranquilo, que tan bien reflejaba la profundidad del cielo! Oyó que la puerta de abajo del campanario se abría: la vieja criada del abate Blanes traía un gran cesto; le costó a Fabricio un trabajo inmenso decidirse a no hablarle. Me tiene, pensaba, casi tanto cariño como su amo y además me voy esta noche a las nueve. ¿No será capaz de guardar nueve horas el secreto que le hiciese jurar? Pero, pensó, esto disgustaría a mi amigo. Quizá fuera comprometerlo. Dejó salir a Ghita Sin dirigirle la palabra. Sirvióse una excelente comida y luego se arregló para dormir unos minutos; pero no se despertó hasta las ocho y media; el abate Blanes estaba llamándole; ya era de noche.

Blanes estaba cansadísimo; parecía que le habían echado cincuenta años encima. Ya no habló de cosas serias; sentóse en un sillón de madera.

-Abrazame -dijo a Fabricio. Lo estrechó en sus brazos varias veces-. La muerte -dijo por último-, que va a acabar con mi larga vida, no me será de seguro tan penosa como esta separación. Tengo una bolsa que dejaré en depósito a Ghita, con la orden « que tome lo que necesite y te entregue lo que quede, si vienes algún día a pedírselo. La conozco; después de esa recomendación, es capaz, por ahorrar para ti, de no comprar carne ni cuatro veces al año, si no le ordenas terminantemente otra cosa. Tú mismo puedes quedarte en la miseria y entonces el óbolo del viejo amigo será un socorro que te servirá. De tu hermano nada esperes, como no sean atrocidades; procura ganar dinero en un trabajo útil para la sociedad. Preveo extrañas tormentas; acaso dentro de cin-

cuenta años no sean tolerados los ociosos. Pueden faltarte tu madre y tu tía.; tus hermanas tendrán que obedecer a sus maridos... Vete, vete, huye exclamó Blanes apresuradamente; acababa de oír en el reloj un ruidito que anunciaba que iban a dar las diez, y no quiso ni permitir que Fabricio le abrazara otra vez.

-¡Pronto, pronto! -le gritó-. Por lo menos tardarás un minuto en bajar la escalera; cuidado con caerte, que eso sería un horrible presagio.

Fabricio se precipitó por la escalera y cuando llegó a la plaza echó a correr. Apenas estaba delante del castillo de su padre, cuando la campana dio las diez; cada golpe retumbaba en su pecho hiriéndole con singular emoción. Se detuvo para reflexionar o mejor para entregarse a los sentimientos apasionados que le inspiraba la contemplación de ese majestuoso edificio, que había juzgado la noche antes con tanta frialdad. De su ensueño despertáronle pasos de hombre; miró y se halló ante cuatro guardias. Tenía dos magníficas pistolas, cuyas cápsulas había renovado, mientras comía; el ruidito que hizo al montarlas despertó la atención de uno de los guardias y estuvo a punto de ser detenido. Comprendió el peligro que corría y pensó en disparar el primero; estaba en su derecho, pues sólo así podía resistir a cuatro hombres bien armados. Felizmente, los guardias que iban desalojando las tabernas, no se habían mostrado del todo insensibles a las cortesías de que habían sido objeto en varios de esos amables lugares. Vacilaron un momento y Fabricio salió escapado a todo correr. Los guardias anduvieron algunos pasos corriendo también y gritando: ¡para! ¡para! Y todo volvió a

quedar en silencio. A los trescientos Fabricio se detuvo para respirara El ruido de mis pistolas ha estado a punto de perderme, se dijo; y entonces sí que podría decirme la duquesa - si alguna vez hubiese vuelto a ver sus hermosos ojos-, que mi alma se goza contemplando lo que pasará dentro de diez años y no se cura de lo que está pasando ahora a mi lado.

Tembló Fabricio, pensando en el peligro que acababa de evitar; apresuró el paso, pero pronto empezó a correr, lo que no era muy prudente, pues se hizo notar por varios aldeanos que volvían a sus casas. Aunque quiso, no pudo detenerse hasta llegar a la montaña, a más de una legua de Grianta y, aun parado, corríale por el cuerpo un sudor frío pensando en el Spielberg.

¡Vaya un miedo!, se dijo. Y al oír el sonido de esta palabra casi sintió vergüenza. Pero ¿no me decía mi tía que lo que más necesito es aprender a perdonarme? Siempre me estoy comparando con un modelo perfecto que no puede existir. Pues, bien, me perdono mi miedo, pues por otra parte estaba dispuesto a defender bien mi libertad y de seguro que los cuatro no hubieran quedado en pie para llevarme a la cárcel. Lo que hago en este momento, añadió, no es táctico; en lugar de retirarme rápidamente después de haber logrado mi objeto, y haber acaso dado aviso a mis enemigos, he aquí que me entretengo en un capricho más ridículo quizá que todas las predicciones del buen abate.

En efecto, en lugar de retirarse por el camino más corto y llegar pronto a la orilla del lago Mayor en donde le aguardaba su barca, estaba dando una vuelta enorme para ir a ver su árbol. El lector recordará quizá el amor que Fabricio pro-



fesaba a un castaño plantado por su madre hacia veintitrés años. Digno de mi hermano sería, pensó, haber mandado cortar ese árbol; pero los seres como él no sienten las cosas delicadas; no habrá pensado en ello. Además no sería de mal agüero, añadió con firmeza. Dos horas más tarde sus miradas expresaban la consternación; algunos malintencionados o quizá una tormenta habían desgajado una de las principales ramas del árbol joven, que colgaba seca y muerta. Fabricio la cortó respetuosamente con la ayuda de su puñal y raspó cuidadosamente el corte para que el agua no se metiese dentro del tronco. Luego, aunque el tiempo volaba y no podía desperdiciarlo, se pasó una hora larga cavando la tierra en torno al árbol amado. Después de haber hecho esas locuras, tomó rápidamente el camino del lago Mayor. En resumidas cuentas, no estaba triste; el árbol venía muy bien, estaba más vigoroso que nunca y en cinco años se habla puesto casi doble de gordo. La rama rota era un accidente sin consecuencia; una vez cortada, ya no hacía daño al árbol que hasta sería más esbelto por empezar más alto el ramaje.

No había andado Fabricio una legua, cuando una banda de blancura intensa dibujaba por oriente los picos del Resegon di Lek, montaña célebre en el país. El camino por donde iba, se llenaba de aldeanos; pero en vez de pensar en ideas militares, Fabricio se sentía enternecido por los aspectos sublimes o conmovedores de esos bosques que rodean al lago de Como. Son quizá los más hermosos del mundo; no quiero decir que sean los que producen más escudos nuevos, como dicen en Suiza, pero los que más hablan al alma. Escuchar esa voz, en la posición en que estaba Fabricio, siendo

objeto de las atenciones de los señores guardias lombardo-vénetos, era una verdadera niñería. Estoy a media hora de la frontera, pensó al fin; voy a encontrarme con carabineros y guardias haciendo su ronda de la mañana; este traje de paño fino va a despertar sus sospechas; van a pedirme mi pasaporte y este pasaporte lleva con todas sus letras el nombre de un individuo condenado a prisión; heme aquí en la agradable necesidad de hacer una muerte. Si como es costumbre los guardias van por parejas, no voy a esperar plácidamente para disparar, a que uno de ellos trate de cogerme; porque con que al caer me retenga un poco, estoy en el Spielberg. Fabricio horrorizado, sobre todo por esta necesidad de disparar el primero, acaso sobre un antiguo soldado de su tío, el conde Pietranera, corrió a esconderse en el tronco hueco de un enorme castaño. Puso a sus pistolas cápsulas nuevas, cuando oyó a un hombre que venía por el bosque cantando muy bien una melodía deliciosa de Mercadante, muy de moda entonces en Lombardia.

Esto es de buen agüero, pensó Fabricio. Ese canto, que escuchaba religiosamente, desvaneció el matiz de ira que iba mezclándose en sus pensamientos. Miró atentamente la carretera por ambos lados, sin ver a nadie: el cantor vendrá por algún sendero, pensó. Casi al mismo tiempo vio a un ayuda de cámara muy limpiamente vestido a la inglesa, montado a caballo y que venia, llevando de la diestra, un hermoso caballo de raza, quizá algo delgado.

¡Ay! ¡Si yo pensara como Moscal, suspiró Fabricio. Siempre me dice que el peligro que un hombre corre está en razón directa de' sus derechos sobre el prójimo, que tiene a

## LA CARTUJA DE PARMA

su lado. Si yo razonase así le rompía la cabeza de un tiro a ese ayuda de cámara y subido en el caballo flaco me reía de todos los guardias del mundo. De vuelta a Parma enviaba dinero a ese hombre o a su viuda... , pero ¡qué horror!

## X

Fabricio, meditando así sobre la moral, saltó a la carretera que va de Lombardía a Suiza. En este sitio la carretera está a cuatro o cinco pies más baja que el bosque. Si mi hombre se asusta, pensó Fabricio, toma el galope y me deja plantado como un tonto. En este momento estaba a diez pasos del criado, que ya no cantaba. Vio en sus ojos que tenía miedo y que quizá iba a volverlos caballos.

Sin haber tomado aún una decisión, Fabricio dio un salto y cogió la rienda del caballo flaco.

-Amigo mío -dijo al criado-, no soy un ladrón vulgar, pues voy a empezar por dar a usted veinte francos; pero me veo en la obligación de tomar prestado este caballo. Me matan si no me largo a escape. Detrás de mí vienen los cuatro hermanos Riva, esos cazadores que sin duda conoce usted; acaban de sorprenderme en el curto de su hermana; salté por la ventana y aquí estoy. Han salido al bosque con perros y escopetas. Me había escondido en ese castaño hueca porque he visto a uno de ellos atravesar la carretera; sus perros van a

coger mi pista. Me voy a subir a este caballo y galoparé hasta una legua más allá de Como: voy a Milán a echarme a los pies del virrey. Dejaré el caballo en la posta con dos napoleones para usted, si consiente en ello. Si usted se resiste, le mato con estas pistolas. Si después de haberme ido avisa usted a los guardias, mi primo el conde Alarj, escudero del emperador, se cuidará de romperle a usted los huesos.

Fabricio inventaba este discurso a medida que lo iba diciendo, en tono pacífico.

-Por lo demás -añadió riéndose-, mi nombre no es un misterio; soy el marchesino Ascanio del Dongo; mi castillo está muy cerca de aquí, en Grianta. Pero, demonio, suelte usted el caballo -dijo alzando la voz.

El criado, estupefacto, no decía palabra. Fabricio tomó su pistola con la derecha, cogió las riendas que el otro había soltado y subió a caballo partiendo a galope corto. Cuando estuvo a trescientos pasos, recordó que no había dado al hombre sus veinte francos. Se detuvo; no había nadie en el camino más que el criado, que le seguía al galope. Le hizo señas con su pañuelo de que se acercara, y cuando estuvo a cincuenta pasos echó a tierra un puñado de monedas y volvió a correr. Vio de lejos al criado recoger las monedas. He aquí un hombre realmente razonable, dijo Fabricio riéndose; ni una palabra inútil. Corrió hacia el sur, se detuvo en una casa aislada y volvió a ponerse en camino algunas horas después. A las dos de la mañana había llegado a la orilla del lago Mayor; pronto divisó su barca en el agua; el barquero acudió a la señal convenida. No vislumbrando aldeano alguno a quien entregar el caballo, devolvió su libertad al noble ani-

mal. Tres horas más tarde estaba en Belgirate. Ya allí, en territorio amigo, descansó; estaba contentísimo, todo había salido perfectamente. Digamos sin rebozo que las verdaderas causas de su alegría eran que su árbol crecía soberbiamente, y que su alma se había refrescado en la profunda ternura del abate Blanes. ¿Creerá de verdad, pensaba, en las predicciones que me ha dicho, o bien será que, habiéndome fabricado mi hermano la reputación de un jacobino, de un hombre sin freno, capaz de todo, ha querido invitarme a no ceder a la tentación de romper la cabeza a algún animal que me haya hecho una jugarreta? Dos días después, Fabricio estaba en Parma en donde divirtió mucho a la duquesa y al conde, contándoles punto por punto, como siempre hacía, la historia de su viaje.

A su llegada Fabricio encontró al portero y a todos los criados del palacio Sanseverina vestidos de luto riguroso.

-¿Qué pérdida lloramos? -preguntó a la duquesa.

-El hombre excelente que llamaban mi marido, acaba de morir en Baden. Me deja este palacio, como estaba convenido, pero en señal de buena amistad añade un legado de 300.000 francos que me tiene muy perpleja; no quiero renunciar a él en favor de su sobrina la marquesa Raversi quien, cada día me arma una jugarreta perversa. Tú que eres aficionado, búscame un buen escultor y levantaré al duque un sepulcro de 300.000 francos.

El conde empezó a contar anécdotas de la Raversi.

-En vano he intentado ablandarla con favores -dijo la duquesa-. En cuanto a los sobrinos del duque, a todos los he hecho coroneles o generales. Pero en cambio no pasa mes

sin que me manden 164 algún abominable anónimo. He tenido que tomar un secretario para leer esas cartas.

-Y esas cartas anónimas son pecados veniales -siguió diciendo Mosca-. Además, han puesto una fábrica de infames denuncias. Veinte veces he podido llevar a los tribunales a toda esa ralea; y ya puede figurarse Vuestra Excelencia añadió dirigiéndose a Fabricio, si mis buenos jueces los hubieran condenado.

-Pues bien, eso me echa a perder todo lo demás -replicó Fabricio con una ingenuidad que, en la corte, resultaba graciosísima-; me hubiera gustado mucho más verlos condenados por magistrados íntegros e imparciales.

-Hágame el favor, ya que usted viaja para instruirse, de darme las señas de esos magistrados; las apuntaré antes de acostarme.

-Si yo fuera ministro, esta carencia de jueces honrados heriría mi amor propio.

-Pero me parece -replicó el conde-, que Vuestra Excelencia, que tanto quiere a los franceses y que hasta les prestó una vez la ayuda de su invencible brazo, olvida en este momento una de sus grandes máximas: más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate. Yo quisiera ver cómo iba usted a gobernar a esas almas ardientes que leen todo el día la Revolución de Francia, con jueces que echaran a la calle a los que yo acuso. Llegarían a no condenar ni a los bribones más evidentemente culpables y se creerían austeros como Marco Bruto. Pero voy a pasar a la ofensiva; su alma de usted tan delicada, ¿no siente remordimiento alguno a propó-

sito de ese hermoso caballo un poco flaco que acaba de abandonar en las orillas del lago Mayor?

-Pienso -dijo Fabricio muy serio- mandar al dueño del caballo lo que sea, para resarcirlo de los gastos de anuncio y demás, que habrá tenido que hacer para que se lo devuelvan los aldeanos que lo hayan encontrado. Voy a leer asiduamente el diario de Milán para buscar el anuncio de un caballo perdido; sé muy bien las señas del que tomé.

-Él es de una inocencia verdaderamente primitiva -dijo el conde a la duquesa-. Y ¿qué habría sido de Vuestra Excelencia -siguió diciendo entre risas-, si cuando galopaba en su caballo prestado, se le ocurre al animal dar un tropezón? Pues derechito al Spielberg, querido sobrino mío, y toda mi influencia apenas si hubiera sido bastante para disminuir en treinta libras el peso de la cadena atada a vuestros pies. En ese lugar de recreo hubiera usted pasado unos diez años; quizá las piernas se le hubieran hinchado y gangrenado, en cuyo caso habría habido que cortarlas...

-Ah, ¡por Dios! Basta; ¡no siga tan triste novela! -exclamó la duquesa vertiendo lágrimas-. Ya está aquí de vuelta y...

-Y yo me alegro más que usted, puede usted creerlo -replicó el ministro muy serio-; pero ¿por qué este niño cruel no me pidió un pasaporte con un nombre conveniente, ya que quería penetrar en Lombardía? A la primera noticia de su detención hubiera ido yo a Milán y los amigos que allí tengo habrían consentido en cerrar los ojos y en suponer que los gendarmes habían detenido a un súbdito del príncipe de Parma. El relato de su aventura es gracioso y divertido, con-



vengo en ello -siguió diciendo el conde con tono menos siniestro-; la salida del bosque a la carretera me gusta; pero, aquí para internos, puesto que el criado tenía su vida en sus manos, estaba usted en su derecho al tomar la suya. Vamos a proporcionar a Vuestra Excelencia una brillante fortuna; por lo menos la señora lo ordena y creo que mis mayores enemigos no pueden acusarme de haber desobedecido a ninguno de sus mandatos. Pues bien; ¡qué mortal dolor para ella y para mí si en esa especie de carrera loca que acaba usted de correr montado en ese caballo flaco, el animal da un paso en falso! Casi mejor hubiera sido que ese caballo le rompiera la cabeza.

-¡Qué trágico está usted esta noche, amigo mío! -dijo la duquesa toda conmovida.

-Es que estamos rodeados de sucesos trágicos replicó el conde con emoción también; no estamos aquí en Francia, en donde todo acaba en coplas o en un par de años de cárcel a lo sumo; realmente hago mal en hablar en broma de todo esto. Y ¿qué?, querido sobrino, supongamos que encuentro el medio de hacerle a usted obispo, porque .en verdad no puedo empezar por el arzobispado de Parma, como quiere, con mucha razón, la señora duquesa aquí presente; en ese obispado, lejos de nuestros sabios consejos, diga, diga, a ver, ¿cuál será su política?

-Matar al diablo antes de que el diablo me mate, como dicen muy bien mis amigos los franceses -replicó Fabricio con mirada ardiente-, conservar por todos los medios posibles, incluso el pistoletazo, la posición que me hayáis dado. He leído en la genealogía de los del Dongo la historia del

antepasado mío que construyó el castillo de Grianta. Hacia el final de su vida, su buen amigo Galeas, duque de Milán, lo envió a visitar una fortaleza en el lago; temíase una nueva invasión de los suizos. Sin embargo, preciso es que escriba dos palabras de cortesía al comandante, dijo el duque de Milán al despedirlo. Escribió una carta de dos líneas y se la entregó; luego se la volvió a pedir para cerrarla y sellarla. Vespasiano Del Dongo parte; pero navegando sobre el lago, recuerda un viejo cuento griego, pues mi antepasado era sabio. Abre la carta de su buen señor y encuentra la orden, dirigida al comandante del castillo, de darle muerte en cuanto llegara. El Sforza, atento en demasía a la comedia que representaba con nuestro abuelo, había dejado un espacio entre la última línea de la carta y la firma. Vespasiano del Dongo escribió allí la orden de reconocerle como gobernador general de todos los castillos del lago y suprimió el principio de la carta. Llegó, fue reconocido, tiró al comandante a un pozo y declaró la guerra a Sforza. Al cabo de unos años, cambió su fortaleza por esas tierras inmensas que han enriquecido a todas las ramas de nuestra familia y que a mí me valdrán un día 4.000 francos de renta.

-Habla usted como un académico -dijo el conde riendo;- nos ha contado usted una brava hazaña; pero la ocasión divertida de hacer cosas sabrosas como esa, no vuelve sino a lo más cada diez años. Un hombre medio estúpido, pero que esté atento y sea prudente a diario, tiene muchas veces el gusto de vencer a los hombres de imaginación. Cuando Napoleón se entregó al prudente John Bull en vez de intentar llegar a América, cometió una locura de imaginación. John

Bull en su mostrador se ha reído mucho de la carta en donde habla de Temístocles. Siempre los viles Sanchos vencerán a la larga a los sublimes Quijotes. Si usted consiente en no hacer nada de extraordinario, no dudo que será usted un obispo muy respetado, ya que no muy respetable. Sin embargo, mi observación la mantengo: Vuestra Excelencia se ha conducido con ligereza en el asunto del caballo; ha estado a dos dedos de una prisión eterna.

Estas palabras hicieron temblar a Fabricio, quien quedó sumido en una profunda estupefacción. ¿Será ésta, pensaba, la prisión que me amenaza? ¿Es ése el crimen que no debía cometer? Las predicciones de Blanes, de las que se burlaba como profecías, tomaban para él toda la importancia de verdaderos presagios.

-¿Qué te pasa? -le dijo la marquesa extrañada-; el conde te ha sumido en negras meditaciones.

-Me ilumina una nueva verdad y en lugar de rebelarme contra ella, mi espíritu la adopta. Es cierto, he pasado muy cerca de una prisión sin fin. ¡Pero el ayuda de cámara estaba tan bonito con su traje a la inglesa! ¡Qué lástima matarlo!

El ministro quedó encantado de su aire prudente y bonachón.

-Está muy bien de todos modos -dijo mirando a la duquesa-. Le diré a usted, amigo mío, que ha hecho una conquista, acaso la más deseable de todas.

¡Ah!, pensó Fabricio; aquí viene ahora una broma sobre la pequeña Marietta. Pero se engañaba; el conde añadió:

-Su sencillez evangélica ha ganado el corazón de nuestro venerable arzobispo, el padre Landriani. Uno de estos días

vamos a hacer a usted vicario general y lo que le da más encanto a esta bromita es que los tres vicarios generales actuales, hombres de méritos, trabajadores y dos de los cuales, según creo, eran ya vicarios generales antes de nacer Vuestra Excelencia, escribirán una hermosa carta al arzobispo pidiéndole que sea usted el primero de entre ellos. Estos señores se fundan primero en sus virtudes y además en que es usted sobrino nieto del célebre arzobispo Ascanio del Donogo. Cuando he sabido el respeto que sentían por sus virtudes, en el acto he nombrado capitán al sobrino del más antiguo de los vicarios generales; era teniente desde el sitio de Tarragona, por el mariscal Suchet.

-Ve corriendo, vestido como estás, a hacer una visita de ternura a tu arzobispo -exclamó la duquesa-. Cuéntale el casamiento de tu hermana; cuando sepa que va a ser duquesa, te encontrará mucho más apostólico. Por lo demás, tú ignoras todo cuanto el conde acaba de decirte de tu futuro nombramiento.

Fabricio corrió al palacio arzobispal; estuvo sencillo y modesto. Este tono lo tomaba con demasiada facilidad, necesitando en cambio esforzarse para hacer el gran señor. Mientras escuchaba los relatos algo largos de monseñor Landriani, decía para sí: ¿Hubiera debido darle un tiro al criado que llevaba de la diestra el caballo flaco? Su razón le decía que sí, pero su corazón no podía acostumbrarse a la imagen ensangrentada del hermoso joven cayendo al suelo, desfigurado.

## LA CARTUJA DE PARMA

Esta prisión en donde me hubieran metido si el caballo llega a tropezar, ¿era la prisión que me amenaza por tantos presagios?

Esta cuestión era para él de la mayor importancia y el arzobispo quedó contentísimo de su aire de profunda atención.

## XI

Al salir del arzobispado Fabricio corrió a casa de la pequeña Marietta. Oyó desde lejos la bronca voz de Giletti que había, mandado traer vino y se solazaba con el apuntador y los acomodadores, sus amigos. La mamacia, la vieja que hacía de madre de Marietta, acudió a la señal de Fabricio.

-Hay novedades —exclamó—; dos o tres de nuestros actores están acusados de haber celebrado con una orgía el santo del gran Napoleón, y nuestra pobre compañía ha recibido la orden de salir de los estados de Parma, y ¡viva Napoleón! Pero, según se dice, el ministro ha aflojado la guita. Lo cierto es que Giletti tiene dinero, no sé cuánto, pero le he visto un puñado de escudos. Marietta ha recibido cinco escudos de nuestro director para los gastos de viaje hasta Mantua y Venecia. Yo, uno. Sigue muy enamorada de ti, pero Giletti le tiene amedrentada. Hace tres días, en la última función que hemos dado, quería matarla sin remisión; le ha dado dos bofetadas tremendas y lo peor es que le ha roto su hermoso chal azul. Si quisieras darle un chal azul serías un buen chico

y diríamos que nos ha tocado en una lotería. El tambor mayor de los carabineros de mañana una fiesta de esgrima; la hora la verás anunciada en las esquinas. Ven a vernos; si Gilletti se ha ido al asalto, es de esperar que esté fuera mucho rato, yo me pondré en la ventana y te haré señas de que subas. Procura traernos algo bonito y Marietta te querrá con pasión.

Al bajar la escalera de caracol del infame tabuco, iba Fabricio compungido. No he variado, pensaba; fueronse todas aquellas hermosas resoluciones que formé a orillas del lago, cuando miraba la vida con mirada filosófica. Mi alma estaba entonces fuera de su asiento ordinario; todo aquello era un sueño que desaparece antela realidad austera. Ahora serla el momento de entrar en acción, pensó Fabricio al volver hacia las once de la noche al palacio Sanseverina. Pero en vano buscó en su corazón el valor de hablar con aquella sublime sinceridad que tan fácil le parecía la noche que pasó a orilla del lago de Como. Voy a disgustar a quien más quiero en el mundo; si hablo, pareceré un cómico malo; realmente no valgo sino en ciertos momentos de exaltación.

-El conde es admirable para mí -dijo a la duquesa después de darle cuenta de su visita al arzobispado-, y tanto más aprecio su conducta, cuanto que parece que no le soy excesivamente grato; mi modo de obrar ha de ser, pues, correctísimo para con él. Sus excavaciones de Sanguigna le tienen interesadísimo, al menos según se desprende de su viaje de anteayer: ha corrido doce leguas al galope para estar dos horas con sus obreros. Si se encuentran fragmentos de estatuas en el templo antiguo, cuyos cimientos acaba de descu-

brir, teme que vayan a robárselos. ¿Si yo le propusierairme a pasar treinta y seis horas en Sanguigna? Mañana, a las cinco, he de volver a ver al arzobispo; puedo marchar por la noche y aprovechar el fresco para hacer el camino.

La duquesa no respondió nada.

-Diríase que buscas pretextos para estar lejos de mí -dijo luego, con extremada ternura-, apenas de regreso de Belgrate, encuentras un motivo para volverte a ir.

Buena ocasión para hablar, pensó Fabricio. Pero allá en el lago, estaba algo loco: no me di cuenta, en el entusiasmo de la sinceridad, de que mi discursito termina en una imper tinencia. Habría que decir: Te amo con el cariño más fiel y devoto, etc., pero mi alma no es capaz de amor. Y eso, ¿no es como decir: estoy viendo que sientes amor hacia mí, pero ¡cuidado!, no puedo corresponderte? Si en efecto me ama, podrá molestar a la duquesa que yo haya descubierto su amor, y si no siente hacia mí más que una sencillísima amistad, se indignará de mi impudor... Y estas ofensas son de las que no se perdonan.

Mientras meditaba estas ideas importantes, Fabricio, sin darse cuenta, se paseaba por el salón con el aire grave y lleno de altivez de un hombre que ve la desgracia a diez pasos de distancia.

La duquesa le contemplaba con admiración; ya no era el niño que habla visto nacer, ya no era el sobrino, siempre dispuesto a obedecerle; era un hombre grave, cuyo amor serla sin duda una delicia. Levantóse de su asiento y echándose en sus brazos con arrebató:

-¿Quieres, pues, huir de mí? -le dijo.



-No -contestó con el ademán de un emperador romano-, pero quisiera ser prudente.

Esta palabra podía interpretarse de muchos modos; Fabricio no tuvo valor de ir más allá y correr el riesgo de herir a esta mujer adorable. Era demasiado joven, demasiado susceptible de emoción. Su ingenio no le dictaba ninguna fórmula para decir suavemente lo que quería decir. En un arrebató muy natural y a despecho de todo razonamiento, tomó en sus brazos a esta encantadora mujer y la cubrió de besos. En este momento oyóse el ruido del coche del conde que penetraba en el patio, y casi al instante el conde mismo entró en el salón; parecía conmovidísimo.

-¡Qué pasiones tan singulares inspira usted! -dijo a Fabricio, quien se quedó casi confuso al oírle.

El arzobispo tenía esta noche la audiencia que Su Alteza Serenísima le concedía todos los jueves.

-El príncipe acaba de contarme que el arzobispo, lleno de turbación, ha empezado recitándole un discurso aprendido de memoria y muy lleno de ciencia, pero del cual el príncipe no entendía nada. Landriani ha acabado por declarar que importaba mucho a la iglesia de Parma que monsignore Fabricio del Dongo fuese nombrado primer vicario general, y más tarde, cuando tuviese veinticuatro años, su coadjutor con futura sucesión. Esta palabra me ha asustado, lo confieso -agregó el conde-; esto es ir un poco de prisa y he temido una salida molesta por parte del príncipe. Pero me ha mirado riéndose y me ha dicho en francés: Esto es un golpe vuestro, caballero. Puedo jurar ante Dios y ante Vuestra Alteza, exclamé yo con toda la unción que pude, que ignoraba total-

mente las palabras: futura sucesión. Y entonces le he dicho la verdad, lo que hemos hablado aquí hace unas horas. He añadido con vehemencia que más adelante, hubiera considerado como el colmo de la merced, que Su Alteza se dignara concederme un pequeño obispado para empear. El príncipe ha debido creerme, porque le ha parecido conveniente hacer el amable y me ha dicho con la mayor sencillez: Esto es un asunto oficial entre el arzobispo y yo; en este negocio no entra usted para nada. El buen hombre me ha entregado una especie de relación muy larga y no poco aburrida, cuya conclusión es una propuesta oficial. Le he contestado fríamente que el sujeto era muy joven y sobre todo muy nuevo en mi corte, y que casi parecería que lo que hago es pagar una letra que el emperadorme gira, si ofrezco la perspectiva de tan alta dignidad al hijo de uno de los grandes oficiales de su reino lombardovéneto. El arzobispo juraba que no habla habido ninguna recomendación de ese género. Decirme eso a mí era una tontería, que me ha sorprendido por parte de un hombre tan entendido; pero siempre anda desorientado cuando me dirige la palabra y esta noche estaba más turbado que nunca, lo que me ha convencido de que deseaba la cosa con pasión. Le dije que sabía, mejor que él, que no había habido altas recomendaciones en favor de del Dongo, que nadie en mi corte le negaba capacidad, que no se hablaba demasiado mal de sus costumbres, pero que temía que fuese capaz de entusiasmo y que me habla jurado no elevar a los puestos preeminentes a locos de ese género, con los que un príncipe nunca está seguro de nada. Entonces siguió diciendo Su Alteza tuvo que aguantar un discurso patético casi tan largo

como el primero; el arzobispo elogiaba el entusiasmo por la casa de Dios. Torpe, pensaba yo, te pierdes, estás dañando al nombramiento que casi estaba ya concedido; debieras terminar ya y darme las gracias más efusivas. Pero nada; continuaba su homilía con ridícula intrepidez. Yo busqué una contestación que no fuera muy desfavorable al pequeño del Dongo. La encontré, y bastante feliz, como va usted a ver: Monseñor, le dije, Pío IV fue un gran Papa y un gran santo; entre todos los soberanos sólo él se atrevió a decir no al tirano a cuyos pies yacía Europa. Pues bien; era susceptible de entusiasmo, lo que le llevó, siendo obispo de Imola, a escribir aquella famosa pastoral del ciudadano cardenal Chiaramonti, en favor de la república cisalpina.

Mi pobre arzobispo se quedó estupefacto, y para acabar de dejarlo atónito, le dijo en tono muy serio: Adiós, monseñor; me tomo veinticuatro horas para pensar en vuestra proposición. El pobre hombre ha añadido algunas súplicas, mal pergeñadas e inoportunas, después de haberle dicho yo adiós. Ahora, conde Mosca della Rovere, ruego a usted que diga a la duquesa que no quiero retrasar veinticuatro horas algo que pueda serle agradable. Siéntese, y escriba al arzobispo la carta de aprobación que concluye este asunto. He escrito la carta, la ha firmado y me ha dicho: Llévela al instante a la señora duquesa. He aquí la carta, señora, que ha proporcionado un pretexto para tener la felicidad de volver a ver a usted esta noche.

La duquesa leyó la carta radiante de alegría. Durante el largo relato del conde, Fabricio había tenido tiempo de reponerse; no pareció extrañarse de este incidente y tomó la

cosa como un verdadero señor, que ha creído siempre, naturalmente, que tenía derecho a estos extraordinarios ascensos, a esos golpes de suerte que sacarían de sus casillas a un burgués cualquiera; habló de su gratitud en muy buenos términos, y acabó diciendo:

-Un buen cortesano debe halagar la pasión dominante; ayer manifestaba usted el temor de que sus obreros de Sanguigna roben los fragmentos de estatuas antiguas que pueden descubrir. A mí me gustan mucho las excavaciones. Si quiere usted permitirlo, iré a ver a los obreros. Mañana por la noche, después de dar las gracias al príncipe y al arzobispo, partiré para Sanguigna.

-Pero ¿puede usted adivinar -dijo la duquesa al conde-, de dónde viene esa súbita pasión del buen arzobispo por Fabricio?

-No necesito adivinarlo; el vicario general, cuyo hermano es capitán, me decía ayer: El padre Landriani, parte de este principio cierto, que el titular es superior al coadjutor, no cabe en sí de gozo por tener bajo sus órdenes a un del Dongo y por haberle obligado.

Todo cuanto haga resaltar la noble alcurnia de Fabricio, añade a su íntima felicidad: ¡tener semejante hombre de ayudante! Además, monsignore Fabricio le ha agradado; no se siente tímido ante él.

Y, por último, desde hace diez años alimenta un odio profundohacia el obispo de Plasencia, que tiene la pública pretensión desuceederle en la Sede de Parma y que, además es hijo de un molinero. Con el fin de asegurarse esa sucesión, el obispo de Plasenciaha anudado estrechísimas relaciones con

la marquesa Raversi, y esas relaciones hacen ahora temblar al arzobispo que teme sean desfavorables al éxito de su desig- nio que es tener a un del Dongo en su estado mayor y darle órdenes.

Dos días después, por la mañana temprano, Fabricio estaba dirigiendo los trabajos de las excavaciones de Sanguigna, frente a Colorno (el Versailles de los príncipes de Parma). Las excavaciones` ocupaban la llanura, cerca del camino real que conduce de Parma. al puente de Casal Maggiore, primera ciudad austríaca. Los obreros habían abierto en la llanura una enorme trinchera, de ocho pies de hondo y lo más estrecha posible. Trataban de encontrar, a lo largo de la antigua vía romana, las ruinas de un segundo templo que según se decía en el país, existía aún en la Edad Media. A pesar de las órdenes del príncipe, varios aldeanos veían con recelo esos fosos largos que atravesaban sus fincas, pues por mucho que se les dijera, creían firmemente que se andaba en busca de un tesoro. La presencia de Fabricio servía principalmente para impedir que se suscitase alguna pequeña re- vuelta. Nuestro joven no se aburría; seguía los trabajos con pasión; de vez en cuando encontrábase alguna medalla y no quería dar tiempo a los obreros de concertarse para hacerla desaparecer.

El día era hermoso. Sedan las seis de la mañana. Fabri- cio había tomado prestada una vieja escopeta de un cañón para tirar a las alondras. Una de ellas, herida, vino a caer en la carretera. Fabricio, al perseguirla, vio de lejos un coche que venía de Pasma y se dirigía hacia la frontera de Casal- Maggiore. Habla vuelto a cargar su escopeta, cuando el co-

che, destartaladísimo, se acercó; venía al paso y Fabricio conoció a la pequeña Marietta; a su lado estaba el bribón de Giletti y la anciana que pasaba por su madre.

Giletti se figuró que Fabricio se había puesto así en medio del Camino, con un fusil en la mano, para insultarle y hasta para robarle a Marietta. Como un valiente, saltó del coche; llevaba en la mano izquierda un pistolón enmohecido y en la derecha una espada, metida en la vaina, que usaba cuando en una función tenía que hacer de marqués.

-¡Ah, bandido! —exclamó-, ¡cuánto me alegro de encontrarte aquí, a una legua de la fronteral Voy a darte lo tuyo, que aquí ya no te protegen tus medias color violeta.

Fabricio estaba haciendo muecas a la pequeña Marietta y no se curaba de los celosos gritos de Giletti, cuando de pronto vib la punta del pistolón enmohecido, a tres cuartas de su pecho. Apenas tuvo tiempo de dar un golpe en la pistola con el fusil, a guisa de palo; la pistola se disparó, pero sin herir a nadie.

-¡Para!, ¡para!, ¡c...!, -gritó Giletti al vetturino; y al mismo tiempo tuvo la habilidad de dar un salto y agarrar el fusil de su adversario apartándolo de la dirección de su cuerpo. Fabricio y él tiraban del fusil cada cual con todas sus fuerzas. Pero Giletti, mucho más vigoroso, iba poniendo una mano delante de otra, llegaba ya casi al gatillo e iba a apoderarse del fusil, cuando Fabricio, para que no pudiera hacer uso de él, apretó el gatillo y salió el tiro. Había observado antes que la punta del cañón estaba a más de tres pulgadas por encima del hombro de Giletti: la detonación estalló al lado del oído

de este último, que quedó un poco atónito, pero pronto se repuso.

-¡Ah!, quieres romperme la cabeza, canalla. Voy a arreglarte.

Giletti tiró la vaina de su espada de marqués y se precipitó sobre Fabricio con tremenda rapidez. Éste no tenía armas y se vio perdido.

Se escapó hacia el coche, que estaba parado a unos diez pasos detrás de Giletti; pasó por la izquierda, y agarrándose con la mano al muelle de las ruedas traseras giró rápidamente alrededor y pasó pegado a la portezuela de la derecha que estaba abierta. Giletti, lanzado con sus largas piernas y no habiendo pensado en agarrarse al muelle, dio algunos pasos en la dirección que llevaba, sin poder detenerse. Al pasar Fabricio cerca de la portezuela abierta, oyó a Marietta que le decía en voz baja:

-Ten cuidado; va a matarte. Toma.

En aquel momento, Fabricio vio caer de la portezuela una especie de gran cuchillo de caza; se bajó para cogerlo, pero en el mismo instante fue alcanzado en el hombro por un golpe que le lanzaba Giletti. Fabricio, al levantarse, se halló junto a Giletti, que le dio en la cara un furioso golpe con el puño de la espada; el golpe fue dado con tanta fuerza, que Fabricio perdió el sentido. En ese momento estuvo a punto de ser muerto. Por fortuna, estaba Giletti aún demasiado cerca para poderle dar una estocada. Fabricio volvió en sí y echó a correr con toda su alma; mientras corría tiró la vaina del cuchillo de caza. Volvióse de pronto y se encontró a tres pasos de Giletti, que le perseguía. Giletti estaba lanza-

do; Fabricio le asestó una estocada; Giletti, con su espada tuvo tiempo de levantar un poco el cuchillo de caza, pero recibió el golpe en la mejilla izquierda y pasó al lado de Fabricio, que sintió herido su muslo por la navaja de Giletti, que éste había tenido tiempo de sacar. Fabricio dio un salto a la izquierda, se volvió, y por fin ambos adversarios se hallaron a distancia justa de combate.

Giletti juraba como un condenado.

-¡Ah, voy a abrirte la barriga, cura maldito! -repetía a cada momento.

Fabricio había perdido el aliento y no podía hablar; el golpe con el puño de la espada en la cara, le dolía mucho y echaba mucha sangre por la nariz. Paró varios golpes con su cuchillo de caza y asestó otros sin saber lo que hacía; le parecía vagamente hallarse en un asalto público. Esta idea se la había sugerido la presencia de sus obreros que, en número de veinticinco o treinta, hacían corro en torno a los combatientes, pero a muy respetuosa distancia; porque éstos corrían a cada momento y se lanzaban uno sobre otro.

El combate parecía; ir más lentamente y los golpes no se sucedían con tanta rapidez. Fabricio pensó: A juzgar por el dolor que siento en la cara, es que me ha desfigurado. Esta idea le irritó de tal manera, que corrió a su enemigo con la punta del cuchillo enhiesta y la hundió en el lado derecho del pecho de Giletti. La punta salió por el hombro izquierdo; en el mismo instante la espada de Giletti penetraba en lo alto del brazo de Fabricio, pero se deslizó bajo la piel y la herida fue insignificante.



Giletti había caído; en el momento en que Fabricio se acercaba a él, fija la mirada en la mano izquierda del cómico, que empuñaba una navaja, esta mano se abrió maquinalmente y dejó escapar el arma.

El bribón ha muerto, pensó Fabricio. Le miró la cara: Giletti echaba mucha sangre por la boca. Fabricio corrió hacia el coche.

-¿Tenéis un espejo? -gritó a Marietta.

Marietta le miraba pálida y no contestaba. La vieja abrió, con enorme sangre fría, un saquito verde y presentó a Fabricio un espejito de mano. Fabricio se miraba y se tocaba la cara; los ojos están sanos, pensaba, ya es mucho. Miró a los dientes; no tenía ninguno roto.

-¿Por qué me duele tanto, pues? -decía en voz baja.

La vieja le contestó:

-Es que la parte alta de la mejilla ha sido triturada entre el puño de la espada de Giletti y el hueso que tenemos ahí. Tiene usted la mejilla horriblemente hinchada y acardenalada; póngase usted sanguijuelas en seguida, y no será nada.

-¡Ah, sanguijuelas en seguida! dijo Fabricio riéndose, y recobró su sangre fría.

Vio que los obreros rodeaban a Giletti y le miraban sin atreverse a tocarlo.

-¡Socorred a ese hombre! -les gritó-; quitadle el traje.

Iba a seguir, pero al levantar la vista vio a cinco o seis hombres que venían a trescientos pasos por la carretera, y avanzaban a pie con paso cadencioso hacia el lugar de la escena.

Son guardias, pensó; y como hay un hombre muerto, van a detenerme y tendré el honor de hacer una entrada solemne en la ciudad de Parma. ¡Qué anécdota para los cortesanos amigos de la Raversi, que odian a mi tía! En seguida, con la rapidez del rayo, tiró a los obreros, estupefactos, el dinero que tenía en los bolsillos y se lanzó hacia el coche.

-¡Impedid que los guardias me persigan! -gritó a los obreros, y haré vuestra fortuna; decidles que soy inocente, que ese hombre me ha atacado y quería matarme. Y tú dijo al vetturino, galopa, y tendrás cuatro napoleones de oro si pasas el Po, antes de que esa gente pueda alcanzarme.

-¡Andando! -dijo el vetturino-, y no tenga usted miedo, que los hombres aquellos van a pie y sólo con el trote de mis caballejos los dejaremos rezagados. Al decir esto salió al galope.

A nuestro héroe le chocó la palabra miedo que había usado el cochero; y es que realmente había sentido un miedo extremado después del golpe que había recibido en la cara con el puño de la espada.

-Puede ocurrir que nos crucemos con gente a caballo -dijo el vetturino prudente, pensando en los cuatro napoleones-, y los hombres que nos siguen pueden gritar que nos detengan...

Esto quería decir: cargue usted sus armas.

-¡Ah, qué valiente eres, mi pequeño abate! -exclamaba Marietta abrazada a Fabricio.

La vieja miraba fuera del coche por la portezuela; al cabo de un rato volvió a meter la cabeza.

-Nadie nos persigue, señor -dijo a Fabricio con gran sangre fría-, y no hay nadie en el camino delante de nosotros. Ya sabe usted cómo son de formalistas los empleados de la policía austríaca; si nos ven llegar al galope por el malecón del Po, nos vana detener, sin duda alguna.

-A1 trote dijo Fabricio al cochero-. ¿Qué pasaportes tenéis? -dijo a la vieja.

-Tres en vez de uno -respondió-, y cada uno nos ha costado cuatro francos; ¿no es un horror, para pobres artistas dramáticos que viajan todo el año? Aquí está el pasaporte del señor Giletti, artista dramático; éste es para usted, y aquí están los otros dos pasaportes, el de Mariettina y el mío. Pero Giletti llevaba en el bolsillo todo nuestro dinero. ¿Qué va a ser de nosotros?

-¿Cuánto llevaba? -preguntó Fabricio.

-Cuarenta hermosos escudos de cinco francos -dijo la vieja.

-Es decir, seis escudos y monedas -dijo Marietta riéndose-. No quiero que se engañe a mi querido abate.

-¿No es natural, señor -replicó la vieja con sangre fría-, que intente ganar treinta y cuatro escudos? ¿Qué son para usted treinta y cuatro escudos? Y nosotras, hemos perdido nuestro protector. ¿Quién va a encargarse ahora de alojarnos, de regatear los precios con los vetturini cuando viajemos, y de meter miedo a todo el mundo? Giletti no era hermoso, pero era muy cómodo. Y si esta pequeña no fuera una tonta que se enamoró en seguida de usted, nunca Giletti se hubiera dado cuenta de nada y nos hubiera dado usted buenos escudos. Le aseguro que somos bien pobres.

Fabritio se conmovió; sacó su bolsa y entregó algunos napoleones a la vieja.

-Ya ve -le dijo-, que no me quedan más que quince; así, pues, es inútil en adelante que trate usted de sacarme más.

La pequeña Marietta se abrazó a él y la vieja le besaba las manos. El coche seguía avanzando al trote. Cuando a lo lejos se vieron las barreras amarillas con rayas negras que anuncian el territorio austríaco, la vieja dijo a Fabricio:

-Más valdría que entrase usted a pie con el pasaporte de Giletti en el bolsillo. Nosotras vamos a detenernos un momento, con el pretexto de arreglarnos un poco. Además, la aduana inspeccionará nuestro equipaje. Créame usted, lo mejor es que atraviése usted Casal-Maggiore con paso tranquilo; entre usted en el café y beba un vaso de aguardiente. Y una vez que esté usted fuera de la población, dese prisa. La policía austríaca vigila como un demonio; pronto sabrá que ha habido un hombre muerto; usted viaja con un pasaporte que no es suyo. Por menos le encierran a uno dos años en la cárcel. Al salir de la población tome hacia la derecha y acérquese al Po; allí alquile usted una barca y refúgiense en Rávena o Ferrara; salga usted cuanto antes de los Estados austríacos. Con dos luisas podrá comprar otro pasaporte a cualquier carabinero; éste le sería a usted fatal. Recuerde usted que ha matado a un hombre.

Al acercarse a pie al puente de barcas de Casal-Maggiore, Fabricio leía atentamente el pasaporte de Giletti. Nuestro héroe tenía mucho miedo. Recordaba todo cuanto el conde Mosca le habla dicho de lo peligroso que era para él entrar en los Estados austríacos; y a doscientos pasos veía el

terrible puente que iba a darle entrada en ese país, cuya capital era, para él, el Spielberg. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El Ducado de Módem, que limita al sur el Estado de Parma, devuelve los fugitivos por un tratado expreso; la frontera que pasa por las montañas del lado de Génova, estaba muy lejos, y su aventura sería conocida en Parma antes que pudiera llegar a esas montañas. No quedaba más que los Estados austríacos en la otra orilla del Po. Antes de escribir a las autoridades austríacas para que le detuvieran, pasarían acaso treinta y seis horas o dos días. Fabricio, después de reflexionar, quemó con el fuego de su cigarro su propio pasaporte; más valía para él, en país austríaco, ser un vagabundo que ser Fabricio del Dongo. Y era posible que le registraran.

Además de la repugnancia muy natural, que sentía en confiar su vida al pasaporte del desgraciado Giletti, este documento presentaba no pocas dificultades materiales: Fabricio tenía a lo sumo cinco pies y cinco pulgadas de estatura, y no cinco pies y diez pulgadas como decía el pasaporte; tenía veinticuatro años y parecía más joven, mientras que Giletti tenía treinta y nueve. Confesaremos que nuestro héroe estuvo una media hora larga paseándose por el malecón del Po cerca del puente, antes de decidirse a pasar. ¿Qué le aconsejaría yo a otro que estuviese en mi lugar? Pasar, evidentemente. Hay peligro en permanecer en los Estados de Parma; un guardia puede ir en persecución del hombre que ha matado a otro, aunque sea en legítima defensa. Fabricio revisó sus bolsillos, rompió sus papeles y no guardó más que su pañuelo y su petaca; importábase abreviar el examen de que

iba a ser objeto. Pensó también en otra objeción que podrían hacerle y a la que no encontraba buena respuesta; iba a decir que se llamaba Giletti, y toda su ropa estaba marcada F. D.

Fabricio, como se ve, era uno de esos desgraciados a quienes su imaginación atormenta. Éste es el defecto de los italianos de talento. Un soldado francés, tan valiente como él y hasta menos valiente que él, se habría presentado al paso del puente en seguida y sin pensar de antemano en ninguna dificultad; pero también lo habría hecho con toda su sangre fría. Fabricio, en cambio, bien lejos de estar tranquilo, iba inquieto y nervioso, cuando al final del puente un hombrecillo vestido de gris le dijo:

-Entre usted en la oficina de policía para el pasaporte.

La oficina tenía unas paredes sucias llenas de clavos, de los que colgaban las pipas y los sombreros sucios de los empleados. La mesa de pino tras la cual se atrincheraban éstos, estaba llena de manchas de tinta y de vino; dos o tres libros registros encuadernados en piel verde tenían manchas de todos los colores y en el filo de las hojas se veían las señales de los dedos sucios. Sobre los registros, amontonados unos sobre otros, había tres magníficas coronas de laurel que habían servido, dos días antes, para una de las fiestas del emperador.

Fabricio notó todos estos detalles, que le dieron un asco profundo. Así pagaba el magnífico lujo, lleno de frescura que resplandecía en su precioso cuarto del palacio Sanseverina. Se veía obligado a entrar en esta oficina inmundada y a presentarse allí como un inferior; iba a contestar a un interrogatorio.

El empleado, que alargó su mano amarillenta para coger el pasaporte, era bajito y negruzco y llevaba en la corbata un dije de latón. Es un burgués de mal humor, pensó Fabricio. El personaje pareció sumamente sorprendido al leer el pasaporte, y la lectura duró sus buenos cinco minutos.

-¿Ha sufrido usted algún accidente? -dijo al extranjero indicando su mejilla con la mirada.

-El vetturino nos ha volcado en el malecón del Po.

El silencio volvió a reinar y el empleado lanzaba miradas hoscas sobre el viajero.

Ya caigo, pensó Fabricio; va a decirme que siente mucho darme una mala noticia y que quedo detenido. Toda suerte de ideas locas acudieron a la mente de nuestro héroe, quien en este momento no razonaba con mucha lógica. Así, por ejemplo, pensó en escapar por la puerta de la oficina que había quedado abierta: me desnudo, me tiro al Po y sin duda podré atravesarlo a nado; todo mejor que el Spielberg. El empleado de la policía le miraba fijamente en el mismo momento en que Fabricio calculaba las probabilidades de éxito de su salida; formaban así dos buenas caras. La presencia del peligro da genio al hombre razonable, elevándolo, por decirlo así, por encima de sí mismo; pero al hombre de imaginación le inspira escenas de novela, audaces, ciertamente, pero a menudo absurdas.

Había que ver el aire de indignación que tenía nuestro héroe, bajo la mirada escrutadora de ese empleado de policía adornado con sus alhajas de cobre. Si lo matase, pensaba Fabricio, me condenaban por homicidio a veinte años de galeras o a muerte, lo cual es mucho menos horrible que el

Spielberg con una cadena de ciento veinte libras en cada pie y ocho onzas de pan diarias, todo ello por veinte años, al cabo de los cuales tendría cuarenta y cuatro. La lógica de Fabricio olvidaba que puesto que había quemado su pasaporte, nada podía indicar al empleado de policía que aquel hombre fuese el rebelde Fabricio del Dongo.

Bastante amedrentado estaba nuestro héroe, como se ve; y lo hubiera estado mucho más si hubiera conocido los pensamientos que agitaban al empleado de la policía. Este hombre era amigo de Giletti; ¡cuál no sería su sorpresa al ver el pasaporte de su amigo en manos de otra persona! Su primer impulso fue mandar detener a Fabricio; luego pensó que Giletti podía muy bien haber vendido su pasaporte a este hermoso joven, quien, por lo visto, acababa de hacer alguna diablura en Parma. Si lo detengo, pensó, quedará Giletti muy comprometido, pues fácilmente se descubrirá que ha vendido su pasaporte. Pero, por otra parte, ¿qué dirán mis jefes si se comprueba que yo, amigo de Giletti, he visado su pasaporte en manos de otra persona? El empleado se levantó bostezando y dijo a Fabricio:

-Espere, señor -y por costumbre policiaca añadió-: se presenta una dificultad.

Fabricio dijo para sí: lo que se va a presentar va a ser mi fuga.

En efecto; el empleado salió de la oficina dejando la puerta abierta; se quedó el pasaporte encima de la mesa de pino. El peligro es evidente, pensó Fabricio; voy a coger mi pasaporte y volver a pasar el puente despacio. Diré al guardia, si me pregunta, que se me ha olvidado hacer visar mi



pasaporte por el comisario de la última aldea de los Estados de Parma. Ya Fabricio tenía su pasaporte en la mano, cuando oyó, estupefacto, al empleado de las alhajas de cobre que decía en la puerta:

-No puedo más; me ahogo de calor; voy al café a tomar un refresco. Entre usted en la oficina cuando haya fumado su pipa; hay que visar un pasaporte, ahí está el extranjero.

Fabricio, que salía despacio, se encontró cara a cara con un hermoso joven que canturreaba: pues visemos ese pasaporte; voy a ponerle mi rúbrica.

-¿Adónde quiere ir el señor?

-A Mantua, Venecia y Ferrara.

-Bueno; pues a Ferrara -respondió el empleado silbando.

Cogió una estampilla, imprimió el visto en el pasaporte, escribió rápidamente las palabras: Mantua, Venecia y Ferrara en el espacio que quedó en blanco, hizo luego algunos círculos en el aire con la mano, firmó, tomó tinta otra vez para hacer la rúbrica, que ejecutó con lentitud poniendo en ello un cuidado infinito. Fabricio seguía con la mirada los movimientos de la pluma; el empleado miró complacido su rúbrica, añadió cinco o seis puntos, y por último entregó el pasaporte a Fabricio diciéndole en tono ligero:

-Buen viaje, señor.

Fabricio se alejaba con un paso cuya rapidez trataba de disimular, cuando se sintió cogido por el brazo izquierdo: instintivamente echó mano a su puñal, y de no haberse visto rodeado de casas, quizá cometiera una imprudencia. El

hombre que le tocaba el brazo izquierdo, al ver su ademán aturdido, le dijo como disculpándose:

-Tres veces he llamado al señor sin que respondiera; ¿el señor tiene algo que declarar en la Aduana?

-No llevo más que mi pañuelo; voy aquí, muy cerca, a cazar en la finca de uno de mis parientes.

Apuradísimo se hubiera visto si llegara a rogarle que dé el nombre de ese pariente. Con el calor que hacía y las emociones violentas, Fabricio estaba mojado como si hubiera caído en el Po. No me falta valor contra los cómicos, pero los empleados que usan alhajas de cobre me ponen fuera de mí; con esta idea haré un soneto graciosísimo para la duquesa.

Apenas entró en Casal-Maggiore, Fabricio tomó a su derecha por una calleja que baja hacia el Po. Necesito urgentemente, pensó, la ayuda de Baco y de Ceres, y entró en una tienda en cuya puerta había un palo con una tela colgando que decía Trattoria. Una sábana malísima, atada a dos aritos de madera muy delgados, resguardaba la puerta de la Trattoria de los rayos del sol. Una mujer medio desnuda y muy bonita recibió a nuestro héroe respetuosamente, lo que le produjo un vivísimo placer. Se apresuró a decir que se moría de hambre. Mientras la mujer preparaba el almuerzo, entró un hombre de más de treinta años; no habla saludado al entrar; de repente se levantó del banco en donde se había echado familiarmente, y dijo a Fabricio:

-Eccellanxa, la reverisco.

Fabricio estaba muy alegre en ese momento, y en lugar de forjar siniestros proyectos contestó riendo:

-¿Y de dónde demonios conoces tú a mi Excelencia?

-¡Cómo! ¿No se acuerda Vuestra Excelencia de Ludovico, uno de los cocheros de la señora duquesa de Sanseverina? En Sacca, la villa adonde íbamos todos los años, me daban siempre las fiebres; pedí mi pensión a la señora y me he retirado. Soy rico; en lugar de los doce escudos de pensión a que podía aspirar, cuando más, la señora me dijo que con el fin de darme el ocio necesario para hacer versos (pues soy poeta en lengua vulgar), me concedía veinticuatro escudos, y el señor conde me ha dicho que si alguna vez era desgraciado, que no tenía más que ir a hablarle. He tenido el honor de conducir a monsignore durante una etapa cuando iba, como buen cristiano, a hacer un retiro a la cartuja de Velleja.

Fabricio miró a este hombre y le reconoció. Era uno de los cocheros más peripuestos de la casa Sanseverina.

-Ahora que soy rico —decía—, llevo como único traje una camisa rota y un calzón de tela.

Este calzón, que estuvo antaño teñido de negro, apenas le llegaba a las rodillas. Un par de zapatos y un mal sombrero completaban la indumentaria. Además, no se había afeitado desde hacia quince días. Mientras comía su tortilla, Fabricio charló con él, absolutamente de igual a igual; le pareció entender que Ludovico era el amante de la hostelera. Terminó rápidamente su almuerzo y dijo en voz baja a Ludovico:

-Tengo que decirle dos palabras.

-Vuestra Excelencia puede hablar sin miedo delante de ella; es una mujer buena de verdad —dijo Ludovico tiernamente.

-Pues bien, amigos míos -replicó Fabricio sin vacilar-, soy desgraciado y necesito vuestra ayuda. Ante todo, en mi asunto no hay nada de política; sencillamente he matado a un hombre, que quería asesinarme porque hablaba con su amante.

-¡Pobre joven! -dijo la hostelera.

-Vuestra Excelencia puede contar conmigo -exclamó el cochero, brillándole los ojos de vivísima devoción-. ¿Adónde quiere ir Vuestra Excelencia?

-A Ferrara. Tengo un pasaporte, pero preferiría no hablar con los guardias, que pueden tener conocimiento del hecho.

-¿Cuándo ha despachado usted al otro?

-Esta mañana a las seis.

-¿No tiene Vuestra Excelencia sangre en sus ropas? -dijo la hostelera.

-En eso estaba yo pensando -dijo el cochero-, y además el paño de esas prendas es demasiado fino; no se ven por nuestros campos muchos como ése y podría despertar curiosidad; voy a comprar ropa al judío. Vuestra Excelencia es casi de mi misma estatura, algo más delgado.

-Por Dios, no me diga Excelencia, que puede llamar la atención.

-¡Eh, oiga! ¿Y el dinero? ¡Vuelva acá! -gritó Fabricio.

-¡Qué habla usted de dinero! -dijo la hostelera-; tiene sesenta y siete escudos que están a su servicio. Yo misma añadí en voz más baja, tengo unos cuarenta escudos que ofrezco de muy buena gana; no siempre se lleva dinero encima cuando le ocurren a uno esos accidentes.

Fabricio se había quitado su chaqueta al entrar en la Trattoria, por el calor.

-Lleva usted un chaleco que podría darnos un disgusto si entrara ahora alguien; esa hermosa tela inglesa llamaría la atención.

La hostelera dio a nuestro fugitivo un chaleco de tela teñida de negro, de su marido. Entró en la tienda por una puerta interior un joven alto vestido con cierta elegancia.

-Es mi marido -dijo la hostelera. Pedro Antonio dijo luego a su marido, el señor es un amigo de Ludovico; le ha ocurrido un percance esta mañana, del lado de allá del río, y quiere fugarse a Ferrara.

-Pues le pasaremos -dijo el marido muy cortésmente; tenemos la barca; de Carlos José.

Daremos cuenta de otra debilidad de nuestro héroe, confesándola con tanta sencillez como hemos relatado su miedo en la oficina de la policía: Fabricio sentía venirle las lágrimas a los ojos; estaba profundamente enternecido por la perfecta devoción que encontraba en estos aldeanos: también pensaba en la bondad característica de su tía; hubiera querido poder hacer la fortuna de estas gentes. Ludovico volvió con un lío en la mano.

-Adiós, tú -le dijo el marido en tono de buena amistad.

-No se trata de eso -replicó Ludovico muy alarmado-. Empieza a hablarse de usted. Se ha notado que ha vacilado usted al entrar en nuestro vicolo y al abandonar la calle principal, como un hombre que trata de esconderse.

-Suba usted pronto al cuarto -dijo el marido.

El cuarto era grande y hermoso; en las ventanas, en lugar de cristales había una tela gris; veíanse cuatro camas de seis pies de ancho y cinco de alto cada una.

-Pronto, pronto -dijo Ludovico-; hay un imbécil de guardia recién llegado que se las da de guapo y se metió a cortejar a la de aquí abajo; tuve que predecirle que bien pudiera ocurrir un día que yendo por la carretera se encontrara con una bala; si ese perro oye hablar de Vuestra Excelencia, querrá jugaros una mala pasada; tratará de detenernos aquí para que adquiriera mala fama la Trattoria de la Teodolinda. ¡Cómo! -prosiguió Ludovico al ver la camisa manchada de sangre y las heridas vendadas con pañuelos, ¿el porto se defendió? Esto es cien veces más de lo preciso para que le detengan a usted. ¡Y yo, que no he comprado camisa!

Sin vacilar abrió el armario del marido y dio una de sus camisas a Fabricio, quien quedó pronto ataviado con traje de campesino rico. Ludovico descolgó una red que pendía de la pared, puso la ropa de Fabricio en el cesto donde se mete el pescado, bajó corriendo y salió rápidamente por una puerta trasera; Fabricio le seguía.

-Teodolinda -gritó al pasar por la tienda-, esconde lo que hay arriba, vamos a esperar en los sauces; y tú, Pedro Antonio, envíanos una barca en seguida, que se paga bien.

Ludovico y Fabricio salieron corriendo y pasaron más de veinte fosos. Unas planchas de madera larguísimas y muy elásticas servían de puente sobre los fosos más anchos; Ludovico retiraba esas planchas después de haber pasado. Cuando llegaron al último canal, retiró la plancha apresuradamente.

-Ahora respiremos -dijo-; ese perro de guardia tendrá que andar más de dos leguas si quiere alcanzar a Vuestra Excelencia. Está Vuestra Excelencia muy pálido dijo a Fabricio; no se me ha olvidado la botellita de aguardiente.

-Muy bien que viene; la herida del muslo comienza a dolerme, y además he tenido un miedo horrible en la oficina de policía, a la salida del puente.

-Ya lo creo -dijo Ludovico-; con una camisa llena de sangre como estaba la de usted, no concibo siquiera cómo se ha atrevido a entrar en semejante sitio. En cuanto a las heridas entiendo de eso: voy a buscar un sitio fresquito para que pueda usted dormir una hora;; la barca vendrá a buscarnos, si hay medio de obtener una barca; si no, cuando esté usted más descansado andaremos dos leguas cortas y llegaremos a un molino, en donde yo mismo tomaré una barca. Vuestra Excelencia tiene muchos más conocimientos que yo; la señora va a desesperarse cuando conozca el accidente; le dirán quizá que está Vuestra Excelencia herido de muerte o quizá que ha matado al otro a traición. La marquesa Raversi no dejará de esparcir cuantas murmuraciones puedan molestar a la señora. Vuestra Excelencia podría escribir.

-Y ¿cómo hacer llegar la carta?

-Los mozos del molino adonde vamos, ganan doce francos por día. Para ir a Parma necesitan día y medio, y piden cuatro francos por el viaje y. dos francos más por el desgaste de los zapatos. Si la comisión la desempeñan para un pobre hombre como yo, serian seis francos. Pero como es para el servicio de un señor, daré doce francos.

Llegaron a un bosquecillo fresquisimo de álamos y sauces, muy espeso. Ludovico se fue a buscar papel y tinta y tardó más de una hora en volver.

-¡Dios mío! ¡Qué bien estoy aquí! -exclamó Fabricio-. ¡Fortuna, adiós! No seré nunca arzobispo.

A su vuelta, Ludovico lo encontró profundamente dormido y no quiso despertarlo. La barca llegó hacia la caída de la tarde; cuando Ludovico la vio venir de lejos, llamó a Fabricio, el cual escribió dos cartas.

-Vuestra Excelencia tiene muchos más conocimientos que yo -dijo Ludovico en tono triste-, y mucho me temo que se disguste, diga lo que quiera, si añadido alguna cosa más.

-No soy tan tonto como usted cree -respondió Fabricio-, y diga usted lo que diga, siempre será usted para mi un fiel servidor de mi tía y un hombre que ha hecho cuanto ha podido para sacarme de un mal trance.

Hubo necesidad de mucho más apremio para que Ludovico se decidiera a hablar, y aun resuelto ya a decir lo que tenia que expresar, comenzó por un preámbulo que duró sus cinco minutos largos. Fabricio se impacientó, pero luego pensó: ¿A quién culpar?

A nuestra vanidad, que este hombre ha visto muy bien desde lo alto de su pescante. Por fin, la fiel adhesión de Ludovico le llevó a correr el riesgo de hablar claro.

-¡Qué no daría la marquesa Raversi por esas dos cartas que va Vuestra Excelencia a enviar a Parma! Son de su puño y letra, y por consiguiente constituyen una prueba judicial contra usted. Vuestra Excelencia va a tomarme por un curioso indiscreto y además quizá se avergüence de poner ante la



vista de la señora duquesa mis pobres palotes de cochero. Pero el cuidado de su seguridad es lo que me hace hablar así, aunque me tome Vuestra Excelencia por un impertinente. ¿Vuestra Excelencia no podría dictarme esas dos cartas? Entonces sólo yo estoy comprometido, y aun bien poco, porque en último término diría que se me apareció usted en medio de un campo con un tintero de cuerno en una mano y una pistola en la, otra, y me ordenó que escribiera.

-Venga esa mano, querido Ludovico exclamó Fabricio, y para demostrarle que no quiero tener secretos para un amigo como usted, copie esas dos cartas tal como están.

Ludovico comprendió toda la valía de esta confianza y la apreció con profunda emoción; pero escritas unas líneas, viendo que la barca avanzaba de prisa sobre el río:

-Más pronto terminaré -dijo a Fabricio- si Vuestra Excelencia quiere tomarse la molestia de dictármelas.

Terminadas las cartas, Fabricio escribió A y B en la última línea, y en un pedacito de papel, que luego arrugó, escribió en francés: Creed a A y B. El mensajero debía esconder en su ropa este papelito arrugado.

Ya la barca llegaba al alcance de la voz. Ludovico llamó a los barqueros con nombres que no eran los suyos; no contestaron y, abordaron a quinientas varas más abajo, mirando por todas partes para ver si no eran vigilados por algún carabinero.

-Estoy a sus órdenes -dijo Ludovico a Fabricio-; ¿quiere Vuestra Excelencia que lleve yo mismo las cartas a Parma? ¿Quiere que le acompañe a Ferrara?

-Acompañarme a Ferrara es un servicio que casi no me atrevía a pedirle a usted. Habrá que desembarcar, tratar de penetrar en la ciudad sin enseñar pasaporte. Confieso que siento la mayor repugnancia por viajar bajo el nombre de Giletti, y no veo que' nadie, sino usted, pueda comprarme otro pasaporte.

-¿Por qué no lo dijo Vuestra Excelencia en Casal-Maggiore? Conozco a un espía que me hubiera vendido un excelente pasaporte por cuarenta o cincuenta francos.

Uno de los dos marineros, que había nacido en la orilla derecha del Po y, por consiguiente, no necesitaba pasaporte extranjero para ir a Parma, se encargó de llevar las cartas. Ludovico sabía manejar el remo y se comprometió a llevar la barca con el otro.

-Vamos a encontrar en el bajo Po -dijo- varias barcas armadas de la policía. Sabré evitarlas.

Más de diez veces hubo que esconderse en medio de los islotes bajos, llenos de sauces. Tres veces pusieron pie a tierra para dejar pasar las barcas vacías delante de los botes de la policía. Ludovico aprovechó esos largos ratos de ocio para recitar a Fabricio algunos de sus sonetos. Los sentimientos eran exactos, pero perdían su energía por falta de expresión adecuada y no valía la pena de escribirlos; lo singular era que este ex cochero tenía pasiones y puntos de vista vivos y pintorescos; pero en cuanto escribía caía en la frialdad", y en la vulgaridad. Lo contrario de lo que vemos en el mundo, pensó Fabricio; todo ahora se expresa con elegancia y gracia, pero los corazones no tienen nada que decir. Comprendió

que el mayor gusto que podría dar a este fiel servidor era corregir las faltas de ortografía de sus sonetos.

-Se burlan de mí cuando presto mi cuaderno -decía Ludovico-; pero si Vuestra Excelencia se dignase dictarme letra por letra la ortografía de las palabras, ya los envidiosos no sabrían qué decir; la ortografía no constituye el genio.

Dos días después, de noche, pudo desembarcar Fabricio en un bosquecillo de álamos, una legua antes de llegar a Ponte Lago Oscuro. Todo el día permaneció oculto en un cañamar, y Ludovico le precedió a Ferrara donde alquiló un alojamiento en casa de un judío pobre, quien comprendió en seguida que podía ganar buen dinero si sabía callar. A la caída de la tarde, Fabricio entró en Ferrara montado en un caballo. Bien necesitaba esta ayuda; el calor habíale abrumarlo en el río; la puñalada del muslo y el golpe en el hombro que recibió al empezar el combate, se habían inflamado y tenía fiebre.

## XII

El judío, dueño de la habitación, había buscado un cirujano discreto, quien comprendiendo a su vez que había dinero en la bolsa, dijo a Ludovico que su conciencia le obligaba a dar parte a la policía de las heridas del hombre que Ludovico llamaba su hermano.

-La ley es clara –añadió-; es evidente que su hermano de usted no se ha herido a sí propio, como cuenta, al caerse de una escalera teniendo en la mano un cuchillo abierto.

Ludovico respondió con frialdad a ese honrado cirujano, que si se le ocurría ceder a las inspiraciones de su conciencia, tendría el honor, antes de dejar Ferrara, de caer encima de él con una navaja abierta precisamente en la mano. Cuando contó a Fabricio este incidente, Fabricio censuró su conducta; pero no había un instante que perder. Ludovico dijo al judío que quería que su hermano tomase un poco de aire; fue a buscar un coche, y nuestros amigos salieron de la casa para no volver. El lector encontrará, y sin duda, larguísimo los relatos de estas andanzas que hacia necesarias la falta de pasaporte. Este género de preocupación ya no existe

en Francia; pero en Italia y sobre todo en los alrededores del Po, todo el mundo habla de pasaporte. Salieron de Ferrara sin incidentes, como para dar un paseo. Ludovico despidió el coche, entró en la ciudad por otra puerta y volvió a buscar a Fabricio con una se dio la que había alquilado para caminar doce leguas. Llegaron cerca de Bolonia y se hicieron conducir, a campo traviesa, al camino que va de Florencia a Bolonia. Pasaron la noche en la más miserable de las posadas, y al día siguiente, sintiéndose Fabricio con fuerzas para andar un poco, entraron en Bolonia como si volvieran de un paseo. Habían quemado el pasaporte de Giletti, pues conocida, como debía serlo, la muerte del comediante, menos peligro había en ser detenidos por no llevar pasaporte, que por llevar el pasaporte de un hombre que había sido muerto.

Ludovico conocía en Bolonia a dos o tres criados de casa grande; quedó convenido que se entrevistaría con ellos. Les contó que viniendo de Florencia con su hermano menor, éste cansado y deseoso de dormir, le había dejado partir una hora antes de la salida del sol, para luego juntarse con él en la próxima aldea, en donde iban a pasar las horas de calor; pero Ludovico, viendo que su hermano no llegaba, decidió volver atrás y lo encontró herido de una pedrada y de varias puñaladas y robado, por unos individuos que le hablan buscado camorra. Ese hermano era guapo mozo, sabia cuidar los caballos y guiar un coche, leer y escribir, y quería encontrar colocación en alguna buena casa. Ludovico se reservaba, para otra ocasión buena que se presentara, decir que cuando cayó Fabricio, los ladrones se llevaron un saquito donde tenían su ropa blanca y los pasaportes.

A1 llegar a Bolonia, Fabricio, muy cansado y no atreviéndose a entrar sin pasaporte en una posada, se metió en la inmensa iglesia de San Petronio. Encontró allí una frescura deliciosa; pronta se sintió reanimado. ¡Qué ingrato soy, se dijo al punto; entro en una iglesia y voy a sentarme como si fuera un café! Se echó de rodillas y dio gracias a Dios con efusión, por la evidente protección que le rodeaba desde que había tenido la desgracia de matar a Giletti. El peligro que aún le hacía temblar era el de ser reconocido en la oficina de policía de Casal-Maggiore. ¿Cómo, pensaba, ese empleado cuyos ojos expresaban la sorpresa, que leyó y releyó tres veces mi pasaporte, no advirtió que no tengo cinco pies y diez pulgadas de estatura, de que no tengo treinta y ocho años y de que no estoy señalado por la viruela? ¡Cuántas gracias os debo, Dios mio! Y decir que hasta este instante he podido demorar el momento de prosternar mi indigno cuerpo a vuestros pies! Mi orgullo ha podido creer que a una vana prudencia humana se debía la felicidad de escapar del Spielberg, abierto ya para tragarme.

Fabricio estuvo más de una hora sumido en esta extrema emoción, en presencia de la bondad inmensa de Dios. Ludovico! se acercó sin que Fabricio lo oyera y se puso delante de él. Fabricio, que tenía la frente oculta en sus manos, alzó al cabeza y el fiel servidor vio las lágrimas correr por sus mejillas.

-Vuelva dentro de una hora -le dijo Fabricio con bastante dureza.

Ludovico perdonó el tono, porque vio la piedad. Fabricio recitó varias veces los siete salmos de la penitencia, que

se sabía de memoria; se detenía mucho en los versículos relacionándoles con su actual situación.

Fabrizio pidió perdón a Dios de muchas cosas. Pero lo notable es que no se le ocurrió contar entre sus faltas el proyecto de ser arzobispo por la protección del conde Mosca, primer ministro, quien pensaba que esa dignidad y la gran existencia que proporciona convenían al sobrino de la duquesa. Ese puesto lo había deseado sin pasión, es verdad, pero había pensado en él, exactamente como en un puesto de ministro o de general. No le vino a las mientes que su conciencia podía estar interesada en ese proyecto de la duquesa. Éste es un rasgo notable de la religión, que había aprendido con los jesuitas milaneses. Esta religión quita valor para pensar en las cosas habituales y prohíbe sobre todo el examen personal, como el más grande pecado, como un paso hacia el protestantismo. Para saber cuáles son las culpas de uno, hay que preguntárselo al cura o leer la lista de los pecados, tal como se encuentra impresa en los libros llamados: Preparación para el Sacramento de la penitencia. Fabrizio se sabía de memoria la lista de los pecados escrita en latín; la había aprendido en la academia eclesiástica de Nápoles. Así, al recitar esa lista, llegado que fue al artículo muerte, se había acusado ante Dios de haber matado a un hombre, si bien en defensa de su vida. Había pasado, rápidamente, sin prestar la menor atención, por los diferentes artículos relativos al pecado de simonía (adquirir por dinero las dignidades eclesiásticas). Si le hubiera alguien propuesto dar cien luses para conseguir ser nombrado primer vicario del arzobispo de Parma, hubiera rechazado horrorizado esa

idea; pero aunque no carecía ni de talento ni sobre todo de lógica, no se le ocurrió ni una sola vez que la influencia del conde Mosca, empleada en favor suyo, fuese simonía. este es el triunfo de la educación jesuítica; acostumbra a no prestar atención a cosas más claras que el día. Un francés, educado en medio de los personales intereses y de la ironía parisiense, hubiera podido, sin mala fe, acusar a Fabricio de hipocresía, en el instante mismo en que nuestro héroe abría su alma a Dios con la mayor sinceridad y la más profunda emoción.

No salió Fabricio de la iglesia hasta haber preparado la confesión que se proponía hacer al día siguiente. Encontró a Ludovico sentado en los escalones del inmenso peristilo de piedra que se alza en la Plaza Mayor, al frente de la fachada de San Petronio. Como el cielo es más puro después de la tormenta, así el alma de Fabricio estaba tranquila, feliz y como remozada.

-Me encuentro muy bien y apenas si siento mis heridas - dijo a Ludovico al acercarse-; pero ante todo, quiero pedirle a usted perdón; le he contestado con dureza cuando vino a hablarme en la iglesia; estaba haciendo examen de conciencia. Y ¿cómo van vuestros asuntos?

-De primera. He tomado un cuarto, poco digno, en verdad, de Vuestra Excelencia, en casa de la mujer de uno de mis amigos que es preciosa y además íntima amiga de uno de los principales agentes de la policía. Mañana iré a declarar que nuestros pasaportes nos han sido robados; esta declaración será tomada en cuenta; pero habrá que pagar el porte de la carta que la policía escribirá a Casal-Maggiore, para saber si existe en ese pueblo un llamado Ludovico San Micheli que



tiene un hermano llamado Fabricio, al servicio de la señora duquesa Sanseverina, de Parma. Todo ha concluido; sismo a cavallo<sup>8</sup>.

Fabricio se puso de pronto muy serio; rogó a Ludovico que le esperase un momento, volvió a la iglesia casi corriendo y apenas estuvo dentro, se echó de rodillas y besó humildemente las losas de piedra.

-Es un milagro, Señor -exclamó llorando-; cuando habéis visto mi alma dispuesta a entrar por el camino del deber, me habéis salvado. ¡Dios mío! Es posible que un día quede muerto en algún mal encuentro; recordad en el momento de mi muerte el estado en que se halla mi alma en este instante.

Con arrebatos de la más viva alegría, recitó Fabricio de nuevo los siete salmos de la penitencia. Antes de salir se acercó a una vieja que estaba sentada delante de una virgen, al lado de un triángulo de hierro sostenido verticalmente en un pie del mismo metal. Los bordes del triángulo estaban llenos de pinchos destinados a mantener derechos los pequeños cirios que la piedad de los fieles enciende delante de la famosa Virgen de Cimabue. Sólo habla siete cirios ardiendo, cuando Fabricio se acercó; anotó esa circunstancia en su memoria con la intención de meditar luego sobre ello, cuando estuviera más tranquilo.

-¿A cuánto el cirio? -preguntó a la vieja.

-A dos francos cada uno.

Y, en efecto, no eran más gordos que una pluma y no tenían ni un pie de largo.

-¿Cuántos cirios pueden ponerse aún en el triángulo?

---

<sup>8</sup> Refrán italiano: estamos salvados.

-Sesenta y tres, puesto que están ardiendo siete.

¡Ah!, pensó Fabricio; sesenta y tres y siete hacen setenta; esto hay que notarlo también. Pagó los cirios, colocó por sí mismo y encendió los siete primeros; luego se puso de rodillas para hacer una ofrenda y al levantarse dijo a la vieja:

-Es por una merced que me ha hecho Dios.

A1 volver a encontrar a Ludovico, Fabricio le dijo:

-Estoy muerto de hambre.

-No vayamos a la taberna; vayamos a nuestra casa; la dueña comprará lo preciso; nos robará y por eso mismo será más fiel a sus huéspedes.

-Pero eso significa que he de estarme una hora más muerto de hambre -dijo Fabricio riéndose con la serenidad de un niño.

Y entró en una taberna no lejos de San Petronio. Cuál no sería su sorpresa al ver en la mesa de al lado a Pepe, el primer ayuda de cámara de su tía, el mismo que fue a su encuentro a Ginebra, cuando volvía de Francia. Fabricio le impuso silencio con un gesto y después de haber almorzado rápidamente se levantó con una sonrisa en los labios; Pepe le siguió y, por tercera vez, nuestro héroe entró en San Petronio. Por discreción, Ludovico se quedó paseando por la plaza.

-¡Dios mío! ¡Monsignore! ¿Cómo están sus heridas? La señora duquesa está muy inquieta. Un día entero ha creído que estaba usted muerto, abandonado en alguna isla del Po. Voy a mandarle un correo en seguida. Le ando buscando a usted desde hace seis días; he pasado tres en Ferrara recorriendo todas las posadas.

-¿Tiene usted un pasaporte para mí?

-Tengo tres distintos; uno con los nombres y los títulos de Vuestra Excelencia; otro con el nombre sólo y un tercero con el nombre de José Bossi. Cada pasaporte está hecho en doble expedición, según que Vuestra Excelencia quiera llegar de Florencia de Módena. No hay más que dar un paseito fuera de la ciudad.

El señor conde verla con gusto que fuese usted a alojarse a la posada del Pelegrino, cuyo dueño es amigo suyo.

Fabricio, haciendo como si anduviera al azar, se adelantó por la nave de la derecha hasta el sitio en donde ardían los cirios. Su vista se fijó en la Virgen de Cimabue y luego dijo a Pepe, mientras se arrodillaba:

-Voy a dar gracias a Dios un momento.

Pepe hizo lo mismo. Al salir de la iglesia, Pepe advirtió que Fabricio daba una moneda de veinte francos al primer pobre que le pidió limosna. El mendigo lanzó gritos de gratitud que congregaron alrededor del caritativo señor a la nube de pobres de todo género que ordinariamente ocupa la plaza de San Petronio. Todos querían tener parte en el napoleón. Las mujeres, perdida la especie rama de penetrar en la turba que rodeaba a Fabricio, se precipitaron sobre él, preguntando a gritos si no era verdad que había dado el napoleón para que se repartiera entre todos los pobres de Dios. Pepe, blandiendo su bastón de puño de oro, les ordenó que dejaran en paz a Su Excelencia.

-Ah, Excelencia replicaron todas las mujeres con voz aún más aguda, dad otro napoleón de oro para las pobres mujeres. Fabricio apresuró el paso, las mujeres le siguieron

dando gritos, y muchos otros mendigos varones que acudían de todas las calles llegaron a formar una pequeña turba sediciosa. La muchedumbre, horriblemente sucia y enérgica, gritaba: Excelencia. Costó gran trabajo a Fabricio librarse del gentío; esta escena hizo que su imaginación descendiese a la realidad terrena. Tengo lo que merezco, dijo para sí, por haberme metido con la canalla.

Dos mujeres le siguieron hasta la puerta de Zaragoza, por donde se salta de la ciudad; Pepe las detuvo, amenazándolas con su bastón y echándoles algunas monedas. Fabricio subió por la encantadora colina de San Michele in Bosco, dio la vuelta a una parte de la ciudad, fuera de la muralla, siguió un sendero estrecho, llegó a quinientos pasos en la carretera de Florencia y luego entró en Bolonia, entregando gravemente al empleado de la policía un pasaporte en donde sus señas personales estaban exactísimamente anotadas. Este pasaporte le daba el nombre de José Bossi, estudiante de teología. Fabricio notó en él una manchita de tinta roja, como caída por casualidad, en el ángulo de la derecha de la parte inferior. Dos horas después llevaba Fabricio un espía detrás; la causa de esto era ese tratamiento de Excelencia que su compañero le habla dado delante de los pobres de San Petronio, aunque su pasaporte no llevaba ninguno de los títulos que autorizan a un hombre a hacerse llamar Excelencia por sus criados.

Fabricio vio al espía y se burló de él. Ya no pensaba ni en pasaportes ni en policía y se divertía de todo como un niño. Pepe, que tenía orden de quedarse con él, viéndolo muy contento de Ludovico, prefirió llevar él mismo tan bue-

nas noticias a la duquesa. Fabricio escribió dos cartas muy largas, dirigidas a las personas a quien más quería; luego se le ocurrió la idea de escribir una tercera al venerable arzobispo Landriani. Esta carta produjo un efecto maravilloso; contenía un exactísimo relato del combate con Giletti. El bueno del arzobispo, conmovidísimo, no dejó de ir a leer esta carta al príncipe, quien se dignó escucharla, curioso de ver cómo ese joven monsignore se las arreglaba para disculparse de tan espantoso homicidio. Los numerosos amigos de la marquesa Raversi, se encargaron de persuadir al príncipe y a toda la ciudad de Parma, de que Fabricio había pedido el auxilio de veinte o treinta aldeanos para matar a un cómico malo que tenía la insolencia de disputarle la pequeña Marietta. En las cortes despóticas, el primer intrigante hábil dispone de la verdad, como en París dispone de ella la moda.

-Pero ¡qué diablo! -decía el príncipe al arzobispo-, esas cosas se mandan hacer a otro; hacerlas uno mismo, no es costumbre; y, además, a un Giletti no se le mata, se le compra.

Fabricio no sospechaba en manera alguna lo que en Parma ocurría. En realidad tratábase de saber si la muerte de ese comediante, que ganaba en vida treinta y dos francos al mes, serviría para derribar al Ministerio y a su jefe, el conde Mosca.

A1 saber la, muerte de Giletti, el príncipe, picado por los ademanes de independencia que afectaba la duquesa, había ordenado al fiscal general Rassi que llevase todo este proceso como si se tratara de un liberan. Fabricio, por su parte, creía que un hombre de su rango estaba por encima de

las leyes; no calculaba que en los países en donde los grandes nombres nunca son castigados, la intriga lo puede todo, aun contra ellos. Hablaba muchas veces a Ludovico de su inocencia perfecta que pronto habría de ser proclamada; su argumento principal consistía en afirmar que no era culpable. A lo cual contestó un día Ludovico:

-No concibo cómo Vuestra Excelencia, que tiene tanto talento, tanta instrucción, se toma el trabajo de decirme todas esas cosas a mí, que soy su fiel servidor. Vuestra Excelencia usa demasiada precaución; esas cosas son buenas para ser dichas en público o ante un tribunal.

Este hombre se cree que soy un asesino, y no por eso me quiere menos, pensó Fabricio sorprendidísimo.

Tres días después de la marcha de Pepe, quedó atónito al recibir una carta enorme, cerrada con trencilla de seda, como en tiempos de Luis XIV, y dirigida A Su Excelencia reverendísima, Monseñor Fabricio del Dongo, primer gran vicario de la diócesis de Parma, canónigo, etc ....

Pero ¿soy yo todavía todas esas cosas?, preguntó riendo. La epístola del arzobispo Landriani era una obra maestra de lógica y de claridad; contaba nada menos que de diecinueve grandes páginas y relataba muy bien cuanto había ocurrido en Parma con motivo de la muerte de Giletti.

"Un ejército francés, mandado por el mariscal Ney, marchando sobre la ciudad, no hubiera producido un efecto mayor, decía el buen arzobispo. Salvo la duquesa y yo, mi muy amado hijo, todo el mundo cree que se ha dado usted el gusto de matar al histrión Giletti. Aunque le hubiera sucedido a usted esta desgracia, estas son cosas que se arreglan con

doscientos luises y seis meses de ausencia; pero la Raversi quiere aprovechar este incidente para derribar al conde Mosca. Lo que el público censura en su conducta de usted, no es el horrible pecado de homicidio, sino simplemente la torpeza o más bien la insolencia de no haberse dignado recurrir a un bulo (especie de subalterno matón) . Ésta es la traducción, en términos claros, de los discursos que oigo en mi derredor, porque desde esa desgracia, deplorable por siempre, voy todos los días a tres o cuatro casas de las más considerables para tener la ocasión de justificarle a usted. Nunca he creído que hacia un uso más santo de la poca elocuencia que el cielo se ha dignado concederme.”

Cayó la venda que cubría los ojos de Fabricio; las numerosas cartas de la duquesa, llenas de arrebatos de cariño, no se dignaban relatar nada. La duquesa le juraba que abandonaría Parma para siempre, si él no regresaba pronto triunfante. "El conde hará de ti, decía en la carta que acompañaba a la del arzobispo, cuanto sea humanamente posible. En cuanto a mí, ha cambiado mi carácter con tu aventura; ahora soy tan avara como el banquero Tombone; he despedido a todos mis obreros, he hecho más: he dictado al conde el inventario de mi fortuna, que ha resultado mucho menos considerable de lo que yo pensaba. Después de la muerte del excelente conde Pietranera, a quien, entre paréntesis, hubieras debido vengar, en vez de exponerte contra un ser como ese Giletti, me quedaban mil doscientos francos de renta y cinco mil de deudas; me acuerdo, entre otras cosas, que tenía dos docenas y media de zapatos de satén blanco que me habían mandado de París, y en cambio un solo par de zapa-

tos para andar por la calle. Estoy casi decidida a quedarme con los trescientos mil francos que me deja el duque, y que quería gastar por entero en un magnífico sepulcro. Además, la marquesa Raversi es tu principal enemiga, es decir, la mía. Si te aburres en Bolonia, di una sola palabra y me voy contigo. Ahí van otras cuatro letras de cambio, etc., etc.”

La duquesa no decía a Fabricio nada de la opinión que había en Parma sobre su asunto, porque ante todo quería consolarle, y además en todo caso le parecía que la muerte de un ser ridículo como el tal Giletti no podía ser, en serio, objeto de una acusación con un del Dongo. ¡Cuántos Giletti no han mandado al otro mundo nuestros antepasados, decía al conde, sin que nadie se haya empeñado en reprochárselo!

Fabricio, extrañado y vislumbrando por vez primera el estado verdadero de la cuestión, se puso a estudiar la carta del arzobispo. Por desgracia, el mismo arzobispo lo creta más enterado de lo que estaba en realidad. Fabricio comprendió que la Raversi triunfaba, principalmente porque era imposible encontrar testigos de vista del fatal combate. El ayuda de cámara que había llevado el primero la noticia a Parma, estaba en la posada de la aldea de Sanguigna cuando ocurrió el suceso. Mariettina y la vieja que servía de madre habían desaparecido, y la marquesa habla comprado al vetturino que guiaba el coche y que, ahora, prestaba una declaración abominable. "Aunque el sumario está rodeado del más profundo misterio, escribía el arzobispo en su estilo ciceroniano, y dirigido por el fiscal general Rassi, del que sólo la caridad cristiana me impide hablar mal, pero que ha hecho su fortuna encarnizándose con los desgraciados acusados



como el perro de caza con la liebre; aunque Rassi, cuya venalidad, cuya bajeza no puede evaluar la imaginación, haya sido encargado de la dirección del proceso por un príncipe irritado, he podido leer las tres declaraciones del vetturino. Por fortuna, el desgraciado se contradice. Y añadiré, ya que hablo a mi vicario general, al que ha de sucederme en la dirección de la parroquia en donde vive ese pecador perdido, querido hijo, aunque bajo el secreto de la confesión, que ese cura sabe ya, por la mujer del vetturino, el número de escudos que éste ha recibido de la marquesa Raversi. No me atreveré a decir que la marquesa le ha exigido que calumnie, pero el hecho es probable. Los escudos han sido entregados por un desgraciado sacerdote que desempeña cerca de la marquesa funciones asaz mezquinas y al que me he visto obligado a prohibir por segunda vez que diga misa. No le cansaré a usted, relatando varias otras gestiones que era justo esperar de mí y que además están dentro de lo que es mi obligación. Un canónigo, colega nuestro en la Catedral, que se acuerda con excesiva frecuencia de la influencia que le dan los bienes de fortuna de que, por la voluntad de Dios, ha resultado ser el único heredero, habiéndose permitido decir en casa del señor conde Zurla, ministro del Interior, que consideraba que esa bagatela estaba probada contra usted (hablaba del asesinato del desgraciado Giletti), lo mandé venir a mi presencia, y allí, ante mis otros tres vicarios generales, mi limosnero y dos curas que se hallában en el salón de espera, le rogué que nos comunicase, a nosotros sus hermanos, los elementos en que fundaba la convicción completa que decía haber adquirido contra uno de sus colegas de la

Catedral; el desgraciado no pudo articular más que razones muy poco concluyentes; todo el mundo 198 se alzó contra él, y aunque no creí deber añadir sino poquísimas palabras, rompió a llorar y nos confesó plenamente su error. Prometé guardar el secreto en mi nombre y en el de cuantas personas hablan asistido a esta conferencia, pero bajo la condición de que emplearía todo su celo en rectificar las falsas interpretaciones causadas por los discursos que venia profiriendo desde hacia quince días.

"No repetiré, querido hijo, lo que ya de seguro sabe usted desde hace tiempo, y es que de los treinta y cuatro aldeanos empleados en las excavaciones del conde Mosca, y que la Raversi pretende pagados por usted para ayudarle a cometer un crimen, treinta y dos estaban en el fondo de sus fosos ocupados en sus trabajos, cuando cogió usted el cuchilo de caza y lo empleó en defensa de su vida contra el hombre que le atacaba de improviso. Dos de ellos que estaban fuera del foso gritaron a los demás: ¡Asesinan a monseñor! Sólo este grito demuestra su inocencia de usted en todo su esplendor. Pues bien; el fiscal general Rassi pretende que estos dos hombres han desaparecido. Es más, se han encontrado ocho de los que estaban trabajando en el foso; en su primer interrogatorio, seis han declarado que oyeron el grito de: ¡Asesinan a monseñor! Yo sé indirectamente que, en el quinto interrogatorio que tuvo lugar ayer tarde, cinco han declarado que no se acuerdan bien de si oyeron directamente el grito o si les fue referido por sus compañeros. He dado órdenes para que se me haga saber dónde viven esos obre-

ros, y sus curas les harán comprender que se condenan si por unos escudos se permiten alterar la verdad.”

El bueno del arzobispo entraba en infinitos detalles, como puede juzgarse por los que hemos referido. Luego añadía en lengua latina:

"Este asunto es nada menos que un intento para cambiar el Ministerio. Si es usted condenado, no podrá ser sino a galeras o a muerte, en cuyo caso intervendré yo declarando desde mi cátedra arzobispal que sé que es usted inocente, que no ha hecho usted más que defender su vida contra un bribón, y que, en fin, le he prohibido a usted volver a Parma mientras aquí triunfen sus enemigos; hasta me propongo estigmatizar, como lo merece, al fiscal general; el odio contra este hombre es tan corriente como rara la estimación por su carácter. Pero, en fin, la víspera del día en que ese fiscal pronuncie tan injusta sentencia, la duquesa Sanseverina abandonará la ciudad y hasta quizá los Estados de Parma; en este caso, nadie duda de que el conde presentará su dimisión. Entonces, muy probablemente, subirá al Ministerio el general Fabio Conti, y triunfará la marquesa Raversi. Lo peor que hay en este negocio es que ningún hombre entendido se ha encargado de las gestiones necesarias para que resplandezca la inocencia de usted y sean impedidos los intentos de sobornar a los testigos. El conde cree que cumple esa misión; pero es demasiado gran señor para descender a ciertos detalles; además, en su calidad de ministro de Policía ha tenido que dar, en los primeros momentos, las más severas órdenes contra usted. En fin, ¿me atreveré a decirlo?, nuestro soberano señor le cree a usted culpable, o por lo menos finge

creerlo, y pone alguna irritación en este asunto." (Las palabras que corresponden a nuestro soberano señor y a finge creerlo estaban en griego, y Fabricio agradeció infinitamente al arzobispo el haberse atrevido a escribirlas. Cortó con un cortaplumas esta línea de la carta y la destruyó en seguida.)

Fabricio interrumpió veinte veces la lectura de esta carta, agitado por las comunicaciones del más vive agradecimiento: respondió en seguida en carta de ocho páginas. Muchas veces tuvo que alzar la cabeza para que las lágrimas no cayesen en el papel. Al día siguiente, releyendo la carta, al punto de cerrarla, halló su tono mundano en exceso. Voy a escribirla en latín, pensó; le parecerá más conveniente al digno arzobispo. Pero mientras construía hermosas frases latinas, bien largas, bien imitadas de Cicerón, recordó que un día el arzobispo hablándole de Napoleón, puso cierta afectación en llamarle Buonaparte; toda la emoción, que el día antes le hizo llorar, desapareció en un instante. ¡Oh, rey de Italia!, exclamó; esa fidelidad que tantos te han jurado mientras vivías, yo la guardaré después de tu muerte. Me quiere, sin duda, pero es porque soy y del Dongo y él es hijo de un burgués. Para no perder su hermosa carta italiana, Fabricio cambió algunas cosas y la envió al conde Mosca.

Aquel mismo día Fabricio se encontró en la calle a la pequeña Marietta, quien roja de contento, le hizo señas de que la siguiera sin hablarle, corrió a un pórtico solitario y se cubrió la cara con el encaje negro que llevaba por la cabeza, según la moda del país, para no ser conocida. Di media vuelta rápida y dijo:

-¿Cómo es que anda usted tan libremente por la calle?

Fabricio le contó su' historia.

-¡Dios mío, ha estado usted en Ferrara! ¡Y yo que le he buscado tanto por allí! Ha de saber usted que me peleé con la vieja porque quería llevarme a Venecia, en donde yo sabía muy bien que usted no podía ir por estar en la lista negra de Austria. He vendido mi collar de oro para venir a Bolonia; un presentimiento me decía O que iba a tener aquí la ventura de encontrar a usted. La vieja ha llegado dos días después que yo. No le aconsejo que venga usted a nuestra casa, pues le volvería a pedir dinero. Cosa que me llena de vergüenza. Hemos vivido muy bien desde el día que usted sabe, y no hemos gastado ni la cuarta parte de lo que usted le dio. No quisiera ir a ver a usted a la posada del Pelegrino; eso sería demasiado público. Alquile un cuartito en una calle solitaria y a la hora del Avemaría (a la caída de la tarde) estaré aquí, en este mismo pórtico.

Dicho esto echó a correr.

## XIII

Todas las ideas serias se desvanecieron en cuanto apareció esta amable persona. Fabricio empezó a vivir en Bolonia con profunda alegría y con la sensación de una perfecta seguridad. Esta ingenua disposición a encontrarse feliz con todo lo que llenara su vida, se traslucía en las cartas que mandaba a la duquesa, hasta el punto de que ésta se sintió algo molesta. Fabricio apenas si lo notó; escribió tan sólo con abreviaturas en la caja de su reloj: al escribir a la D. no decir nunca cuando era prelado, cuando era eclesiástico, que esto le desagradaba. Había comprado dos caballitos, con los que estaba muy contento; los enganchaba a un cochecillo de alquiler, siempre que la pequeña Marietta quería ir a ver algunos de esos encantadores parajes de la comarca boloñesa; casi todas las tardes la llevaba a la cascada del Reno. A la vuelta se detenía en casa del amable Crescentini, que se figuraba casi que era el padre de Marietta.

A fe mía, pensaba Fabricio, si ésta es la vida de café que tan ridícula me parecía para un hombre de cierto valer, hice

muy mal en rechazarla. Se olvidaba de que no iba al café más que para leer el Constitucional y de que, desconocido por completo de todo el mundo en Bolonia, los goces de la vanidad no entraban a formar parte de su actual felicidad. Cuando no estaba con Marietta, se le veía en el Observatorio, donde estudiaba astronomía; el profesor le manifestaba gran amistad, y Fabricio le prestaba sus caballos los domingos para que brillase con su mujer en el Corso de la Montagnola.

Aborrecía extraordinariamente hacer la desgracia de alguien por muy poco estimable que fuese. Marietta no quería en absoluto que viera, a la vieja; pero un día, estando la niña en la iglesia, subió a casa de la mamacia, quien al verle entrar se puso roja de ira. Ha llegado el momento de hacer aquí el del Dongo, pensó Fabricio.

-¿Cuánto gana Marietta al mes cuando está contratada? - exclamó con el mismo ademán indiferente con que un jovenzuelo que se respeta entra, en París, en los Bufos.

-Cincuenta escudos.

-Miente usted como siempre; diga usted la verdad, o, como hay Dios, que no tendrá ni un centavo.

-Pues bien; ganaba veintidós escudos en nuestra compañía de Parma, cuando tuvimos la desgracia de conocer a usted; yo ganaba doce escudos y dábamos a Giletti, nuestro protector, cada una la tercera parte de lo que nos correspondía. Todos los meses próximamente Giletti le hacía un regalo a Marietta, un regalito de unos dos escudos.

-Sigue usted mintiendo. Usted no recibía más que cuatro escudos. Pero si es usted buena con Marietta, la contrato

como si yo fuera empresario; todos los meses habrá doce escudos para usted y veintidós para ella; pero si veo que tiene los ojos hinchados, bancarrota.

-Se las da usted de generoso; pues bien, su hermosa generosidad nos arruina -respondió la vieja furiosa-, perdemos el argumento (la parroquia) . Cuando tengamos la enorme desgracia de vernos privadas de la protección de Vuestra Excelencia, ya no nos conocerán en ninguna compañía, todas estarán completas y no encontraremos contrata; por su culpa nos tendremos que morir de hambre.

-Vete al demonio -dijo Fabricio marchándose.

-No iré al demonio ¡impío!, sino sencillamente a la oficina de policía, y diré que es usted un monsignore que ha tirado los hábitos, y que se llama usted José Bossi, como yo.

Fabricio ya había bajado algunos escalones. Los volvió a subir.

-En primer lugar, la policía sabe mejor que tú cuál es mi verdadero nombre; pero si se te ocurre denunciarme, si cometes esa infamia -dijo muy serio-, Ludovico te dirá dos palabras, y no serán seis las puñaladas que recibirá tu cuerpo, sino dos docenas, que te tendrán medio año en el hospital, y sin tabaco.

La vieja se puso pálida. Se precipitó hacia él, cogió su mano y la quiso besar.

-Acepto agradecida la suerte que nos hace usted a Marietta y a mí. Tiene usted cara de ser tan bueno que le tomé por tonto, y, piénselo usted bien, otros, que no yo, pueden cometer el mismo error; le aconsejo que ponga de ordinario más cara de gran señor -y luego añadió con admirable des-



vergüenza:- Reflexionará usted sobre este buen consejo, y como el invierno está próximo nos regalará usted a Marietta y a mí dos buenos trajes de esa hermosa tela que vende el mercader gordo de la plaza de San Petronio.

El amor de la preciosa Marietta tenía para Fabricio todo el encanto de la más dulce amistad, lo que le hacía pensar en la felicidad de la misma especie que hubiera podido hallar cerca de la duques.

¿No es cosa graciosísima, pensaba alguna vez, que no sea yo capaz de sentir esa exclusiva y apasionada preocupación que llaman amor? Entre las relaciones que el azar me proporcionó en Nápoles o en Navarra, ¿he encontrado alguna vez una mujer cuya presencia me haya parecido, aun en los primeros días, preferible a un paseo en un bonito caballo desconocido? ¿No será que lo que llaman amor es otra mentira? Sí, sin duda, yo amo, lo mismo que a las seis tengo buen apetito. Y ¿con esa propensión algo vulgar iban a hacer esos embusteros el amor de Otello, el amor de Tancredo? ¿O deberé pensar que estoy organizado de modo diferente que los demás hombres? Mi alma carecerá de una pasión. ¿Por qué? ¡Singular destino! En Nápoles, sobre todo en los últimos tiempos, Fabricio había encontrado mujeres, que orgullosas de su rango, de su belleza, de la posición que ocupaban en el mundo los adoradores que ellas habían sacrificado en aras de Fabricio, habían tenido la pretensión de dirigir su vida y mandar en él. En vista de este proyecto, Fabricio había roto del modo más escandaloso y rápido. Pues bien, pensaba, si me dejo arrastrar algún día por el placer, sin duda vivísimo, de estar bien con esa mujer preciosa que lla-

man la duquesa Sanseverina, haré exactamente lo que ese imprudente francés que mató la gallina de los huevos de oro. A la duquesa es a quien debo la única ventura que me han hecho experimentar los sentimientos tiernos; mi amistad por ella es mi vida, y sin ella ¿qué soy? Un pobre desterrado, atendido a una vida miserable en un castillo ruinoso de los alrededores de Novara.

Me acuerdo de que en otoño, en la época de las grandes lluvias, tenía que atar encima de la cama un paraguas abierto. Montaba los caballos del apoderado, quien lo sufría por respeto a mi sangre azul; pero ya empezaba a pensar que mi estancia allí se iba alargando demasiado; mi padre, que me había fijado una pensión de mil doscientos francos, creía que se condenaba por dar pan a un jacobino. Mi pobre madre y mis hermanos se privaban de trajes para ponerme en situación de hacer regalitos a mis queridas. Partíame el corazón este modo de ser generoso. Además, ya empezaba a sospecharse mi miseria y ya los jóvenes nobles del contorno iban a tenerme consideración. Tarde o temprano, algún fatuo habría dejado traslucir su desprecio hacia un jacobino pobre y desgraciador en sus propósitos, pues para aquella gente no era yo otra cosa. Hubiera dado o recibido algún pinchazo que me habría conducido a la fortaleza de Fenestrelles u obligado a refugiarme otra vez en Suiza, con mis mil doscientos francos de siempre. Tengo la fortuna de deber a la duquesa la ausencia de todos esos males; además, ella es la que siente hacia mí los arrebatos de cariño que debería yo sentir hacia ella.

En lugar de esa vida ridícula y mezquina, que habría hecho de mí un animal triste y un necio, vivo desde hace cuatro años en una gran ciudad, tengo un coche excelente, todo lo cual me ha librado de conocer la envidia y todos los bajos sentimientos provincianos. Esa amabilísima tía mía me regaña siempre porque no tomo bastante dinero en el banco. ¿He de emponzoñar para siempre esta admirable situación? ¿He de perder la única amiga que tengo en el mundo? Para ello bastaría decir una mentira, bastaría que a una mujer encantadora y acaso única en el mundo, hacia la cual siento la más apasionada amistad, le dijera: te amo, yo, que ignoro lo que es tener amor. Se pasaría ella el día reprochándome como un crimen la falta de esos arrebatos, que desconozco. Marietta, por el contrario, no lee en mi corazón; toma una caricia por un arrebato del alma, me cree loco de amor y se considera la más feliz de las mujeres.

En realidad, no he conocido un poco de esa tierna preocupación que llaman, creo, amor, más que con aquella joven Aniken de la posada de Zonders, en la frontera belga.

Con gran disgusto vamos a referir aquí una de las peores acciones de Fabricio. En medio de esta vida tranquila, un miserable pique de vanidad se apoderó de este corazón rebelde al amor y lo condujo muy lejos. Al mismo tiempo que él, hallábase en Bolonia la famosa Fausta F..., una de las primeras cantantes sin disputa, de nuestra época y acaso la más caprichosa mujer que se haya conocido. El excelente poeta veneciano Burati le había compuesto aquel famoso soneto satírico que recitaban entonces los príncipes y los últimos pilletes de las plazuelas.

"Querer y no querer, adorar y aborrecer en un día mismo, estar contenta sólo en la inconstancia, despreciar lo que el mundo adora, cuando lo adora, todos esos defectos y muchos otros más tiene la Fausta. Si imprudente la miras, olvidarás sus caprichos. Si tienes la ventura de escucharla, te olvidas a ti mismo, y si en un instante hace charla, te olvidas de ti mismo, y en un instante hace de ti el amor lo que Circe antaño hizo de los compañeros de Ulises."

Por el momento, ese milagro de belleza se encontraba bajo el encanto de las enormes patillas y de la elevadísima insolencia del joven conde M..., hasta el punto de no rebelarse contra los abominables celos del galán. Fabricio vio a ese conde por las calles Bolonia, y encontró chocante el aire de superioridad con que ocupaba la acera y se dignaba a exhibir sus encantos al público. Joven, muy rico, creía que todo le era permitido; y como sus prepotencias habían sido causa de que le dirigieran amenazas graves, salía sino rodeado de ocho o diez buli (matones) vestidos con librea y que había mandado venir de sus tierras de los alrededores de Brescia. Las miradas de Fabricio habíanse cruzado una o dos veces con las de este terrible conde, cuando por casualidad Fabricio oyó cantar a la Fausta. Admiróse de la dulzura angelical de su voz; no podía figurarse nada semejante; proporcionóle el canto de Fausta sensaciones de suprema felicidad que contrastaban con la placidez de su vida actual. ¿Será esto amor?, pensó. Curioso por ver si experimentaba ese sentimiento y pensando divertirse un poco de las bravatas del conde M..., cuyo aspecto era más terrible que el de un sargento, nuestro héroe

dio en la niñada de pasearse delante del palacio Tanari, que el conde M... había alquilado para Fausta.

Un día, a la caída de la tarde, Fabricio trataba de que lo viera Fausta, cuando fue saludado por las risotadas marcadísimas del buli del conde, apostados en la puerta del palacio Tanari. Corrió su casa, tomó buenas armas y volvió a pasar delante del palacio Fausta, detrás de sus persianas esperaba esa vuelta, y se la tus muy en cuenta., M..., que tenía celos de todo el mundo, los tus especialmente del señor José Bassi y se irritó hasta proferir frases ridículas,, Nuestro héroe entonces le mandó todas las mañanas una cartita con sólo estas palabras:

"El señor José Bassi mata los insectos incómodos, y está alojada en el Pelegrino, vía Larga, número 79."

El conde M..., acostumbrado al respeto que en todas partes aseguraban su fortuna enorme, su sangre azul y los treinta matones, no quiso comprender lo que decía este billetito.

Fabricio escribió cartas a Fausta. M... puso espías a su rival quien acaso no desagradaba a la hermosa. Conoció primero verdadero nombre y supo además que por el momento no podía presentarse en Parma. Pocos días después el conde M..., sus buli sus magníficos caballos y Fausta marcharon a Parma.

Fabricio, excitado su amor propio, se fue detrás. En vano buen Ludovico le hizo patéticas advertencias; Fabricio lo mandó paseo, encantado además de un viaje que le acercaba a su precio; amante, la hostelera de Casal-Maggiore. Ludovico buscó a ocho diez antiguos soldados de los regimientos

de Napoleón, que entre ron en casa del señor José Bossi, con el nombre de criados. Con tal de no tener comunicación alguna ni con el ministro de Policía, ni con la duquesa, soy yo sólo el que se expone, pensaba Fabricio mientras cometía la locura de seguir a Fausta. Luego le diré a mi tía que iba en busca del amor, esa cosa hermosa que no he encontrado jamás. El hecho es que pienso en Fausta, aun cuando no la veo... Pero lo que amo ¿es su persona o el recuerdo de su voz? Como ya no pensaba en la carrera eclesiástica, Fabricio se había dejado crecer unos bigotes y unas patillas casi tan terrible como las del conde M... Esto lo disfrazaba un poco. Estableció su cuartel general, no en Parma, sino en una aldea próxima, en medio del bosque, en el camino de Sacca, donde estaba el castillo de su tía. Siguiendo los consejos de Ludovico, anuncióse como el ayudante de cámara de un gran señor inglés, muy original, que gastaba cien mil francos al año en cazar y que iba a llegar dentro de poco de lago de Como, en donde estaba pescando truchas. Por fortuna, el precioso palacete que el conde M... había alquilado para la hermosa Fausta estaba en el extremo sur de Parma, en el camino de Sacca precisamente, y las ventanas de Fausta daban a las hermosas avenidas de grandes árboles que se extienden bajo la alta torre de la fortaleza. Fabricio no era conocido en aquel barrio solitario mandó a uno de los suyos que siguiera al conde M... , y un día que éste acababa de salir de casa de la admirable cantante, tuvo la audacia de presentarse en la calle en pleno día; iba, es cierto montado en un excelente caballo y bien armado. Unos músicos y esos que andan por las calles de Italia y que, a veces, son excelentes vinieron á

colocar sus contrabajos delante de la ventana de Fausta, y después de un preludio cantaron bastante bien una cantata en honor suyo. Fausta salió a la ventana y advirtió en seguida que un joven muy cortés, montado a caballo y parado en medio de la calle la saludaba primero y empezaba en seguida a lanzarle miradas nada equívocas. A pesar del exagerado traje inglés adoptado por Fabricio Fausta conoció bien pronto al autor de las cartas apasionadas que ocasionaron su marcha de Bolonia. ¡Qué hombre más extraño! dijo para sí; me parece que voy a quererle. Tengo cien luises; puede muy bien dejar plantado a ese terrible conde M... Ahora caigo en que el conde no tiene ingenio y carece de invención; si me divierte algo es sólo por la facha tremenda de sus criados.

Al día siguiente supo Fabricio que Fausta iba todos los días hacia las once, a oír misa al centro mismo de la ciudad, a esa iglesia de San Juan en donde se hallaba el sepulcro de su tíoabuel o el arzobispo Ascanio del Dongo. Se aventuró a seguirla. En verdad Ludovico le había proporcionado una hermosa peluca inglesa con un pelo rojo admirable. Sobre el color del pelo, que era el de la llamas que en su corazón ardían, hizo un soneto que Fausta hallen cantador; una mano desconocida lo había dejado sobre el piano. Este pequeño asedio duró sus ocho días; pero Fabricio veía que a pesar de todo, no progresaba realmente: Fausta se negaba a recibirle. Exageraba Fabricio el matiz de singularidad. Fausta ha dicho más tarde que le tenía miedo. Lo único que retenía aún a Fabricio era un resto de esperanza de sentir lo que se llama amor; pero muchas veces se aburría.

-Vámonos, señor -repetía Ludovico-; usted no está enamorado. Veo que tiene usted una sangre fría y un buen sentido desesperantes. Además, nada consigue; por pura vergüenza, vámonos.

Fabricio estaba ya a punto de marcharse en el primer momento de mal humor, cuando supo que Fausta iba a cantar en casa de la duquesa Sanseverina. Quizá esa voz sublime acabe de inflamar mi corazón, pensó. Y tuvo la audacia de introducirse disfrazado en ese palacio en donde todos los ojos lo conocían. Représéntese el lector la emoción de la duquesa cuando, hacia el final del concierto vio a un hombre vestido de cazador, de pie cerca de la puerta de gran salón; su aire le recordó a alguien. Buscó al conde Mosca quien entonces le contó la insigne y verdaderamente increíble locura de Fabricio. El conde acogía muy bien esta aventura, pues es amor por otra mujer que no era la duquesa le agradaba mucho perfecto caballero, en todo lo que no era política, obraba según esta máxima: que no podía hallar la felicidad, sino en cuanto que la duquesa fuera feliz.

-¡Lo salvaré contra sí mismo -dijo a su amiga-; ¡piense usted en la alegría de nuestros enemigos si lo detuvieran en este palacio. Por eso tengo aquí más de cien hombres míos, por eso le he mandado a usted pedir las llaves del estanque grande. Se las da locamente enamorado de la Fausta, y todavía no ha podido quitársela al conde M..., quien proporciona a esa loca una vida de reina.

La fisonomía de la duquesa reflejó un dolor vivísimo; Fabricio pues, no era sino un libertino totalmente incapaz de un sentimiento tierno y serio.



-¡Y no habernos visto! ¡Nunca se lo perdonaré! -dijo en fin-. ¡Y yo, que le escribo todos los días a Bolonia!

-Me parece muy bien su discreción -replicó el conde;- quiere comprometernos con su aventura; será gracioso oírsela contar.

Era Fausta demasiado loca para saber callar lo que la tenía preocupada. Al día siguiente del concierto, cuyas melodías todas había dedicado a ese joven alto vestido de cazador, habló al conde M... de un atentado desconocido.

-¿Dónde lo ves? dijo el conde furioso.

-En las calles, en la iglesia -respondió Fausta, cortada.

Quiso en seguida remediar su imprudencia o al menos alejar de la mente del conde todo lo que pudiera hacerle pensar en Fabricio; se lanzó en una minuciosa descripción de un joven alto, de pelo rojo, de ojos azules; sin duda era un inglés muy rico y muy torpe o algún príncipe. Al oír esto el conde M..., que no brillaba por la exactitud de sus deducciones, fue a figurarse ¡deliciosa vanidad! que su rival no era otro sino el príncipe heredero de Parma. Este pobre joven melancólico, entregado a la guarda de cinco o seis preceptores, subpreceptores, maestros, etc., etc., que no le dejaban salir sin haber antes celebrado consejo, lanzaba miradas extrañas a todas las mujeres de regular belleza que le era permitido ver. En el concierto de la duquesa, su alto rango lo había colocado delante de todo el público, en un sillón, a tres pasos de la bella Fausta. Sus miradas habían molestado mucho al conde M... Esta locura, hija de una refinada vanidad: ¡tener por rival a un príncipe!, divirtió mucho a Fausta, quien se dio el gusto

de confirmar tal sospecha por medio de mil pequeños detalles ingenuamente relatados.

-Su familia de usted -dijo al conde- ¿no es tan antigua como la de los Farnesio, a la que pertenece ese joven?

-¿Qué quiere usted decir? ¿Tan antigua? Yo no tengo bastardos en mi familia<sup>9</sup>.

La casualidad dispuso que el conde M... no pudiera nunca ver a sus anchas a su supuesto rival, lo que le confirmó en la halagüeña idea de que tenía por contrincante a un príncipe. En efecto; cuando los intereses de su asunto no llamaban a Fabricio a Parma, permanecía en los bosques, que se extienden hacia Sacca y en las orillas del Po. El conde M... estaba mucho más orgulloso, pero también usaba de más prudencia, desde que se imaginaba que un príncipe estaba disputándole el corazón de la Fausta. Rogó muy seriamente a su amiga que pusiera en su conducta el mayor recato. Después de echarse a sus pies, como un amante apasionado y celoso, le dijo muy claramente que su honor estaba interesado en que ella no fuera víctima del joven príncipe.

-Permitid; no sería yo una víctima si le amase; nunca he visto un príncipe a mis plantas.

-Si cede usted -replicó él con mirada altanera no podré quizá vengarme del príncipe, pero de seguro que me vengaré y salió dando portazos.

Si en este momento llega a presentarse Fabricio, tenía su pleito ganado.

---

<sup>9</sup> Pedro Luis, primer soberano de la familia de Farnesio, tan célebre por sus virtudes, fue, como es sabido, hijo natural del Santo Papa Pablo III.

-Si tiene usted apego a la vida -dijo por la noche al despedirse de Fausta, después del espectáculo-, que no sepa yo nunca que el joven príncipe ha penetrado en su casa. Contra él nada puedo; pero no me haga usted recordar que contra usted lo puedo todo.

-¡Ay, mi Fabricio -exclamó Fausta-, si yo supiera dónde encontrarte!

La vanidad herida puede llevar muy lejos a un joven rico, rodeado desde la cuna de aduladores. La pasión muy cierta que el conde M... había sentido por Fausta, se despertó con furor. No le detuvo la perspectiva peligrosa de luchar con el único hijo del soberano, en cuyos Estados se encontraba. Tampoco, asimismo, tuvo talento de tratar de ver al príncipe o por lo menos de mandar que le siguieran. No pudiendo atacarlo de otro modo, el conde M. . . se atrevió a pensar en ridiculizarlo.

-Seré expulsado para siempre de los Estados de Parma -dijo-; pero ¡qué me importa!

Si hubiera intentado descubrir la posición del enemigo, el conde M... hubiera sabido que el pobre joven príncipe no salía nunca, como no fuera seguido por tres o cuatro ancianos, tristes guardianes de la etiqueta, y que el único placer de que libremente podía gozar era la mineralogía.

De día y de noche el palacete que ocupaba Fausta, y al que acudía en masa la buena sociedad de Parma, estaba rodeado de espías. El conde M... sabía, hora por hora, lo que Fausta hacía, y sobre todo lo que se hacía alrededor de ella. En las precauciones tomadas por este celoso, es de alabar el cuidado que puso en que esta mujer tan caprichosa no tuviera

ra noticia del aumento de vigilancia. Los partes de sus agentes informaban al conde M. . . de que un hombre muy joven, con una peluca de pelo rojo, se presentaba muy a menudo frente a los balcones de Fausta, pero siempre con un nuevo disfraz. Evidentemente es el joven príncipe, decíase M. . . ; pues si no, ¿por qué iba a disfrazarse? Pues, ¡vive Dios!, que un hombre como yo no ha de cederle el paso. Si no fuera por las usurpaciones de la república veneciana, también yo sería príncipe soberano.

El día de San Stefano, los partes de los espías tomaron un color más sombrío; parecían indicar que Fausta empezaba a corresponder a las atenciones del desconocido. Puedo marcharme al instante con esta mujer, pensó el conde M... Pero ¡qué! En Bolonia he huído ante del Dongo. ¿Voy aquí a huir ante el príncipe? ¡Qué diría ese joven! Podría pensar que ha conseguido amedrentarme. Y, ¡por Dios!, que soy de tan buena casa como él. M... estaba furioso, pero para colmo de desgracia no quería por nada del mundo ponerse en ridículo ante Fausta, que conocía burlona. El día de San Stefano, pues, habiendo pasado una hora con ella, tratado con un afecto que le pareció el colmo de la falsedad, la dejó, hacia las once, vistiéndose para ir a misa a la iglesia de San Juan. El conde M... volvió a su casa, se puso el traje negro raído de un estudiante de teología, y corrió a San Juan. Buscó sitio detrás de uno de los sepulcros, que están en la tercera capilla de la derecha; veía cuanto ocurría en la iglesia, mirando por encima del brazo de la estatua de un cardenal arrodillado sobre su tumba; esta estatua daba sombra al fondo de la capilla y lo ocultaba. bastante bien. Pronto vio venir a Fausta,

más hermosa que nunca. Iba ataviada divinamente, y veinte adoradores de la mejor sociedad la acompañaban. La sonrisa y la alegría veíanse en sus labios y en sus ojos. Es evidente, pensó el desgraciado celoso, que espera encontrar aquí al hombre a quien ama, y a quien por mi culpa no ha visto acaso hace mucho tiempo. De pronto, la más viva felicidad pareció brillar en los ojos de Fausta. Ahí está mi rival, pensó M. ..., y su furor de vanidad no conoció límites. ¡Qué papel es el que estoy haciendo, sirviendo de pantalla a un joven príncipe disfrazado! Pero por mucho que inquiría no podía descubrir a ese rival que sus miradas hambrientas buscaban por todas partes.

A cada instante Fausta, después de recorrer con la vista toda la iglesia, acababa por mirar atentamente, con mirada amorosa y feliz, hacia el rincón obscuro en donde M... estaba oculto. En un corazón apasionado el amor suele exagerar los más leves matices y saca de ellos consecuencias a veces muy ridículas. El pobre M... acabó por persuadirse de que Fausta lo había visto, y que habiéndose dado cuenta, a pesar de todo, de sus celos mortales, quería reprochárselos y al mismo tiempo consolarle con tiernas miradas.

El sepulcro del cardenal, detrás del cual M... se había puesto en acecho, se levanta cuatro o cinco pies sobre el pavimento de mármol de San Juan. Terminó hacia la una la misa de moda, 1 la mayor parte de los fieles se marcharon; Fausta despidió a lo elegantes de la ciudad, con el pretexto de que tenía que seguir rezando; se quedó arrodillada en su silla y sus ojos, más tiernos brillantes que nunca, estaban fijos en W... Como ya no había e~ la iglesia sino muy pocas

personas, sus miradas no se tomaban e trabajo de recorrerla toda, antes de detenerse felices en la estatua del cardenal. ¡Qué delicadeza!, pensaba el conde M... creyéndose mirado. Por último Fausta se levantó y salió bruscamente haciendo con las manos unos movimientos extraños.

M. ., ebrio de amor y casi curado de sus locos celos, abandonaba su puesto para volar al palacio de su amada y darle las más efusivas gracias, cuando al pasar delante del sepulcro del cardena vio a un joven vestido de negro: este funesto individuo había esta do todo el tiempo arrodillado junto al epitafio del sepulcro, de suerte que las miradas del celoso amante pasaban por encima de su cabeza y no podían alcanzarle.

El joven se levantó, echó a andar a prisa, y en el mismo instante fue rodeado por siete u ocho personajes bastante mal encara dos que parecían pertenecerle. M . . . echó a correr tras él; pero sin que la cosa fuese demasiado marcada, detuviéronse en la angostura formada por la puerta de madera, a la salida, los hombres que protegían a su rival. Por último, cuando llegó detrás de ellos a la calle, no pudo ver más que una portezuela que se cerraba y un coche de escasa apariencia, que por extraño contraste iba tirado por dos excelentes caballos. En un instante todo desapareció di su vista.

Volvió a su casa jadeante de furor. Pronto llegaron sus espías quienes le informaron fríamente de que aquel día el amante misterioso, disfrazado de sacerdote, se había arrodillado muy devota mente junto a un sepulcro situado a la entrada de una capilla oscura de la iglesia de San Juan. Fausta había permanecido en la iglesia hasta que quedó casi desierta,

y había cambiado entonces algunas señas con el desconocido, haciendo unas cruces con la; manos. M... fue corriendo a casa de la infiel, quien por primer vez no pudo ocultar su turbación y le contó, con la mentida ingenuidad de una mujer apasionada, que había ido a San Juan, como de costumbre, pero que no había visto al hombre que la perseguía. Al oír esto, M..., fuera de sí, la trató como a la última de las mujeres, le dijo todo lo que él mismo había visto, y, como la audacia de las mentiras crecía con la vivacidad de las acusaciones, cogió su puñal y se precipitó sobre ella. Con gran sangre fría dijo entonces Fausta:

-Pues bien; todo eso de que se queja usted es la pura verdad, pero he querido ocultarlo para no lanzar su audacia de usted a proyectos insensatos que nos perderían a ambos. Porque, sépalo de una vez: según mis conjeturas, el hombre que me persigue con sus atenciones es uno que no puede hallar obstáculos a sus voluntades, por lo menos en este país.

Después de recordar muy hábilmente que, en resumidas cuentas, M... no tenía derechos sobre ella, Fausta acabó diciendo que probablemente no iría a la iglesia de San Juan. M... estaba locamente enamorado; un poco de coquetería había podido unirse a la prudencia en el corazón de la joven; sintióse desarmado. Pensó irse de Parma; el joven príncipe por muy poderoso que fuese no podría seguirle, y si lo seguía ya era su igual. Pero el orgullo vino de nuevo a presentarle esa marcha como una fuga, y el conde M... se obstinó en no pensar en ello.

No sospecha la presencia en Parma de mi Fabricio, pensó la cantante con alegría; ahora vamos a poder burlarnos de él preciosamente.

Fabricio no adivinó su ventura; como al día siguiente hallara muy bien cerradas las ventanas de Fausta y no pudiera ver a la joven en ninguna parte, empezó la broma a parecerle larga. Sentía remordimientos. ¡En qué situación estoy dejando al pobre conde Mosca, ministro de Policía! Le crearán cómplice mío. Y resultará que he venido a este país a quebrar su fortuna. Pero si abandono un proyecto tan largo y tan obstinadamente seguido, ¿qué dirá la duquesa de, mis intentos de amor, cuando se los cuente?

Una noche, decidido casi a dejarlo todo, meditaba sobre la moral, paseándose debajo de los grandes árboles que separan el palacio de Fausta de la fortaleza, cuando notó que le seguía un espía de muy pequeña estatura; en vano para despistarle dio vueltas por varias calles, siempre aquel ente microscópico parecía adherido a sus pasos. Harto ya, se metió Fabricio en una calle solitaria situada a lo largo del río Parma y en donde su gente estaba escondida; hizo una señal, y los suyos se echaron sobre el pobre pequeño espía que se precipitó de rodillas; era Bettina, la camarera de Fausta,. Después de tres días de aburrimiento y de reclusión, se había disfrazado de hombre para poder escapar al puñal del conde M..., que tenía atemorizadas a ella y a su ama,, y había decidido ir a decir a Fabricio que su señora le amaba con pasión y ardía en deseos de verle, pero que no podía ir a la misa de San Juan Ya era tiempo, pensó Fabricio. ¡Viva la insistencia!



La camarerita era preciosa; disipáronse los pensamientos morales de Fabricio. Bettina contó que el paseo y todas las calle; por donde había pasado Fabricio aquella noche, estaban cuidadosamente guardadas, sin que lo pareciera, por espías de M... Habían alquilado cuartos en los pisos bajos y principales y oculto detrás de las persianas, guardando un profundo silencio, observaban cuanto ocurría en la calle, solitaria en apariencia, y oía: cuanto se decía.

-Si los espías hubieran reconocido mi voz -dijo Bettina- me apuñalaban sin remedio al volver a casa; y quizá a mi ama también. Este terror le prestaba un encanto que Fabricio supo apreciar.

-El conde M... -siguió diciendo- está furioso, y la señor sabe que es capaz de todo... La señora me ha encargado que le diga que quisiera estar con usted a cien leguas de aquí.

Entonces contó la escena del día de San Stefano y el furor de M , que había visto todas las miradas y las señas de amor que Fausta, loca por Fabricio, le hizo aquel día. El conde había sacad su puñal, había cogido a Fausta por el pelo, y la hubiera matad sin la presencia de ánimo de la señora.

Fabricio hizo subir a la preciosa Bettina a un cuartito que tenía alquilado por allí cerca. Le dijo que era de Turín, hijo de un gran personaje que en ese momento se hallaba en Parma, por lo cual se veía obligado a guardar mucha reserva. Bettina le respondiend que era mucho más gran señor de lo que quería parecer. Nuestro héroe necesitó algún tiempo para comprender que la encantadora muchacha le tomaba nada menos que por el príncipe heredero. Fausta empezaba

a tener miedo y a amar a Fabricio; había cuidado mucho de no pronunciar este nombre delante de la camarera y en cambio, hablaba del príncipe. Fabricio acabó por confesar a la preciosa niña que había adivinado.

-Pero si mi nombre suena -añadió entonces-, a pesar de pasión grandísima de que tantas pruebas he dado a tu señora, me veré obligado a no volverla a ver; y los ministros de mi padre, esos infames a quienes despediré algún día, le darán la orden de abandonar este país que hasta hoy ha embellecido con su presencia.

Ya de madrugada, Fabricio combinó con la camarerita varios proyectos de entrevista con Fausta; mandó llamar a Ludovico a otro de sus criados, muy diestro y hábil, quienes se entendieron con Bettina, mientras que él escribía a Fausta la carta más extravagante del mundo; la situación entrañaba todas las exageración de la tragedia y Fabricio no dejó de utilizarlas. Separóse de la camarera al rayar el día; ella iba contentísima del joven príncipe.

Habíase dicho y repetido cien veces, durante esta entrevista, que ya que Fausta y su amante estaban de acuerdo, éste no volvería a pasar por delante del palacete hasta que pudiera ser recibido en él; en este caso se le haría una señal convenida. Pero Fabricio, enamorado de Bettina y creyendo que ya era inminente el desenlace con Fausta, no pudo quedarse en su aldea, a dos leguas de Parma. Al día siguiente, a las doce de la noche, vino a caballo y bien acompañado a cantar debajo de la ventana de Fausta una canción de moda, cuya letra varió. ¿No es así como hacen los enamorados?, pensaba.

Habiendo Fausta, manifestado su deseo de conceder una cita, ya esta especie de acecho le parecía larguísimo al impaciente Fabricio. No, no siento amor, pensaba, mientras cantaba bastante mal frente a la ventana del palacete. Bettina me parece cien veces preferible a Fausta y con ella es con quien quisiera estar ahora. Fabricio volvía a su aldea bastante aburrido, cuando a unos quinientos pasos del palacio de Fausta echáronse sobre él quince o veinte hombres; cuatro de ellos cogieron las riendas de su caballo y otros dos le apresaron los brazos. Ludovico y los bravi de Fabricio fueron atacados, pero pudieron escapar, disparando algunos tiros de pistola. Todo eso fue cuestión de un momento: cincuenta antorchas encendidas salieron a la calle en un instante y como por encanto. Todos esos hombres iban bien armados. Fabricio se había tirado del caballo, a pesar de la gente que le tenía cogido; quiso abrirse paso, y hasta hirió a uno de los hombres, que le apretaba el brazo con manos que parecían tenazas; pero se quedó estupefacto al oír a ese hombre que decía:

-Esta herida me valdrá una buena pensión de Vuestra Alteza; más vale eso que cometer el crimen de lesa majestad sacando mi espada contra mi príncipe.

Este es el castigo de mi necedad, pensó Fabricio; me habré condenado por un pecado que en el fondo no me gustaba.

Apenas hubo terminado el pequeño intento de combate, cuando varios lacayos vestidos de librea de gala se acercaron con una silla de mano dorada y pintada de extraña manera: era una de esas sillas grotescas de que las máscaras hacen uso

en carnaval. Seis hombres, con el puñal en la mano, rogaron a Su Alteza que entrara, diciéndole que la frescura de la noche podía ser dañina para su voz; afectaban usar las formas más respetuosas y repetían a cada momento el nombre del príncipe, casi a voces. Comenzó el desfile. Fabricio contó en la calle más de cincuenta hombres con antorchas encendidas. Sería la una de la madrugada; todo el mundo estaba en las ventanas, y la procesión marchaba no sin cierta majestad. Yo tenía miedo, pensó Fabricio, de recibir una puñalada de parte del conde M... y veo que se limita a burlarse de mí. No creía que tuviera tan buen gusto. Pero ¿se figura de verdad que tiene que habérselas con el príncipe? Si llega a saber que de quien se trata es de Fabricio, ¡cuidado con los puñales!

Los cincuenta hombres que llevaban las antorchas y los veinte hombres armados, se detuvieron durante largo rato debajo de las ventanas de Fausta, y luego desfilaron delante de los más hermosos palacios de la ciudad. Unos mayordomos, colocados a ambos lados de la silla de mano, preguntaban de vez en cuando a Su Altezas tenía alguna orden que darles. Fabricio no perdió la cabeza; ayudado por la claridad que las antorchas esparcían, vio que Ludovico y sus hombres andaban lo más cerca posible del desfile. Fabricio pensaba: Ludovico no tiene más que ocho o diez hombres, no se atreve a atacar. Desde el interior de su silla de manos vela muy bien Fabricio que los encargados de dar la broma iban armados hasta los dientes. Afectaba tomarlo a risa y bromeaba con los encargados de servirle. Después de dos horas largas de marcha triunfal, vio que iban a pasar por la extre-

midad de la calle en donde estaba situado el palacio Sanseverina.

A1 doblar la esquina de la calle que conduce al palacio, abrió Fabricio rápidamente la puerta que hay en la parte delantera de la silla, saltó por encima de uno de los palos, derribó de una puñalada a uno de los hombres que le metía la antorcha por la cara, recibió un pinchazo en el hombro; apartó a otro individuo que le quemaba la cara con su antorcha encendida, y por fin llegó adonde estaba Ludovico, gritando:

-Mata, mata a los de las antorchas.

Ludovico empezó entonces a repartir sablazos y lo libró de dos hombres que iban en su persecución. Fabricio llegó corriendo ala puerta del palacio Sanseverina; por casualidad, el portero había abierto el postiguillo de la puerta grande, y miraba con la boca abierta el movimiento de todas aquellas antorchas. Fabricio entra de un salto, cierra el postigo, corre al jardín y se escapa por una puerta trasera que daba a una de la ciudad; al rayar el día pasaba la frontera de los Estados de Módena y se hallaba en seguridad. Por la tarde entró en Bolognia. He aquí una hermosa expedición, pensó; ni siquiera he podido hablar con mi hermosa. Se apresuró a escribir al conde y a la duquesa unas cartas prudentes que, pintandor lo que pasaba en su corazón, no podían dar noticia, alguna a u enemigo. Yo estaba enamorado del amor, decía a la duquesa, y 1 hecho cuanto he podido por conocerlo; pero parece que la naturaleza me ha negado un corazón para amar y estar melancólico no puedo pasar del placer vulgar, etc.

No puede darse idea de lo que esta aventura dio que habla en Parma. El misterio excitaba la curiosidad: una infinidad de gente había visto las antorchas y la silla de manos. Pero ¿quién era ese hombre raptado a quien se tributaba toda suerte de respeto? Al día siguiente ningún personaje conocido faltó en la ciudad.

La gente que vivía en la calle donde el prisionero se había escapado, afirmaba haber visto un cadáver. Pero de día, cuando los habitantes se atrevieron a salir de sus casas, no hallaron más vestigios del combate que mucha sangre derramada por el suelo. Más de veinte mil curiosos vinieron a ver la calle aquel día. Las ciudades italianas están acostumbradas a contemplar espectáculo poco comunes, pero siempre conocen el porqué y el cómo. Lo que en esta ocasión chocó a los parmesanos fue que aún después de pasado un mes, cuando ya la procesión de las antorchas dejó de ser el único tema de conversación, nadie había podido descubrir nombre del rival que quiso robarle Fausta al conde M. . . Ese amante celoso y rencoroso había emprendido la fuga desde el comienzo del famoso paseo. Por orden del conde Mosca, cuya procedencia supo obscurecer el asunto, Fausta fue encerrada en la fortaleza. La duquesa se rió mucho de una pequeña, injusticia que el conde hubo de permitirse para contener por completo la curiosidad del príncipe quien, de otro modo, hubiera quizá llegado hasta con el nombre de Fabricio.

Había venido a Parma un sabio del Norte para escribir una historia de la Edad Media. Buscaba manuscritos en la biblioteca. El conde le había dado todas las autorizaciones necesarias. Pero ese sabio, muy joven aún, mostrábase irasci-

ble y se figuraba, por ejemplo, que todo el mundo en Parma trataba de burlarse de é. Es cierto que los pilluelos de las calles le seguían a veces, atraída por una inmensa cabellera de color rojo claro que el sabio exhibí orgulloso. También se figuraba que en su posada le pedían precio exagerados por todo y no pagaba la menor cosa sin antes busca su precio en la guía de una tal Mme. Starke, que ha llegado a s vigésima edición, porque indica al prudente inglés lo que vale u pavo, unas manzana, un vaso de leche, etc.

La noche misma en que Fabricio dio su paseíto forzado en silla de manos, el sabio de las crines rojas se puso furioso en su posada y sacó unas pistolitas de bolsillo para vengarse de un camariere que le pedía un precio excesivo por un melocotón muy mediocre. El sabio fue detenido, pues llevar pistolas es un gran crimen.

Como el sabio irascible era largo y delgado, el conde concibió la idea, al día siguiente, de hacerlo pasar ante el príncipe por el temerario que, habiendo querido quitar Fausta al conde M . . . fue objeto de la mixtificación. En Parma el uso de las pistolas de bolsillo está castigado con tres años de galera; pero esta pena no sea aplica nunca. Después de quince días de cárcel, durante los cuales el sabio no vio a nadie más que a un abogado que lo amedrentó hablándole de las atroces leyes dictadas por la pusilanimidad del gobierno contra los que llevan armas ocultas, vino a visitarle otro abogado y le contó el paseíto con que el conde M.. había obsequiado a su desconocido rival.

-La policía no quiere confesar al príncipe que no ha podido saber quién sea ese rival; confiese que usted quiso agra-

dar a Fausta, que cincuenta bandidos le cogieron a usted cantando debajo de su ventana, que por más de una hora le pasearon a usted en silla de manos sin decirle, ni hacerle más que cortesías y finezas. Esta confesión no tiene nada de humillante; sólo queremos una palabra. Dicha ésta, sale la policía del paso y usted de la cárcel; se mete usted en una silla de posta y arribará a la frontera en donde un agente le deseará las buenas noches con suma cortesía.

El sabio negó durante un mes; dos o tres veces el príncipe estuvo a punto de mandarlo venir al Ministerio de Gobernación y hallarse presente a su interrogatorio. Pero ya no pensaba en ello, cuando el sabio historiador, aburrido, se decidió a confesar todo y fue conducido a la frontera. El príncipe quedó convencido de que el rival del conde M... tenía una selva de cabellos rojos.

Tres días después del famoso paseíto, estaba Fabricio en Bolonia organizando con el fiel Ludovico los medios para encontrar al conde M..., cuando supo que éste se hallaba escondido en una aldea de la montaña en el camino de Florencia. El conde no tenía a su lado más que a tres de sus buli. Al día siguiente, cuando volvía de paseo, fue cogido por ocho enmascarados que decían ser esbirros de Parma. Fue conducido, con los ojos vendados, a una posada situada dos leguas más allá de la montaña. Allí fue objeto de las mayores atenciones y se le sirvió una cena abundantísima con los mejores vinos de Italia y de España.

-¿Soy, pues, prisionero de Estado? -preguntó el conde.

-Nada de eso -le respondió cortésmente Ludovico enmascarado-. Ha ofendido usted a un simple particular, man-



dando que le den un paseo en silla de manos; este particular quiere batirse en duelo con usted mañana por la mañana. Si usted lo mata, hallará dos buenos caballos, dinero y relevos preparados en el camino de Génova.

-¿Cómo se llama ese fierabrás? -dijo el conde irritado.

-Se llama Bombace. Tendrá usted la elección de las armas y buenos testigos, muy leales, pero uno de los dos tiene que morir.

-¡Es pues, un asesinato! -exclamó el conde M... aterrizado.

-¡No quiera Dios! Es simplemente un duelo a muerte con el joven a quien habéis paseado de noche por las calles de Parma. Ese joven quedará deshonorado si usted sigue vi- viendo. Uno de los dos está de más en el mundo; así, pues, procure usted matarlo; tendrá usted espadas, pistolas, sables, todas las armas que han podido juntarse en pocas horas, pues ha habido que darse prisa. La policía de Bolonia es muy diligente, como usted sabe, y procurará impedir este duelo, tan necesario para la honra del joven de quien usted se ha burlado.

-Pero si ese joven es un príncipe.

-Es un simple particular, como usted y hasta mucho menos rico que usted. Pero quiere un duelo a muerte y le obligará a usted a batirse, se lo advierto.

-¡Nada temo en el mundo! -exclamó M...

-Esto es lo que su adversario desea con ardor -replicó Ludovico-. Mañana por la mañana, muy temprano, prepárese a defender su vida. Será usted atacado por un hombre que tiene motivo para estar muy irritado y que no guardará con-

sideraciones; le repito que tiene usted la elección de las armas; haga usted su testamento.

Hacia las seis de la mañana, le fue servido el desayuno al conde M... Luego se abrió una puerta en el cuarto en donde estaba encerrado y se le invitó a que pasara al patio de la posada. Este patio estaba rodeado de vallas y de muros bastante altos; todas sus puertas estaban cuidadosamente cerradas.

En una esquina, sobre una mesa a la que se le rogó al conde que se acercase, había algunas botellas de vino y de aguardiente, dos pistolas, dos espadas, dos sables, papel y tinta; por las ventanas de la posada que daban al patio estaban mirando unos veinte aldeanos. El conde imploró su conmiseración.

-¡Me quieren asesinar exclamaba, salvadme la vida!

-Usted se engaña o quiere engañar a esas personas -gritó Fabricio, que estaba en la esquina opuesta junto a una mesa; también llena de armas. -Se había quitado la levita y su cara estaba oculta por una de esas máscaras de alambre que se usan en las salas de armas-. Ruego a usted -añadió Fabricio- que se ponga la máscara de alambre que está a su lado y en seguida venga hacia mí con una espada o con las pistolas; puede usted elegir las armas, como se le ha dicho anoche.

El conde M... ponía innumerables dificultades y parecía muy contrariado de tenerse que batir. Por su parte, Fabricio temía la llegada de la policía, aunque estaban en el monte a cinco leguas largas de Bolonia. Acabó por lanzar a su rival las más atroces injurias; por fin tuvo la fortuna de irritar al

conde M... quien cogió una espada y se lanzó contra Fabricio. El combate comenzó, pero poco animado.

Pocos minutos después fue interrumpido por un gran ruido. Nuestro héroe había comprendido muy bien que iba a hacer unas' cosa que durante toda su vida podía ser para él motivo de acusaciones o al menos de imputaciones calumniosas. Había enviado a Ludovico al campo para reclutar testigos. Ludovico repartió dinero a unos extranjeros que trabajaban en un bosque cercano que llegaron dando gritos, creyendo que se trataba de matar a un enemigo del hombre que pagaba. Cuando estuvieron en la posada, Ludovico les rogó que miraran con toda su atención para ver si uno de los dos jóvenes que se batía obraba como traidor y tomaba sobre el otro ilícitas ventajas.

El combate, interrumpido un instante por los gritos de muerte de los aldeanos, tardaba en recomenzar. Fabricio insultó de nueva la fatuidad del conde.

-Señor conde -le dijo-, cuando se es insolente, hay que ser valiente. Ya comprendo que la condición parece dura; prefiere' usted pagar bravos que le defiendan.

El conde, excitado otra vez, empezó a gritar que había frecuentado la sala de armas del famoso Battistino de Nápoles y que iba a castigar su insolencia. Habiendo reaparecido la cólera, el conde M... se batió con no poca firmeza, lo que no fue obstáculo para que Fabricio le diese un buen pinchazo en el pecho que le tuvo en cama varios meses.

Ludovico, mientras daba al herido los primeros cuidados, le dijo al oído:

-Si denuncia usted este duelo le hago apuñalar en su cama.

Fabricio huyó de Florencia; como en Bolonia había permanecido oculto, no recibió hasta llegar a Florencia las cartas de reproche que la condesa le escribió; ésta no podía perdonarle que habiendo venido a su concierto no hubiera intentado siquiera hablarle:

Fabricio quedó encantado de las cartas del conde Mosca que expresaban una franca amistad y los más nobles sentimientos. Compre dió que el conde había escrito a Bolonia, con el fin de disipar las sospechas que pudieran pesar sobre él con respecto al duelo. L policía fue justísima; comprobó que dos extranjeros, uno de los cuales -el herido- era conocido, se habían batido a espada delante de más de treinta aldeanos; entre ellos se hallaba hacia el final de combate el cura de la aldea, que hizo esfuerzos vanos por separa a los adversarios. Como el nombre de José Bossi no había sido pronunciado, Fabricio se atrevió a volver a Bolonia, más convencido que nunca de que su destino le condenaba a no conocer la parte noble e intelectual del amor. Esto es lo que tuvo el gusto de explicar largamente a la duquesa; estaba cansado de su vida solitaria echaba mucho de menos aquellas veladas encantadoras pasadas entre el conde y su tía. Desde entonces no había vuelto a conocer la dulzuras de una buena sociedad.

"Me he aburrido tanto, corriendo en pos del amor y de Fausta -escribía a la duquesa- que aun cuando ahora su capricho m fuese favorable, no haría veinte leguas de camino por verla; n~ temas, pues, como me dices, que vaya a París

## LA CARTUJA DE PARMA

en donde veo que h̃ debutado con un éxito loco. Andaría, en cambio, toda la tierra; para pasar una velada contigo y con ese conde tan bueno para sus amigos.”

## XIV

Mientras Fabricio corría en pos del amor, en una aldea cerca de Parma, el fiscal general Rassi, seguía tratando su asunto como si hubiera sido un liberal. Fingió que no hallaba testigo; de descargo, o mejor dicho, los intimidó a todos. Por último, después de una sabia labor que duró cerca de un año, a los dos meses de la última estancia de Fabricio en Bolonia, cierto viernes, la marques Raversi, loca de alegría, dijo públicamente en su salón que la sentencia contra el pequeño del Dongo se había dado hacia una hora e iba a ser, al día siguiente, puesta a la firma del príncipe y aprobada por éste. Unos minutos después la duquesa supo estas palabras de su enemiga.

-Mal servido debe de estar el conde por sus agentes - dijo- aún esta mañana no creía que la sentencia pudiera estar lista hasta dentro de ocho días. Quizá no le desagrade mucho alejar de Parma mi joven vicario general; pero -añadió canturreando- lo veremos volver y un día será nuestro arzobispo.

La duquesa llamó.

-Reuní a todos mis criados en la sala de espera -dijo a su ayuda de cámara, incluso a los cocineros-; vaya a buscar a casa de: comandante de la plaza el permiso necesario para tener cuatro caballos de posta, y que antes de media hora estén enganchados mi landó.

Todas las mujeres de la casa fueron ocupadas en hacer los baúles la duquesa se vistió de prisa un traje de viaje. De nada de esto se dio aviso al conde; la idea de burlarse un poco de él la llenaba de alegría.

-Amigos míos -dijo a los criados reunidos-, me entero de que mi sobrino va a ser condenado en rebeldía por haber defendido su vida contra un energúmeno llamado Giletti, que quería matarle Todos conocéis a Fabricio y habéis podido ver cuán dulce e inofensivo es su carácter. Indignada justamente por tan atroz insulto, parte para Florencia; dejo a cada uno de vosotros su sueldo de diez años si alguno de vosotros es desgraciado, que me escriba y mientras tengo yo un escudo algo habrá para él.

La duquesa pensaba exactamente cuanto decía y, al oír sus últimas palabras, los criados empezaron a llorar; también ella tenía los ojos húmedos. Añadió con voz velada por la emoción:

-Rogad a Dios por mí y por monseñor Fabricio del Dongo, primer vicario general de la diócesis, que mañana será condenado ; galeras o quizá a muerte; esto último sería lo menos necio que podrían hacer.

Las lágrimas de los criados aumentaron y poco a poco se cambiaron en gritos casi sediciosos. La duquesa subió a su carroza y se hizo llevar a palacio. A pesar de la hora, pidió

audiencia por medio del general Fontana, ayudante de campo que estaba de servicio. No venía vestida con el traje de corte, cosa que llenó de estupor a ayudante. El príncipe no se sorprendió y menos se enfadó por esta petición de audiencia. Vamos a ver unos hermosos ojos vertiendo lágrimas, se dijo frotándose las manos. Viene a pedir gracia; por fin va a humillarse esta orgullosa beldad. En verdad que estaba insoportable con sus aires de independencia. Esos ojos tan habladores parecían decirme siempre, a la menor cosa que molestaba: Nápoles o Milán son sitios mucho más agradables que vuestra pequeña ciudad de Parma. Ciertamente, yo no reino sobre Nápoles o Milán pero en fin, esta gran señora viene a pedirme algo que depende únicamente de mí y que está deseando obtener; siempre he pensado que la llegada de ese sobrino me proporcionaría alguna ventaja.

Mientras el príncipe sonreía de estos pensamientos y se entregaba a tan agradables previsiones, paseándose por su despacho, el general Montana permanecía delante de la puerta, rígido como un soldado que presenta armas. Al ver los ojos brillantes del príncipe recordó el traje de viaje de la duquesa y creyó que la monarquía estaba disolviéndose. Su estupefacción no conoció límites cuando oyó al príncipe que decía:

-Ruegue usted a la señora duquesa que espere un cuarto de hora.

El general ayudante dio media vuelta como un soldado en la parada y el príncipe volvió a sonreír. Fontana no está acostumbrado, pensó, a ver esperar a la orgullosa duquesa; la cara de estupefacción con que le dirá lo del cuarto de hora



de espera, será una buena preparación para la conmovedora escena de lágrimas que ese gabinete va a presenciar. El cuarto de hora fue una delicia para el príncipe; paseábase con paso firme e igual, en una palabra: reinaba. Aquí se trata de no decir nada que no esté perfectamente en su lugar; sean cualesquiera mis sentimientos para con la duquesa, no hay que olvidar que es una de las más altas damas de mi corte. ¿Cómo hablaba Luis XIV a las princesas, sus hijas, cuando tenía motivos para estar descontento de ellas? La mirada del príncipe se detuvo en el retrato del gran rey.

Lo gracioso del caso es que el príncipe no pensó en preguntarse si concedería o no la gracia de Fabricio y cuál sería ésta. En fin, al cabo de veinte minutos, el fiel Fontana se presentó de nuevo en la puerta, sin decir nada.

-Puede entrar la duquesa Sanseverina -gritó el príncipe con voz teatral.

Van a empezar las lágrimas, pensó, y como para prepararse a ese espectáculo, sacó su pañuelo.

Nunca la duquesa había estado tan ágil y tan bonita; no tenía veinticinco años. Al ver sus pasitos ligeros acariciar apenas el tapiz, el pobre ayudante estuvo a punto de perder la razón.

-Tengo que pedir mil perdones a Vuestra Alteza Serenísimas -dijo la duquesa con su voz ligera y alegre- por haberme tomado la libertad de presentarme con un traje que no es precisamente el conveniente.

La duquesa hablaba bastante despacio para darse tiempo y gozar a sus anchas de la figura del príncipe, que era deliciosa, por la profunda estupefacción y por el resto de majestad

teatral que aún conservaba en la postura de la cabeza y de los brazos. El príncipe se había quedado como herido por el rayo; con su vocecilla agria y turbada exclamaba de vez en cuando, sin poder apenas articular:

-¡Cómo!, ¡cómo!

La duquesa después de haber terminado su cumplido, se detuvo bastante tiempo como para aguardar la respuesta y luego añadió:

-Me atrevo a esperar que Vuestra Alteza Serenísima se dignará perdonarme la incongruencia de mi indumentaria.

Pero mientras así hablaba, sus ojos burlones brillaban con resplandor tan vivo, que el príncipe no pudo soportarlo; miró hacia el techo, lo cual era en él el signo evidente de la mayor turbación.

-¡Cómo!, ¡cómo! -repitió una vez más; tuvo luego la fortuna de encontrar una frase-. Señora duquesa, sentaos.-Él mismo le adelantó un sillón con bastante agrado. La duquesa no fue insensible a esta cortesía y moderó un tanto la petulancia de su mirada-. ¡Cómo!, ¡cómo! -dijo otra vez el príncipe, agitándose en su sillón, como si no pudiera hallar postura favorable.

-Voy a aprovechar la frescura de la noche para correr la posta -replicó la duquesa-, y como mi ausencia puede durar, no he querido salir de los estados de Su Alteza Serenísima, sin darle las gracias por las bondades que, desde hace cinco años, se ha dignad tener para conmigo.

El príncipe, al oír esto, comprendió por fin y se puso pálida sufría extraordinariamente al verse engañado en sus previsiones Compuso luego un ademán majestuoso, digno

enteramente del trato de Luis XIV que tenía ante la vista. Muy bien, pensó la duquesa, he aquí un hombre.

-¿Y cuál es el motivo de esta súbita marcha? -dijo el príncipe en tono bastante firme.

-Tenía ya este proyecto de antiguo -respondió la duquesa- y un pequeño insulto que se ha hecho a monsignore del Dongo, quien mañana se va a condenar a muerte o a galeras, ha aprestado mi partida.

-Y ¿a qué ciudad os vais?

-A Nápoles, creo. -Y añadió levantándose-. No me queda y sino despedirme de Vuestra Alteza Serenísima y darle humilde mente las gracias por sus antiguas bondades.

A su vez hablaba en tono tan firme, que el príncipe comprendí que en dos segundos todo habría terminado. Sabía que una ve dado el escándalo, todo arreglo sería imposible. No era mujer que volvía sobre sus decisiones. Corrió tras ella.

-Bien sabe usted, señora duquesa -le dijo cogiéndola por la mano- que siempre la he amado a usted y con una amistad a la que de quererlo, pudo usted dar otro nombre. Pero se ha cometido u homicidio; no puede negarse. He confiado la instrucción del asunto a mis mejores jueces...

Al oír esto la duquesa se irguió altiva e iracunda; en un momento desapareció todo resto de respeto y aun de urbanidad; dei cubrióse por completo la mujer ultrajada que habla a un hombre a quien conoce como de mala fe. Con la expresión de la más fuerte cólera y hasta del desprecio más profundo, dijo al príncipe, acentuando todas las palabras:

-Me voy para siempre de los Estados de Vuestra Alteza Serenísimas; no quiero oír hablar más del fiscal Rassi y de los demás ase sinos infames que han condenado a mi sobrino y a tantos otros.

Vuestra Alteza Serenísimas no quiere mezclar un sentimiento de amargura a los últimos instantes que paso cerca de un príncipe cortés e ingenioso, cuando no está engañado, le ruego muy humildemente que no evoque la idea de esos jueces infames que se ven den por mil escudos o una cruz.

El acento admirable y sobre todo verdadero con que fueron pronunciadas estas palabras hizo temblar al príncipe; temió un instante ver atacada su dignidad por una acusación aún más directa. Pero en resumidas cuentas su sensación acabó pronto por ser placentera admiraba a la duquesa, cuyo conjunto ascendía, en este momento a una belleza sublime. ¡Dios mío!, ¡qué hermosa es!, pensó el príncipe. Bien puede perdonársele algo a una mujer única, como acaso no hay dos en toda Italia Pues bien; con un poco de destreza no sería quizás imposible hacerla algún día mi querida; ¡qué diferencia entre ella y su muñequita la marquesa Balbi, quien además robó todos los años por lo menos trescientos mil francos a mis pobre; súbditos!... Pero ¿he oído bien?, pensó de pronto; ha dicho "condenado a mi sobrino y a tantos otros". Y entonces en su ánimo ven ció la ira y con altivez digna del puesto supremo, dijo el príncipe tras un silencio:

-Y ¿qué habría que hacer para que la señora no partiese?

-Algo de que es incapaz Vuestra Alteza -replicó la duquesa coa el acento de la más amarga ironía y del desprecio más patente. El príncipe estaba fuera de sí, pero, acostum-

brado a su oficio de soberano absoluto, tuvo fuerzas suficientes para resistir a un primer movimiento. Hay que poseer a esta mujer, pensó; debo este a mi dignidad; luego la mataré a desprecios... Si sale de aquí, n~ la vuelvo a ver más. Pero el príncipe estaba ebrio de ira y de odie y en vano buscaba una palabra que pudiera satisfacer a lo que exigía su persona y al mismo tiempo impedir que la duquesa abandonase su corte al momento. No se puede, pensó, ni repetir, ni ridiculizar un gesto, y fue a colocarse entre la duquesa y la puerta de su despacho. Poco después oyó que llamaban a esta puerta.

-¿Quién es el imbécil -exclamó jurando con todas sus fuerzas-, quién es el imbécil que viene a enseñarme su faz de idiota. El pobre general Fontana mostró su cara pálida y totalmente descompuesta y con la voz de un moribundo articuló malamente estas palabras:

-Su Excelencia el conde Mosca solicita el honor de ser recibido.

-Que entre -dijo el príncipe a gritos. Mosca saludaba ya.

-Pues bien -le dijo-, he aquí a la señora duquesa Sanseverin que quiere irse de Parma al instante, para establecerse en Nápoles y que además me está diciendo impertinencias.

-¡Cómo! dijo Mosca palideciendo.

-¡Qué! ¿Ignoraba usted ese proyecto de marcha?

-No sabía ni una palabra; he dejado a la señora esta tarde ; lis seis, alegre y contenta.

Estas palabras produjeron en el príncipe un efecto increíble Miró primero a Mosca. Su creciente palidez le demostró que dei la verdad y que no era cómplice de la decisión de la duquesa. En este caso, pensó el príncipe, la

pierdo para siempre; placer y venganza todo se va a un tiempo. En Nápoles escribiré sátiras con sobrino Fabricio sobre la ira grande del pequeño príncipe de Parma. Miró luego a la duquesa: el más profundo desprecio y la cólera más violenta se disputaban su corazón; sus ojos estaban fijos en el momento sobre el conde Mosca, y el contorno tan fino de su hermosa boca expresaba el más amargo desdén. Toda su cara de civil cortesano; De modo que, pensó el príncipe examinándola, pidió la manera de volverla a llamar aquí. Si en este momento sale la habitación, está perdida para mí. Sabe Dios lo que dirá en Nápoles de mis jueces. Y con ese ingenio, con esa divina fuerza persuasión que Dios le ha dado, todo el mundo la creerá. Le debela reputación de ridículo tirano, que se levanta de noche para mirar debajo de la cama... Entonces, maniobrando diestramente, como si pasara para disminuir su agitación, el príncipe volvió a colocarse delante de la puerta del gabinete; el conde estaba a su derecha, tres pasos de distancia, pálido, deshecho, y tan tembloroso que no se atrevió a apoyarse en el respaldo del sillón que la duquesa ocupó al principio de la audiencia y que el príncipe, en un momento de ira, había empujado lejos de sí. El conde estaba enamorado. Si la duquesa parte, la sigo, pensaba. Pero ¿querrá que la siga? Esta es cuestión.

A la izquierda del príncipe, la duquesa, de pie, con los brazos cruzados y apretados contra el pecho, le miraba con admirable paciencia: una total y profunda palidez había sustituido los vivos colores que no ha mucho encendían su rostro sublime.

El príncipe, diferenciándose en esto de los otros dos personaje tenía la cara roja y estaba muy inquieto; su mano izquierda jugar convulsa con la cruz que pendía del gran cordón de su orden q llevaba debajo del traje. Con la mano derecha se acariciaba barbilla.

-¿Qué hay que hacer? -preguntó al conde, sin saber demasiado lo que él mismo hacia y arrastrado por la costumbre de consultar en todo.

-No sé, en verdad, Alteza Serenísima -respondió el conde ce la voz de un hombre que está exhalando el último suspiro. Apenas si podía articular las palabras de su respuesta. El tono de esta v fue el primer consuelo que encontró el príncipe en esta audiencia y la pequeña alegría le sugirió una frase feliz para su amor propio.

Pues bien dijo, soy el más razonable de los tres; quiero prescindir por completo de mi posición en el mundo. Voy a hablar como un amigo. Y con una hermosa sonrisa de condescendencia fiel trasunto de las sonrisas de Luis XIV, en los felices tiempos de las monarquías, añadió: eso es, como un amigo que habla a otro: amigos. Señora duquesa, ¿qué hay que hacer para que olvide usted una resolución intempestiva?

-En verdad, no lo sé -respondió la duquesa suspirando honda mente; en verdad, no lo sé, tan odiosa me es Parma.

No había en estas palabras ninguna intención epigramática; velase que la sinceridad misma hablaba por su boca.

El conde se volvió rápidamente de su lado; el alma del cortesano estaba escandalizada; luego lanzó al príncipe una mirada de súplica. Con mucha dignidad y no poca sangre

fría, el príncipe aguardó un momento, y dirigiéndose al conde:

-Vea —dijo— que su encantadora amiga está enteramente fuera de sí; es natural, adora a su sobrino. Y volviéndose hacia la duquesa, añadió con la más galante mirada y dando a su voz el tono que se emplea para citar palabras de una comedia: ¿Qué hay que hacer para agradar a esos bellos ojos?

La duquesa había tenido tiempo de reflexionar; con tono firme y lento, como quien dicta un ultimátum, respondió:

-Su Alteza me escribirá una cartita amable, como sabe escribirlas cuando quiere; me dirá que no estando convencido de la culpabilidad de Fabricio del Dongo, primer gran vicario del arzobispo, no firmará la sentencia cuando vengan a presentársela, y que ese proceso injusto no tendrá consecuencia alguna en el porvenir.

-¡Cómo injusto! —exclamó el príncipe enrojando hasta los ojos y recobrando su cólera.

-No es eso todo —replicó la duquesa con la energía de una matrona—, esta misma noche (y miraba al reloj que señalaba las once y cuarto), esta misma noche Su Alteza Serenísimá mandará decir a la marquesa Raversi que le aconseja vaya al campo a reponerse de las fatigas que le ha causado cierto proceso de que hablaba en su salón al comenzar la velada.

El príncipe se paseaba por su despacho como un hombre furibundo.

-¡Habrás visto mujer!... —exclamó—. Me está faltando el respeto.



La duquesa contestó inclinándose con una elegancia perfecta:

-En mi vida he tenido la idea de faltar al respeto debido a Su Alteza Serenísima; Su Alteza ha tenido la extremada condescendencia de decir que hablaba como un amigo a otros amigos. Por lo di más, no tengo ninguna gana de quedarme en Parma añadió mirando al conde con el mayor desprecio.

Esta mirada decidió al conde, que había vacilado hasta entonces, a pesar de que sus palabras hubieran podido interpretarse como un compromiso; pero se burlaba de las palabras.

Cambiáronse algunas frases más, pero por fin el conde Mosca recibió la orden de escribir la carta amable solicitada por la duquesa. Omite la frase: este proceso injusto no tendrá consecuencia alguna en el porvenir. Basta, pensó el conde, que el príncipe prometa no firmar la sentencia que le será presentada. El príncipe, rubricar la carta le dio las gracias con la mirada.

El conde cometió en esto un grave error; el príncipe estaba cansado y hubiera firmado todo. Creía salir bien de la escena todo el asunto se reducía para él a esto: Si la duquesa se va, m corte estará aburridísima antes de ocho días. El conde notó que e príncipe corregía la fecha y ponía la del día siguiente. Miró al reloj, eran casi las doce. El ministro no consideró esta corrección sin como un deseo pedante de demostrar exactitud y buen gobierno En cuanto al destierro de la marquesa Raversi, no hubo la menos dificultad; el príncipe sentía un gusto especial en desterrar a 1a gente.

-¡General Fontana! -exclamó abriendo la puerta.

El general acudió, con una cara tan estupefacta y tan llena d curiosidad, que entre el conde y la duquesa hubo un cambio d alegres miradas; esas miradas fueron prenda de paz.

-General Fontana -dijo el príncipe-, va usted a subir en m coche, que está esperando bajo la columnata; va usted a ir a casa de la marquesa Raversi y se hará usted anunciar; si está acostada dirá usted que va de mi parte. Una vez en su cuarto, pronunciar; estas palabras precisamente, sin alterarlas: "Señora marquesa Raversi, Su Alteza Serenísima le aconseja que salga mañana, antes d las ocho, para su castillo de Velleja; Su Alteza le avisará cuando podrá volver a Parma."

El príncipe buscó con la mirada los ojos de la duquesa, quien sin darle las gracias, como él esperaba, le hizo una profunda reverencia respetuosa y salió rápidamente.

-¡Qué mujer! -dijo el príncipe volviéndose hacia el conde, Mosca.

Este, encantado del destierro de la marquesa Raversi, que facilitaba sus actos de ministro, habló durante media hora larga come un consumado cortesano; quería consolar el amor propio del soberano y no se retiró hasta dejarlo bien convencido de que la historia anecdótica de Luis XIV no tiene página más hermosa que 1 que él acababa de proporcionar a sus futuros historiadores.

Vuelta a su casa, la condesa cerró su puerta y ordenó que no se dejara entrar a nadie, ni siquiera al conde. Quería estar a sola consigo misma, para ver qué idea debía formar de la escena que acababa de ocurrir. Había obrado al azar,

por darse gusto en e momento. Pero por extraño que fuera el extremo a que se hubiera decidido lo habría mantenido con firmeza; no se hubiera reprochado nada al recobrar su calma y menos aún hubiérase arrepentido. Tal era su carácter; y por eso seguía siendo, a los treinta y seis años, la mujer más hermosa de la corte.

En este momento estaba pensando en los atractivos que Parma podía ofrecerle, como si hubiera regresado de un largo viaje; había creído firmemente, de nueve a once, que se marchaba para siempre! ¡Pobre conde!, qué cara más graciosa puso cuando se entere de mi marcha, en presencia del príncipe! . . . Lo cierto es que e un hombre amable y tiene un corazón raro. Hubiera dejado toda sus ministerios por seguirme... Pero también es cierto que, durarte cinco años enteros, no ha podido reprocharme una distracción. ¿Cuántas mujeres casadas ante el altar podrían decir otro tanto su dueño y señor? Hay que confesar que no se da importancia que no es pedante; no dan ganas de engañarle; delante de mí parece siempre avergonzado de su gran poder... ¡Qué cara ponía en la cámara del príncipe! Si estuviera aquí se lo diría y de segur se turbaba al oírme... Pero por nada del mundo me encargaría yo d divertir a, un ministro que se ha quedado sin cartera; es una enfermedad que sólo cura la muerte..., es una enfermedad que mate ¡Qué desgracia ser ministro joven! Voy a escribirle; esto lo debo saber oficialmente antes de pelearse con su príncipe... Pero se olvidaban mis buenos criados. La duquesa llamó. Sus mujeres seguían haciendo baúles, el coche aguardaba y ya estaban cargándolo. Todos los criados que tenían nada que hacer rodeaban el coche, llorando.

Chekina, que en las grandes ocasiones era la única que entraba en el cuarto de la duquesa, le contó todos esos detalles.

-Que suban -dijo la duquesa.

Un momento después, pasó a la sala de espera.

-Se me ha prometido -les dijo-, que la sentencia contra mi sobrino no será firmada por el soberano; suspendo mi viaje. Veremos si mis enemigos tienen poder para cambiar esa resolución.

Después de un breve silencio, los criados empezaron a gritar ¡Viva la señora duquesa!, y aplaudieron con furor. La duquesa que estaba en la habitación contigua, volvió a presentarse, como una actriz aplaudida, hizo una pequeña reverencia encantadora ;sus criados y les dijo: "Amigos míos, muchas gracias." Con que hubiera pronunciado media palabra, todos en este momento hubieran marchado al ataque contra palacio. Hizo una seña a un postillón, antiguo contrabandista y hombre fiel.

-Vas a vestirte de aldeano acomodado; saldrás de Parma como puedas, alquilarás una sediola e irás, corriendo, a Bolonia. Entrarás, como paseándote, por la puerta de Florencia, y entregarás Fabricio, que está en la posada del Pelegrino, un paquete que Chekina va a darte. Fabricio se esconde allí con el nombre de José Bossi; no vayas a hacerle traición por imprudencia. No parezca conocerle; mis enemigos mandarán quizás espías que te vigilen Fabricio te enviará a Parma otra vez, unas horas o unos días después; sobre todo a la vuelta has de tomar precauciones para no dejarte coger.